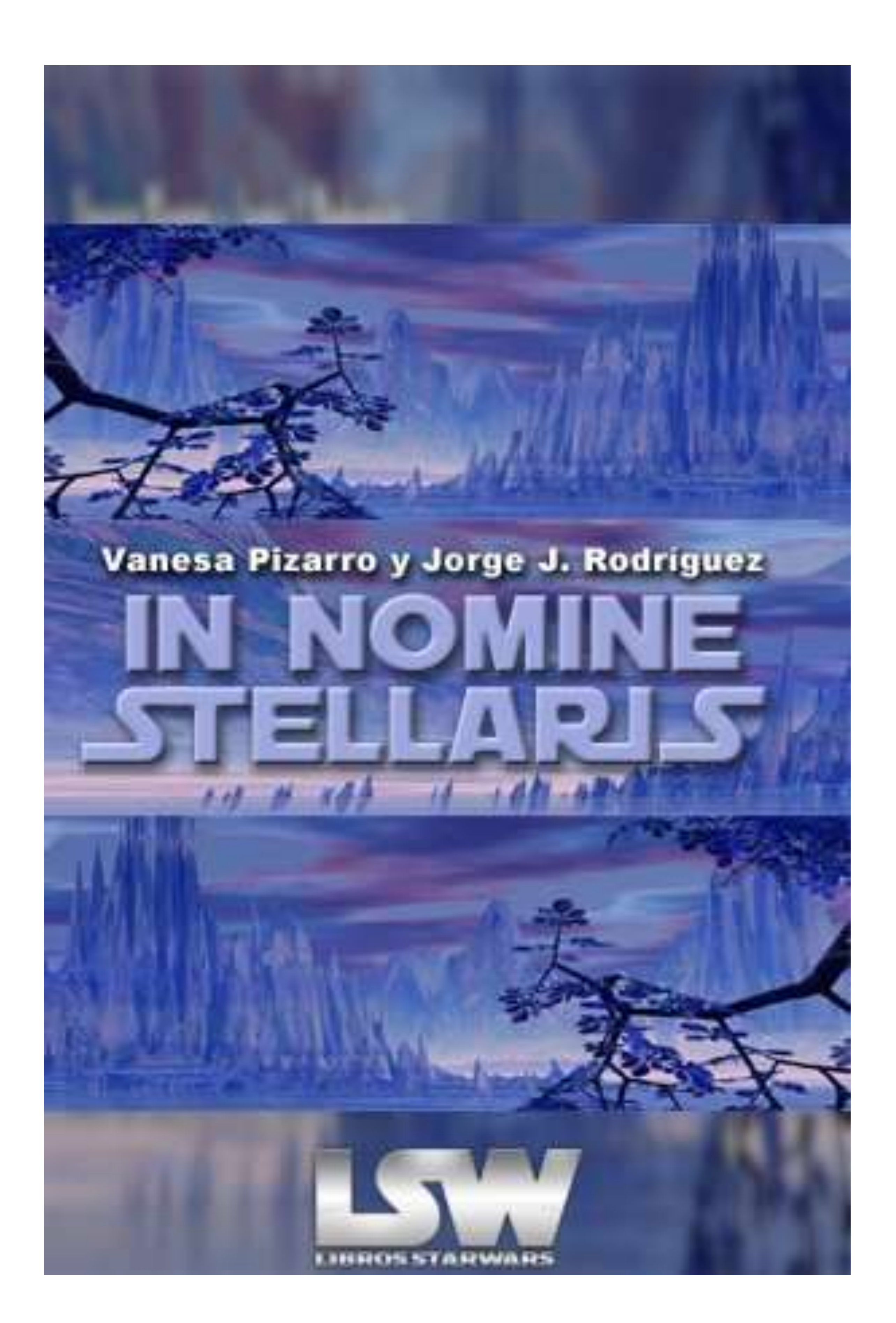

Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodriguez
IN NOMINE
STELLARIS
LSW
LIBROS STARWARS

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Aunque el Imperio Galáctico se había desmoronado varios años atrás, su rastro se resistía a desaparecer. La recientemente creada Nueva República se enfrentaba ahora a los más peligrosos agentes del Imperio, los grandes almirantes, quienes en sectores más alejados y al mando de flotas relativamente pequeñas pero muy poderosas se autoproclamaban señores de la guerra y conquistaban planetas en nombre propio.

El sector Junagadh, en el Borde Exterior, era uno de éstos. Bajo el mando del almirante Hoox, las tropas imperiales habían logrado mantener el control de un modo bastante eficaz. Nadie osaba oponerse a Hoox salvo un resurgido maestro jedi que hábilmente había sabido permanecer oculto de los asesinos del Emperador simulando su propia muerte.

El redivivo maestro Ashla no tardó en convertirse en el verdadero némesis de Hoox, amenazando su tiranía sobre todo el sector, aunque no directamente sino a través de sus agentes. Esta vez sin embargo, Hoox tiene demasiadas probabilidades de éxito. El último de los agentes de Ashla, Sanui, ex-aprendiz que decidió seguir con el maestro después de graduarse, ha caído en una trampa puesta por el imperial…

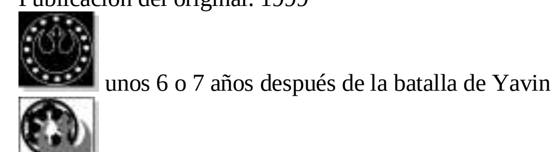


In nomine stellaris

Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez



Título original: *Star Wars: In nomine stellaris*
Autores: Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
Publicado originalmente en www.loresdelsith.net y www.sithnet.com
Publicación del original: 1999



unos 6 o 7 años después de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Maquetación: Bodo-Baas
Revisión: (sin revisar)
Versión 1.0
28.03.17
Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO PRIMERO: LAS TINIEBLAS DEL INTERDICTOR

El teniente se acercó a la nave, mirando la escotilla de entrada abierta. Puso los brazos en jarras mientras meditaba.

Un sargento se le acercó por detrás, anunciando su presencia al hacer más sonoros sus pasos.

—Es imposible que no haya nadie dentro —dijo el teniente—. Las maniobras que ha hecho intentando escapar del rayo tractor no podían estar preprogramadas. La emboscada que le tendimos fue perfecta.

—Tal vez —sugirió el sargento—, al no ver una vía de escape, se suicidó antes de permitir su captura.

—Si yo hubiese tomado esa decisión, habría destruido mi nave —dijo el teniente—. Sargento, tome un pelotón de soldados de asalto y entre ahí. Si se ha suicidado, quiero ver su cadáver.

El sargento hizo una señal a un grupo de seis soldados de asalto para que se acercasen.

Un minuto después, los siete soldados de asalto entraban por la escotilla. El sargento llevaba un detector de movimiento en su mano, pero el detector sólo parpadeaba en los puntos en que estaban ellos.

El carguero era demasiado pequeño para que se moviesen con comodidad, y a menudo quedaban puntos potencialmente peligrosos sin que nadie apuntase hacia allí. Pero, de todos modos, ¿adónde debían apuntar si nada se movía?

El sargento empujó una pieza de droide con su bota mientras estudiaba su detector. Al fin, localizó una señal, directamente frente a la escotilla. Giró para mirar en esa dirección, pero había una puerta cerrada. Según el detector, sin embargo, algo se movía justo detrás.

—¡Está ahí! —gritó el sargento—. ¡Fuego!

La mitad de los soldados de asalto se agacharon para no estorbar el ángulo de disparo de los demás y, en una formación practicada en incontables entrenamientos, seis rifles bláster E-11 zumbaron al unísono su canción del ejecutor mientras el sargento disparaba su arma. En escasos segundos aparecieron docenas de agujeros de láser en una puerta que no estaba diseñada para resistirlos.

—Alto el fuego —dijo el sargento después de más de medio minuto de ejecución. Comprobó el detector y se fijó en que ya no había movimiento tras la puerta.

Señaló a uno de los soldados.

—Abre la puerta —le dijo.

El soldado se levantó de su posición en el suelo y se acercó a la puerta. La abrió con cuidado y desde un lateral para que nadie pudiese darle desde dentro.

Los soldados pudieron apreciar el interior, una pequeña despensa de suministros. Estaba vacía, si descontamos unos cuantos frascos de comida que se habían roto por los disparos.

Pero, si hubiese habido alguien allí, ahora tendría que haber un cadáver. Los soldados se miraron los unos a los otros mientras el sargento miraba hacia arriba y acariciaba su barbilla cubierta por el casco.

De pronto, sin un sonido, se abrió una trampilla en el suelo de la despensa. Una figura envuelta en ropajes amplios color violáceo oscuro surgió de su interior.

Llevaba una capa amplia que adoptó una forma de globo debido al salto. Su cabeza estaba cubierta por una capucha, y su rostro lo estaba por una máscara que apenas dejaba ver sus ojos. El prodigioso salto que estaba dando le otorgaba el aspecto de un fantasma.

Antes de que ninguno de los soldados pudiese reaccionar, la figura enmascarada abrió completamente la puerta, atrapando entre ésta y la pared al soldado de asalto que se había separado del grupo. Ese soldado cayó al suelo, aturdido, mientras la puerta se volvía a entreabrir.

El sargento tuvo tiempo de apuntar con su arma, pero la figura se agachó para evitar el disparo. Aprovechando la ventaja que da luchar en un terreno que conocía, al tiempo que se agachaba se deslizaba hacia adelante, y utilizó a otro soldado de asalto para frenar, aturdiéndole también al golpearle con sus botas.

La figura aprovechó el impacto para tomar impulso y, dando una voltereta hacia atrás sin tocar el suelo, aterrizó de pie. Los soldados tenían problemas para apuntar a alguna parte: La capa se movía mucho con tanta acrobacia, sugiriéndoles que disparasen al movimiento, donde no había ningún blanco sólido.

Pero, en cuanto la figura tocó el suelo con sus pies, hizo un movimiento con su mano desnuda hacia los cuatro soldados de asalto que quedaban. Los soldados se sintieron empujados por una fuerza invisible y cayeron por la escotilla.

Sin embargo, el sargento tenía una preparación superior y había logrado esquivar este ataque. Además, se encontraba en una envidiable situación para oponerse a la figura, y durante estos segundos de combate, había estudiado un poco sus movimientos, y aprovechó para acercarse sigilosamente.

Ahora, el sargento estaba apuntando con su rifle a la sien de su rival.

—Congélate —dijo, sonriendo bajo su máscara.

Sus ovalados ojos verdes, lo único que el sargento podía ver bajo toda esa ropa oscura, se abrieron de par en par mientras sus cejas se arqueaban un poco más de lo normal en expresión de miedo. Parpadeó una vez con unas pestañas largas…

Y movió imperceptiblemente los dedos de su mano derecha hacia el sargento.

Durante una fracción de segundo, el sargento perdió el hilo y la concentración en lo que estaba haciendo. ¿Qué era lo que…?

En esa fracción de segundo, la figura enmascarada de ojos verdes se liberó de la supuesta presa del sargento, adoptó una posición de lucha mientras un cilindro metálico ocupaba su mano. Del cilindro surgió un filo de luz violeta, capaz de cortar prácticamente cualquier cosa.

El sargento estaba muerto cuando llegó al suelo.

Aún quedaban los cuatro soldados de fuera, que ya se habrían recuperado del empujón telekinético, pero era imposible despegar antes de desactivar el rayo tractor, y sólo se podía desactivar el rayo tractor desde fuera del carguero.

En cuanto alcanzó la escotilla, ya oía gritar a los soldados de asalto.

—¡Ahí está! —gritó un soldado que había tomado el mando— ¡Fuego!

Pero el sable de luz violeta deflectaba los disparos que le dirigían los cuatro soldados. Algunos disparos golpeaban inofensivamente el techo o las paredes del hangar, mientras que otros, apenas tres o cuatro, eran redirigidos contra los tiradores, para eliminarlos fácilmente. Escasos segundos después, sólo quedaba un soldado de los cuatro.

El soldado superviviente, impresionado por la demostración de habilidad, bajó su arma, convencido de que no podría utilizarla para detener a la figura enmascarada. La figura dio otro de sus saltos, ante la admiración del soldado, pero en esta ocasión era un salto de más de quince metros de longitud y casi tres de altura, con un rizo. El soldado lo observó boquiabierto, y fue sólo cuando la figura extendía su pie hacia adelante cuando comprendió que el curso del salto incluía aterrizar sobre él.

La patada dejó al soldado inconsciente. Ahora, los ojos verdes examinaron sus alrededores. Se fijó en una terminal de computador que había en una pared con un teclado y un monitor, pero aún así necesitaba…

—¡Alto! —oyó una voz tras de sí. Era una voz sin la modulación que da un casco de soldado de asalto. Se giró para ver a un hombre con uniforme de teniente, que le apuntaba con una pistola bláster.

Bajo la máscara de tela, la figura sonrió y, antes de volverse, hizo un gesto con la mano mientras se concentraba en una frase.

—Debo informar de la invasión —dijo el teniente, en un estado semi zombi. Se acercó a la terminal e introdujo su código secreto mientras la figura enmascarada le miraba con los brazos cruzados y el sable de luz apagado al cinto.

Cuando hubo terminado y el computador pedía instrucciones, la figura hizo un nuevo gesto con la mano.

—El capitán me llama —dijo el teniente—. Debo ir a ver al capitán.

Aunque el teniente no lo sabía, esa falsa llamada del capitán le estaba salvando la vida. La figura tecleó rápidamente unos cuantos códigos y el rayo tractor dejó de funcionar, pero cualquiera que consultase la unidad de control central de la nave vería una lectura errónea indicando que el rayo tractor estaba activado. Además, programó la apertura del hangar.

«Lo siento, Hoox, pero gracias a tu trampa te vas a quedar sin otro de tus juguetes de guerra», pensó.

De entre los pliegues de sus ropajes sacó una unidad de almacenamiento secundaria y la introdujo en el terminal. En cinco minutos, un código intruso autorreplicador empezaría a funcionar entrando en la computadora central de la nave y dejando inútil todo a su paso.

«Ésta va por Emesiete», añadió en otro pensamiento.

Se giró para volver a su nave, pero los dos soldados a los que había aturdido dentro ya se habían recuperado y le esperaban entre su posición actual y la escotilla, apuntándole con sus E-11.

—Muy bien, deja ese terminal —dijo uno de los soldados, sin dejar de apuntarle.

Frunció una de sus arqueadas cejas, miró hacia arriba un momento, hizo un cálculo y saltó por encima de los soldados de asalto. Esta vez, su salto superaba con mucho los quince metros, tal vez también los veinte, para aterrizar justo en la escotilla de su nave. Con un rápido uso de la Fuerza, cerró su escotilla ante la atónita mirada de los soldados.

Pronto, estos se darían cuenta de que se estaba abriendo el hangar para permitir que la nave despegase, y se agarraron a lo que pudieron para impedir que el vacío les absorbiese.

Soltaron sus rifles bláster, que se perderían en el espacio.

No se sacó la máscara mientras corría por los pasillos de su carguero, y saltó una pieza de androide para evitar tropezar. Atravesó una puerta y llegó a una zona de acceso común donde estaba un tablero de dejarik. Sentado a la mesa, ante el tablero, había un fragmento del torso de un androide, con una pierna y un brazo. La figura lo miró durante una fracción de segundo mientras corría hacia el puente.

Al llegar al puente, todas las luces seguían encendidas; no había apagado la nave, sino que la había dejado a la mínima potencia, para tenerla preparada para una rápida salida de emergencia. La figura se sentó en el puesto de piloto, puso sus manos en los controles y despegó, saliendo por una compuerta hacia el espacio. Al ver a unos soldados de asalto con traje de cero-ge, conectó los escudos de su carguero; ahora los disparos de unos blásters ya no eran motivo de preocupación.

Giró la cabeza hacia el asiento de copiloto para ver más fragmentos del que era el mismo androide que había visto ya en otros dos sitios: El resto del torso y una cabeza sin vida.

—Te arreglaré tan pronto como pueda, Emesiete, te lo prometo —se dijo para si la figura enmascarada mientras dejaba de mirar a su fiel compañero androide para concentrarse en el espacio y en la navegación.

El teniente se presentó ante el capitán Brolard, confuso y sin tener claro qué decir o hacer. El capitán no le había llamado, así que no comprendía su presencia en el puente.

Sin embargo, había sido informado (por el mismo teniente) de cómo la sencilla operación de captura de un carguero gthroc se había convertido en un desastre al ser ellos abordados por Sanui.

Quien, sin duda, sin importar lo que dijesen los ordenadores, había logrado escapar.

El almirante exigiría la cabeza de Brolard. El preocupado capitán dio unos pasos por el puente…

—Capitán —dijo uno de los técnicos que operaban computadoras por debajo del nivel de sus botas.

—Espero que sea importante —dijo Brolard.

—Lo es, señor. Todas las terminales se están volviendo locas por momentos. Tenemos un intruso autorreplicador.

Otro de los técnicos del puente se encontró sorprendido ante un monitor apagado.

—¿Qué ha pasado con nuestra protección? —dijo Brolard.

—Ninguna protección sirve —dijo el técnico— si el programador del código intruso es lo bastante bueno… señor.

Las luces del puente se apagaron ominosamente un instante para volver a encenderse al cabo de unos segundos. Brolard sentía el miedo creciendo en su interior.

—Antes de que lo pregunte, señor —dijo el técnico—, los sistemas de comunicación siguen funcionando, al menos por ahora, pero no sé cuánto tiempo seguirán. Si va a informar, le sugiero que se dé prisa.

Informar de eso era informar de su fracaso, pero las opciones de Brolard se reducían por segundos. Estaban en Gadamar. El destructor más próximo era el de Batherns…

—Pónganme con el capitán Batherns.

El capitán Batherns escuchó atentamente la transmisión de Brolard a través de la pantalla, pero de pronto la transmisión se cortó en seco.

—Intentamos recuperar la transmisión, capitán Batherns —dijo uno de sus hombres—, pero es imposible.

—Brolard no puede seguir transmitiendo —dijo Batherns—. El código intruso ha afectado incluso eso. No admitan más transmisiones del *Noche*; no quiero que nos lo transmitan. Pero hemos de informar al almirante de esto… —Batherns empezó a bajar la voz hasta sólo susurrar sus pensamientos.

—¿Señor?

—Comuníquenme con el capitán de la nave insignia del almirante.

El capitán Tryskho apagó el transmisor holográfico. Sanui lo había vuelto a conseguir, y ahora el crucero interdictor *Noche* estaba muerto en el espacio.

El almirante iba a ponerse de muy mal humor.

Pero se pondría de peor humor si se le ocultaba información de este tipo. El almirante exigía ser informado de inmediato de todos y cada uno de los avances y retrocesos en lo relativo a Ashla, de momento lo único relativo a Ashla era Sanui y el fallido intento de captura.

Tryskho se levantó y se dirigió a la zona de la nave en donde estaba el almirante. Consultó el cronómetro. A esta hora, pensó Tryskho, estaría sin duda entrenando. Tomó un tubo de transporte y llegó a la zona donde estaba el gimnasio.

El almirante Hoox estaba ataviado con un sencillo traje para combatir, una especie de kimono semejante a los utilizados por los Jedi, encima de un tatami cuyo interior estaba separado del exterior por un campo de fuerza.

Llevaba únicamente un bastón metálico de más de dos metros para enfrentarse a sus adversarios. Sus agudos ojos oscuros no perdían de vista a los dos gladiadores.

El almirante era un hombre muy inteligente, aunque relativamente joven para haber alcanzado su puesto, mas esto era engañoso. Se mantenía en una excelente forma física

que hacía que se le calculasen muchos más años de los que realmente tenía, aunque sin llegar al desarrollo muscular excesivo. Llevaba el pelo corto al severo estilo que mandaba el ejército, su rostro poseía facciones muy marcadas, nariz fina, cejas arqueadas y expresivas que desvelaban unos ojos marrón muy claro penetrantes e inquietantes, labios finos y semblante serio. En conjunto no obstante era un hombre bastante apuesto aunque su aspecto de contínua seriedad y severidad impusiera más respeto que cariño.

Curiosamente, los gladiadores a los que por elección se estaba enfrentando eran más el enemigo típico para un pelele tonto sin más que fuerza bruta. El Ejecutor prototipo X, con su chasis blindado sobre sus ruedas de oruga, hacía girar sin cesar las cinco armas que llevaba en una rueda a cada lado en lugar de brazos, mientras que su cabeza procesaba millones de variables aplicables al combate a cada segundo. Y a mucha más velocidad trabajaba el androide Élite Duelista, humanoide y con un torso parecido al de un 2-1B, pero con brazos mucho más largos y resistentes. Más de trescientos mil créditos de droides gladiadores, que valían hasta la última moneda, estaban en el tatami, preparados para enfrentarse más probablemente a otro robot (La opción lógica para droides de este tipo:

Enfrentarlos a otros droides, más resistentes que un humano y con mayor velocidad de cálculo mental).

El sudoroso Hoox dio una vuelta a su bastón mientras les estudiaba. Tryskho siempre se preguntó cómo podía Hoox sólo esperar sobrevivir a un enfrentamiento con droides de estas características.

Justo fuera del tatami había una mujer alienígena de la especie jawa que sostenía entre sus manos un pequeño bloc de datos. A Tryskho le parecía mal que Hoox utilizase a esta alienígena, a quien él consideraba un ser inferior, como gobernadora de todo el sector, pero la alienígena había sido un factor político en su planeta cuando éste se rindió y Hoox había elegido mantenerla en su puesto, hasta que las dotes organizativas de la pequeña criatura le hicieron subir en el escalafón. En la actualidad, respondía sólo ante Hoox. No tenía poder militar, Hoox habría sido un loco de habérselo dado, pero tenía poder político.

—La producción en Hindashar ha bajado un 12% —dijo la mujer jawa con un marcado acento.

—Bien, pero el mes pasado nos enviaron casi el doble de lo que pedimos en impuestos —dijo Hoox, mientras utilizaba su bastón para parar un ataque del prototipo X—. Que no se tomen medidas contra ellos.

—Los astilleros de Orellon comunican que no podrán terminar la construcción de naves a tiempo porque las minas de Caprioril no han suministrado suficiente material —continuó la jawa.

—Ha habido —Hoox lanzó un ataque contra el Duelista mientras se alejaba de los peligrosos tornos del prototipo X— un desastre natural en Caprioril hace dos semanas, que nos ha costado tres minas. Todavía no se han construido sus reemplazos. De todos

modos, desvíen algo más de mineral desde Pherl, en vez de dirigir todo ese excedente a los depósitos de Haven.

—Debido a un fallo de mantenimiento —la jawa no prestaba la más mínima atención a la lucha—, el crucero interdictor *Plaga* ha sido destruido.

—El *Plaga* estaba orbitando Miran —Hoox zancadilleó al Duelista, que cayó al suelo; ahora el almirante tenía casi varios segundos para concentrarse en el prototipo X—, un planeta que nos es totalmente leal. No es una emergencia sustituirlo; lo sería si hablásemos de un planeta bajo la ley marcial. Ordene a Orellon que construyan un nuevo interdictor, lo llamen *Peste*, y lo envíen a Miran a sustituir al *Plaga*.

Hoox intentó golpear con su bastón al prototipo X, pero éste giró su cintura rápidamente y movió uno de sus brazos para cortar el bastón con un vibrófilo, una vibrohacha y una vibrosierra. Hoox esperaba esto y sostuvo una parte del bastón en cada mano, mientras atacaba al prototipo X. El Duelista se levantó.

—¿Qué me dice usted, capitán Tryskho? —dijo Hoox—. ¿Para qué ha venido?

—Discúlpeme, señor… —dijo Tryskho—. Me comunican que, tal y como ustéd ordenó, el interdictor Noche ha capturado una nave, un carguero ghtroc, y…

—¿Y bien, capitán? —dijo Hoox.

—Bueno, el o los ocupantes del ghtroc han logrado sabotear la computadora principal del Noche y escapar.

Hoox dio un salto, extendió una pierna y giró rápidamente sobre sí mismo, incrustando uno de sus bastones en la cabeza de cada uno de sus enemigos con una fuerza bruta surgida de la adrenalina y un rugido de odio. Aterrizó y, mirando al infinito, y dijo una sola palabra. Un nombre.

—¡SANUI!

Fin del primer capítulo

CAPÍTULO SEGUNDO: EL ASCENSO DE HOOX

El cuartel no estaba bien protegido.

La guarnición estaba compuesta por novatos.

Las solicitudes de artillería pesada habían sido denegadas.

En esas condiciones, por supuesto que el motín estaba triunfando.

Y lo peor era que el planeta merecía la pena. Una atmósfera un poco cargante hasta que uno se acostumbraba, sí, pero los campos eran fértiles y daban buenas cosechas, y los rebaños de animales tenían una carne sabrosa al paladar. Había abundancia de vegetales y animales. Si llamaba a la Estrella de la Muerte, nada quedaría salvo un núcleo de minerales.

No, esta amenaza debía tratarse de un modo distinto, pensaba el comandante Hoox, sentado en la mesa de su despacho. La silla, traída de otro planeta, no tocaba el suelo, sino que se mantenía en el aire a través de un sistema de empuje de gas a presión. La mesa, por el contrario, era del propio planeta y tenía dos patas, una en cada esquina.

La pragmática mente de Hoox comprendía totalmente la situación. Los habitantes de esta pequeña colonia habían sido conquistados por el poderoso Imperio Galáctico, y se les había dado la oportunidad de pertenecer a algo más grande que ellos mismos. Se dictó una cantidad razonable que debía ser entregada al Imperio como impuestos. Ante las negativas del gobernante, un absurdo rey, hubo que tomar una serie de medidas lamentables pero necesarias para promover su abdicación. Cuando el rey se negó, se tuvieron que tomar medidas aún más lamentables, pero necesarias de todos modos para poner al gobernador imperial en el poder.

Pero ahora, esos civiles tenían un líder. Un carismático ciudadano surgido de la nada, con suficiente poder de convicción para hacer que los granjeros abandonasen azadón para tomar estaca. Matarlo supondría enfrentarse a un mártir, había dicho el gobernador.

Y ahora, el gobernador estaba muerto. Y probablemente también lo estará casi toda su guarnición. Ni siquiera el propio Hoox pudo detectar el veneno en el rancho, aunque su organismo hubiese logrado eliminarlo posteriormente. De hecho, Hoox se atrevía a pensar que era el único humano del planeta.

A través de su ventana, Hoox podía oír los clamores de la multitud. Con consignas como «A muerte» y «Entregádnoslo», la plebe pedía su piel. Hoox no necesitaba mirar para imaginarse a cientos de miles de personas alzando lanzas y antorchas por encima de sus cabezas sin orden ni concierto.

Cientos de miles de personas que habían vencido a su guarnición, y que probablemente ahora contaban con sus vehículos.

Hoox no les odiaba. No especialmente. Iba a tener que tomar medidas represivas, por supuesto, pero sólo porque ellos no le habían dejado otra opción.

La puerta de Hoox empezó a temblar, golpeada desde el otro lado probablemente con un improvisado ariete. Hoox seguía sentado, impasible, mientras la puerta sufría daños constantes. Caería de un momento a otro.

No cayó: Se hizo astillas. El ariete era el tronco de un árbol, y lo llevaban tres hombres. Uno de ellos era especialmente grande y fuerte, dos o tres cabezas más alto que Hoox, y con prominentes músculos por todo su cuerpo.

Todos los hombres eran alienígenas de la misma especie.

Tenían aspecto humanoide, aunque sus brazos eran excesivamente largos en comparación con el cuerpo, tenían sólo tres dedos en cada mano, y sus cabezas, sin más rasgos humanos que la inteligencia, se extendían hacia adelante en un hocico de más de treinta centímetros que dominaba sus rostros. Tenían pequeñas orejas a los lados, y una mata de pelo sin cuidar parecida a la vegetación salvaje, aunque de un verde algo más claro.

Detrás de esos tres hombres entraron otros cuatro, armados con rifles bláster y flanqueando a un octavo. Un octavo al que Hoox reconoció de inmediato, aunque ésta era su primera reunión en persona. Era joven, de no más de veinticinco años o el equivalente en su raza, y su pelo era más bonito de lo normal. También era aceptablemente atlético. Vestía un uniforme absurdo de funcionario público, pero lo llevaba con dignidad y orgullo, abrochándose hasta el último botón y sin haberse manchado nada, dando una idea de cuán activa fue su participación en la batalla.

—Lo que no entiendo —dijo Hoox, levantándose— es porqué no piden cita, como todo el mundo.

—Se acabó, Hoox —dijo el líder—. Ahora acaba el reinado de terror de tu Imperio sobre nuestro planeta.

En el exterior, la multitud podía ver las siluetas que ahora ocupaban el despacho de Hoox, remarcándose contra la iluminación en la noche. Sus vítores subieron de volumen, y agitaron con más fuerza sus armas.

—Has perdido —continuó el líder civil, cruzando los brazos para intimidarle. No parecía funcionar, puesto que Hoox sólo se puso delante de su mesa y, con toda tranquilidad, se sentó sobre ella.

—Esto no es lo que yo quería —dijo Hoox—. Ahora ha muerto gente.

—Nuestras filas sólo cuentan con unos pocos heridos —expuso el líder—. Tu guarnición ha sido barrida por completo.

—Exactamente, ¿qué pretendéis? —preguntó Hoox—. No podéis contar de nuevo con vuestro rey. ¿Pretendéis instaurar una república?

—Ha habido supervivientes en la familia real —respondió el líder—. No te diré cuántos ni dónde están, porque, de un modo u otro, no estarás en el planeta cuando el nuevo monarca sea coronado.

Hoox mantenía la calma ante las amenazas.

—Y supongo que ya no puedo comunicarme con la flota imperial, claro —dijo Hoox, con cara de estar meditando sus alternativas. El líder se dio cuenta y se las escupió.

—Tienes dos opciones —dijo el líder—. Si te rindes ahora, te garantizo un juicio por tus crímenes de guerra. Será un juicio justo, y tendrás tu ocasión de defenderte. Si no, te entregaré a ellos y les dejaré hacer —el líder hizo un gesto con su cabeza hacia la ventana, hacia la multitud que seguía pidiendo sangre a gritos.

—No acepto órdenes de un civil, ciudadano —dijo Hoox—. Te propondré un trato yo a ti: Si esta pequeña insurrección termina ahora mismo, se tomarán medidas represivas únicamente contra los líderes importantes, incluido tú, por supuesto. Cualquier miembro de la familia real que quede con vida podrá mantener un puesto simbólico, pero no sería juzgado por los actos que han tenido lugar esta semana. Los ciudadanos que no sean directamente responsables de un daño grave a la propiedad o el personal del Imperio, no serán molestados. No se condenará a ningún civil directamente responsable de tales daños si el civil es menor de edad o está ya jubilado. Por el contrario, en caso de que no se detenga la insurrección en el plazo de un minuto, las medidas represivas serán… especialmente drásticas.

Los alienígenas empezaron a reír a mandíbula batiente, algunos de ellos con los brazos en jarras.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó el líder, entre risas—. No cuentas con tus tropas. Tu arsenal ha sido tomado. No puedes bombardearnos porque sacrificarías también tus preciosas cosechas y ganado.

—Consideraré que de momento no se han aceptado mis exigencias —dijo Hoox. Permaneció en silencio durante varios eternos segundos después de eso.

—¿Y bien? —dijo el líder.

—Estoy esperando a que pase un minuto —dijo Hoox—. Tal vez entre la sensatez en tu cabeza y aceptes.

—Ya basta —dijo el líder—. Está claro que no se va a rendir. Tonkiur, cógelo.

El alienígena grande y musculoso caminó hacia Hoox, enseñando sus dientes en una absurda sonrisa.

Mientras tanto, fuera, la multitud seguía gritando y exigiendo la vida del que, hechos los cálculos de las bajas, era el último imperial sobre el planeta.

La ventana izquierda del despacho de Hoox se rompió en un millar de pedazos pequeñitos cuando un cuerpo la atravesó.

El cuerpo caía a plomo, una caída de nueve pisos, ante los aullidos de aprobación de la gente. Los que estaban donde iba a caer, se apartaron para dejarle sitio.

La alta gravedad del planeta hizo que no tardase en tocar el suelo, en un dantesco espectáculo. La gente seguía gritando de alegría: Hoox había muerto.

—¡No es Hoox! —gritó uno de los que estaban más cerca del cadáver.

La multitud guardó silencio al fin.

El cadáver no era de un humano: Era de uno de los suyos.

De un alienígena especialmente grande y musculoso.

En el despacho de Hoox, el líder civil apuntaba al comandante imperial con un bláster.

—No sé cómo has tirado a Tonkiur, pero ese truco no te va a servir contra un disparo.

Hoox seguía perfectamente tranquilo, como había estado desde el principio.

—No, probablemente no. Creo que necesitaré un truco nuevo.

—Pues más te vale pensarlo rápido —dijo el líder, disparando contra Hoox.

En una fracción del tiempo que se tarda en pensarlo, Hoox adoptó una nueva pose, tomando el pequeño cilindro metálico color negro que colgaba de su cinturón. Presionó un botón del cilindro y un filo de energía amarilla se extendió cincuenta centímetros ante el cuerpo del comandante. El disparo de energía roja colisionó con el sable y fue redirigido contra su emisor, impactándole en la mano que había disparado. El dolor le hizo soltar el arma y mirar hacia abajo un momento para agarrarse la herida con la otra mano. Cuando levantó la vista, Hoox ya no estaba.

—¿Pero dónde…?

Una explosión parecía responder a eso. Venía del lado por donde había caído Tonkiur, y a través de la ventana rota, el líder pudo ver cómo explotaba un vehículo de transporte de tropas, a unos cuarenta o cincuenta metros de su posición actual.

—¡Ahí está! —gritó.

Y entonces explotó otro vehículo similar, que estaba a cinco kilómetros del primero.

El líder se quedó boquiabierto.

Oyó otra explosión a su espalda. A través de la ventana del otro lado, a otro montón de kilómetros, explotaba algo más, llevándose por delante a otra treintena de hombres.

Se habían enfrentado a una guarnición imperial sin sufrir más que tres bajas por heridas graves y unas cuantas heridas leves. Pero ahora, un solo hombre acababa de matar a sesenta y uno de los suyos en menos de un minuto.

—No te preocupes —dijo uno de sus compañeros alienígenas—. No tiene ninguna posibilidad. Él está solo, y nosotros somos un millón. ¿Qué va a hacer? ¿Matarnos a todos?

El alienígena hizo una mueca.

Desde entonces había transcurrido una semana. El índice de bajas era catastrófico. Hoox estaba solo, de eso podían estar seguros: Ninguna nave se había acercado a la órbita del planeta, y no había sobrevivido ningún otro humano a su motín.

Pero Hoox, comportándose como una especie de ente asesino, había estado matando a unas setenta mil personas diarias.

Era como si estuviese en todas partes a la vez, y aún así nadie le podía ver, mucho menos tener una oportunidad contra él. Hoox era un tornado de muerte y desolación. Ya llevaba cuatrocientos noventa mil. Prácticamente la mitad del millón inicial.

El líder se encontraba con demasiados casos extremos en sus manos. Una anciana se había presentado ante él llorando el día anterior. Ella pedía respuestas, pedía que salvase a sus seres queridos, pedía que explicase porqué algunos ya habían muerto… pero él no podía hacer nada por ella. Sin dejar de llorar, ella se alejó, y en cuanto llegó a su casa, se suicidó.

El índice de suicidios aumentaba drásticamente. Uno de cada diez se suicidaba cada día. Supuestos accidentes provocados por sabotajes. El líder, en mangas de camisa y con el cuello desabrochado, sostenía un cilindro de droga blanda en su mano mientras miraba por la ventana del ex-despacho de Hoox.

—¿Cómo puedo detenerle? —se preguntaba—. No puede ser invencible. Ya he tomado su base de operaciones principal; es obvio que ahora está usando otra.

—Tal vez no —oyó el líder a su espalda.

Se giró rápidamente y pudo ver la figura del hombre al que temía más que a nada salvo tal vez la muerte. Pero pronto comprendió que ese hombre sería probablemente su muerte.

—¿Cómo has entrado? He puesto un montón de vigilantes en todas las puertas. Ni tú podrías matarlos a todos.

—Es mi casa lo que ocupas —respondió Hoox—. Tú no has descubierto ni uno de los accesos secretos a este complejo.

—Suelta tu arma y resolvamos esto como hombres —desafió el líder, adoptando una posición marcial—. Esto es entre tú y yo.

—No, no lo es —dijo Hoox—. Te di la oportunidad de que fuese entre tú y yo, pero la rechazaste. Y ahora, setecientas mil personas han muerto por tu orgullo. Por tu vanidad. Por tu culpa. ¿Cómo te sienta eso?

—Hasta el último de nosotros se enfrentará a ti —rugió el líder.

—Te sorprendería ver cuántos hombres íntegros y orgullosos se arrodillaron para suplicarme piedad nada más verme.

Podría darte nombres; algunos eran amigos tuyos.

—¿Temes un duelo justo? —el líder, aguantando sus lágrimas, intentó jugar lo que consideraba su última baza—. Si te venzo, perdonarás la vida de los que quedan.

—¿Y qué gano yo si te venzo a ti? No hay nada que puedas ofrecerme.

—Me habrías vencido en mi propio terreno. Habrías destruido lo único que no puedes destruir de otro modo: Mi orgullo. Tendrías mi vida, pero no moriría de pie.

—Eres divertido —Hoox sonrió—. Por eso no te he matado.

—Deja tu sable de luz, y arreglemos esto.

Hoox apoyó su arma en la que había sido su mesa, y volvió a mirar al líder. Éste gritó un monosílabo al tiempo que descargaba con gran fuerza su mano contra una escultura decorativa del despacho.

—Era un drreelb de coralina hecho en Alderaan —dijo Hoox, sin inmutarse—. Me costó muchos créditos.

El líder tampoco se inmutó, y mantuvo su posición de ataque. Saltó contra Hoox.

Cuando despertó, tenía grilletes magnéticos en sus muñecas y en sus tobillos, y estaba sentado en el suelo de una húmeda y lóbrega celda. Sentía un pequeño animal cerca de él, mordiéndole la pierna. Aunque no hubiese tenido los grilletes, no habría podido moverse.

Hoox estaba ante él, en pie, sonriéndole sádicamente. El líder no podía recordar haberle encajado ni siquiera un golpe.

—Buenos días.

—Tengo hambre… —dijo el líder—. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Seis días. No temas, la comida pronto será tu última preocupación.

—Seis días… ¿Cuántos quedan? ¿Noventa mil?

—Muchos menos. Cuando se retransmitió nuestro combate, la poca moral que retenían algunos desapareció totalmente. Los suicidios fueron tan frecuentes que… Bueno, mi calendario se adelantó en más de un día.

El líder intentó tragar saliva, pero apenas le quedaba.

—¿Veinte mil? —preguntó.

Hoox siguió sonriendo.

—¿Mil?

Hoox se acercó a él y le puso una mano en el rostro.

Estaba utilizando el poder de la Fuerza, aunque el alienígena nunca había oído hablar de eso y no sabía de qué se trataba.

Pero comprendió sus efectos cuando, a través de sus ojos, se vio a sí mismo, como en un espejo, boquiabierto.

—¡Soy yo! —dijo y se oyó decir.

—Estoy utilizando un poder especial que poseo —dijo Hoox—. Ahora son mis ojos los que envían su señal a tu cerebro. A todos los efectos, ves a través de mis ojos, aunque sólo puedes controlar tu cuerpo y no el mío.

—¿Por qué?

—Bueno, no quiero que te pierdas el gran final.

Hoox se dirigió a la puerta de la celda y se alejó, caminando lentamente. Salió de su cuartel y se subió a un vehículo. Se acercó a un bosque, y después a una montaña.

El líder comprendió qué camino estaba siguiendo, y cerró los ojos para no verlo, pero su cerebro seguía registrando todo lo que veía Hoox.

Se acercó a una gruta en la montaña, y se detuvo un momento para hablar. Aparentemente, nadie oiría lo que dice, pero él sabía que no era así.

—Supongo que ya sabes lo que viene ahora —dijo Hoox—. Recuerda que te ofrecí la oportunidad de evitar esto. Todas las muertes son culpa tuya.

Hoox caminó por la gruta, atravesando el laberinto con la familiaridad de quien se lo conoce de memoria… o sabe dónde tiene que ir.

En una esquina de un pasillo sin fondo, Hoox vislumbro más que ver una figura en posición cuasi fetal. Sostenía algo entre las manos y repetía «Sssshhh… Sssshhh…».

Hoox encendió una vara brillante y la apoyó en el suelo; no quería que su prisionero se perdiese esto.

La luz iluminó a una mujer con un bebé entre sus brazos.

Ambos estaban llorando; el bebé, además, gritaba.

—Saludos, Alteza —dijo Hoox.

La mujer, sin levantarse, dirigió sus ojos llorosos a Hoox. No tenía más de dieciséis años.

—Por favor… —dijo ella—. Máteme si es lo que quiere, pero a él perdónele. Es sólo un bebé. ¿Qué mal puede hacerle?

—No puedo dejaros vivir, Alteza —dijo Hoox—. Ni a él tampoco. Es el heredero al trono, después de todo. Pero recordad que no soy yo quien buscó esta situación.

Alzó su sable de luz amarillo.

Mientras, en la oscuridad de una celda, los labios de un prisionero gritaron, pero sus oídos nunca pudieron oír el grito.

La figura del monitor vestía el uniforme de un Gran Almirante, pero contrariamente al resto de los Grandes Almirantes, tenía la piel azul y los ojos rojos.

—¿Ni una sola forma de vida? —dijo el Gran Almirante.

—Inteligente no, señor —respondió el comandante Hoox—. Me he encargado de que el ganado y las cosechas no sufran daño, y la mayoría de las construcciones están relativamente intactas. El planeta Swarquen puede ser recolonizado. Señor.

—Tiene usted talento, iniciativa, astucia, inteligencia, valor y lealtad —dijo el Gran Almirante—. Deseo ser el primero en felicitarle por su promoción…

—¿Señor?

—… almirante Hoox. Mi enhorabuena.

—Gracias, señor.

—Persónese en Gork IV lo antes posible para recibir sus órdenes.

—Sí, señor, saldré de inmediato.

El ahora almirante Hoox se giró. Había tardado una semana en arreglar los computadores de comunicación y enviar un mensaje al Imperio. Pero ahora habían enviado una nueva guarnición con equipo tecnológico, y una lanzadera para sacarle. Soldados de asalto y oficiales técnicos ante diversas computadoras ocupaban el espacio de la sala de comunicaciones.

La única otra criatura inteligente viva en todo el continente era el último de su raza. Después de lo que había visto por los ojos del almirante, intentó suicidarse antes que vivir con un millón de fantasmas sobre su conciencia. Pero Hoox entregó su cabeza a los monjes B’omarr, para que le privasen del uso de sus músculos, manteniéndolo con vida. Ya no podía suicidarse, y tendría que vivir con ese horrible recuerdo.

Un oficial técnico llamó la atención de Hoox.

—Señor —le dijo—, todo el ganado censado está recogido, y se supone que no hay formas de vida en un radio mayor de diez kilómetros, ¿correcto?

—Correcto —respondió Hoox.

El oficial técnico señaló un blip en su radar que sucedía a más de diez kilómetros, en una zona desértica e inhabitable.

—¿Entonces qué es este blip?

—Yo no veo ningún blip, soldado —respondió Hoox.

—Es cierto, señor —dijo el soldado—, yo tampoco. Lamento haberle molestado, muchas gracias.

El soldado creía que Hoox estaba ocultándole información de alto secreto, pero en realidad el almirante no había visto el destello en la pantalla. Mejor dicho, sus ojos lo habían visto, pero su cerebro no lo había registrado. El emisor del blip se había encargado de ello.

Fin del segundo capítulo

CAPÍTULO TERCERO: EL MISTERIO DE SANUI

Sanui avanzó, ocultándose constantemente en las sombras, a través de la base imperial. El complejo en cuestión era un edificio extremadamente alto, claramente inspirado por la arquitectura de Nar Shaddaa. Sanui se enfrentaba aquí y allá a soldados de asalto mientras avanzaba, abatiéndoles sin dificultad, pero algo parecía extraño, algo no acababa de encajar. Era un mal presentimiento, pero para un Jedi un mal presentimiento suele ser motivo más que suficiente para que los nervios se pongan a flor de piel.

Sanui entró en un transpotubo que ascendería rápidamente hasta un nivel superior del edificio. Según los planos que le habían proporcionado, sólo habría un pasillo entre la salida del transpotubo y su objetivo, un estrecho pasillo con ventanas opacas a ambos lados… y, detrás de las ventanas, los vehículos flotantes de Hoox, preparados para abrir fuego si detectaban algo fuera de lo normal.

Cuando el transpotubo se abrió para revelar a una persona desconocida y claramente no autorizada, los dos soldados de asalto de guardia abrieron fuego, pero Sanui, con el sable ya encendido, avanzó dando vueltas y se encargó de los soldados sin dificultad.

La puerta del laboratorio estaba cerrada, pero eso no iba a detener a Sanui. Se acercó a ella, mientras se concentraba en los engranajes para la apertura de emergencia y en un momento se abrió por completo.

Dentro del laboratorio sólo se movían unos droides de mantenimiento. Sanui los cortó en pedacitos con su sable y accedió a un armario lleno de cajones. Se acercó a una consola y tecleó un número y una clave. Sus ojos verdes mostraban preocupación: Si la clave que le habían proporcionado fallase…

Automáticamente, uno de los cajones se abrió emitiendo un característico ruidito. Sanui se acercó al cajón; demasiado alto para que viese el interior, pero no para que metiese la mano y sacase su contenido.

La mano de Sanui casi se hiela al meter la mano; el contenido estaba congelado en carbonita. Tenía forma cilíndrica. Sanui lo sacó por fin y lo miró.

Efectivamente, era un cilindro, de no más de treinta centímetros de altura y cinco de diámetro. Sanui no esperaba que estuviese tan frío, pero daba lo mismo:

Tendría que llevarlo oculto entre los pliegues de su capa.

—¿A dónde crees que vas?

Sanui se giró hacia la puerta. Allí estaba, con su uniforme imperial, el último hombre al que esperaba ver.

Con su rostro debatiéndose entre el odio y el desprecio, y su sable de luz encendido y listo para el combate, el almirante Hoox en persona.

—No tenemos porqué luchar —dijo Hoox—. Deja eso que has cogido donde estaba, y después hablaremos sobre Ashla. Si no, acabaré contigo. No me obligues a destruirte.

Sanui miró a su alrededor y sopesó sus opciones. El laboratorio era demasiado pequeño, y sobre todo no tenía ventanas. Las paredes exteriores eran demasiado gruesas para romperlas fácilmente con el sable. Hoox cubría la única salida.

Sanui encendió su sable violeta, entrecerrando sus ojos.

—De un modo u otro, esto terminará esta noche —dijo un satisfecho Hoox que reprimía su sonreír.

Sanui se lanzó, una nube informe de ropas, contra su rival, su sable de luz dispuesto a dar un golpe mortal, pero Hoox levantó su propia arma y detuvo el ataque, haciendo una finta especial para atacar a su vez a Sanui.

Sanui detuvo el ataque de Hoox, y llevó a cabo la misma finta después de la parada, pero Hoox estaba preparado.

El combate empezaba a acercarse demasiado; apenas unos centímetros separaban a los dos contendientes, y Hoox miraba con atención los ojos de Sanui, la única parte de su cuerpo que ya conocía.

Sanui retrocedió de pronto, desconcertando a un Hoox que no se lo esperaba. El amasijo de ropas y Fuerza estaba en la pared del fondo y, cuando Hoox fue a reanudar la lucha, saltó por encima de su rival y llegó hasta la puerta. Echó a correr.

—No irá a ninguna parte —pensó Hoox—. Tengo el edificio rodeado.

Pero Sanui no corría hacia el transpotubo. Cuando llegó a una de las ventanas, la atravesó de un salto, haciendo añicos un cristal supuestamente irrompible.

—¡Estamos en el nivel noventa y tres! —pensó Hoox, mientras corría al lugar por donde había desaparecido Sanui. Lo que vio le sorprendió, pero no le asombró.

Sanui había alcanzado, de un solo salto, uno de los hoverexploradores Mekuun SA5 que Hoox utilizaba para rodear el edificio. Había cuatro tripulantes y seis soldados de asalto a bordo, pero Hoox no dudaba que ése que estaba cayendo ahora era el último.

Sanui debía tener mucho valor para intentar pilotar sin ayuda un vehículo que exige cuatro tripulantes, pensaba Hoox mientras su némesis apuntaba el cañón bláster pesado del SA5 hacia la posición de Hoox. El almirante comprendió lo que estaba sucediendo al ver girar el arma y, asustado, arqueó drásticamente sus cejas.

Cuando el láser carmesí surcó los pocos metros que separaban el SA5 de Hoox, éste tenía su sable de luz levantado y estaba confiando en la Fuerza para sobrevivir al impacto. El láser fue deflectado y devuelto a su emisor, el SA5, ante la sorpresa de Sanui. Mientras tanto, un almirante Hoox relativamente indemne (excepto por la mano que había sostenido el sable) salía despedido por otra ventana, gritando y volando de espaldas.

Afortunadamente, el retroceso no fue excesivo y, combinando esto con las piruetas acrobáticas de Hoox, al cabo de unas pocas decenas de metros pudo aterrizar con más pena que gloria en la azotea de un edificio cercano un poco más bajo que la base. Hoox recuperó el aliento, y echó a correr de nuevo en la dirección por donde había venido. Un nuevo salto le devolvería al pasillo de donde había salido, por la misma ventana rota.

Un error de cálculo hizo que atravesase una ventana diferente, y la rompiese en el proceso. Lleno de cortes y magulladuras superficiales, que le dolían bastante menos que los dedos de su mano, Hoox se acercó al lugar donde estaba el SA5.

El SA5 caía a la deriva, dejando un rastro de humo, pero en su interior Sanui aún intentaba controlar el vehículo.

Aún no podía saltar, pero no tardaría en encontrar una salida.

Hoox hizo gestos a otro SA5 para que se acercase.

Sanui hacía lo imposible para manejar unos mandos que estaban claramente atascados. Ya se había asegurado de que el SA5 no caería en una zona poblada, pero precisamente por eso no había nada allí para amortiguar el golpe. El miedo invadía su corazón, pero entonces recordó las palabras de su sabio maestro sobre el miedo. El miedo conduce al lado oscuro, y todo eso. Piensa, Sanui, usa la cabeza, se repetía.

Mekuun no era una empresa de aficionados. Debía haber una medida de seguridad para los tripulantes en caso de que esto sucediese.

Y entonces, Sanui se giró y vio lo que necesitaba.

Retropropulsores.

—Justo a tiempo —pensó Sanui, sonriendo.

Este nuevo modelo, a diferencia de otros como el Mitrinomon Z-6, no tenía unos escapes tan peligrosos, si bien sacrificaba buena parte de la movilidad. Sanui no tenía demasiada habilidad con los retropropulsores, pero no esperaba problemas. Se puso el retropropulsor bajo la capa y saltó del SA5 condenado.

Mientras miraba al hoverexplorador caer agonizante hacia una explosión segura, la Fuerza le advirtió que mirase hacia otro lado. Sanui hizo caso a su presentimiento y se giró.

Allí, a más de doscientos pies de altura, se encontraba Hoox, también con un retropropulsor a su espalda. Con el sable ya encendido, y dispuesto a continuar la lucha.

Sanui bajó la mirada hacia donde debería estar el suelo, y activó de nuevo su arma. Comprendió que Hoox no le permitiría escapar, y que tendría que matarlo.

Hoox usó la Fuerza para girar telekinéticamente la ruedecita de su retropropulsor, y voló contra Sanui como una bala de cañón. Sanui, víctima de su propio miedo, intentó frenar el ataque con su propio sable. No contaba con que esta maniobra se basa en hacer fuerza con los pies sobre el suelo, un suelo que ya no estaba a sus pies. El golpe de Hoox hizo que Sanui empezase a caer, sin un punto de equilibrio.

Ni Sanui ni Hoox eran duchos en usar sus sables de luz a doscientos pies de altura, pero una vez más, ¿quién lo era?

¿Cuántos precedentes había de duelos en estas condiciones?

Ambos se veían en la obligación de improvisar.

Cuando Hoox se acercó de nuevo a Sanui, cubriendo parcialmente una fuente de iluminación artificial, Sanui movió su mano hacia él con los dedos extendidos. Hoox, que tampoco tenía un punto de apoyo en el aire, giró sobre sí mismo como una peonza. ¡No había esperado que Sanui usase la Fuerza contra él!

El almirante no tardó en recuperarse, y en cuanto tomó consciencia de dónde estaba el suelo, miró a Sanui con odio. Cada uno de los luchadores voló a altas velocidades.

Los ojos de Sanui estaban entornados mientras se acercaban a Hoox. Éste, por su parte, rugía algo incomprensible como un guerrero bárbaro, espada en alto. La colisión de ambos tuvo lugar únicamente en el choque de sus sables, centelleando con mortíferas chispas, pero ninguno de los dos cedió terreno.

Sin embargo, Sanui esperaba que Hoox estuviese cegado por el odio, incapaz de razonar como se debe en combate. No era así. Hoox giró para seguir de cerca a Sanui en vez de continuar en línea recta. Cuando Sanui se dio cuenta, empezó a acelerar su retropropulsor, pero su enemigo puso su cuerpo en línea recta mientras le daba más velocidad al suyo.

Hoox había practicado con ese modelo de retropropulsor, y conocía sus prestaciones y sus límites, mientras que Sanui temía forzar el suyo mientras intentaba aterrizar lo antes posible. Se habían alejado tanto de la ciudad que probablemente los árboles que había por allí le sirviesen de ayuda…

El suelo empezaba a estar cerca, pensaba Hoox. Dentro de unas fracciones de segundo, estará tan cerca que Sanui no podrá remontar. Sin embargo, Hoox sí que podría. El imperial se concentró en las correas que unían el retropropulsor al torso de Sanui, ocultas bajo su capa a la vista pero no a la Fuerza, y utilizó la telekinesis para desabrocharlas.

Sanui perdió el equilibrio mientras el jetpack dejaba de obedecer sus instrucciones. Los árboles se acercaron mucho más rápido de lo que debían, y Sanui chocó más que aterrizar. Diversas ramas y pequeños vegetales y piedras volaron como efecto primario de esto; las bestias nativas huyeron asustadas.

Sanui había sufrido varios golpes de intensidad variable, pero utilizó la Fuerza como le había enseñado el maestro Ashla para ignorar los efectos del dolor. Seguía sangrando por varios puntos, y seguramente tendría más de un hueso roto, pero aún debía escapar.

Hoox aterrizó sin dificultad justo a su lado.

—Jamás te perdonaré esos cruceros que destruiste en órbita a Lahsbane —dijo el imperial.

Sanui se levantó como pudo; su antaño inmaculada capa color morado oscuro estaba manchada de tierra, mientras que Hoox aún estaba impecable. Hora de arreglar esto, pensó Sanui. Movió rápidamente su sable y, de un solo golpe, taló un árbol centenario para que cayese sobre Hoox. Éste no pudo apartarse a tiempo. Sanui comprendía que las heridas que sufriese Hoox serían superficiales en el mejor de los casos, pero mientras salía de ahí, tendría tiempo de tomarse un respiro.

Hoox salió del árbol con ligeras magulladuras y un pequeño golpe en la mejilla, bajo el ojo. Sanui había tenido más suerte de la que esperaba, y en vez de tirarle encima unas delgadas ramas, le había tirado encima el grueso tronco.

Claro que también le había enfadado.

Los sables chocaban con más habilidad de la que habían visto los combates de este tipo en más de un siglo, con movimientos veloces cual la luz que les daba nombre.

Algunos representantes de la fauna nativa, superada la sorpresa inicial, se acercaban y se sentaban pacientemente encima de troncos y rocas a admirar lo que ojos humanos no ven en siglos. Hoox giró sobre sus talones para intentar dar una estocada mortal que decapitase a Sanui. Era un ataque arriesgado porque uno quedaba desprotegido durante mucho tiempo, pero si tenía éxito representaba el fin del combate.

No lo tuvo: Sanui lo vio venir y levantó su sable para pararlo. Hizo un gesto burlón con una de sus cejas antes de intentar atacar de nuevo, y se reanudó la lucha habitual en que ninguno de los dos pedía cuartel, y ninguno lo daba.

Sanui comprendió que Hoox era su igual, si no su superior, y que no podía esperar vencerle con métodos tradicionales.

Por eso intentó emular el ataque decapitador de Hoox, girando sobre sus talones.

¡Era la oportunidad que Hoox estaba esperando! Él no había creído que fuese a pillar a Sanui cuando lo hizo, sino que sólo esperaba darle la idea de repetirlo, una idea que Sanui aprovechó, quedando al descubierto. Hoox le atacó y le hundió el sable de luz en el esternón.

Sanui se dio cuenta de que la estocada había sido mortal, de que había fallado. Intentó escupir sangre, pero su máscara no se lo permitía, y ahora estaba ahogándose. Cayó de rodillas, mirando con miedo a Hoox.

Él se acercó a la imagen de indefensión que era Sanui, e introdujo sus dedos bajo la máscara.

—Veamos por fin quién o qué eres —dijo Hoox, sonriendo.

Tomó impulso para bajarle la máscara de un golpe.

—Almirante —dijo una voz—. Almirante, por favor. Ordenó que le despertásemos en cuanto llegásemos al sistema Gadamar.

El almirante Hoox abrió los ojos de par en par. Ni una legaña sugería que hubiese estado durmiendo, ni una ojera que no lo había hecho en varios días. Lo único que había en sus ojos era el odio hacia Sanui, hacia Ashla…

—Gracias, capitán Tryskho —dijo Hoox. No podía culparle por haber interrumpido su sueño obedeciendo sus órdenes.

Además, de todas maneras, seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que él estuviese realmente en esa situación…

El caos en el crucero *Noche* aún no se había arreglado del todo, aunque las partes de la nave dañadas sí estaban identificadas y aisladas. El problema informático causado por Sanui había dañado gravemente todos los sistemas de la nave, unos más que otros. No obstante su reparación sería posible aunque costosa sin destruir la nave, como descubriría el técnico de grado doce de la plantilla personal de Hoox, el cíborg llamado Nokeis. El *Noche* estaría fuera de la circulación durante bastante tiempo.

Más preocupante era la cuestión del capitán Brolard.

Temeroso del castigo de Hoox, se había suicidado con un bláster. Eso dejaba vacante un puesto de capitán en un crucero interdictor. El segundo de Brolard, el teniente Taiar, había tomado el mando mientras esperaba nuevas órdenes. Hoox no quería dejar el *Noche* bajo el mando de Taiar. Había demostrado lealtad, pero no iniciativa.

Además, Taiar era muy ambicioso si quería el puesto de su comandante. Era también demasiado joven, y dudaba que el resto de oficiales del *Noche* lo respetasen. Por otra parte, traer a un completo desconocido para cubrir el puesto de Brolard tampoco sería algo que la tripulación fuese a ver con buenos ojos.

—Cal Dainsom —dijo Hoox.

—Sí, señor —respondió Tryskho.

—¿Señor? —preguntó Taiar.

—El teniente Dainsom —explicó Hoox— es el sustituto que he elegido para Brolard. Será informado y vendrá aquí de inmediato a tomar posesión de su cargo.

Dainsom era un héroe de guerra que había logrado tomar el sistema Mn'ust sin bajas civiles ni militares, al mando de sólo un escuadrón de cazas mientras el destructor al que pertenecían estaba haciendo reparaciones. Esto le había valido una gran popularidad entre las tropas, y Hoox buscaba la oportunidad de darle un ascenso. Planeaba nombrarle capitán del primer crucero que saliese de sus astilleros, pero esto era mejor.

—Pero, señor —protestó Taiar—. Con el debido respeto, he tomado el mando desde la muerte de Brolard y no he cometido ningún…

Hoox extendió su mano hacia adelante y presionó sus dedos contra la frente de Taiar. El joven teniente sintió cómo el miedo le invadía mientras los ojos de Hoox parecían perforarle el alma.

El almirante soltó la cabeza de Taiar, que cayó al suelo sobre sus posaderas. Hoox le señaló con el dedo mientras profería una orden.

—¡Soldados, arresten a este hombre!

—Sí, señor —dijo un sargento con su impecable armadura blanca—. ¿Bajo qué cargos?

—El asesinato del capitán Brolard —dijo Hoox—. Has sido muy inteligente al golpear cuando la bitácora computerizada del crucero no estaba registrando lo que sucedía en el camarote. Pero eso no te protege de los poderes de la Fuerza.

El almirante había vuelto a su nave insignia, y estaba sentado pacientemente en su camarote mientras esperaba que entrase alguien…

—Puerta —dijo Hoox en voz alta. La puerta se abrió y al otro lado estaba el cíborg, Nokeis, que no había tenido tiempo de llamar ni anunciar su presencia. Comprendió que Hoox había estado monitoreando el pasillo, aunque fuese con esa incomprensible habilidad suya.

—Pase —dijo Hoox.

—Almirante Hoox —dijo Nokeis—, quisiera expresarle mi felicitación por su labor de investigación en el homicidio de Brol…

—Deje de darme coba, Nokeis —dijo Hoox—. ¿Tiene la bitácora del sabotaje al *Noche*?

—Sí, señor —dijo Nokeis—. Procedo a programarla en su base de datos personal.

Ante la atenta mirada de Hoox, Nokeis se acercó a un ordenador. Se sacó uno de sus ojos, que no era un globo sino apenas la mitad de uno, y además hueco. Detrás del falso ojo había un agujero para introducir un cable, y Nokeis se introdujo uno de los cables del ordenador para enviar los datos al disco duro. El proceso entero tardó apenas unos segundos, después de los cuales Nokeis se sacó el cable, recogió su ojo y dejó todo como estaba.

—Muchas gracias, Nokeis —dijo Hoox—. Puede retirarse.

—Sí, señor —respondió Nokeis—. ¿Va a volver a revisar todos los datos que tenemos sobre Sanui?

Hoox le dedicó una mirada a Nokeis que hizo comprender al cíborg varias cosas: Que el almirante haría lo que quisiese, que no había sido de mucho tacto hacer esa pregunta… y que la respuesta era afirmativa.

Nokeis se retiró, dejando a Hoox sólo con su proyector holográfico. La puerta se cerró automáticamente.

El almirante se acercó al proyector y presionó un botón.

Ante él tenía lugar, en tres dimensiones y color azul, la escena del enfrentamiento entre Sanui y los soldados de asalto a bordo del crucero interdictor *Noche*.

Sanui se movía con velocidad, deflectando los disparos de los soldados, saltando sobre ellos, usando la Fuerza contra un teniente… Sus ojos no se perdían un detalle de esto.

—Está usando el mismo patrón de ataque que usó en Lafra —pensaba Hoox.

El holograma de Sanui volvió a entrar en su carguero gthroc y escapó. La imagen cambió para mostrar el carguero en el espacio y, de pronto, se apagó.

—¿Esto es todo? —dijo Hoox en voz alta—. ¿No hay nada más?

Aparecieron letras holográficas que mostraban un texto escrito por Nokeis. Según explicaba, a partir de este momento, la bitácora de la nave ya no funcionaba. Sanui se había asegurado de eso: Ahora no podían siquiera aproximar su vector hiperespacial.

Es decir, pensaba Hoox, si se utilizaba tecnología para ello.

—Eres lo único que tengo para encontrar el escondite de Ashla, Sanui.

Hoox accedió a un directorio en su computadora para ver los hologramas e imágenes disponibles de Sanui. Muchos menos de los que a él le hubiesen gustado, pero ésa era una de las principales ventajas de Sanui: Lo poco que Hoox sabía.

—Hay algo que estoy pasando por alto, algo que debería considerar. ¿Pero qué? ¿Qué?

Normalmente, eran apenas unos instantes que mostraban cómo corría por un pasillo hasta desaparecer, y después se activaba alguna alarma. Pero todas y cada una de las veces entraba sabiendo bien por dónde iba, y sabiendo por dónde iba a salir.

Hoox había revisado una y mil veces aquel material, y estaba seguro de que podría reconocer a Sanui sin su disfraz. Los movimientos característicos al caminar, o al moverse. La altura, el peso…

Pero, quienquiera que fuese, no figuraba en los censos.

Estaba claro que Sanui había eliminado todas las referencias a su persona, tanto en su propia ficha (destruida), como en las de las personas que estaban relacionadas, claramente modificadas. No había unos padres de Sanui, ni nadie que supiese nada al respecto. No oficialmente, al menos.

—¿Quién eres, Sanui?

Hoox revisó una grabación que podríamos considerar su favorita. Normalmente, Sanui no desactivaba las cámaras y grabadoras a menos que fuese estrictamente necesario. Con una ruta de huida tan bien planeada, estaría más allá del alcance de los soldados antes de que éstos pudiesen siquiera partir hacia su posición actual.

Pero esa vez algo falló. Hoox nunca supo de qué se trataba, pero una cámara de seguridad bidimensional consiguió captar una imagen del rostro enmascarado de Sanui. La única que Hoox tenía, la imagen que le atormentaba día y noche.

Esa vez, Sanui no logró sabotear el panel que tenía delante. Habría tardado un par de minutos, pero en aquel momento, un par de minutos eran demasiados. Tomó su sable de luz y destrozó la cámara. La señal se perdió, por supuesto.

Hoox volvió a pasar la grabación. Tenía que volver a ver esa imagen, perderse en ella.

La capucha violácea oscura cubría su cabeza, normalmente ocultando su rostro bajo un millón de sombras, pero la cámara iluminó el rostro de Sanui por un momento.

Desgraciadamente, desde debajo de los ojos, su rostro estaba cubierto por una máscara del mismo color que el resto de su ropa. No se le veía un solo mechón de cabello, pero eso probablemente era porque estuviese oculto.

Hoox sólo tenía el color de su piel y el de sus ojos. La piel no era lo bastante significativa: Pigmentación rosada clara. Probablemente un humano. Sin pecas u otras señas particulares visibles.

Pero esos ojos, los que ofuscaban a Hoox, esos ojos que había estudiado tantas veces… Ovalados, color verde, con pigmentos más claros cerca del iris. Obsesionado como estaba y habiendo visto las mismas grabaciones un millón de veces Hoox podría identificarlos en cualquier lugar.

Entrecerró sus propios ojos mientras no los alejaba de la imagen, y les habló.

—Tarde o temprano nos veremos las caras.

Fin del tercer capítulo

CAPÍTULO CUARTO: HALKIAS

El sistema Gadamar sólo tenía un planeta habitable. En el pasado alli hubo una central de energía quárkica en el planeta, generando energía para la industria, lo cual a su vez generaba mucho empleo y provocó una cantidad de inmigración que favoreció la economía planetaria.

La central acabó demostrando ser un peligro. Nadie había tomado las medidas de seguridad necesarias a la hora de construirla, y al final hubo fugas de radiaciones, hasta que en una explosión murieron seis personas y otras treinta resultaron heridas de gravedad. Los ciudadanos iniciaron una protesta y la central acabó cerrándose, poco después de que Hoox llegase al mando en el sector.

Pero, sin la central de energía quárkica, la industria no pudo mantenerse y hubo que cerrar un montón de fábricas. La economía gadamariana sufrió un duro golpe, y empezó a abundar el desempleo entre un montón de ciudadanos de diversas razas que no podían pagarse el billete para salir del planeta.

En cuanto los ciudadanos estuvieron lo bastante desesperados, el planeta cayó bajo el control de los criminales. Los hutts intentaron afianzar su poder allí y convertir Gadamar en su punto clave en el sector Junagadh, sólo para descubrir que Hoox no estaba dispuesto a regalarles un planeta.

Los hutts estaban confusos. Gadamar no tenía ningún tipo de importancia para Hoox: No tenía importancia geoespacial ni riquezas aprovechables. Estaba muy alejado del núcleo del sector, demasiado como para malgastar costosos recursos protegiéndolo. Con el bajo índice de empleo, no tenía sentido declarar toque de queda ni ley marcial, pero Hoox les dejó bastante claro a los hutts que lo haría si el índice de criminalidad superaba un límite razonable.

Al mismo tiempo, los hutts habían invertido ya demasiado capital en el planeta cuando se enteraron de eso, y no querían que engrosase su cuenta de gastos. Intentaron forzar el límite razonable, permitiendo que la tasa de crimen ascendiese hasta rozar la cifra establecida, y además controlar desde Gadamar delitos que sucediesen en otros sistemas.

Hoox reforzó la vigilancia en Gadamar y estableció una potente guarnición de soldados en respuesta. «Te tengo en el punto de mira, babosa hipertrofiada», parecía decir.

«Dame una excusa para soltar a las tropas. Alégrame el día».

Por entonces, los ciudadanos empezaron a comprender que iban a acabar en medio de una guerra. Un buen porcentaje ya estaba trabajando para los hutts, pero otros pidieron una armadura blanca de dieciocho piezas.

Los hutts se arriesgaron a realizar un movimiento agresivo, y llevaron a cabo más actividad criminal, encubierta, para mofarse de Hoox. Esperaban que Hoox no

descubriese estos nuevos delitos, y aunque lo hiciese, ellos siempre podrían alegar ignorancia.

Hoox simplemente respondió a esto con una sonrisa, y ofreció una generosa cantidad de ventajas fiscales al Gremio de Cazarrecompensas si ponían una importante sede en Gadamar.

El Gremio estaba controlado por un cazarrecompensas conocido por sus colaboraciones con el Imperio, así que no hubo mucha dificultad. Antes de que los soldados de asalto pudiesen protestar demasiado, Hoox reubicó a la mayoría en otros sistemas donde fuesen más necesarios y dejó sólo una guarnición simbólica. Al mismo tiempo, se animaba a los civiles para que se uniesen al ejército.

En cuanto Hoox ofreciese una recompensa por cada tipo de delito, el Gremio de Cazarrecompensas se encargaría de mantener el orden en Gadamar. Además, los cazarrecompensas que no perteneciesen al Gremio también recibirían beneficios si se asentaban en Gadamar.

Los hutts intentaron contraatacar, pero fracasaron y Radon el Hutt fue entregado al Imperio por un cazarrecompensas blindado a cambio de la mitad de la recompensa ofrecida por un criminal Hutt vivo.

Este tira y afloja entre el gobierno y los criminales se había estado manteniendo en Gadamar durante los últimos años. El planeta estaba cubierto de delincuentes y mercenarios, atraídos ambos por la promesa de dinero fácil, por lo relajados que están los procedimientos, y por la buena bebida que ofrecen las cantinas.

Sanui apuró su vaso y, rápidamente, se volvió a poner la máscara antes de que nadie pudiese ver su cara. Se estaba arriesgando tal vez demasiado, pero realmente necesitaba hacer una parada. No podía asegurar que el Imperio no tuviese su vector hiperespacial, así que tendría que hacer varios «saltos». Ir directamente al escondite secreto de Ashla sería arriesgarse a que localizasen al maestro.

No era el único motivo por el que tenía que parar en Gadamar. Su carguero había sido gravemente dañado en el combate contra el Interdictor. El hiperespacio, por una vez, estaba bien, pero el soporte vital fallaba. Sanui había tenido que elegir un sistema próximo, Gadamar, y se había puesto en animación suspendida utilizando un truco Jedi, o el aire no le habría llegado. Tardó apenas un par de días en llegar a Gadamar, y para entonces el oxígeno era demasiado escaso; en cuanto estuvo en la atmósfera del planeta, antes de aterrizar, abrió la escotilla para que entrase aire.

Sanui depositó unas monedas en la barra del bar del puerto espacial, y se alejó. Era consciente de que sus conocimientos técnicos no bastaban para arreglar su astronave, y movilizar un cuerpo de técnicos era llamar la atención. No, necesitaba parchear una solución provisional.

Si conseguía suficientes suministros de aire y agua, podría volver al escondite de Ashla con vida.

Y Gadamar era el lugar perfecto para conseguirlos. Los hutts, por pura cabezonería, seguían intentando utilizar el planeta como parada para sus contrabandistas, y a menudo

los cazarrecompensas pillaban a los contrabandistas, los entregaban no necesariamente vivos, y vendían las mercancías y las piezas de los cargueros a los delincuentes para sacar un sobresueldo.

Bastaba con encontrar a alguien que se moviese en esos entornos.

Sanui sonrió mientras caminaba por los pasillos de la zona de hangares.

Estaban llenos de cazarrecompensas, delincuentes y gentes de peor vivir. Pudo oír fragmentos de conversaciones:

—… ya me han hablado de él, es algo asombroso… —dijo un ishi tib a su amigo duros.

—… como me entere de que te has pasado con ella… —dijo un gran a su acompañante dug.

—… riolaich hai ze koakudjoa noo… —dijo un snivviano en huttés a su colega rodiano.

—… ¿Te has enterado? ¡Rougem está en Kerritt! —dijo un kadas'sa'nikto a su compatriota kajain'sa'nikto.

—… me avisarás en cuanto detectes algo fuera de lo… —dijo un humano a su androide.

—… —dijo un weequay a su compañero de raza weequay.

Sanui se dio cuenta de que los weequay, discretos como son, habían notado su presencia y no hablarían delante de alguien que no fuera de su raza y, sonriendo bajo su máscara, aceleró un poco el paso. Salió de la zona de hangares y llegó a lo que era la ciudad.

Nadie le prestó la más mínima atención. El kadas'sa'nikto estaba mirando por la ventana y hacía señales al kajain'sa'nikto. El nikto verde presionó unos botones en el marco de la ventana para que ésta hiciese un zoom sobre una zona.

Un vehículo de combate con cobertura especial polarizada frenaba justo al otro lado de la ventana. La puerta subió, entrando en el techo. Un pie enfundado en una bota salió del vehículo. Después sacó el resto del cuerpo.

Era un hombre muy alto que usaba una gabardina para cubrir su cuerpo… y el verdadero arsenal que lleva encima, del cual sólo los forenses de sus víctimas podían dar fe. Un visor oscuro cubría completamente sus ojos, de modo que nadie sabía hacia dónde estaba mirando. También tapaba su cabeza con un sombrero, con lo que cubría sus orejas puntiagudas.

El aspecto inicial que daba era el de un ser humano bastante pálido, como si su rostro hubiese estado cubierto por una máscara la mayor parte del tiempo. Tenía un inicio de bigote y perilla, no demasiado cuidado. En cuanto salió, la puerta del vehículo se cerró automáticamente, y él empezó a caminar. Caminaba sin ninguna prisa, como si hubiese cronometrado el tiempo que necesita para llegar a su destino. Eran esos pasos que da alguien completamente seguro de sí mismo, alguien que se sabe capaz de comerse la galaxia, y que ya lo ha demostrado. Pasos de tranquilidad, que en menos de un latido podían convertirse en un blanco demasiado rápido para darle con un bláster.

Rougem. Cazador de recompensas. Treinta y nueve capturas.

Tres de ellos vivos.

La verdad es que la ciudad de Kerritt no había cambiado mucho desde la última vez que Sanui había estado allí. El lugar no se parecía mucho a los puertos espaciales de contrabandistas como Mos Eisley; más bien se parecía a un campo de pruebas de armamento. Las paredes, extremadamente gruesas y resistentes, tenían las marcas de los disparos de blásters, y de vez en cuando se veían claramente manchas de sangre y de otros fluidos orgánicos menos agradables. Sanui pudo ver, al lado de una esquina cubierta por las sombras, el cadáver de un alienígena que había sido un cíborg una vez. Le habían despojado de todas sus pertenencias, armamento, blindaje, implantes cibernéticos… Su rostro desfigurado parecía mostrar la sonrisa putrefacta de un esqueleto robótico. Sanui reprimió un escalofrío al pasar a su lado, y no quiso mirar hacia atrás cuando sintió que el cadáver parpadeaba. Siguió caminando.

Y, de pronto, a sus espaldas, en la esquina cubierta por sombras al lado del cadáver, dos inquietantes ojos parpadearon con luz roja. Era una criatura capaz de absorber la luz normal, que no parecía sino una de las sombras que le rodeaban. Era un cazarrecompensas defel el que estaba siguiendo a Sanui.

Los defel se enorgullecían de poder seguir a cualquiera sin ser vistos.

Cuando Sanui atravesó la puerta de un domicilio particular, el defel corrió en busca de refuerzos.

Sanui llegó a la puerta de un domicilio particular, introdujo una contraseña en las teclas numéricas del cerrojo y entró para estar en un brevísimo pasillo con una puerta al otro extremo. Finísimos rayos láser cubrieron a Sanui de la cabeza a los pies, hasta que se encendió una luz verde: El sistema de detección de la entrada había identificado a Sanui como «no intruso».

Sanui avanzó hacia la nueva puerta, que pasaba a estar abierta. Daba a una habitación que se parecía bastante al el exterior; el ocupante no se dedicaba a la limpieza desde hacía bastante tiempo. Por ejemplo, desde antes de que Sanui le conociese. Había terminales de computadores por diversos lugares, sin ningún tipo de orden ni concierto, una mesa debajo de uno de los terminales, y una silla repulsora que chirriaba y que jamás había sido arreglada.

Un colchón en el suelo era la única y espartana cama. Las paredes no estaban precisamente limpias, pero ojalá lo hubiesen estado. El suelo estaba lleno de porquería y, cuando Sanui quiso darse cuenta, había pisado un trozo de comida.

El habitante de la susodicha pocilga surgió de otra habitación. Era un hombre más alto que Sanui, delgado, atractivo, y no muy fuerte. Vestía de negro con un traje de cuello alto y, aunque el traje no era especialmente elegante, él lo llevaba con distinción y estilo. Sobre sus ojos llevaba un visor de una sola pieza que rodeaba su cabeza para proteger su frágil vista de humano de las constantes horas delante de un monitor de ordenador. Tenía el cabello rubio y corto. Parecía un poco irónico que alguien que cuidaba tanto su aspecto físico viviese en semejante cuchitril.

El hombre miró a Sanui.

—Me asombra tu gran habilidad para meterte en líos —le dijo.

—Yo también te echaba de menos, Halkias —respondió Sanui.

Su voz estaba un poco deformada por el pedazo de tela que cubría su rostro.

—Hoox acaba de poner precio a tu cabeza —dijo Halkias—. Veinte de los grandes, que no sé de dónde los piensa sacar, por una pista que conduzca a tu paradero. Imagínate cuánto por tu pellejo.

—Era de esperar —sonrió Sanui.

—Este planeta es peligroso. Hay demasiada corrupción.

Muchos cazarrecompensas vienen por aquí en busca de empleo.

Se dice que Rougem está en Mos Kerritt.

—¿Rougem? —dijo Sanui—. No le conozco. ¿Quién es?

—Aquí no corres peligro —dijo Halkias—. Puedes quedarte el tiempo que necesites, ya lo sabes.

—No… —dijo Sanui—. Tengo un mal presentimiento.

—Qué sorpresa —ironizó Halkias—. Dondequiera que vas, no tardan en llegar los problemas.

—Necesito aire y agua para el viaje de vuelta —dijo Sanui—. ¿Puedes ayudarme?

Halkias miró hacia el techo, preguntándose porqué lo hacía. Entonces recordó qué le debía la vida más de una vez a Sanui. Por supuesto, recordó también que éste no era el primer favor que hacía a Sanui para devolvérsela, y que su vida era mucho más complicada desde entonces. Pero qué diablos, hay cosas que no se pueden hacer, gente a la que no se puede dejar en la estacada.

Halkias se sentó delante de un terminal y tecleó durante unos segundos. Espero unos cuantos segundos más y volvió a teclear.

Mientras, Sanui se apoyó en un procesador y oyó un gritito muy agudo a su derecha. De detrás del procesador surgió un inmenso bicho parecido en parte a una araña y en parte a un escorpión.

—¡¡¡Hal, oye, que aquí tienes una saks!!!

—¡Déjala! ¡Es mi mascota! —dijo Hal riéndose mientras no levantaba la vista de su monitor—. Va a tener familia dentro de poco en el interior de ese procesador sobre el que te acabas de apoyar. Estás invadiendo su hábitat.

—Pero Hal —dijo Sanui—, que estos bichos son muy venenosos…

—Ja, ja, ja… —rió Halkias—. Tenemos un trato. Yo no me meto en su terreno y ella no me muerde.

Halkias sonrió al ver los ojos que ponía Sanui.

—Mira que eres raro —dijo Sanui con resignación y apartándose del bicho, que ya empezaba a ponerse en plan de morder. Mientras, Hakias ya había conseguido los datos necesarios.

—Escucha, a unos doscientos metros de aquí, en un almacén con aspecto destartalado, hay un cargamento de piezas de astronave, incluyendo equipo de mantenimiento vital…

—No tengo tiempo de hacer las reparaciones —dijo Sanui—. Debo salir del planeta de inmediato.

—Es tu funeral —dijo Halkias—. A ver dónde hay suministros de oxígeno y agua… Un poco más lejos hay otro almacén.

Tendrás que dar un rodeo, te sugiero que consigas un speeder.

De pronto, se oyó una alarma viniendo de la puerta.

—Escóndete —dijo Halkias—, voy a averiguar quién es.

Halkias comprobó quién estaba en la puerta. Era un pequeño cazarrecompensas con aspecto de novato.

—Sabemos —dijo el cazador— que ahí dentro hay un criminal buscado en varios sistemas. Esto es una redada. Abre o usaré la fuerza.

La comunicación era unidireccional, así que Halkias podía hablar sin que el cazarrecompensas lo oyese.

—Ha dicho «sabemos» —dijo Halkias.

Sanui asintió con la cabeza, cruzando los brazos.

—De un momento a otro… —siguió el pirata informático, esperando lo que tenía que suceder.

En ese instante, una explosión voló una de las paredes laterales del domicilio de Halkias. Al otro lado había dos cazarrecompensas, uno especialmente grande y musculoso de una especie alienígena que Sanui no conocía, y otro más pequeño que llevaba una armadura de combate y un arma. El gigante rugió algo en lo que debía ser su idioma.

Una torreta láser oculta bajo una pila de basura cobró vida de repente, se levantó, se giró hacia el lugar donde estaba el agujero, y abrió fuego. El gigante resultó impactado una vez, mientras que el blindado esquivaba el disparo y disparaba a su vez contra la torreta. El arma secreta de Halkias se estropeó por el disparo, pero ya había eliminado buena parte del factor sorpresa con que los cazarrecompensas creían contar.

El despacho-dormitorio de Halkias no era muy grande, pero Sanui ya había estado allí varias veces. Con el sable encendido, saltó contra una pared, rebotó en ella y se lanzó de frente hacia el gigante, pareciendo volar. El gigante, que seguía aturdido por el impacto, no logró esquivar esa mancha de tela morada y cayó hacia un lado, encima de algunos de los equipos de hardware de Halkias.

Mientras tanto, el cazarrecompensas blindado disparaba varias veces contra Sanui y contra Halkias con una pistola bláster pesada. Sanui se movía a gran velocidad, haciendo tales acrobacias, que era casi imposible acertar. Sin embargo, Halkias recibió un impacto superficial.

Dañado y dolorido, pero consciente, Halkias intentó esconderse debajo de un montón de cajas de por allí, para observar lo que estaba sucediendo en la pelea. El gigante estaba

encima de un montón de equipo destrozado, y decidió levantar un procesador para lanzárselo a su rival. Eligió una caja de aspecto grande, e incrustó los dedos en su interior, rompiendo el metal.

Entonces, soltó un grito de dolor.

Del interior del procesador surgió la misma saks que antes había encontrado Sanui. Harta de que un montón de extraños se paseasen por su casa, la saks había decidido morder para proteger a su familia. Halkias sonrió desde su escondite mientras miraba la cara de horror que ponía el gigante, y presionó un botón transparente en su visor. El zoom le demostró que la saks había vaciado las bolsas de veneno, quedando reducida a la mitad del tamaño que tenía antes.

Eso era mucho veneno.

Mientras tanto, Sanui se enfrentaba al otro cazarrecompensas. El desconocido, a dos pasos de Sanui, observaba el sable de luz violeta girar sobre sí mismo en una manos que demostraban su maestría. Intentó apuntar con su pistola bláster pesada, pero el sable de luz cortó en dos la pistola y, una fracción de segundo después, golpeó la armadura del cazarrecompensas, rompiéndola e hiriéndole.

Sin embargo, el cazarrecompensas extrajo un vibrófilo oculto en el blindaje de su brazo, y lo usó para atacar a Sanui, logrando herir su brazo derecho. La sangre caía sobre la tela de la capa de Sanui, dirigiéndose hacia el codo.

—No lo entiendo —pensaba Halkias, escondido—. Parece como si…

El pirata informático ajustó de nuevo su visor y lo puso para ver luz ultravioleta. Ante este nuevo espectro de luz, apareció un pequeño y musculoso humanoide lupino detrás de Sanui. Era un defel, una de esas criaturas que absorben la luz y son casi invisibles.

Halkias salió de su escondite con un bláster de bolsillo en la mano y, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, disparó varias veces contra el defel. Al oír los disparos, Sanui se agachó, esquivando el ataque mortal que el espectro preparaba con sus garras, pero no pudo esquivar un nuevo golpe del cazarrecompensas blindado. Sanui cayó hacia atrás y perdió su sable al tropezar con el defel, mientras el blindado sacaba una nueva arma de fuego. Sin duda no prestaba atención a Halkias porque consideraba que un arma tan pequeña no atravesaría su armadura, y ahora el sable estaba lejos y apagado. El cazarrecompensas apuntó a Sanui, ocultando bajo su máscara una mueca de cruel satisfacción.

Sanui movió su sable de luz usando la Fuerza, lo encendió y atravesó al cazarrecompensas de un extremo a otro.

Halkias se levantó, la herida había creado una mancha carmesí sobre su ropa. Sin embargo, intentando ignorar el dolor, se acercó a los cadáveres y los registró.

—No tienen identificación de ningún tipo —dijo—. No tienen carnet de cazarrecompensas. No son cazarrecompensas.

—¿Entonces? —preguntó Sanui.

—Delincuentes comunes —dijo Halkias—. Piratas, tal vez.

—Ha habido demasiado follón —dijo Sanui, mirando a su alrededor—. Las explosiones, y eso. No tardarán en llegar las autoridades.

—Cierto —dijo Halkias.

—Puedes venir conmigo, si quieres —dijo Sanui.

—Tengo cosas que hacer aqui; debo quedarme en el planeta —dijo Halkias.

—Pero te harán preguntas que… que no sabrás contestar —dijo Sanui.

—Es mi palabra contra la de los fiambres —dijo Halkias—. Diré que fue defensa propia. Con eso y un par de miles, el juez me dejará en paz.

—Pero estás herido… —dijo Sanui.

—No te preocupes por mí, Comm —dijo Halkias.

Un par de minutos después, Sanui se alejó por el agujero abierto en la pared, pensando en todas las veces que había dicho a Halkias que no volviese a usar ese apodo.

Fin del cuarto capítulo

CAPÍTULO QUINTO:
NIEBLA EN GADAMAR

Sanui caminaba por las calles de Kerritt, planeando su próximo movimiento. Debía conseguir un speeder e ir a la dirección que le había proporcionado Halkias para hacerse con los suministros de aire y agua que necesitaba. Después, volvería a su nave y saltaría de Gadamar al escondite de Ashla, haciendo tal vez un par de saltos hiperespaciales antes para asegurarse de que no le siguiesen; en comparación, esa parte era fácil.

Ahora bien, en el proceso tenía que esquivar a los cazarrecompensas; Hoox había puesto un jugoso premio por su captura. Los criminales tampoco propiciarían ningún encuentro agradable. Eso hacía que más del ochenta por ciento de las personas con las que se estaba cruzando fuesen enemigos potenciales. Cuando un pequeño droide flotante cruzó a su lado, casi encendió su sable de luz para partirlo a la mitad. Para relajarse, se detuvo un momento y respiró hondo.

—Tranquilízate, Sanui —murmuró más que pensó—. No debes temer nada salvo el propio miedo. El miedo conduce al…

—¡Ahí está! —oyó gritar a alguien.

Sanui levantó su cara para ver lo que podría ser un improvisado grupo de cazarrecompensas o de bandidos, justo frente a su posición, a quince metros escasos.

Aparentemente, siete orgánicos y un droide, aunque podría haber más ocultos.

Sanui observó la situación rápidamente. Estaba en una zona de la ciudad próxima a la sede del Gremio de Cazarrecompensas, y sus enemigos podrían obtener fácilmente refuerzos. La construcción de la calle daba ventajas al armamento de fuego, y no al sable de luz. Por si fuera poco, no les resultaría difícil rodear a Sanui. Era un mal lugar para el enfrentamiento.

—¡Fuego! —dijo un soez humanoide de un metro de estatura, que podría ser el líder de los mercenarios. El enano sacó su propia arma bláster mientras sus siete compañeros hacían lo mismo y disparaban contra Sanui.

Pero Sanui había pulido con años de práctica la habilidad de esquivar los disparos de bláster, y los mercenarios no eran grandes tiradores. Corrió hacia una bocacalle y se metió dentro para evitar los tiros y para intentar perderlos.

—¡Vamos! —gritó el enano, y el extenso grupo echó a correr hacia la misma bocacalle en que estaba Sanui.

Cuando llegaron, Sanui no había tenido tiempo de ocultarse, así que intentó usar la Fuerza para vibrar a gran velocidad, volviéndose casi invisible. Era un truco difícil que sólo le funcionaba durante períodos reducidos de tiempo, pero al menos le daría la oportunidad de escapar. En el laberinto de callejas de Kerritt, podría perderles fácilmente.

—¿Dónde está? —preguntó pragmáticamente el enano al ver desaparecer al Jedi. Se dirigía a un miembro específico de su grupo, un humanoide con armadura de combate.

El humanoide subió una mano enguantada hasta su casco y presionó un botón. Los mecanismos de su casco identificaron un rastro calorífico.

—¿Y bien? —insistió el enano.

—No escapará —dijo el humanoide y, siguiendo un mapa indicado en su visor, empezó a seguir el rastro infrarrojo de Sanui.

—¡Seguidle! —dijo el enano a los demás.

Los asesinos de diversas especies levantaron sus armas y empezaron a seguir al humanoide de la armadura.

Sanui no tardó en comprender que no lograría despistar a sus perseguidores corriendo al azar entre las callejas.

Cada vez que se detenía para tomar aliento o para ver si aún le seguían, podía oír cómo se acercaban. Sin embargo, dadas las circunstancias, lo único que le quedaba era poner tierra por medio hasta poder encontrar el escenario idóneo para la lucha.

Escogió una callejuela que giraba de pronto hacia la derecha, y corrió en esa dirección. Al girar una esquina, frenó sobre sus talones. Callejón sin salida.

A veinte metros, lo que medía la calle, entre dos inmensos edificios antiguos, había una pared de transpariacero de tres metros de altura. Sanui no habría tenido problemas para saltarla, pero el panorama al otro lado…

Hoox había abierto la calle.

No había nada en absoluto al otro lado, sino un inmenso agujero de tal vez kilómetros de profundidad cuyo fondo era imposible de ver. Una vista aérea mostraba una especie de inmenso cuadrado negro de doscientos metros de lado, financiado con los impuestos de los gadamarianos… Y nadie sabía siquiera qué iban a construir allí. De momento, habían conseguido una trampa para ratas.

Sanui se fijó en lo que tenía en el callejón. Los restos de un speeder destrozado, ninguna puerta o ventana… Al menos, al estar en una calle estrecha, la superioridad numérica del enemigo perdía buena parte de su utilidad. Si Sanui jugaba bien sus cartas, esto es.

Tomó el mango de su sable de luz y, mirando de frente al único camino por el que podían llegar los mercenarios, se dispuso a activar su arma.

De pronto, una voluta de niebla pasó ante sus ojos.

—Si enciendes ese sable de luz al aire libre, tendremos a todas las guarniciones de Hoox aquí antes de poder terminar con los matones —dijo alguien.

Sanui miró al lugar de donde provenía la voz, la parte superior del muro de transpariacero. Allí estaba, en cuclillas, una mujer de semblante pálido y muy sereno. Su larga cabellera color azabache ondeaba por el viento.

Vestía las túnicas de un Jedi en un curioso tono gris, con la capucha bajada, y jugueteaba con una voluta de niebla en su mano derecha. Pese a no estar fumando ni nada parecido, aparecían a su alrededor pequeñas nubes de humo de caprichosas formas.

—¡Mhist! —dijo Sanui.

—Como de costumbre, nos encontramos en los lugares más insospechados —dijo Mhist, iluminando su rostro con una sonrisa mientras bajaba.

—¿Qué has querido decir con eso del sable? —preguntó Sanui.

—Si se detecta la emisión de energía de un sable de luz al aire libre en un sitio donde ni siquiera llega la energía, los técnicos de Hoox se darán cuenta, es un truco contra jedis de nuestro amigo Hoox —explicó Mhist—. Tenemos que vencer a tus amigos sin sables.

—¿Qué sugieres? —dijo Sanui.

Después de examinar la pared, Mhist fijo su vista en un punto concreto. Sanui se giró para mirar en la misma dirección. Había una construcción metálica incrustada, pero medio suelta, y totalmente oxidada. Sanui no sabía para qué habría servido una vez, tal vez un balcón o una escalera de emergencia, pero estaba claro que ya no cumplía ninguna función.

Mhist ni siquiera tuvo que pedir a Sanui que la ayudase; bastaba una mirada para ver su concentración en el mismo punto. De pronto la telekinesis de la Fuerza empezó a hacer su efecto y las sujeciones del metal temblaron mientras se soltaban.

Dos figuras envueltas en ropajes de Jedi miraban con absoluta concentración el mismo punto, ignorando conscientemente a los mercenarios que ya llegaban por la esquina. Uno de ellos, un alienígena de aspecto brutal, dio varios pasos al frente y se acercó al final de la calle.

Mientras el alienígena apuntaba su arma bláster para asegurar su disparo, el enano miró hacia arriba, hacia donde miraban Mhist y Sanui y, al comprender lo que sucedía, le gritó a su secuaz:

—¡No! ¡Apártate!

Demasiado tarde. Los poderes de la Fuerza habían surtido efecto, el metal se había soltado, y caía como un meteorito de hierros viejos. El alienígena levantó su arma y puso sus brazos sobre su cabeza en un vano intento de protegerse.

Ahora, la calleja antes despejada tenía un obstáculo, un pequeño laberinto metálico. Los mercenarios tenían que cruzarlo, pero sólo podrían hacerlo si avanzaban despacio y de uno en uno. Tampoco podían disparar a través de la selva férrica. Su superioridad numérica ya no les servía para nada.

Pero el humanoide de la armadura aún se guardaba un par de gadgets. Activó un interruptor en su espalda y empezó a volar a reacción por encima de los restos metálicos; el truco no serviría contra él. Apuntó con su antebrazo hacia donde estaban Mhist y Sanui y disparó un dardo. Falló su blanco por poco, pero el dardo explotó con moderada potencia al golpear el suelo. Volvió a apuntar, pero entonces Sanui le miró e hizo un gesto con su mano. El brazo del humanoide se movió por sí mismo y disparó todos los dardos explosivos contra el muro de transpariacero.

—¡Eh! —gritó el humanoide, extrañado por el mal funcionamiento de su disparador.

Todos los dardos que le quedaban explotaron sin dañar a nadie vivo, pero el muro presentaba ahora un peligroso agujero hacia el pozo sin fondo del otro lado.

Mientras tanto, uno de los mercenarios, un alienígena velludo, había logrado cruzar el obstáculo. Levantó su pica de fuerza en pose amenazadora. Mhist a su vez extrajo de su capa un cilindro metálico de cinco centímetros de diámetro en la base, y presionó un interruptor para que creciese hasta medir dos metros de longitud. Ella y el alienígena

corrieron la una hacia el otro e hicieron colisionar sus armas personales en gestos demasiado veloces para ser percibidos por un espectador. Al separarse, ambos tenían un hililllo de sangre en la comisura de los labios, y cada uno levantó su mano para limpiárselo.

El siguiente mercenario logró cruzar impidiendo que Sanui fuese a ayudar a su amiga; ahora tenía problemas propios.

Este mercenario, un humano, disparó su pistola bláster contra Sanui. El disparo falló cuando su supuesto blanco se movió hacia un lateral. Se fijó en que el humanoide de la armadura seguía volando y que había sacado su propia arma.

Sanui miró un par de segundos hacia las paredes de los edificios y tomó una decisión: Mientras sus enemigos volvían a disparar, Sanui echó a correr y saltó sobre una pared, dirigiendo su pie hacia un pequeño saliente. Rebotó allí ante los incrédulos ojos de sus enemigos, y saltó diagonalmente sobre la otra pared, subiendo dos metros con cada salto. Siguió ascendiendo a gran velocidad hasta que, al quinto salto, el humanoide de la armadura estaba a tiro.

Saltó sobre él y le golpeó el rostro con un puntapié mientras movía velozmente con la mano el interruptor de la mochila propulsora.

El humanoide quedó aturdido y perdió el equilibrio, saliendo disparado hacia atrás. Desgraciadamente para él, no tardó en encontrar una pared y, a la velocidad a la que iba, se incrustó en ella.

—Oooops —dijo Sanui al comprender que estaba en mitad de la calle, a diez metros de altura, y sin ningún punto de apoyo.

Más abajo, Mhist hacía un movimiento inesperado con su bastón y el mercenario velludo perdía su arma. Con otro gesto de bastón, Mhist obligaba al mercenario a alejarse unos pasos. Ella sonrió.

Sin embargo, el mercenario era muy musculoso y fuerte, y saltó sobre Mhist, bastón o no. Mhist se asustó ante este ataque y no pudo reaccionar a tiempo. Cuando quiso darse cuenta, ella estaba en el suelo, y ese monstruo peludo rugiente lleno de colmillos la tenía agarrada por las muñecas y las rodillas. El mercenario la miró a la cara, enfurecido, dispuesto aparentemente a arrancarle un pedazo de la yugular de un bocado.

Mhist murmuro unas palabras incomprensibles, y de la nada entre ella y su atacante se formó un humo negro y espeso que se fue a situar sobre la cara del agresor. El mercenario empezó a toser ante el daño que le hacía el gas tóxico. Asfixiado, soltó a su presa e intentó respirar, pero la nube negra permanecía en su cara aunque él se moviera. Mhist recuperó su bastón y dejó inconsciente al mercenario de un golpe en la cabeza. Se permitió una sonrisa.

Otros mercenarios ya habían logrado cruzar, y un alienígena con pico disparó contra Mhist. Ésta movió rápidamente su bastón metálico cuya superficie, pulida y brillante como un espejo, deflectó algunos disparos. No era tan distinto a un sable de luz, si lo sabías manejar.

Sanui aterrizó repentinamente, en diagonal y rebotando en una pared, y embistió al mercenario humano que le había intentado disparar. El mercenario perdió la respiración por el golpe, y Sanui aprovechó su aturdimiento para recuperar el equilibrio y darle una patada en la cara, acabando la pelea.

Miró a Mhist, que estaba cerca del obstáculo metálico.

Entonces se fijó en una lucecita que parpadeaba entre los pedazos de metal.

—¡Mhist, corre! —gritó Sanui, con el miedo audible en su voz.

La Jedi de gris comprendió lo que sucedía y echó a correr, una fracción de segundo antes de que detonase la granada que el enano había colocado. Mhist saltó, impulsada por la explosión, y aterrizó en el suelo, soltando polvo o tal vez más de su niebla característica.

—¿Estás bien? —preguntó Sanui, acercándose a ella.

—Sí —dijo Mhist, levantándose—. ¿Cómo aterrizaste?

—Igual que como subí —dijo Sanui—. Usé la Fuerza para impulsarme hasta la pared, y a partir de ahí, rebotando.

Mhist le sonrió.

Pero, para entonces, el obstáculo ya no estaba y aún quedaban tres mercenarios, que les apuntaban con sus armas.

Dos de ellos dispararon casi al unísono, pero Mhist y Sanui se habían recuperado de la explosión y pudieron esquivar.

El enano, sin embargo, no disparó al tiempo que los otros, sino que esperó para ver hacia dónde esquivaba Sanui, y disparó después hacia ese punto. Era una estrategia que pilló por sorpresa a Sanui: El disparo le dió de lleno en el estómago y cayó al suelo, con una mancha negra y humeante en la ropa.

—¡Sanui! —gritó Mhist, agachándose a su lado.

—Estoy… bien… —intentó decir Sanui; sus ojos, su única parte visible, estaban empezando a llenarse de lágrimas.

—Tenemos que salir de aquí como sea. —Dijo Mhist.

Mhist miró la herida de Sanui y se concentró en el humo que surgía de ella. Miró después el humo que quedaba en el aire después de la explosión de la granada. Los mercenarios habían cruzado el humo y se acercaban sonrientes; todos tenían a Mhist en el punto de mira.

—Levanta las manos —dijo el enano, sonriendo.

La chica se levantó, agarró los extremos de su capa, y levantó efectivamente las manos, poniendo los brazos en cruz y mirando fijamente y con los ojos muy abiertos. Los mercenarios podían ver ahora que no llevaba armas ocultas, salvo el sable de luz al cinto.

Pero entonces, el humo de la herida de Sanui se mezcló con el humo de la explosión, formando una nube más grande. La nube se movió y empezó a crecer cuando Mhist expulsó más niebla desde el interior de su capa; la niebla parecía generarse a su espalda.

—¿Pero qué…? —empezó el enano. Para cuando llegó a la tercera sílaba, toda la calleja estaba cubierta por la niebla. La densidad de la niebla siguió creciendo rápidamente hasta cubrirlo todo de un gris opaco. Ya no se podía ver nada.

Mhist, sin embargo, utilizaba la Fuerza para averiguar dónde estaban los mercenarios. Identificó al droide, el único que podía utilizar sus sensores para ver a través de la niebla, y lo inutilizó de un golpe.

—¿Dónde están? —rugió el enano—. ¿Dónde?

La niebla se disiparía en pocos minutos, para cuando lleguen los soldados no habrá ni rastro, pensaba Mhist mientras cargaba como podía con el cuerpo seminconsciente de Sanui, pero esta vez los mercenarios ya no tendrían ninguna forma de seguir a nadie.

Fin del quínto capítulo

CAPÍTULO SEXTO:
LA SABIDURÍA DE ASHLA

Sanui casi no tenía fuerzas para mantenerse en pie, y se apoyaba en Mhist, sabiendo que de no hacerlo, nada le impediría caer al suelo. El enano había conseguido un buen disparo.

—Vamos, Sanui —dijo Mhist—. No falta mucho.

Sanui seguía apoyándose en el hombro izquierdo de Mhist.

Aunque movía los pies hacia adelante, había cerrado los ojos. A menudo, Mhist tenía que «animar» los pasos de Sanui con un empuje telekinético.

Un gadamariano se acercó a Mhist y a Sanui, con la intención de venderles algo, preguntarles una dirección, o alguna cosa así. Sanui estaba prácticamente inconsciente, así que recaía en los hombros de Mhist solucionar la situación.

—Escúchame, hembra —dijo el gadamariano—, tengo un «báster escondío» en el «bozillo». Soy loco y «etoi peligoso»…

Mhist, nada impresionada, le miró a la cara y movió su mano libre ante el rostro del gadamariano mientras hablaba.

Con cara de pocos amigos le dijo, apuntándole con el dedo índice a la cara.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Mhist, con convicción en su voz.

—No tenéis tiempo «pa» esto —repitió el gadamariano, como si fuese obvio. Cuando se recuperó, parpadeó varias veces e intentó recordar porqué se había detenido, pero Mhist y Sanui ya no estaban allí.

Cuando faltaban trescientos metros para llegar a dondequiera que Mhist se dirigiese, Sanui cayó totalmente inconsciente. Mhist, asustada, comprobó sus pulsaciones, pero eran normales.

—Que buen momento has elegido para desmayarte —dijo Mhist y cargó con el cuerpo inerte medio a rastras. Avanzó cuidadosamente por las calles, vigilando constantemente si alguien a su alrededor se extrañaba de lo que estaba haciendo. Sin embargo, los gadamarianos eran gente que había visto casi de todo y ya se podía estar pilotando un caza TIE soltando humo negro y chispas por mitad de la calle principal, que lo único que harían sería alejarse. La Jedi de gris daba fe de la pasividad de aquellos habitantes.

Mhist se acercó a una pared que tenía una pequeña abertura a nivel del suelo, se agachó y dejó a Sanui al lado de la abertura. Introdujo el cuerpo inconsciente por el agujero y, un instante después, se metió ella.

La abertura daba a un amplio sótano, cubierto de maquinaria extraña y tuberías. Mhist había habilitado parcialmente el sótano para convertirlo en una especie de vivienda ocasional; una red atada entre dos tuberías hacía las veces de hamaca, y había también varias cajas con alimentos y otros artículos de primera necesidad. Tres o cuatro pequeños droides modelo Otoga 222 paseaban entre las máquinas, moviendo ruedecillas o activando interruptores.

Parecían ignorar conscientemente los artículos de Mhist.

Las máquinas expulsaban gases visibles cada poco tiempo, ocasionalmente con un chillido.

Mhist puso el cuerpo de Sanui en la única hamaca, lo más parecido a una cama que había por allí, y empezó a buscar entre sus cajas.

—Sé que tenía uno… —dijo la Jedi, abandonando una caja para dirigirse a la siguiente—. Tiene que estar por aquí…

Entonces se fijó en la pared. Allí había una caja preparada para almacenar cuatro medpacs. Exactamente lo que ella estaba buscando. Abrió la puerta y cogió uno de los tres medpacs que quedaban.

Mhist no estaba doctorada en medicina ni nada parecido, pero había visto ya bastante acción y estaba familiarizada con el uso de los medpacs en situaciones de combate. Ahora, incluso contaba con la ventaja de poder usar uno con calma.

Se acercó al cuerpo inconsciente de Sanui y le retiró la túnica que le cubría el vientre.

Justo debajo de las costillas tenía el disparo. Y no tenía muy buena pinta. Además el proyectil debía estar impregnado de alguna sustancia neurotóxica venenosa que evitase la cicatrización o algo peor a juzgar por la pérdida de conocimiento de Sanui.

—Vamos a ver… —pensó Mhist—. Si me acuerdo de cómo se hacía esto… No *era* tan difícil…

Los pequeños droides siguieron operando la maquinaria, ignorando lo que hacían esos orgánicos a su espalda. Mhist presionó un aparato médico contra el vientre de su paciente, y de pronto Sanui abrió los ojos de par en par.

—Oooops —dijo Mhist en voz alta—. Eeeehhh… Tranquilizantes… Perdón… Je, je… No me lo tengas en cuenta…

Sanui cerró los ojos de nuevo.

Mientras tanto, a escasos años-luz de allí, una nave imperial surcaba el hiperespacio, con un rumbo prefijado.

Un joven oficial imperial se presentó ante la puerta del gimnasio donde, estaba seguro, encontraría al almirante.

—¿Señor? —dijo el capitán Tryskho por el comunicador de la puerta—. ¿Da usted su permiso?

—Adelante —respondió la voz de Hoox, alterada mecánicamente.

La puerta del gimnasio se abrió, y Tryskho dio un paso al frente. Miró hacia los lados, buscando a Hoox, pero no lo encontró.

—¿Dónde está, señor? —dijo.

—Aquí arriba —respondió una voz que venía de lo más alto.

Tryskho miró hacia el lugar de donde venía la voz, y pudo ver al almirante Hoox saltando de una pequeña plataforma repulsora a una anilla a casi diez metros de altura. Por supuesto, no se había activado ningún tipo de medida de protección por si Hoox fallase.

—Almirante —dijo Tryskho—, dentro de una hora llegaremos al sistema Gadamar. Nos pidió que le avisásemos.

—Gracias, capitán —dijo el almirante, balancéandose en una plataforma repulsora.

—Si me permite la indiscreción —dijo Tryskho—, ¿puedo preguntarle por qué debemos hacer un bloqueo sobre el sistema Gadamar? Los hutts no se han propasado últimamente.

—No es por los hutts —dijo Hoox—. Es por Sanui. Está en Gadamar.

El capitán abrió la boca para preguntar cómo lo sabía, pero comprendió que no tenía sentido hacerlo. Las… «intuiciones» del almirante rara vez fallaban, y además, Sanui era audaz. Lo bastante como para escapar de cualquiera que no fuese el propio Hoox.

Cuando Sanui abrió los ojos, su entorno era muy extraño.

Estaba en un speeder, pero ya no podía seguir avanzando en él; los árboles estaban demasiado próximos formando un bosque en el que no cabía el vehículo. El suelo estaba empapado, pero Sanui llevaba botas altas.

—Hmmm… —pensó Sanui—. Supongo que tendré que llegar hasta el final.

Comprobó que su fiel sable de luz siguiese en su cinturón, y bajó del speeder. Al posarse en el suelo, salpicó un poco con sus botas. Se encorvó un poco hacia adelante y comprobó sus alrededores, no sin algo de nerviosismo. No conocía el bosque, y quienquiera que pudiese atacarle, estaría jugando con la ventaja del terreno. A lo largo de los años, Sanui había aprendido a no subestimar esa ventaja.

Sanui avanzó cuidadosamente por el bosque, sin encender el sable: Las copas de los árboles cubrían el cielo, y activar una bengala innecesariamente era tentar al destino. Pero Hoox no le daba miedo: Evidentemente, ya no estaba en Gadamar.

Sanui caminó, vigilando todos los lugares de donde creía que podía surgir un enemigo, pero nada aparecía. Se fijó en una luz al final de un camino y se dirigió hacia allí.

Cuando llegó, vio que se trataba de un acantilado de unos seis metros de alto y no muchos más de ancho antes de llegar al otro lado. El único problema podría estar en que el acantilado daba a un río que parecía tener mucha corriente.

Sanui decidió intentar el salto. Dio unos pasos atrás para tomar carrerilla, forzó los músculos de sus piernas y brincó. Pero, a mitad del salto, una bandada de pájaros alienígenas pasó justo delante de Sanui. La sorpresa y el susto le hicieron perder el equilibrio y Sanui chocó con un pájaro especialmente grande.

—¡Aaaaghh! —chilló Sanui bajo su máscara.

—¡Bodobodobodo! —gorjeó el pájaro.

El animal se recuperó del impacto y pudo remontar el vuelo, siguiendo al resto de su bandada. Pero Sanui, incapaz de volar, cayó al agua.

El río era muy oscuro, y cuando Sanui se recuperó del impacto, apenas pudo guiarse hasta la superficie. Cuando salió, los alrededores habían cambiado demasiado, puesto que ya no había acantilado por uno de los lados. Sanui nadó hacia el otro lado, aquél que aún mostraba una pared en la orilla, porque le resultaba más próximo y la corriente le

ayudaba. Se aferró a la pared y salió del agua. Observó la boca de una cueva a poca distancia de su posición, y avanzó hacia allí.

Al entrar en la gruta, colgando aún sus pies en el borde del acantilado, Sanui se tomó un instante para hacer una comprobación rutinaria que esperaba sin esperanza diese negativo. Tomó su sable de luz del cinto y lo examinó.

Efectivamente, había vuelto a olvidar apagar la potencia, con lo cual el agua lo había estropeado temporalmente.

Aún así, incluso sin el sable, Sanui tenía que seguir adelante. Aún contaba con su astucia y con sus poderes de la Fuerza.

Sanui siguió el pasillo de la gruta para llegar a una inmensa caverna, grande y espaciosa como una bodega de carga vacía. Algunos agujeros del techo hacían entrar rayos de luz en extrañas combinaciones, y así Sanui pudo ver los numerosos pasillos que salían de la caverna. Examinó sus posibilidades.

Eso podría haber sido un error. Sanui había olvidado asegurar el terreno. Una criatura parecida a un pequeño dinosaurio estaba escondida en uno de los pasillos, a la espalda de Sanui. El reptil era un cuadrúpedo de dos metros y medio de alto y más de seis metros de largo desde el hocico hasta el extremo de la cola, cubierto de escamas verdes. Tenía varios pinchos alrededor de la cabeza, y una fila de púas en su espina dorsal.

El reptil avanzó silenciosamente, posando en el suelo sus patas de tres garras cada una. Sanui seguía intentando decidirse por qué camino tomar.

¡Entonces, el reptil atacó! Moviéndose con una velocidad sorprendente para su tamaño, el reptil saltó sobre Sanui y llegó a acertar el golpe. Sanui cayó al suelo pero, antes de que el reptil pudiese conseguir una presa, estaba rodando para alejarse de su agresor.

Sanui se levantó, con un par de moratones nuevos, y miró al reptil con valor, estudiando sus movimientos. El reptil siseó, permitiendo que Sanui viese su boca llena de dientes.

Sanui se atrevió a hacer el siguiente movimiento e intentó saltar sobre el reptil, pero éste se movió rápidamente y le propinó un buen golpe con la cola. Sanui volvió a caer al suelo, y tuvo que dar una voltereta hacia atrás para librarse del pisotón que el reptil intentó dar en su cabeza.

—¡Ésa estuvo cerca! —pensó Sanui.

El reptil avanzó de pronto, y Sanui retrocedió por uno de los pasillos de la cueva. El reptil seguía avanzando, rugiendo y, añadiendo a eso su imponente tamaño y aspecto.

Sanui avanzaba de espaldas para no perder de vista al gargantuesco monstruo, preparándose así para reaccionar a sus ataques. Se fijó en que el pasillo a su alrededor estaba a punto de girar hacia la derecha, así que se preparó para la curva.

¡Entonces el reptil saltó! Un prodigioso brinco le permitió cubrir en un instante los más de treinta metros que le separaban de Sanui, y ahora estaba a menos de dos centímetros de su presa. Sanui dió un paso hacia la derecha y atrás y…

Cayó.

El camino no seguía a la derecha; más al contrario, a la derecha había una abertura, otro de los acantilados tan comunes en este planeta.

—¡¡¡Aaaahhh!!! —gritó Sanui.

Rápidamente, el reptil dio un paso más al frente, asomó la cabeza por el borde, abrió la boca y extendió su lengua. La lengua del reptil medía incluso más que todo su cuerpo, y se extendió hacia abajo como una cuerda roja. Sanui la agarró con las dos manos y la usó como punto de apoyo para clavar sus pies en la pared. Empezó a escalar mientras el reptil agachaba la cabeza por el peso y abría los ojos.

Cuando Sanui llegó arriba, el reptil recogió su lengua y miró a quien se supone que podía haber sido su presa.

—Lo sé, lo sé —dijo Sanui, con voz de adolescente—. Mi actuación ha sido pésima. Lo siento.

El reptil abrió la boca y siguió intentando poner la lengua en su sitio. Miró a Sanui con una expresión severa mientras ambos volvían a la zona amplia de la caverna.

—Por favor —dijo Sanui, mostrando su depresión con sus ojos—, no me mire así, maestro Ashla.

—'odavía —dijo el reptil— no sé porqué se presentó ante mí el espectro de mi maestro para ordenarme que te adiestrara.

—Hay veces que yo tampoco lo sé —dijo Sanui, sentándose en el suelo—. Quiero decir, fíjese en lo mal que lo he hecho hoy. He estropeado el sable de luz, me he caído al agua, usted me atacó por detrás sin que yo le viese, y después consiguió guiarme hasta el acantilado. ¡En condiciones reales, no habría sobrevivido!

El reptil, que Sanui había identificado como el maestro Ashla, miró a su aprendiz padawan con algo de tristeza; Sanui se estaba castigando más de lo que Ashla podría hacer.

—No estás en contacto con la Fuerza viva —dijo Ashla—. Al menos, no lo suficiente. Debes aprender a ver las cosas antes de que sucedan.

—No sé si lo lograré —dijo Sanui—. Hoy lo he hecho fatal, pero no ha sido la única vez. ¿Recuerda mis pruebas anteriores?

Ashla asintió con su enorme cabeza.

—En Bestine, casi me captura el Imperio. En Klatoone, no pude escapar de los hutts por mis propios medios. En Iktotch, me pillaron en seguida. En Eriadu, la contaminación me hizo enfermar. En Roona, ni siquiera conseguí aterrizar. En Linuri, provoqué un accidente que casi costó la vida a cientos de criaturas…

—Un momento, un momento —interrumpió Ashla—. No olvides que conseguiste traducir las tablas del Guerrero de Gilgames. Ése es un gran logro que no consiguieron jamás los antiguos Jedi del Consejo.

—¡Para lo que nos sirvió! —dijo Sanui—. Era una profecía que ya había tenido lugar.

—Joven padawan —Ashla intentó adoptar un tono más enérgico—, no quiero oírte hablar así. Tal vez hasta ahora no hayas conseguido muchos éxitos pero, ¿qué te tengo dicho?

—«Si no lo consigues a la primera —citó Sanui—, levántate y vuelve a intentarlo».

—Tienes potencial para lograr lo que quieras —dijo Ashla—. ¿Te cuesta concentrarte? ¡No me sorprende! A mí también me costaba cuando era tan joven como tú.

—Entonces —dijo Sanui—, ¿no duda de mis posibilidades?

—Sanui —dijo Ashla, acercándose a su padawan—, no esperaba que pasases esta prueba. Más bien era para demostrarte que tu entrenamiento aún no se ha completado. Además, hoy has aprendido lecciones muy valiosas, ¿verdad?

Sanui asintió con la cabeza.

—¿Por ejemplo? —dijo Ashla.

—Ehhhh… —dijo Sanui—. ¿Que debo acordarme de apagar la potencia del sable de luz para que no se me estropee si caigo al agua?

—Pues sí —dijo Ashla—. O que ahora tienes un buen motivo para estudiar más sobre los sables de luz, y poder diseñar un sable que no se estropee si caes al agua.

—¡Pero, maestro, usted me hace entrenar quince horas diarias! —protestó Sanui—. ¿De dónde espera que saque tiempo para estudiar más sobre el diseño de sables de luz?

Ashla miró a su padawan sin decir nada. Sanui comprendió cuál iba a ser la respuesta de su maestro y se anticipó a ésta:

—«Para lo importante se encuentra tiempo» —dijo Sanui.

—El día que dejes de aprender —dijo Ashla—, dejarás de vivir.

—Pero usted ya es maestro —dijo Sanui—. Usted sólo enseña, no aprende.

—Te sorprenderías —dijo Ashla— si supieras cuánto he aprendido desde que eres mi padawan. Lo que tú me has enseñado vale mucho más de lo que yo te puedo enseñar.

—No es cierto —dijo Sanui—, pero gracias.

—Es muy cierto —dijo Ashla—, pero tú no entiendes todavía a qué me refiero.

—¿Como las pruebas? —dijo Sanui.

—Sí, en cierto modo —dijo Ashla—. Las pruebas están pensadas para que te sometas a ellas, y en ocasiones tal vez tengas éxito, aún creyendo que no. Piensa que nunca sabes qué estoy probando. En Linuri, por ejemplo, tuviste éxito.

—No lo tuve —dijo Sanui—. Cientos de criaturas estuvieron a punto de morir.

—¿Y murió alguna? —dijo Ashla—. Lograste salvar a todas ellas, y ni siquiera se enteraron de que habían estado en peligro.

—¡No habrían estado en peligro si yo no hubiese metido la pata! —dijo Sanui.

—¿Y si yo te digo que no habrías podido evitarlo? —dijo Ashla—. ¿Y si el accidente estaba preparado para suceder, no importa lo que hicieses? ¿Y si tu prueba consistía en ver lo que hacías?

—Quiere decir… —dijo Sanui—. Escapar de Linuri egoístamente, o arriesgar mi vida por salvar a esa gente.

Ashla asintió con la cabeza.

—El aprendizaje para ser un Jedi —dijo— consiste en mucho más que saber un par de trucos mentales y manejar un sable de luz. Los caminos de la Fuerza son muy complejos.

Sanui sonrió bajo su máscara.

—Quiero que muevas esa piedra de ahí usando sólo el poder de tu mente —dijo Ashla, señalando una piedra que había en la gruta.

—Pero maestro… —dijo Sanui.

—No —dijo Ashla—. No quiero oírlo. Quiero que muevas la piedra.

—Pero escuche… —volvió a intentar Sanui.

—Puedes hacerlo —dijo Ashla—. El tamaño no es importante.

—¡Ya sé que puedo hacerlo! —le gritó Sanui—. ¡Pero hay una colonia de saks debajo! Y a mí esas «formas de vida» no me agradan en absoluto, ya lo sabe.

—¿Oh? —Ashla giró su cabeza y miró la piedra durante un instante mientras usaba la Fuerza para comprobar si efectivamente había saks. Su rostro cambió y forzó una media sonrisa—. Ciertamente. Je, je.

Ashla movió una de sus patas delanteras y se rascó la cabeza en un gesto bastante humano.

—Usted siempre me dice —dijo Sanui— que el camino del sabio incluye evitar los enfrentamientos innecesarios.

«Pelear no es bueno. Siempre hay alguien que sale herido».

Si muevo la piedra, saldrán todos los saks a por nosotros, y tendremos que matarlos.

—Tienes razón, tienes razón —admitió Ashla—. Yo no había sentido a los saks. ¿Cuál de mis consejos acabas de seguir?

—«Que la luz del éxito no te impida ver el camino del sabio», supongo —dijo Sanui.

—Quizás has fallado la prueba del bosque —dijo Ashla—, pero no has fallado ésta. Es mucho más importante que sepas obrar con moral, con ética, y no que te sepas todos los poderes de memoria. Así evitarás el reverso tenebroso de la Fuerza.

—¿Tan terrible es el lado oscuro, maestro? —dijo Sanui.

—Más —dijo Ashla—, pero eso no lo comprenderás hasta que le mires a los ojos.

—Sí, maestro —Sanui lamentaba, una vez más, que su maestro siguiese recurriendo al tan manido «Algún día comprenderás».

—Todo lo que me queda por enseñarte —dijo Ashla— son detalles. Formas de usar la Fuerza que no se te han ocurrido a ti, ejercicios físicos para mantenerte en forma, y un montón de cosas que tal vez te salven la vida algún día. Pero sólo son detalles. Lo importante, la forma correcta de actuar, ya la conoces. Yo, que he vivido cientos de años, que he luchado en mil batallas, que he aprendido de docenas de maestros… no soy tan sabio como tú.

—Gracias, maestro —dijo Sanui, sonriendo.

—Tengo hambre —dijo Ashla—. ¿Te importa ir a buscarme unas hojas?

Sanui salió de la gruta y recogió unas cuantas hojas de los árboles para su maestro. Se presentó ante él y las puso en el suelo; siendo un cuadrúpedo, Ashla nunca encontró utilidad a los cubiertos. Mientras masticaba unas hojas, miró a su padawan de reojo. Tragó y le dirigió la palabra:

—Supongo que ya no estás pensando en abandonar tu entrenamiento —dijo Ashla.

—No, maestro —dijo Sanui.

—Después de lo de Palpatine, quedamos muy pocos —dijo Ashla—. Durante mil generaciones, los Caballeros Jedi fuimos los guardianes de la paz y la justicia en la galaxia. Palpatine tuvo que acabar con los Jedi para conseguir sus malvados fines. Es necesario que los Jedi protejan la galaxia, o ya sabes lo que puede suceder.

Sanui movió la cabeza afirmativamente.

—Debo convertirme en un Jedi —dijo— para proteger la Nueva República.

Ashla desvió la mirada un momento, y su morro se retorció un poco.

—Los gobiernos y los planetas —dijo Ashla— son importantes, pero cuando los examinas en profundidad descubres que están compuestos de personas. De individuos.

No se trata de proteger un colectivo que podría estar corrupto (y la Antigua República lo estaba en sus últimos tiempos), sino de proteger a las personas, a los ciudadanos, a los habitantes. Se trata de luchar en su nombre. En el nombre de las estrellas.

Sanui abrió de nuevo los ojos. Estaba en el sótano donde moraba Mhist, y en su inconsciencia acababa de recordar un episodio con su maestro que había tenido lugar años atrás.

Sanui miró a su alrededor, fijándose en la maquinaria pesada que había a su alrededor, y en los pequeños droides que paseaban operándola. Mhist estaba sentada justo frente a la hamaca, y jugueteaba con una voluta de niebla mientras esperaba. Entonces se dio cuenta de que Sanui había despertado.

—Buenos días —dijo Mhist.

—¿Cuánto tiempo… llevo inconsciente? —dijo Sanui.

—Más de una hora —respondió Mhist—. He usado un medpac sobre tu herida.

Sanui abrió sus ojos en un gesto de sorpresa y, rápidamente, se levantó la parte de su túnica que cubría su vientre. Temía descubrir que Mhist le había cosido el ombligo, o algo parecido, pero el trabajo era aceptablemente (sorprendentemente) bueno. Aún no se había curado, pero estaba mucho mejor.

—¿No te fías de mí? —dijo Mhist, algo ofendida. Suspiró y dos de las volutas de humo de su alrededor se movieron.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sanui.

—En un sótano que he habilitado para dormir mientras estoy en Gadamar —explicó Mhist—. La maquinaria controla la calefacción del edificio. Estos droides están programados para operarla e identifican a cualquier orgánico como «amo», así que no me molestan casi nunca. En cierto modo —una de las máquinas expulsó una nube de vapor de agua justo delante de la cara de Mhist—, me siento como en casa.

Mhist sonrió entre el vapor.

—¿Y qué haces en Gadamar? —dijo Sanui—. Creí que tu misión era…

—Digamos que me he desviado del «trazado oficial» —interrumpió Mhist—. Ya sabes cómo funcionan estas misiones, que sabes cómo empiezan, pero no cómo acaban.

—Tengo que salir del planeta —dijo Sanui, intentando levantarse. En el proceso, casi se revienta varios puntos de sutura.

—¡Quédate donde estás! —dijo Mhist, corriendo preocupada hacia la hamaca. Tumbó a Sanui de nuevo, y le soltó una regañina—. No quiero que te muevas, estás demasiado débil.

Sabes perfectamente que sin tus habilidades de la Fuerza, el disparo te habría matado allí mismo, y son esas mismas habilidades las que impiden que sigas inconsciente. Además, las he pasado canutas para coserte la herida; no te cargues mi obra de arte.

Mhist sonrió para quitarle importancia al asunto y tranquilizar a Sanui.

—Pero… —dijo Sanui—. Tengo que recuperar mi nave y…

—Ni hablar —dijo Mhist—. Hoox conoce tu nave, está fichada y no podrías salir del planeta en ella.

—Lo dices como si el planeta estuviese bajo un bloqueo.

Mhist miró a Sanui.

—Oh, no —dijo Sanui.

—Seguramente te está buscando a ti —dijo Mhist.

Sanui dio un respingo cuando su cadena de pensamientos le llevó a una persona.

—¡Halkias! —dijo—. ¿Dónde está?

—Han puesto su casa bajo vigilancia —dijo Mhist—. Varios soldados de asalto custodian la puerta. No tienen pruebas para hacerle nada más.

—¿Estará bien?

—No te preocupes por él, no le pasará nada. Es un chico con recursos, no dejará que le pillen con las manos en la masa. Pero tampoco podemos contar con su ayuda.

—¿Y entonces qué?

—Bueno, tenemos varias opciones —dijo Mhist—. Una es esperar que la Nueva República decida de pronto que el sector Junagadh es digno de una buena lucha, y que nos encontremos con una poderosa flota de cruceros calamari en algún planeta. Esto obligaría a Hoox a desviar toda la flota que bloquea Gadamar…

—Pero no cuentes con ello —dijo Sanui.

—Tal vez se aburra de bloquear el planeta antes de que se te acabe el tiempo —dijo Mhist.

—¿Opción número tres? —dijo Sanui.

—Tu nave queda descartada —dijo Mhist—. Un carguero nunca cruzará ese bloqueo.

—Y además, no tengo copiloto —dijo Sanui—. Mi androide está hecho pedazos.

—¿Quieres que yo sea tu copiloto? —dijo Mhist.

Sanui miró a su amiga con la misma mirada que le había dirigido Ashla tantas veces cuando le quería decir que su intento de chiste no había tenido ninguna gracia.

—Sólo era una idea —dijo Mhist.

—En cuanto te pones nerviosa, la cabina se llena de humo —dijo Sanui—. Quizá tú puedas ver a través de toda esa niebla, pero yo no.

—Nunca me dejaréis olvidar lo que sucedió en Senfery —dijo Mhist.

—No, más bien no. Por poco nos matamos —dijo Sanui—. ¿Se te ocurren más opciones?

—Sólo una —dijo Mhist—. Si no podemos esperar a que el bloqueo se vaya, ni tampoco puedes escapar en tu nave, necesitas otra nave para saltarte el bloqueo.

—¿Hablas de robar una nave? —dijo Sanui.

—No del todo —dijo Mhist—. Me enfrenté a unos criminales hace poco. Los pobres ya no necesitarán más sus naves. Si consigues hacer que funcione uno de los cazas monoplaza, podrías salir del planeta.

—¿Y qué pasa con mi nave? —dijo Sanui.

—Está en un hangar privado —dijo Mhist—. Hoox no puede revisar hangares privados en Gadamar sin romper su acuerdo con el Gremio de Cazarrecompensas. No se arriesgará.

—Bien, iré ahora mismo —dijo Sanui.

—Ni se te ocurra —dijo Mhist—. Los soldados de asalto están peinando esta zona. Tenemos que esperar a la noche, cuando pasen a otro barrio, que habrá menos vigilancia.

Todos ellos tienen tu descripción. Si sales ahora, a plena luz del día, te identificarán. Además, tus heridas aún no han curado del todo, y para cruzar el bloqueo necesitas estar en plena forma.

—Está bien.

—Aún no entiendo porqué te empeñas en esconderte de ese modo tan peculiar —dijo Mhist, intentando hacer que Sanui se relajase.

—Me van bien las cosas así —respondió Sanui—. El enemigo no necesita saber más.

—Psi… —admitió Mhist—. Pero poco importa lo que piense el enemigo cuando tu ataque es mortalmente efectivo, y a ti se te da bien eso. Así que sigo sin entenderlo…

Mhist le devolvió la palabra mientras se sentaba encima de una máquina, y volvió a jugar con sus volutas de humo.

Moviendo un dedo, hizo que el vapor de agua que surgía de una máquina se convirtiese en una serie de círculos concéntricos, sin tocarlo y a diez metros de distancia.

—Oye, Mhist —dijo Sanui—, siempre quise preguntarte: ¿Cómo aprendiste ese poder?

Mhist cogió una voluta de humo, le dio forma de jabalina y, con un soplido, hizo que la flecha de niebla perforase el círculo de vapor más pequeño, el centro de la diana.

—Verás…-dijo Mhist sonriendo.

Entonces, oyeron el sonido de las botas de un soldado de asalto imperial muy cerca de su posición. Rápidamente Mhist miró hacia el ventanuco por el que habían entrado, y pudo ver las botas blancas.

—Ahora vengo —dijo Mhist—. Prométeme que no saldrás de la hamaca.

—Como si pudiera levantarme —dijo Sanui.

—De acuerdo —dijo Mhist—. Y, si ves un bote que brilla, no lo toques.

—Pero… —dijo Sanui—. Pero si el glitter brilla, pierde su efecto, ¿no?

Mhist miró a su paciente con cara de complicidad y sólo recalcó:

—Tú no lo toques.

Cubierta por una capa de niebla que la hacía casi invisible, Mhist salió por el ventanuco, dejando a Sanui con la única compañía de un grupo de droides.

La Jedi de gris no tardó más de unos minutos en volver.

—Estamos a salvo —dijo.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó Sanui.

—Bueno, me he acercado al comandante y le he «convencido» de que los sótanos ya han sido registrados.

Sanui siguió descansando, y no tardó en volver a dormirse.

Lo necesitaba.

Cuando Sanui despertó, ya había anochecido, pero Mhist no estaba por ninguna parte. Escuchó una explosión a lo lejos y segundos después su amiga apareció de pronto.

—¿Se puede saber que hacías? —dijo Sanui.

—Cosas mias —respondió Mhist—. Sólo mantenía una animada charla con un autóctono muy bien educado pero tonto perdido, lástima que…

Mhist enmudeció para escuchar el sonido de otra explosión y el rugido de varios transportes mientras pasaban cercanos a su guarida.

—Tendremos que esperar aún un rato para poderte llevar a donde se encuentra la nave.

Mhist se sentó cerca de Sanui en silencio y mirando al infinito.

—¿No me vas a decir en qué consiste tu misión? —dijo Sanui rompiendo el silencio mientras se incorporaba lentamente.

—Si, pero después tendría que matarte —dijo Mhist sonriendo mientras seguía mirando a algún punto de la oscuridad.

Sanui hizo una mueca y sonrió.

—¿Algo de comer? —Mhist volvió en si y sacó de entre las cajas un estuche de lata lleno de alimentos liofilizados y deshidratados.

—No tengo hambre —dijo Sanui, y con algo de asco añadió—. Además esas cosas necesitan agua para ser medianamente comestibles.

—Lo sé, pero poca agua hay por aquí y beberme la que utilizan estos trastos para refrigerar no es recomendable.

—Como verás, este lugar es… detestable, en todos los sentidos —dijo Mhist con resignación mientras mordisqueaba una barrita de algo encarnado.

Sanui soltó una carcajada.

—Con lo que te gustaba el pantano donde entrenabas —dijo Sanui de manera burlona.

—Pues al menos en Dagobah había agua. Estancada, sucia y llena de bichos peligrosos, sí, pero había agua. Aquí por no haber no hay ni… glitter —dijo Mhist con mal humor, lanzando la barrita que comía a un robot y dándole en la cabeza con un ruido metálico.

Mhist suspiró resiganda y volvió a asomarse por el agujero para asegurarse una vez mas de que todo estaba en calma.

Sanui sonrió y se decidió a escoger algo de la caja de provisiones, por mucho que quisiera negarlo, la sensación de hambre ya había hecho acto de presencia hacía rato.

Poco después Mhist volvió.

—Bien, Sanui, ya no hay nadie por aquí —y mientras decía esto se quedó mirando a Sanui y añadió—. Sabes, es un detallazo por tu parte que te dignes a probar la comida, considerando que eres bastante especial en ese sentido, pero deberías saber que eso que te estas comiendo es un explosivo plástico muy difícil de encontrar, y además es algo tóxico así que por tu bien te sugiero que lo dejes —y mientras decia esto sonriendo le quitaba el trocito azul de las manos a Sanui.

—A lo mejor es una pregunta tonta, pero… ¿Se puede saber porqué tienes explosivos plásticos entre la comida? —dijo Sanui con mal humor mientras escupía y se limpiaba la boca, la cual tenia de un sano color azul oscuro.

—Es el único lugar donde no se les ocurriría ponerse a investigar a los guardias en el hipotético caso de que registraran este antro —dijo Mhist sonriendo.

—Estás peor de lo que recordaba —dijo Sanui.

—Si, ya —dijo Mhist sonriendo, dejando el trocito azul en la caja y volviendo a mirar por el agujero—. No perdamos más tiempo, vamos al speeder y en marcha.

—En marcha —dijo Sanui.

El speeder era un vehículo repulsor bastante antiguo, que apenas tenía dos plazas y ningún arma. Mhist se sentó al volante y Sanui a su lado, y el vehículo empezó a moverse a alta velocidad, sin tocar el suelo. Sanui aprovechó para mirar el cielo estrellado, cubierto de naves de guerra del Imperio.

Escasos minutos después, el vehículo llegó a un hangar en una zona de Kerritt controlada por los hutts. Sanui se bajó del vehículo antes que Mhist.

—Bueno, aquí se vuelven a separar nuestros caminos. Que tengas buen viaje, Sanui —dijo Mhist con cara de circunstancia mientras bajaba del speeder.

—Te echaré de menos, Mhist, ahora te debo una —dijo Sanui.

—Que la fuerza te acompañe —dijo Mhist mientras hacía crecer la niebla que surgía de su alrededor. Pronto, la figura de metro sesenta y siete de Mhist estaba cubierta de niebla. A través de la bruma, Sanui podía ver cómo Mhist movía la mano para despedirse, pero la nube se volvió más opaca y Sanui ya no pudo ver nada. Un segundo después, cuando la oscuridad desapareció, Mhist ya no estaba. Sanui sonrió bajo su máscara y, antes de entrar en el hangar, se dirigió a donde había estado su amiga.

—Que la Fuerza te acompañe a ti también.

Fin del sexto capítulo

CAPÍTULO SÉPTIMO: VUELO MORTAL

El almirante Hoox estaba sentado en el puesto preferente de la sala de mando de su nave insignia, observando detenidamente a través de las pantallas lo que estaba sucediendo en Gadamar. Varios destructores estelares y cruceros interdictor rodeaban el planeta, en particular los continentes. Se habían soltado varios cazas TIE, y se había comunicado a los habitantes del planeta que ninguna nave entraría o saldría durante un tiempo.

A los cazarrecompensas no les iba a gustar demasiado, pero después de todo, Hoox era el gobernante del sector, así que Gadamar era su planeta si quería bloquearlo.

En otro punto del sector, la gobernadora jawa se encargaba de los problemas políticos que podían ir surgiendo, siguiendo las explícitas indicaciones de Hoox. Otro tipo de problemas eran atendidos por otro tipo de delegados.

Hoox esperaba pacientemente mirando las pantallas. El capitán Tryskho, a su espalda, carraspeó para llamar su atención.

—Sé que lleva ahí atrás dos punto siete unidades de tiempo, Tryskho —dijo Hoox, sin alterar su postura—. Espero su informe horario.

—Ninguna astronave ha salido del planeta, señor —dijo Tryskho—. Nuestra solicitud diplomática al Gremio de Cazarrecompensas para revisar los hangares todavía no ha recibido respuesta.

—Están limpiando los hangares que ellos tienen ocupados —dijo Hoox—. Preparándose para una auditoría anunciada.

Espero que la tripulación no olvide informar de cualquier activación del techo de un hangar.

—Si me permite preguntarlo, ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí esperando?

—El que haga falta, capitán —dijo el almirante, recalcando la palabra «capitán»—. Sanui está ahí abajo, y sabe que no nos iremos hasta que salga.

—¿Y si no sale? —preguntó Tryskho.

—Saldrá —afirmó Hoox con seguridad—. Yo he hecho mi movimiento, y ahora es su turno.

En la ciudad de Kerritt, Sanui se encontraba delante del hangar que Mhist le había indicado antes de desaparecer.

Cuando Sanui intentó abrir la puerta, descubrió que estaba cerrada con ciertas medidas de seguridad. Se acercó al cerrojo mecánico, lo examinó de cerca, se concentró en la Fuerza y consiguió abrirlo como tantas otras veces sin problema. Después, entró por la pequeña portezuela.

En el interior del hangar no había señales de pelea, o al menos no había señales recientes. Estaba claro que allí se habían disparado un par de blásters de vez en cuando, pero no había sido allí donde Mhist se había enfrentado a esos delincuentes de los que hablaba. Era un edificio grande de una sola habitación, con una puerta en cada extremo.

El techo estaba cubierto, pero Sanui sabía que podía abrirlo empujando una palanca visible.

Había también tres cazas, dispuestos casi uno encima del otro, dado el poco espacio que había en el hangar. Uno de ellos era un modelo Z-95 cazacabezas, pero Sanui no reconocía los otros dos. Recordando que el Z-95 carecía de hiperimpulsor, aunque era capaz de aguantar muchos daños en combate, decidió examinar uno de los otros dos.

El primer caza examinado parecía tener un hiperimpulsor, pero Sanui se preguntaba si funcionaría. Por si acaso, echó un vistazo al otro, pero en el tercer caza el hiperimpulsor estaba en un mal estado visible, goteando una sustancia aceitosa color verde.

Sanui meditó y escogió el otro caza, el único que podía tener un hiperimpulsor, esperando que funcionase.

Caminó hacia la palanca de la pared y la empujó para abrir el techo del hangar; ahora podría despegar.

—¡Capitán! —dijo un técnico en el puente—. Capitán, hemos detectado un hangar que está abriendo su techo. Podría ser para que despegase una nave.

—O para hacer reparaciones —dijo Tryskho—. Si una nave calienta motores para despegar, infórmeme.

—Sí, señor —dijo el técnico.

Sanui se montó en el caza y se puso un casco en la cabeza.

Aunque se sacó la capucha y se bajó la máscara para esto, irónicamente, el casco protegía su identidad incluso más.

Sanui movió su mano hacia el salpicadero y movió un interruptor para que su nave empezase a calentar motores.

—Muy bien —pensó—. Veamos de qué es capaz este montón de lata. Voy a darte unos minutos para que estés en perfectas condiciones…

—Almirante —dijo Tryskho—, tenemos algo. En un hangar, una nave está calentando motores. Ha abierto el techo como si fuera a despegar.

—¿Sensores? —preguntó Hoox.

—Aplicados, señor —dijo Tryskho—. Parece un caza, un modelo antiguo.

Hoox miró la formación de su bloqueo. Espera que Sanui fuese a utilizar su carguero, y dispuso sus cruceros de combate pensando en eso. Pero una pequeña astronave monoplaza… Podría escapar fácilmente de sus turbolásers.

No, habría que combatir fuego con fuego, jugar en el terreno que Sanui eligiese.

Con una mueca de desprecio, Hoox se levantó de su silla.

—Quiero que preparen al Escuadrón Gris —dijo Hoox, mientras se acercaba a una pared. Una puerta se abrió automáticamente ante él, y se cerró a su espalda.

Tryskho se quedó un momento ante la puerta cerrada, miró a un suboficial y, con un movimiento de un dedo, le dio la orden. El suboficial corrió a dar la orden a los pilotos.

—Señor, el Escuadrón Gris estará listo de inmediato —dijo Tryskho a una puerta cerrada, alzando un poco la voz—. Sin embargo, no puedo sino recordarle que Jefe Gris está de baja por enfermedad.

—Lo sé —dijo la voz de Hoox desde el otro lado de la pared.

La pared volvió a deslizarse creando una puerta, y de su interior salió Hoox. Se había cambiado de ropa. Ahora vestía un traje gravitatorio de vacío color negro, con botas de presión a juego. En sus guantes sostenía el casco de piloto de caza TIE, conectado ya por los tubos de transferencia de gas al sistema de soporte vital del pecho.

—Yo le sustituiré —dijo Hoox, con toda tranquilidad, y empezó a caminar hacia los hangares—. Queda al mando, Tryskho.

El capitán se quedó atrás, parpadeando incrédulo ante lo que acababa de ver. Su oficial superior, el hombre con más poder en el sector… Iba a meterse en un caza. No se lo creía.

Tardó varios segundos en recuperarse, y después echó a correr detrás de Hoox.

—Señor… —empezó a decir. Aunque Tryskho había estado corriendo para alcanzar al almirante, y éste mantenía un paso continuo, el capitán tenía que seguir acelerando el suyo para seguirle.

—Usted no está de acuerdo con esta medida —se le adelantó el almirante—. Me permito recordarle que yo diseñé y programé el entrenamiento del Escuadrón Gris, y que soy el mejor piloto de caza del sector, con el récord de horas de vuelo y bajas enemigas. No he sido abatido jamás, y no pienso empezar ahora.

—Pero señor —dijo Tryskho—. Con el debido respeto, le sugiero que lo reconsidere. Es nuestro líder. ¿Qué haría el sector sin usted?

—Doce pilotos de caza expertos con el apoyo de las naves comandante, contra un solo caza —explicó Hoox.

Tryskho se puso delante de Hoox; el que llevase el mono negro de vuelo no le hacía más fácil discutirle.

—Sanui sabe guardarse muchas sorpresas, señor.

—Yo también, capitán —dijo Hoox, echando a un lado a Tryskho—. Es hora de cazarle ya.

En la ciudad de Kerritt, un pequeño caza despegó en un hangar ocupado por otros dos. Sus motores traseros expulsaron una bocanada de fuego que hizo explotar al resto de los cazas de allí, y al hangar en general. Sanui estaba haciendo una salida poco discreta.

—Maldición —dijo desde la cabina—. Ahora me habrán detectado. Si empujo esta palanca, espero que…

Instantes después, el caza pintado de verde y amarillo, desgastado con el paso de los años, estaba alcanzando la órbita del planeta. Allí había un bloqueo de docenas de naves de guerra.

Sanui se concentró en preparar una estrategia: Volaría muy cerca de las naves más grandes, prácticamente arañando su casco. De ese modo, no podrían darle; esos gigantes eran demasiado lentos para girarse y apuntar bien con sus turbolásers.

Entonces, Sanui se fijó en unas pequeñas manchitas negras que salían de uno de los destructores. ¡Cazas TIE!

Eso alteraba completamente sus planes. Los TIE sí que podrían seguir a su caza, e incluso obtener un buen par de disparos en algunas condiciones. Sanui empezó a sudar y se dio cuenta de que, aunque pudiese evitar a los cruceros, los TIE eran algo totalmente distinto.

—Aquí Jefe Gris —dijo Hoox desde la cabina de su TIE—. Todos los Grises, informen.

—Gris Dos a la escucha —dijo un piloto.

—Gris Tres a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Cuatro a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Cinco a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Seis a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Siete a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Ocho a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Nueve a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Diez a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Once a la escucha —dijo otro piloto.

—Gris Doce a la escucha —dijo el último piloto.

Hoox se enorgulleció de la rapidez de sus hombres al responder a su llamada.

—En formación delta —dijo Hoox—. Si es posible, no destruyan a la presa.

—¡Recibido, señor! —dijeron once pilotos al unísono.

Y once aves de muerte surcaron el espacio, acercándose a la posición de un caza solitario, en cuya carlinga se encontraba Sanui, moviendo la cabeza en todas direcciones y consultando el radar en busca de un lugar donde esconderse.

Los doce TIE empezaron su maniobra para rodear a su presa mientras algunos disparaban. Sanui intentó mover la palanca de dirección, pero se había atascado.

—Te habla el almirante Hoox, Sanui —dijo un micrófono en la carlinga del caza—. Hemos localizado tu frecuencia. No puedes escapar. Te hemos rodeado. Ríndete, dirígete a una nave comandante, apaga las armas y permite que su rayo tractor tome tu caza. Cualquier otra medida será considerada un ataque, pero te lo advierto: La resistencia es f…

Sanui cogió el micrófono y tiró de él hasta romperlo.

—¿Guerra psicológica a estas alturas, Hoox? —pensó Sanui—. ¿Crees que me voy a asustar?

Uno de los TIE disparó tres veces contra el caza de Sanui.

Ninguno de los tres disparos llegó a tocar la nave, pero estuvieron lo bastante cerca para que Sanui comprendiese que se trataba de disparos de aviso.

—Pues tienes razón —dijo Sanui, asustándose.

Forcejeó con la palanca de direcciones un instante y consiguió hacer que volviese a funcionar, aunque no tan bien como había llegado a hacerlo. Giró un par de veces hacia los lados, avanzó e intentó escapar de la esfera de cazas que le rodeaba, avanzando hasta un punto donde la telaraña de TIEs no tenía ningún nodo.

¡En ese momento, la palanca dejó de funcionar otra vez!

Sanui se asustó; la palanca sólo iba hacia la izquierda, pero no volvía hacia la derecha, era demasiado tarde para frenar, y el curso de acción que llevaba incluía colisión directa con uno de los TIE.

—¡¡¡Aaaahhh!!! —dijo Sanui.

—¡¡¡Aaaahhh!!! —dijo el piloto del TIE. Asustado, movió los controles de su caza y se alejó de la esfera para permitir el paso a Sanui. El caza verde y amarillo había escapado.

—Lo siento, señor —dijo el piloto TIE—. Si no me hubiese apartado, me habría embestido.

—Recibido, Gris Nueve —dijo Hoox—. ¡Que no escape!

Los doce TIEs iniciaron una persecución mortal en una formación surgida de horas y horas de entrenamiento rígido.

Sanui intentó un cambio de dirección repentino, pero los cazas no cayeron en el truco y siguieron pisándole los talones, disparando una salva tras otra de mortíferos rayos verdes que Sanui apenas lograba esquivar.

Sanui miró a su alrededor, intentando encontrar algún lugar donde escaparse. Se fijó en una nave comandante muy grande, y se dirigió hacia allí, intentando esconderse en algún punto de su casco. En cuanto estuvo cerca de un objeto tan grande, los sensores de los TIEs ya no les servirían.

—Registren la zona —ordenó Hoox y, mientras sus pilotos se dirigían hacia allí, él se quedaba lejos de la acción. Miró hacia el sistema de comunicaciones de su caza y presionó un botón.

—Crucero interdictor *Pesadilla* —dijo—, al habla el almirante Hoox. ¿Me recibe? Cambio.

Unos segundos después, recibió una respuesta desde el interdictor.

—Aquí *Pesadilla*, almirante —dijo el comunicador—. ¿Cuáles son las órdenes? Cambio.

—El caza de Sanui se ha acercado peligrosamente a ustedes —dijo Hoox—. Es posible que en este momento esté pegado, magnética o figuradamente, a su casco…

—Lo sabemos, señor —dijo el comunicador—. Estamos realizando un análisis de…

—¡No analice! —rugió Hoox—. ¡Muevan su maldita nave para que podamos encontrar el caza! Por cierto, identifíquese.

—Teniente Naffer, señor —dijo titubeante la voz del comunicador, y tragó saliva audiblemente.

—No vuelva a interrumpirme cuando hablo, teniente.

¿Recibido?

—Sí, señor.

—Bien, muevan su maldita nave, corto y cierro.

Mientras tanto, los pilotos de TIE recorrían en grupos el casco del *Pesadilla*, investigando por todas partes. Siempre había al menos un piloto vigilando mientras los demás buscaban, por si Sanui aparecía de repente y atacaba.

Un grupo de tres cazas TIE volaron hacia la parte inferior de la nave.

—Gris Cuatro, Gris Cinco —dijo Gris Tres—, investiguen lo que puede haber detrás del rayo tractor.

—Eso es ridículo —dijo Gris Cinco mientras se acercaba allí—. No se pondría cerca del rayo tractor. ¡Si localizamos su nave, estaría en el bote!

—Tal vez eso sea lo que quiere que pensemos —dijo Gris Cuatro.

Los dos TIEs llegaron detrás del rayo tractor del crucero y lo revisaron. No había nada.

—Aquí Gris Cuatro —dijo éste—. No está detrás del rayo tractor, Gris Tres.

No hubo respuesta.

—¿Gris Tres? —preguntó Gris Cuatro—. ¿Me recibes?

—¡Cuidado! —gritó Gris Cinco.

Gris Cuatro se movió para poder ver el caza de Sanui, que venía de la posición que antes había pertenecido a Gris Tres. Le tenía en el punto de mira, y el rayo tractor era lo único que le protegía, dándole una cobertura parcial.

Sanui disparó varias veces y surgieron rayos rojos de los dos lados de su nave. Los que surgieron del cañón derecho impactaron de lleno en el rayo tractor del *Pesadilla*; los que surgieron del izquierdo dieron en uno de los motores de iones de TIE. Gris Cuatro perdió el control y empezó a alejarse dando trompos sin sentido mientras Sanui dirigía unos disparos más al rayo tractor para destruirlo del todo.

No tardó en hacerlo, y una pequeña explosión ocupó la panza del Interdictor.

Pero Gris Cinco seguía por allí y, aprovechando el descuido, disparó una vez contra el caza de Sanui. El disparo verde rebotó en los escudos del caza.

—Vaya —pensó Sanui—. No sé qué escudos tiene esta nave, pero están bien.

Revisó las lecturas: Los escudos habían perdido un poco de energía por ese disparo, pero no tardarían en recuperarse.

Se alejó un poco.

—¡Aquí Gris Cinco! —ladró el piloto por el comunicador—. Localizado objetivo en zona de rayo tractor; se dirige hacia estribor del *Pesadilla*.

—Recibido, Gris Cinco —dijo Gris Siete—. Reúnete con nosotros.

—Negativo, Gris Siete —dijo Gris Cinco—. La explosión del rayo tractor ha afectado al movimiento de mi nave. Buena suerte.

—Gracias, Gris Cinco —dijo Gris Siete.

Sanui empezó a subir por el lado de estribor del *Pesadilla*, pero había perdido el factor sorpresa. Si el último TIE había podido informar, todos sabían dónde estaba.

Efectivamente, se comportaron como Sanui había previsto.

En cuanto asomó el morro de su caza, ya había casi una decena de TIEs disparándole implacablemente. Tuvo que esquivar como pudo, y de nuevo dio gracias a los escudos de su caza.

—¡¡¡Hssssssss!!! —dijo en su lengua Gris Doce, un piloto claramente alienígena a juzgar por el extraño aspecto de su casco.

—Cállate, Gris Doce —dijo con desprecio Gris Ocho.

Pero Gris Doce consiguió un buen impacto en el caza.

Durante un instante, las pantallas volaron.

—Oh, no —dijo Sanui. Apenas podía seguir hacia adelante en su caza, y el *Pesadilla* se movía lenta pero inexorablemente, convirtiéndose en un decorado vivo en esta lucha por la supervivencia.

Sanui se concentró durante un instante en utilizar la Fuerza, y alcanzó la mente de uno de los pilotos. No le fue difícil alterar un pequeño rasgo que estaba pugnando por salir, y que le garantizaría la supervivencia si lograba evitarles un par de segundos más.

—Gris Ocho —dijo la voz femenina de Gris Seis—, ayúdame a guiar a la presa hasta el rayo tractor de una nave.

—¡No recibo órdenes de una mujer! —bramó Gris Ocho.

Gris Doce siseó algo más en su idioma, que todo el Escuadrón conocía.

—¡Se acabó! ¡Estoy harto! —gritó Gris Ocho—. ¡Bastante malo es considerar mi igual a una mujer, pero un alienígena es demasiado!

El caza de Gris Ocho apuntó sus cañones láser hacia Gris Doce y disparó varias veces. Gris Doce empezó a moverse para esquivar, y Gris Seis disparó contra Gris Ocho.

—¡Déjale en paz! —dijo ella. Los disparos de Gris Seis, calculados pragmáticamente, fueron mucho más precisos que los disparos lanzados contra Gris Doce, fruto de un arrebato de ira. Pronto, Gris Ocho se quedó sin un cañón láser, y Gris Nueve colaboró con Gris Seis para destruir el otro.

El caza de Jefe Gris se perfiló contra la superficie de Gadamar.

—Señor —dijo Gris Ocho—, he sido agredido por esa bruja de…

—He oído la conversación, Gris Ocho —dijo Hoox—. Le advertí que no volviese a poner en peligro la vida de mis pilotos. Vuelva al hangar y espere su consejo de guerra.

—¡Negativo, señor! —dijo Gris Ocho—. ¡Llevaré a cabo la misión!

—¿Dónde está el objetivo, Gris Ocho? —preguntó Hoox severamente.

Gris Ocho miró hacia el punto donde había estado el caza tullido de Sanui, pero allí no había nada. El impacto había inutilizado los sistemas sólo temporalmente y, mientras Gris Ocho y los demás se peleaban, Sanui lo había arreglado y había escapado.

—Vuelva al hangar, Gris Ocho —ordenó Hoox.

Gris Ocho avanzó cansinamente, como si su caza se arrastrase. Giró un momento para intentar escapar a su destino, pero entonces se encontró de frente con el caza de Hoox. Podía ver al almirante apuntándole directamente con sus cañones láser y con el dedo en el disparador.

Gris Ocho se rindió y volvió al hangar.

—No crean que estoy contento con los demás —dijo Hoox—. Gris Ocho es un imbécil sin voluntad, pero el resto le han seguido el juego, a él y a Sanui.

—No estamos preparados para enfrentarnos a los poderes de la Fuerza —se disculpó Gris Dos.

—No defienda a sus compañeros, Gris Dos —dijo Hoox.

—Señor —dijo Gris Diez—, Sanui debe haber saltado ya al hiperespacio.

—No desde dentro del bloqueo —dijo Hoox—. Estamos enviando interferencias constantes que se lo impiden. Tiene que salir antes de poder siquiera preparar los cálculos de astrogración, y entonces estará en nuestra mira el tiempo suficiente.

Hoox respiró entrecortadamente; estaba claro que sentía excitación ante esta caza.

—Muy bien, chicos —dijo Gris Dos—. Ehhh, y Gris Seis, claro.

Gris Seis dejó oír una risita por el comunicador.

—Muy bien, Escuadrón Gris —dijo Gris Dos—. Si Sanui sigue dentro del bloqueo, tiene que salir. ¿Hacia dónde saldrá? A ver si aprovechamos todas esas horas de entrenamiento.

—Puede salir hacia el espacio profundo —dijo Gris Once—, acercarse a la estrella Gadamar, o alejarse de ella.

—Si intenta alejarse, tendría que llegar al siguiente planeta para no ser un blanco claro para las naves comandante —dijo Gris Siete—. Dudo que pueda cubrir tanta distancia; su nave es maniobrable, pero lenta.

Gris Doce siseó en su idioma algo referente a que se aplicaba lo mismo si intentaba salir de la órbita de la estrella.

—Entonces sólo queda un camino, ¿no? —dijo Gris Diez.

—¿Quieres decir… —preguntó Gris Nueve— el cinturón de asteroides?

Todos los pilotos se giraron para admirar el fenómeno seminatural que había al lado del planeta Gadamar. Una miríada de asteroides orbitando en forma de banda de Möbius. Algunos eran más pequeños que un caza, pero otros tenían el tamaño de una luna. Cada uno se movía a su ritmo, provocando colisiones constantes, pero que no solían ser lo bastante fuertes para destruir los asteroides; la mayoría de las veces, cuando un asteroide chocaba con otro, rebotaba como una mortífera bola de billar.

Estaban mucho más cerca del planeta que cualquier otra cosa; una nave podría llegar desde el bloqueo, y alcanzar la relativa seguridad del cinturón antes de ser abatida.

—Tiene sentido —dijo Gris Dos—. Es lo que yo haría en su lugar.

—Puede encontrar un asteroide tranquilo, posarse sobre él y realizar los cálculos desde allí —dijo Gris Seis—. Le bastaría con salir un parasegundo para hacer el salto, y estaría en el otro extremo de la galaxia antes de que pudiésemos darle.

Mientras los TIEs se ponían en formación, Hoox se permitió un movimiento de cejas. Quizá no los había entrenado tan mal.

Como si les hubiese oído, Sanui apareció en su caza, escapando del bloqueo y volando a casi 100 MGLT hacia el cinturón, en línea recta y desde el punto más próximo posible.

—¡Ahí está! —dijo Gris Dos.

Los cazas empezaron a disparar y a seguirle tan rápido como pudiesen. Sanui intentaba concentrarse en avanzar y cubrir toda la distancia posible, pero era como si los TIEs hubiesen sabido por dónde iba a salir. Además, en formación, combinaban sus disparos y eran mucho más precisos; le habían dado varias veces en popa y los escudos empezaban a ceder…

Un nuevo impacto en popa terminó definitivamente con los escudos de esa zona. Sanui consultó las lecturas, y resultaron desalentadoras. El casco era demasiado fino, otro impacto allí y sería historia. Los escudos se recuperarían en unos minutos, pero Sanui no tenía unos minutos, y el cinturón estaba demasiado lejos para alcanzarlo antes de que le diesen otra vez.

La maniobra que Sanui iba a intentar era una auténtica locura, pero también era su única oportunidad. Cogió los mandos de su caza, tiró de ellos e hizo un repentino giro en U, pasando a enseñar el morro a sus perseguidores. La formación se sorprendió por ello y, cuando Sanui empezó a disparar, Hoox fue el primero en dar la orden.

—¡Dispersáos!

Los cazas TIE se dispersaron en todas direcciones, pero Gris Dos y Gris Once recibieron impactos de importancia distinta. Sanui aprovechó que los TIEs tenían que reorganizarse para seguir avanzando hacia el cinturón; ya había conseguido el respiro que necesitaba.

—Informe de daños —dijo Hoox.

—Superficiales —dijo Gris Dos—. Un par de minutos y estaré bien.

—Yo no —dijo Gris Once—. Ya no puedo seguiros.

—Vuelve al hangar —dijo Hoox—. Si no puedes hacer más por nosotros, quédate allí, y asegúrate de que Gris Ocho esté encerrado.

—Y dale un puñetazo de mi parte —dijo Gris Seis, sonriendo.

—Anule esa orden, Gris Once —dijo Hoox fríamente—. El sentido del humor es inapropiado para este momento, Gris Seis.

Gris Once se dirigió hacia el bloqueo, lentamente.

—Perdón —dijo Gris Nueve—, ¿qué está haciendo Gris Siete?

Todas las miradas se giraron hacia donde estaba Sanui.

Gris Siete había seguido encima del caza y estaba disparando de cerca. Sanui apenas tenía espacio para moverse.

—¡Gris Siete, salga de ahí ahora mismo! —dijo Hoox.

Sanui siguió avanzando a máxima velocidad, mientras Gris Siete no se le alejaba de encima. Los disparos de Gris Siete no le daban de lleno, pero se le acercaban lo bastante; tendría a Sanui antes de que llegasen al bloqueo.

—¡Gris Siete, es una orden! —dijo Hoox.

Sanui frenó su caza de repente y Gris Siete, que no esperaba esta maniobra, siguió avanzando. Pero ahora estaba en el punto de mira de Sanui, que disparó varias veces y

logró separar una de las alas del TIE. Gris Siete empezó a dar vueltas y llegó al cinturón de asteroides, estrellándose contra uno de los que formaban el exterior.

—¡Buf! —dijo Sanui.

—¡Todos hacia el cinturón! —dijo Hoox.

Cuando los TIEs llegaron al cinturón, observaron que la formación de los asteroides era mucho más extraña de cerca de lo que ellos habían creído. Algunos eran asteroides con aspecto rocoso, como ellos habían visto una y mil veces, pero otros, aproximadamente un veinte por ciento, tenían un aspecto cristalino, como si estuviesen hechos de hielo o de alguna otra sustancia transparente.

Asteroides multifacetados, como dodecaedros irregulares, que pese a todo, reflejaban la luz de la estrella con tanta intensidad que no se podía ver a través de ellos.

—Son preciosos… —dijo Gris Seis.

—Concéntrate en el objetivo —dijo Gris Dos—. Después ya te traeré aquí de turismo.

—Divídanse en grupos de dos —dijo Hoox— y busquen al objetivo. El cinturón es demasiado grande, pero no puede estar muy lejos.

Gris Nueve y Gris Diez avanzaron entre los asteroides, con calma. Esto les permitía tomar más precauciones que en una apresurada persecución, y podían esquivar los dos tipos de asteroides. Tenían que admitir, sin embargo, que esas pequeñas estrellas de hielo eran realmente hermosas.

Gris Diez se obligó a concentrarse en el objetivo y, revisando, encontró a Sanui en su caza justo delante de uno de esos asteroides cristalinos.

—¡Ahí está! —gritó Gris Diez—. ¡Fuego!

Sanui esquivó el disparo por poco, y el rayo láser dio de lleno en el asteroide. Al entrar en una especie de cristal que reflejaba tan bien la luz, el láser se vio reflejado en infinidad de direcciones. Uno de los disparos dio a Sanui, pero no de lleno. Otro rebotó de nuevo en otro asteroide cristalino, generando una nueva explosión de láser a la que Gris Nueve no pudo escapar.

Muchos golpeaban inofensivamente asteroides rocosos, destruyéndolos sólo en ocasiones. Gris Diez se vio atrapado en una montaña de gravilla que le impedía ver. Gritó, y colisionó de frente contra el asteroide de cristal, destruyendo su caza.

—Hemos perdido a Gris Nueve y Gris Diez —dijo Gris Seis.

—Recibido —dijo Hoox—. Sanui podría estar en la zona donde fueron destruidos.

—¡He encontrado a Sanui! —gritó Gris Dos.

El resto de los cazas intentaron alcanzar esa zona, pero era un verdadero laberinto de asteroides, y ya nadie se atrevía a hacer un solo disparo por miedo a darle a los cristalinos.

En cambio, la zona en donde estaba Sanui parecía bastante despejada. Había un inmenso asteroide, más grande que una luna, en el centro, y no se veía que ningún otro cuerpo astral se acercase lo bastante como para rozarlo. Sin duda, pensaba Sanui, el asteroide generaba sus propias órbitas.

Gris Dos disparó varias veces contra Sanui, pero el caza se movía demasiado rápido, y Gris Dos no quería arriesgarse a darle a uno de los cristalinos. Intentó fijar un buen blanco, y se dio cuenta de que no era difícil. El caza de Sanui estaba justo delante de él. De hecho, parecía hacerse más grande a cada momento…

A menos que…

Gris Dos comprendió demasiado tarde que Sanui iba a utilizar sus escudos como arma ofensiva. ¡Le estaba embistiendo!

El TIE se convirtió en una nube de fuego rojo de la que surgió, triunfante cual fénix, el caza de Sanui.

Entonces, un disparo le dio de lleno al caza.

Sanui se fijó para ver quién le disparaba. Aunque había tres cazas allí, sólo uno estaba disparando, mientras que los otros dos le flanqueaban. Pero el que disparaba no fallaba una sola vez. Sanui intentó alejarse, esquivar, pero no había manera: Cualquier cosa que hiciese, parecía que el piloto TIE la hubiese previsto.

Se acercó un poco más al asteroide grande.

Entonces, el reconocible rayo de un cañón de iones surgió de la superficie planetaria, obligando a Sanui a retroceder. Cuando quiso comprender lo que sucedía, su caza había caído en un rayo tractor y se estaba acercando rápida e inexorablemente a la superficie del asteroide.

—¿Qué? —rugió Hoox, volando más cerca del asteroide. Los otros pilotos se quedaron atrás. Hoox fue también atrapado por otro rayo tractor, y en cuanto los cazas se acercaron demasiado a la superficie del asteroide, desaparecieron de la vista.

Gris Seis miró a Gris Doce.

—¿Qué tal si volvemos al hangar e informamos?

Fin del séptimo capítulo

CAPÍTULO OCTAVO:
EL APRENDIZ DE HOOX

Ashla había ordenado a Sanui introducirse subrepticiamente en un centro de investigación científica de Hoox. Según los informes que habían llegado a oídos de Ashla, en ese centro estaban diseñando un arma que, aunque capaz de arrasar civilizaciones, fuese más económica que una Estrella de la Muerte. La misión de Sanui era entrar allí e impedir que la construcción de tal arma fuese llevada a cabo. Además, se había detectado en ese planeta a alguien poderoso en la Fuerza, que debía ser como mínimo identificado.

Sanui encontró en un claro del bosque un edificio de una sola planta, con una pequeña torre como cúspide. No se dejó engañar: La experiencia le decía que la mayor parte de los pisos serían subterráneos. Sanui mantuvo su escondite entre los arbustos mientras utilizaba un comunicador.

—Emesiete, ¿estás ahí? —susurró Sanui bajo su máscara.

—Estoy en la nave —dijo el androide—. ¿Algún problema?

—Espero que no —dijo Sanui—. Triangula mi posición y confirma que estoy delante de mi objetivo.

—Un momento, por favor —dijo el androide mientras realizaba cálculos. Tardó unos segundos en contestar—. Confirmado. No hay más muestras de tecnología en un radio de doscientos kilómetros.

—Gracias, Emesiete —dijo Sanui—. Corto y cierro.

Sanui puso una roca en equilibrio encima de la rama de un árbol, y empezó a moverse por el bosque, sin entrar nunca en el claro, hasta estar mirando otra pared del edificio.

La pared que tenía la entrada.

Había dos soldados de asalto en la entrada, uno a cada lado, con sus rifles bláster sobre el pecho. Eran el primer obstáculo.

Sanui se fijó en ellos sin abandonar su escondite. Dos a la vez, eso sería complicado. Sobre todo, sin llamar la atención. Los soldados no estaban dialogando entre ellos, sino que mantenían la compostura en perfecta formación.

Mala señal: Estaban entrenados para hacer esa guardia.

Sanui desvió la mirada hacia donde había dejado la roca.

Cerró los ojos y se concentró en la piedra, en la rama… Al principio parecía no suceder nada, pero poco después, la roca empezó a temblar, y después a moverse. ¡De pronto, la roca cayó causando un ruido!

—¿Qué ha sido eso? —dijo uno de los dos soldados de la entrada. Ya había girado su cabeza hacia el lugar de donde venía el ruido. El otro soldado no dijo nada, pero también se giró y preparó su rifle.

—¡Salga con las manos donde podamos verlas! —dijo el primer soldado mientras apuntaba su rifle hacia el lugar de donde había venido el ruido.

Durante unos eternos segundos, nada se movió.

—Voy a investigar —dijo uno de los soldados—. Tú quédate aquí y que nadie entre.

El otro soldado hizo un gesto de asentimiento mientras su compañero se alejaba.

Sanui esperó pacientemente hasta que sólo quedase un soldado en el claro, y entonces salió del bosque y se acercó a la entrada. El soldado no tardó en dirigirle la mira de su rifle, y en respuesta Sanui puso sus manos sobre la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Sanui, con fingido miedo—. No pasa nada, tengo mi autorización.

—Muy bien, enséñamela —dijo el soldado—. ¡Y nada de trucos!

Sanui bajó su mano de la cabeza para llevarla hacia el interior de su capa. Cuando la mano pasaba ante su rostro, Sanui movió sus dedos con un extraño patrón…

En el interior de la instalación, todo estaba extremadamente limpio hasta llegar a la esterilización.

Sanui se cruzó con un par de androides que no le prestaron mayor atención, y entonces oyó, desde detrás de una esquina que giraba en L, el sonido de pisadas. No eran las pisadas metálicas y torpes de un androide de protocolo. Eran las botas de soldados de asalto marcando el paso. Cinco, o quizás seis. Además, iban en su dirección.

Sanui miró a su alrededor, en busca de algún lugar donde esconderse, pero sólo encontraba un claustrofóbico pasillo de brillantes paredes metálicas. Llevó a su mano el mango de su sable de luz.

Los soldados giraron la esquina y vieron claramente a Sanui, a apenas una docena de metros. Los imperiales sabían claramente que nadie debía estar en ese pasillo, que no había nadie con autorización. Uno de los soldados gritó la orden de fuego, y todos ellos empezaron a disparar.

Sanui encendió rápidamente su sable de luz y utilizó el filo violeta para deflectar los disparos y protegerse.

—Frenar los disparos es fácil —pensó en un nanosegundo—. Lo difícil es redirigirlos contra ellos.

Sólo uno de los soldados cayó al suelo, fulminado por su propia arma (o la de uno de sus compañeros; Sanui no podía asegurarlo). Los otros soldados siguieron disparando, sin prestar atención a su compañero de armas caído.

Sanui habría saltado para intentar alcanzar a los soldados, pero el techo era demasiado bajo, así que tenía que avanzar hacia ellos por el suelo. Dio varios pasos girando sobre sus pies mientras no dejaba de mirarlos, pero ellos se iban alejando poco a poco mientras su rival avanzaba; temían la ventaja que Sanui poseería en cuerpo a cuerpo.

Pero estaban retrocediendo hacia el rincón, donde Sanui les tendría atrapados. Dio varios pasos más, y los soldados decidieron adoptar una actitud más ofensiva y lanzarse sobre Sanui, intentando conseguir el factor sorpresa.

Fue inútil. Sanui movió su sable de luz con habilidad y, con tres golpes, logró derrotarles a todos.

—¿Tres golpes? —pensó Sanui. Entonces contó los cuerpos.

Había cuatro soldados de asalto en diversos estados de gravedad.

—Yo oí al menos a cinco soldados caminando —continuó su cadena de pensamiento—. ¿Dónde está el quinto?

En el más profundo de los subsótanos, en una oscuridad casi total que sólo se quebraba por la luz surgida de los monitores, había una sala de control llena de máquinas.

Cada máquina tenía un operario de alto nivel controlando las lecturas.

—Intruso localizado —dijo uno de los operarios de sensores—. Un soldado ha disparado la alarma silenciosa.

—¿En qué nivel? —dijo desde las sombras una voz que parecía el rechinar de un mecanismo antiguo.

—Nivel once, zona tres.

La voz en las sombras se acercó un poco más al operario, pero se mantenía siempre oculto. Aunque él podía verlo todo, el operario no podía verle. No es que eso le preocupase; el operario debía concentrarse en su monitor.

—Ponga las cámaras de seguridad.

La pantalla se dividió rápidamente para poder ver al unísono todas las cámaras de seguridad. El terminal registró automáticamente las diferencias entre lo que veía y lo que debía ver, y señaló los cuerpos de soldados de asalto caídos y… a Sanui, en la octava pantalla.

La voz en las sombras emitió una horrenda risa, una risa chirriante que se parecía al sonido de zarpas arañando piedra lisa. El operario apretó sus dientes y reprimió una mueca.

Un humanoide con una espesa capa negra salió de la sala de control y se metió en un tubo elevador. En cuanto se hubo confirmado su presencia, el tubo de apenas un metro de diámetro en la base, empezó a subir niveles en busca del nivel once.

Mientras tanto, en el nivel once, Sanui seguía buscando y probando una puerta tras otra, sin encontrar nada que sugiriese investigación científica en busca de un arma. El comunicador había sido interferido, y ahora Sanui no podía contactar con su fiel androide. Sin la ayuda de Emesiete, pensaba Sanui, la única forma de encontrar mi meta es por ensayo y error.

Sanui se movía a gran velocidad, con su capa color morado dejando una estela por donde pasase. Mientras tanto, la figura del tubo se mantenía quieta, casi como si estuviese congelado en una postura. No parecía respirar. La capucha cubría su rostro, así que lo único que se podía adivinar era una estatura superior a los dos metros veinte y una complexión muy delgada.

Sanui medía mucho menos, pero se movía tanto y tan rápidamente que era muy difícil precisar cuánto. A su velocidad había que añadir los movimientos de su capa que hacían tan difícil acertar. Después de revisar otra habitación, Sanui salió al pasillo y buscó el tubo transportador para ir al siguiente nivel.

Pero el tubo ya estaba llegando al nivel once. Iba directo hacia allí, con un ocupante. Sanui sintió la Fuerza en él, y comprendió que no iba a escapar. Podría haberlo intentado, pero no lo hizo.

En cuanto el tubo llegó y empezó a abrirse, Sanui utilizó la Fuerza para lanzarle un pequeño objeto. La figura encapuchada levantó una mano esquelética y, sin siquiera mover los dedos, detuvo el proyectil. Ante los sorprendidos ojos de Sanui, el objeto se destruyó, reduciéndose casi a cenizas.

La figura de negro se deshizo de su capa, arrojándola con fuerza hacia un lado. Su aspecto era ahora realmente espeluznante. Tenía un cráneo alargado y sin pelo, coronado en un extremo picudo, prácticamente puntiagudo, y unas enormes orejas cada una de las cuales terminaba en varias puntas hacia arriba. No tenía lóbulos, pero la parte inferior de la oreja estaba muy deformada. Sus inmensos y oscuros ojos parecían a punto de salirse de sus cuencas, y estaban rodeados por una sombra que rodeaba el globo óptico y continuaba hacia atrás, dándole el aspecto de un ceño fruncido aunque no tuviese cejas. Tenía una pequeña nariz aguileña, hasta el punto de terminar literalmente en una punta. Todos sus dientes parecían ser colmillos naturales, y no afilados artificialmente. No poseía labios; Sanui podía ver cómo sus dientes se incrustaban en sus encías, y luego las encías poco a poco adoptaban el color cadavérico del resto de su piel. Sus mejillas parecían haber perdido toda su masa y adaptarse ahora al hueso que había en su interior. A Sanui le llamó también la atención una extraña arruga en su barbilla.

En cuanto al cuerpo de la criatura, no parecía mucho mejor. Era efectivamente delgado, escuálido de hecho, como si no tuviese ni un solo gramo de grasa en el cuerpo. Como si llevase varios meses muerto. Sus larguísimos brazos casi tocaban el suelo, y cada uno de ellos tenía dos articulaciones, dos codos, uno en cada sentido. Las manos poseían largos dedos, como los que no había necesitado mover para destruir el objeto. Las piernas eran similares a los brazos, y la criatura las flexionó ligeramente en ambas articulaciones, como si se estuviese agachando. Aún agachado, era una cabeza más alto que Sanui.

—Creo que sabes quién soy yo, Sanui —dijo el monstruo.

—Eres Darth Ksar —respondió Sanui—. El aprendiz de Hoox.

Ksar movió sus párpados, cerrándolos ligeramente para expresar su disconformidad.

—Hoox sólo me ha enseñado un par de movimientos de combate. Nada que tuviese relación con la Fuerza.

—Entonces… ¿Quién fue tu maestro?

Por toda respuesta, Ksar se inclinó hacia adelante y se echó a reír. Sanui tuvo que apretar los dientes al oír su risa.

—Esto no es una reunión social —dijo Ksar—. Sólo uno de los dos saldrá de aquí con vida.

Ksar hizo un movimiento rápido con sus dedos, y de pronto en su mano tenía un cilindro metálico de color plateado con varios botones. Presionó uno de los botones con maestría, sin siquiera mirar cuál era, y de la base del cilindro surgió un larguísimo filo carmesí. Ksar hizo girar su sable de luz con una sola mano y se puso en guardia con un correctísimo protocolo de combate. Flexionó levemente sus cuatro rodillas y sostuvo su sable con dos manos como sólo podría sostenerlo un verdadero maestro de esgrima.

Sanui sintió sus nervios a flor de piel mientras encendía su sable de luz violeta con mucha más discreción, sólo presionando el botón. El filo violeta cobró vida. Sanui sólo podía pensar que era la primera vez que se enfrentaba a un Jedi oscuro… y que tampoco había destacado nunca en los combates de entrenamiento contra un sable de luz.

Pero Ashla le había enseñado qué hacer en estos enfrentamientos.

Sanui decidió adoptar una actitud inicialmente defensiva para familiarizarse con los movimientos de su rival, y cuando supiera dónde estaban sus fallos, le atacaría.

Eso significaba parar sus ataques iniciales. Sanui se fijó en la horrible criatura, para ver de dónde vendrían sus ataques. Casi podía oír las palabras de Ashla: «No te fijes en sus manos; ellas no te dirán de dónde vendrá el ataque. Sus ojos te lo dirán».

Ksar sonreía mientras examinaba a Sanui con tanto interés como Sanui le examinaba a él. Ambos parecían ser depredadores a punto de enfrentarse, temibles peces maltz a punto de iniciar su lucha.

Ksar emitió un sonido que podría haber sido una risita y podría no haberlo sido, y corrió hacia Sanui con su sable de luz levantado. Sin sorprenderse en absoluto, Sanui dejó que la Fuerza guiase sus movimientos y frenó el ataque con su propio sable. Ksar se detuvo unos metros a la espalda de Sanui, frenando con las suelas de sus botas y arrastrando sus rodillas invertidas, pero se puso en pie con un ágil movimiento y se giró de nuevo hacia Sanui.

Ksar corrió de nuevo hacia Sanui y atacó otra vez. Este ataque era mucho más predecible que el anterior; ahora Ksar estaba guiándose por su ira, y no por su habilidad. Si seguía así, Sanui no tendría problemas para vencerle.

Ksar atacó dos veces más con su sable en un arrebato de ira, y se mantuvo a escasos centímetros de su oponente.

Pero de pronto comprendió que Sanui no estaba atacándole, sino que sólo se cubría. Retorció su boca sin labios en una horrible mueca que debía asemejarse a la sonrisa de una calavera, y volvió a reír. Sanui mantenía bajo su máscara una expresión de seriedad, pero Ksar debía adivinarla por sus ojos.

La criatura parecida a una gárgola movió rápidamente su sable de luz en un impresionante despliegue de habilidad, y atacó cinco veces en rápida sucesión. Sanui retrocedió, el terror claramente visible en sus ojos, y se dio cuenta de que ninguno de los golpes le había siquiera rozado.

—Es imposible —pensó Sanui—. No los habría podido parar todos aunque hubiese querido. A menos que… A menos que Ksar no intentase golpearme a mí, sino a mi sable…

Rápidamente, Sanui hizo girar su sable de luz, fijándose en el filo violeta para averiguar si le había pasado algo.

Mientras, Ksar repetía su enervante risita.

—¿Y si te digo —dijo Ksar— que conozco el truco de esgrima que intentas usar?

Sanui dejó de mirar su sable y miró a Ksar, con creciente preocupación.

—Estás dejando que yo ataque primero —explicó Ksar— para intentar localizar mis puntos débiles, los movimientos que peor se me dan, y mis fallos más obvios.

Antes de continuar, Ksar se deleitó un instante oliendo el miedo que empezaba a aparecer en Sanui.

—Ah, siento tu miedo. Para ti es un problema, porque inicia tu descenso al lado oscuro.

Sanui se dio cuenta de que, dejándose guiar por el miedo, le seguía el juego a Ksar. Intentó controlar sus emociones y hacer que la Fuerza fuese su guía…

Y entonces, eligió atacar.

Ksar se sorprendió por la furia inesperada de su oponente.

Sanui, por su parte, había llegado a la conclusión de que, si Ksar conocía el truco, no tenía sentido seguir a la defensiva. Ksar, esta vez a la defensiva, empezó a retroceder para ganar algo de espacio y de movilidad, y se acercó a una puerta.

El combate continuaría en otra estancia del complejo. En el interior de la nueva sala había mucho más espacio y muchos más lugares donde moverse, así como un techo más amplio. Era una especie de sala de máquinas de donde se extraía energía a partir de minerales radiactivos. Las paredes, de unos quince metros de altura, estaban cubiertas por inmensos aparatos metálicos llenos de pantallas y teclados. Pequeños droides flotantes de aspecto no humanoide se encargaban de su manejo.

—¡Fuera todos! —gritó Ksar en cuanto él y Sanui estuvieron dentro.

Los droides, identificando a Ksar como «amo imperial», se dirigieron rápidamente a la puerta por donde los orgánicos acababan de entrar. La puerta permaneció abierta; sólo se cerraba en caso de que hubiese peligro de fugas de radiación, y en ese caso el cierre era hermético.

Ksar se fijó en su nuevo entorno mientras seguía combatiendo y de nuevo sonrió. Sanui insistió en sus ataques, aprovechando que tenía la ventaja, y le dirigió un nuevo golpe a Ksar.

Pero Ksar logró pararlo sin dificultad, y movió su sable para impedir que Sanui liberase el suyo. Ahora, si Sanui se movía, si hacía algo que no fuese frenar el sable de Ksar, se cortaría automáticamente.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Ksar, sonriendo—. No puedo creerlo. ¿Has caído en tu propia artimaña? Tu maestro se sentiría muy decepcionado.

Sanui comprendió a qué se refería: Cuando Sanui empezó su ofensiva, Ksar se puso a la defensiva… y estudió los movimientos de Sanui, hasta encontrar fallos en sus ataques. Ahora, Ksar tenía a Sanui donde quería.

—No sólo eso —añadió Ksar mientras su sonrisa se ensanchaba hasta lo humanamente imposible—. También he usado la Fuerza para entrar en tu mente… y descubrir qué escondes bajo tu máscara.

Sanui se sorprendió tanto por esta inesperada revelación, que casi se le olvida frenar el sable de Ksar. ¡Ahora tendría que encontrar la forma de impedir que Ksar le revelase a Hoox su secreto! Pero Ksar parecía ser mejor luchador que Sanui…

—¡Fuera con ese juguete! —dijo Ksar, haciendo un rápido movimiento con su sable. El arma de Sanui se separó de su mano y cayó al suelo, apagada e inofensiva, a varios metros de distancia. Mientras, Ksar puso su filo cerca de la yugular de Sanui.

—Torpe, torpe, torpe —dijo Ksar—. Perderte en tus pensamientos mientras tu enemigo está justo delante de tus narices…

Sanui se dio cuenta de que no contaba con su sable, pero eso no significaba indefensión total: Aún tenía la Fuerza.

Cerró sus párpados para simular un estado de aparente resignación a la muerte y, cuando Ksar levantó su sable, atacó.

—¡Aaaaaggghhh! —gritó Ksar.

Un destello de luz surgió de la nada entre ambos contrincantes. No había calor en esta luz, y no podía causar verdadero daño a nadie. Sin embargo, proporcionaba dos ventajas a Sanui. La primera era el factor sorpresa, y la segunda, deslumbrar a Ksar hasta dejarle ciego durante unos instantes. Sanui abrió sus ojos, se fijó en que las pupilas de Ksar prácticamente habían desaparecido, y se lanzó a recoger su sable. Dio una voltereta rápidamente para volver a ponerse en pie, encendió el filo violeta y, aprovechando que Ksar seguía ciego y tapándose sus ojos con una mano, se acercó a él por la izquierda con el sable levantado.

Ksar logró detener el ataque con su sable, aunque seguía tapándose los ojos. Sanui se sorprendió; no podía ser casualidad. Ksar emitió un quejido que debía deberse al dolor de sus ojos, y le dio una explicación.

—Oh, vamos. ¿Acaso creías que «éstas» eran de adorno? —dijo mientras movía adelante y atrás sus inmensas orejas—. Te pude oír con claridad.

Sanui se separó de Ksar; aunque pudiese oírle, si se movía silenciosamente, sin viento, y si ralentizaba su respiración, y si controlaba sus latidos como le enseñó Ashla, nadie podría oír nada…

Mientras Ksar seguía tapándose la cara, esperando el momento de recuperarse de su ataque, Sanui se acercó a él por detrás y, tan silenciosamente como pudo, levantó el sable.

Antes de que lo bajara, Ksar se dio media vuelta y, sin ver, miró a Sanui directamente a los ojos.

—Excelente intento —dijo—. Pero…

La arruga de la barbilla de Ksar se movió y dos pliegues de carne se movieron hacia arriba y hacia abajo respectivamente para revelar un tercer y repugnante ojo.

Los pliegues de carne parpadearon una vez mientras Ksar sonreía.

Comprendiendo que ya no tenía la ventaja del destello, Sanui decidió retroceder. Sin embargo, ahora que tenía espacio para maniobrar, retrocedió dando un magnífico salto de varios metros de altura y unos cuantos más de longitud.

Pero, antes de que Sanui aterrizase, Ksar flexionó sus cuatro rodillas y saltó tras su enemigo. En mitad del aire, sus sables colisionaron primero una vez y después dos más.

Los dos contendientes aterrizaron en lugares separados, mirando cada uno a su rival y con el sable preparado. El aterrizaje de Sanui, sin mucha ceremonia, fue más bien práctico, agachándose para evitar el daño. Ksar aterrizó como si lo hiciese todos los días, sonriendo a Sanui.

—Creo que hay algo que debes saber, Sanui —dijo Ksar.

Sanui le miró con atención, pero manteniendo la guardia.

Esta vez, no iba a permitir que su absurda cháchara volviese a darle ventaja.

—No existe lo que has venido a buscar —sonrió el demonio.

Pese a su sorpresa, Sanui movió su sable un par de veces, indicándole que no debía acercarse.

—No existe el arma capaz de arrasar civilizaciones. Aquí están haciendo un estudio sobre protección contra daños radiactivos. Era todo un farol, y tú has mordido el anzuelo.

Ksar intentó contener su satisfacción por sentir cómo la rabia inundaba a Sanui. El odio y la agresividad, junto con el miedo, conformaban el lado oscuro de la Fuerza.

—Y, mientras tanto —añadió Ksar—, he usado la Fuerza para investigar más en tu mente, aprovechando tu distracción. Ya conozco las coordenadas del escondite secreto de tu maestro.

Eso era más de lo que Sanui podía aceptar. Si era cierto, significaba que tenía que matar a Ksar para impedir que divulgase esa información. Cargó contra él velozmente, en un aparente arrebato de ira.

Pero fingía su ira. En realidad, había estudiado lo bastante las tácticas de combate de Ksar como para obtener cierta ventaja. El sable de Sanui era más largo que el de Ksar y, si éste estaba a la distancia adecuada, podría una oportunidad de herirle, y acabar el combate rápidamente a continuación.

Ksar, con una estudiada impasibilidad, vio acercarse a su rival, y le vio frenar en el momento en que su sable no podía alcanzarle. El filo violeta zumbó, acercándose a Ksar, pero éste lo esquivó flexionando sus rodillas invertidas.

Comprendiendo el truco de Sanui, Ksar siguió sonriendo y giró una ruedecilla del mango de su sable. El filo rojo empezó a crecer hasta prácticamente duplicar su longitud original. Ahora estaba sosteniendo un arma completamente distinta, con unas técnicas de combate completamente distintas, y unos movimientos completamente distintos. Todo lo que Sanui había aprendido sobre las tácticas de Ksar, ahora no le servía para nada. Era como si Ksar hubiese tirado su sable para coger un bláster.

Sanui conocía los movimientos de combate más básicos para enfrentarse a un arma de esa longitud, pero sólo los había practicado un reducido número de veces. Pretendía expresar a través de sus ojos que sabía bastante más, pero éstos traicionaban a Sanui y mostraban su miedo.

Ksar concedió a Sanui una sutil gracia empezando su ataque con un movimiento tradicional, con el sable sobre la cabeza. Sanui logró parar este ataque poniendo su sable en posición lateral, pero miró a Ksar con desprecio. Era un movimiento demasiado

sencillo, que cualquiera habría podido parar con sólo tener una mínima idea de esgrima. Ksar sonrió ante el desprecio de Sanui.

Entonces Sanui hizo un tajo vertical; Ksar tuvo que moverse para esquivarlo pero, mientras lo hacía, dedicó dos ataques más a Sanui. La espada de Ksar se acercó peligrosamente al estómago de Sanui, pero este ataque fue también contrarrestado. El siguiente ataque desprendió varias chispas, una de las cuales aterrizó en uno de los sensibles ojos de Ksar. Éste retrocedió y Sanui aprovechó su oportunidad para darle una patada en el vientre. Ksar cayó en el suelo, sobre su trasero, pero se levantó rápidamente con sus flexibles piernas.

—Bueno, si no lo consigues a la primera —dijo Ksar con fingido acento—, levántate y vuelve a intentarlo.

Sanui parpadeó varias veces, incapaz de ocultar su sorpresa.

—¿Cómo conoces esa frase?

¡Era uno de los consejos que le había dado el maestro Ashla a Sanui! Palabra por palabra, sin una sola diferencia… Ksar incluso había imitado el acento de Ashla para entonarlo. No era casualidad.

—¿A ti qué te parece, Sanui? —siguió pinchándole Ksar—. ¿Quién crees que me la enseñó?

—¿Cómo te atreves a insinuar eso? —rugió Sanui, dirigiéndole un ataque.

—¿Insinuar el qué? —dijo Ksar.

Los ataques de Sanui cada vez estaban más guiados por la ira y menos por la razón.

—¡Dime la verdad! —insistió Sanui.

—Tendrás que preguntársela a A… —empezó Ksar, pero entonces se fijó en algo.

Sanui seguía atacando, guiándose por su furia, y Ksar apenas podía parar sus ataques. Ahora era él el que estaba distraído.

—¡Sanui, alto! —le dijo, con el miedo en su voz—. ¡Detente!

—¡No caeré en otro de tus trucos! —dijo Sanui, atacando una vez más.

—¡No es un truco! —dijo Ksar—. Hay una fuga de radiación en esta sala. Hemos debido romper algo con nuestros sables.

La puerta ya se está cerrando.

Sanui se fijó en la puerta, que empezaba a cerrarse a su espalda.

—Si morimos los dos, ¿quién ganaría nada? —dijo Ksar—. Sigamos el combate fuera.

Sanui y Ksar echaron a correr hacia la puerta, usando sus poderes de la Fuerza para acelerar sus movimientos. A velocidades casi absurdas para un ser humano, se acercaron cada vez más a esa plancha de transpariacero que descendía acercándose poco a poco al suelo. Sanui iba en cabeza.

Entonces, Ksar hizo un movimiento con su flexible pierna y le metió la zancadilla a Sanui. En cuanto se cerrase la puerta, los campos de radiación se encargarían de hacer su trabajo sucio y convertirían a Sanui en una mancha en el suelo.

Pero Sanui logró recuperarse rápidamente y saltó hacia la puerta. Ksar hizo un movimiento con su sable que logró dañar superficialmente a Sanui; le dejaría una horrible cicatriz en un brazo, pero Sanui vio venir el dolor y usó la Fuerza para ignorarlo.

—Muy bien, mentí —dijo Ksar, sonriendo.

Sanui siguió corriendo hacia la puerta, pero Ksar logró sacarle ventaja y, si lograba salir antes, se encargaría de impedir que saliese nadie más.

Entonces, Sanui se fijó en una válvula de escape en la pared, a tres metros de la puerta. Sanui conocía esas válvulas; se encargaban de canalizar a presión un gas líquido de alto poder congelante. Se concentró en la válvula sin dejar de correr y, justo cuando Ksar pasaba al lado, usó la Fuerza y la abrió.

Un chorro de líquido golpeó a Ksar en el muslo. La criatura cayó al suelo, con el muslo cubierto de una sustancia blanca y presa de dolor. Sanui saltó hábilmente por encima de Ksar y, según aterrizaba, se deslizó por el suelo para salir en horizontal por la puerta cuando el agujero apenas medía veinte centímetros de altura.

Ksar vio cerrarse ante sus ojos su única vía de escape, y maldijo a Sanui, a su pierna y al líquido. Con dificultad y cojeando, se levantó y avanzó hacia la puerta transparente, detrás de la cual Sanui se alzaba tranquilamente. Mostrando su rabia en su rostro, Ksar alzó su sable de luz carmesí para destruir la puerta.

Entonces las máquinas liberaron la radiación.

Toda la sala se bañó en un brillo fosforescente que impedía ver nada a Sanui. Después de cinco minutos, el brillo se desvaneció, o tal vez los ojos de Sanui se adaptaron para poder ver el interior. No había rastro de Ksar, pero había una mancha en el suelo, justo delante de la puerta. Una mancha negra que sin duda era el único resto de Darth Ksar.

Fin del octavo capítulo

CAPÍTULO NOVENO:
EL MISTERIO DE STIGE

El caza de Sanui se movía guiado por la voluntad de algún otro. Sanui se había abandonado a la meditación, comprendiendo que no podría sacar la nave de ese aprieto.

Además, otro rayo tractor del mismo planeta había capturado a uno de los cazas TIE, que Sanui aseguraría que era el de Hoox. Tal vez quienquiera que controlase los rayos tractores podría no ser un enemigo. Sanui decidió que lo mejor era esperar y obtener más información antes de tomar medidas. Recurriría a la diplomacia.

El caza se acercó al satélite y entró a través de un cráter. El rayo tractor estaba muy bien programado y permitía que el caza tomase curvas muy extrañas y cerradas, en un túnel que era casi demasiado estrecho para que pasase.

Sanui meditaba sin ignorar el entorno directo. Se fijó en los túneles y los fue memorizando; tal vez tuviese que escapar por allí. Sin embargo, utilizó a la vez la Fuerza para relajarse.

Llegado el momento, el caza entró en un extraño edificio de donde venía el rayo tractor; Sanui podía ver la inmensa máquina del rayo y a varias personas operándola. La cámara estaba increíblemente limpia y perfectamente preparada, casi como si la hubiesen esterilizado. Las baldosas brillaban, al igual que las paredes y el techo. Incluso los terminales y computadores estaban relucientes. Las batas de los operarios, todo… Sin duda, el caza de Sanui estaba dando la nota, lleno de porquería y con la pintura verde y amarilla apagada y rota.

¿Quiénes serán estos fanáticos de la higiene?, se preguntaba Sanui. Pensaba, sin embargo, que no tardaría en averiguarlo.

El caza se posó suavemente en un pequeño hangar. Los operarios se mantenían, impasibles, a una distancia prudente que a Sanui le parecía demasiado pequeña para que no sufrieran daño. Pero los vapores desprendidos por el caza no llegaron a rozarles, y ni siquiera se movían sus ropas por efecto del aire. Sin duda, el rayo tractor hacía las veces de campo de fuerza alrededor del caza.

Cuando el aterrizaje hubo terminado, los operarios se acercaron al caza. Obviamente, esperaban que el piloto saliese.

Sanui seguía sintiendo curiosidad por sus intenciones, y además no habían tomado ninguna medida que se pudiera considerar hostil; de hecho, le habían salvado el pellejo.

Aunque seguía sin tener ni idea de dónde estaba, decidió darles a estos habitantes del asteroide el beneficio de la duda.

Sanui presionó el botón para abrir la carlinga del caza.

Ésta gruñó un instante y después se movió con un chirrido.

Sanui tuvo que hacer una mueca, pero los habitantes del asteroide seguían impertérritos.

Sanui se sacó el casco, se puso la capucha sobre la cabeza, y descendió por la escalera. Su rostro quedaba semioculto, no estaba de más jugar con cierta ventaja. Así, en este estado de cuasi anonimato, Sanui observó a los habitantes del asteroide.

Eran dos hombres y una mujer. Los tres vestían con monos del mismo diseño, sencillo y práctico, pero los llevaban como si fuesen ropas de calle. Los hombres vestían monos de un verde llamativo, mientras que la mujer utilizaba un tono naranja también muy vivo.

Los dos hombres eran muy parecidos, aunque uno de ellos era bastante más joven que el otro. Ambos tenían el cabello castaño en un peinado clásico que Sanui sólo creía posible usando métodos más avanzados que un peine. La mujer tenía el cabello rubio, una hermosa melena larga y ondeante. Los tres rostros tenían la misma expresión de felicidad necia que Sanui se había acostumbrado a no encontrar en una galaxia en guerra.

Cada uno parecía llevar una joya rojiza incrustada en mitad de su frente.

La mujer dio un paso al frente.

—Saludos, visitante de otro planeta —dijo la mujer, parpadeando varias veces mientras mantenía su sonrisa—. Te damos la bienvenida a la colonia de Stige.

Sanui se sorprendió un poco, puesto que esperaba más bien un ataque.

—Eh… Saludos —dijo Sanui.

—Mi nombre es Fliz —dijo el mayor de los dos hombres. Señaló entonces a la mujer—. Ella es mi esposa, Fliza, y éste es nuestro hijo Flici.

—Yo soy Sanui —fue la única respuesta que obtuvieron.

—Saludos, Sanui —dijo Fliza.

—Saludos, Sanui —repitió Flici.

—Saludos, Sanui —dijo Fliz—. Es probable que te preguntes porqué hemos utilizado nuestro rayo tractor sobre tu nave.

—Se me pasó por la cabeza —admitió Sanui, que no aguantaba su curiosidad.

—Por favor, acompáñanos en un paseo por nuestra colonia —dijo Fliza—. Te explicaremos nuestros motivos, y te llevaremos ante nuestros superiores.

Aquí es donde se ve si realmente les doy el beneficio de la duda, pensó Sanui. Confiando en la buena voluntad de quien todavía no le había hecho nada, aceptó.

Sanui siguió la familia Fliz hacia el interior de un vehículo redondo de cinco plazas. El hemisferio inferior del vehículo era transparente, así que desde el exterior se podían ver los pies de los ocupantes. Fliza se sentó ante los mandos, con Flici a su lado; Sanui iba detrás, al lado de Fliz.

—Preparados para la inversión polar —dijo Fliza, sonriendo.

—¿Para qué? —preguntó Sanui.

De pronto, el vehículo giró ciento ochenta grados sobre sí mismo, quedando invertido. Los asientos se mantenían en su sitio, pero Sanui empezaba a sentir angustia.

—Espero que la inversión polar no te haya molestado, Sanui —dijo Fliz.

—No, para nada —dijo Sanui mientras utilizaba técnicas de relajación de la Fuerza.

El vehículo arrancó, moviéndose por un sistema de repulsores que Sanui no podía ver: Era una esfera perfecta, ocupada en su totalidad por el habitáculo. No cabía un motor en ningún lugar.

Fliz le señaló el exterior para que se fijase en una zona industrializada, llena de fábricas que no parecían contaminar. El cielo, sin embargo, brillaba por su ausencia, y parecía que hubiese un inmenso domo protector.

—Nuestra colonia —explicó Fliz— es todo lo que queda del antiguo planeta Stige. Hace más de treinta mil años, los stigianos colonizaron este pequeño asteroide para convertirlo en un centro industrial. Una catástrofe natural destruyó el planeta Stige y la colonia Stige-1, a partir de entonces sólo Stige, fue su único descendiente.

»En treinta mil años, hemos creado una tecnología muy avanzada para poder sobrevivir en este asteroide. Nuestros avances en campos como la medicina o la robótica han sido incomparables. Hemos perdido, sin embargo, la tecnología del viaje interestelar debido a un triste incidente histórico, nuestra única guerra en trescientos siglos.

El vehículo alcanzó una pequeña urbanización de casas en lo que parecían los suburbios de una ciudad, y elevó su altura para no colisionar. Las casas eran todas preciosas, todas distintas pero siempre dentro de los mismos cánones; era la clase de casa donde a Sanui le gustaría vivir después de la guerra. Sanui pudo ver a algunas personas caminando sonrientes por el espacio entre las casas.

—Hemos estado viviendo en lugares como éste durante varios milenios —explicó Fliz—. Se ha alcanzado en nuestra sociedad un estado de felicidad. Cada ciudadano es importante en las decisiones políticas, sociales y militares, pero seguimos teniendo representantes.

Sanui se sorprendía cada vez más. La sociedad de Stige rozaba la perfección.

El vehículo superó los suburbios y se acercó a una zona urbanizada. Los edificios estaban construidos siguiendo una arquitectura clásica y elegante. La gente que caminaba entre esos edificios también parecía feliz.

—Es a ellos a quienes deseamos que veas —dijo Fliz—. A nuestros representantes. Después de una larga discusión, se ha alcanzado un acuerdo según el cual Stige ha decidido revelarse a la galaxia para compartir nuestros conocimientos científicos con lo que hemos oído que se llama Nueva República.

—No sé si podréis lograrlo —dijo Sanui—. Estamos en el sector Junagadh, que no pertenece a la Nueva República, sino que está bajo el control de un tirano militar llamado Hoox. Dudo que él os permita escapar.

—Nuestros científicos desean estudiar el hipermotor de tu caza —dijo Fliz—. Si das tu aprobación, por supuesto. Si logran reproducirlo, y no dudo que lo lograrán, podremos enviar una nave con un representante al sector Seswenna antes de que Hoox se dé cuenta.

—Un plan algo arriesgado —dijo Sanui—. De todos modos, ¿cómo conocéis el sector Seswenna? Si estáis aislados, quiero decir…

—No tenemos viaje interestelar —explicó Fliz—, pero podemos recibir las transmisiones que se envían en los planetas cercanos. Hay mucho que no sabemos, pero…

—Bien —dijo Sanui.

—Observo que te has fijado en los pequeños adornos que llevamos en nuestras frentes —dijo Fliz.

—Sí, siento curiosidad —dijo Sanui—. ¿Cumplen algún tipo de función?

—Son nuestra identificación —explicó Fliz—. Cada uno lleva en su interior un código que identifica a un individuo.

Sirve para abrir la puerta de nuestro domicilio particular, para solicitar un empleo, para pasar una frontera… Además, los consideramos estéticamente agradables.

—¿Son fijos? —preguntó Sanui.

—¿Perdón? —dijo Fliz.

—¿Se pueden… quitar? —Sanui reformuló la pregunta.

—¡Oh! —dijo Fliz, sonriendo—. Por supuesto.

Fliz llevó sus dedos a la joya de su frente y, sin ningún esfuerzo, la extrajo. Su frente era perfectamente uniforme, excepto que la parte donde había estado la joya era de un color un poco distinto. Fliz ofreció la joya a Sanui para que la examinase.

Sanui pasó sus dedos enguantados por encima de la joya. No observó imperfecciones; parecía una joya normal. Ni siquiera había una parte adhesiva para pegarla a la frente.

—¿Cómo se sostiene? —preguntó Sanui.

—Se mantiene en su sitio con el calor y el sudor —dijo Fliz—. Tiene que ver con el dispositivo de información que hay dentro.

Sanui le devolvió la joya a Fliz.

—Gracias —dijo.

—De nada.

—Estamos a punto de llegar —dijo Fliza.

El vehículo se detuvo y volvió a dar la vuelta. En momentos como ése, Sanui lamentaba que la máscara le impidiese vomitar.

Todos los ocupantes del vehículo bajaron. Estaban a la entrada de un imponente edificio con estatuas a los lados de la puerta. Una de las estatuas pertenecía a un humano al que Sanui no reconocía; el otro pertenecía a una raza alienígena que Sanui también desconocía.

—Por favor, ven por aquí —dijo Fliza, guiando a Sanui—. Mientras tanto, mi esposo y mi hijo volverán a sus respectivos trabajos.

Flici y Fliz, éste aún con la joya en la mano, volvieron a entrar en el vehículo y se marcharon. Mientras, Fliza guió a Sanui por un pasillo, cruzándose con más gente sonriente, hasta una puerta grande. Abrió la puerta e hizo entrar a Sanui.

—Nuestro representante te recibirá en seguida —dijo Fliza—. Ya ha sido informado de tu llegada. Sólo tiene que acabar con el asunto que le ocupa en este instante. Será cuestión de un par de minutos.

Fliza hizo un gesto para cerrar la puerta.

—¿Te vas? —preguntó Sanui.

—Debo volver a mi trabajo —dijo Fliza—. No quiero ausentarme mucho tiempo. Te veré esta noche.

—De acuerdo —dijo Sanui.

En otro complejo subterráneo, el caza TIE de Hoox aterrizó en circunstancias similares. Cuatro sujetos sonrientes le esperaban, todos ellos varones con monos verdes.

Sin embargo, a diferencia de Sanui, Hoox optó por una aproximación más agresiva. Antes de dar el beneficio de la duda a nadie, utilizó sus poderes de la Fuerza para entrar en las mentes de sus anfitriones.

Lo que encontró le sorprendió ligeramente. Se acarició con un dedo la zona del casco que le cubría la barbilla mientras, en su mente, repasaba las opciones.

—Vaya, vaya, vaya… —murmuraba.

Las personas de fuera miraron su caza. Hoox se dio cuenta de lo grosero que sería hacerles esperar más, una falta de etiqueta que costaría compensar más tarde. Abrió la escotilla del caza, subió a pulso y bajó de un salto.

Uno de los sonrientes se acercó a él. Hoox observó al humano y le escuchó.

—Saludos, visitante de otro planeta. Te damos la bienvenida a la colonia de Stige. Soy Bip.

—Eras Bip, inútil —dijo Hoox.

Impulsado por el poder de la Fuerza, Bip fue catapultado hacia atrás y chocó con sus tres compañeros. Los cuatro cayeron al suelo, y por primera vez dejaron de sonreír. Uno de ellos quedó inconsciente.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó otro de los que habían permanecido callados hasta entonces.

—Sí —dijo Bip—. La colonia de Stige desea incorporarse a la comunidad galáctica, y a tu sector, si es que eres Hoox.

¿Cuál es el problema?

—El problema —dijo Hoox, caminando con su rostro oculto bajo el casco— es que es mentira.

—No lo es —dijo otro.

—Puedo entrar en vuestras débiles mentes —dijo Hoox—. No podéis ocultarme nada.

Los tres habitantes de Stige que retenían consciencia se miraron unos a otros desde el suelo. Bip fue el primero en hablar.

—¡Cogedle!

El que estaba más cerca de Hoox intentó saltar sobre él, pero éste utilizó un movimiento brusco, y su rival volvió a caer al suelo, esta vez boca abajo. Otro de los sujetos intentó golpear a Hoox, sólo para descubrir que Hoox le podía pegar un puñetazo prácticamente sin mirar. Bip seguía en el suelo, con el hombre inconsciente.

Los otros dos, después de esperar un instante para recuperarse, corrieron a por Hoox, uno por cada lado. Uno de ellos saltó al acercarse a Hoox, y el otro se deslizó por el suelo, para que no tuviera escapatoria.

Hoox sacó su sable de luz y el filo amarillo se encendió con un venenoso zumbido. Hizo un movimiento rápido a cada lado y los dos cayeron muertos. Entonces, devolvió su atención a Bip.

—Planeabais lavarme el cerebro y hacerme trabajar —afirmó más que dijo Hoox—. O matarme, si resultaba ser una amenaza. Pues tengo noticias: Soy una amenaza. Intentad matarme.

Desde el suelo, Bip le dio una patada a Hoox en la mano.

El sable de luz voló por el aire. Hoox miró en la dirección en que había salido su arma y, de pronto, ésta se detuvo en seco en mitad del aire y volvió a la mano de Hoox.

Bip aprovechó ese instante para golpear a Hoox en el vientre y en el casco. Hoox encajó ambos golpes con cierta dignidad, y reaccionó moviendo rápidamente su brazo para golpear a Bip. El stigiano cayó al suelo y se deslizó un par de metros.

Entonces, el suelo bajo Bip se convirtió en un ascensor y bajó rápidamente.

—¿Qué…? —dijo Hoox.

Durante un instante, se fijó en algo que había caído al suelo durante el altercado: La joya que Bip llevaba en la frente.

Pero entonces, algo más prioritario atrajo su atención.

Lo que Hoox había tomado por sencilla maquinaria inofensiva, por algo parecido a un monitor de análisis con un gráfico redondo, resultó ser un arma. Del monitor surgió un rayo láser con gran potencia dirigido al caza TIE de Hoox. Un único impacto voló en pedazos la vía de salida del imperial, y fragmentos incandescentes cayeron a su alrededor, aquí un pedazo de motor de iones, allí un fragmento de cañón láser…

Se sacó el casco. No parecía lamentar en absoluto el infierno que había ante él. Sabiendo que le estaban vigilando, Hoox habló a sus presuntos captores.

—Me habéis encerrado… con vosotros —dijo, sonriendo como un depredador ante su presa.

El vehículo redondo de la familia Fliz se detuvo delante de un edificio de aspecto bastante anodino y vulgar. Se llevó a cabo la curiosa inversión polar y el conductor, Flici, salió del vehículo.

Fliz seguía dentro. Era incapaz de mantenerse erguido y, con los ojos desorbitados y la mirada perdida, babeaba sobre el suelo. Sostenía la joya en una de sus manos.

Flici se acercó al edificio y se dirigió a dos alienígenas que custodiaban en la puerta. Ninguno de los alienígenas tenía aspecto humano, ni siquiera humanoide. Parecían más bien inmensos insectos, mayores que cualquier ser humano.

—Se ha quitado la joya —les explicó Flici, sin ningún rastro de emoción.

—¿Está muerto? —preguntó uno de los alienígenas.

—No lo creo —dijo Flici—. Todavía no, quiero decir.

—No tiene importancia —dijo el otro alienígena—. Sabíamos que esto pasaría. Sabíamos que las joyas despertarían la curiosidad de los intrusos. Sólo ganaríamos su confianza si un sujeto prescindible se la quitase voluntariamente.

Uno de los alienígenas avanzó hacia el vehículo, y el otro le siguió.

En la pequeña sala donde esperaba Sanui, al cabo de cinco largos minutos, se abrió una puerta distinta a la que Sanui había usado para entrar.

—El representante —pensó Sanui.

Sanui pudo observar que el pomo estaba siendo operado por un tentáculo.

Fin del noveno capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO: SIN MÁSCARAS

Una mujer paseaba sonriente enfundada en su mono naranja.

Era una mujer atractiva de una edad indeterminada entre veinte y cuarenta años, y llevaba el cabello castaño en un inteligente peinado corto y liso. Parecía marcar el paso con grandes zancadas mientras sostenía una caja metálica bajo el brazo izquierdo; el brazo derecho, por el contrario, se movía adelante y atrás en cada paso.

El pasillo por el que la mujer caminaba estaba impecablemente limpio, al igual que las paredes, cubiertas de azulejos brillantes que reflejaban las luces. La mujer se fijó, de pronto, en una mancha de un líquido oscuro que había en el suelo. Un poco más adelante había otra mancha.

La mujer se dirigió hacia allí, y comprendió que había un pequeño rastro de manchas así hasta una puerta cerrada.

La mujer acercó su rostro hasta el lector de joyas que había a la altura aproximada de su rostro, justo al lado de la puerta, y se quedó quieta. Sin tocar la pantalla, ésta emitió un rayo láser que reconoció la joya, y abrió la puerta.

La habitación era pequeña, y allí había algunos suministros y repuestos para maquinaria y androides. La iluminación era mínima, pero aún así, la mujer pudo ver a un hombre de rostro serio vestido con un mono de un curioso color: Negro. Un análisis más detallado permitió a la mujer ver que el mono no era del mismo diseño que el que llevaba la mujer. Ella miró al hombre de cabellos negros despeinados y extraño atavío, y se fijó en una circunstancia que le parecía casi imposible. El hombre… no estaba sonriendo. Incluso, lo que era peor, fruncía el ceño.

Ella le sonrió y le dirigió la palabra parpadeando un par de veces.

—Saludos, persona —dijo ella—. Me llamo Tisa. He visto las manchas en el suelo. ¿Tal vez estás herido?

—No es mi sangre —dijo él.

—Si es la sangre de otra persona —dijo Tisa—, debo informar…

—Ya he informado yo —dijo el hombre.

—¿Realmente te encuentras bien, persona? —preguntó Tisa.

La puerta se cerró a la espalda de Tisa. Ella se giró, moviendo levemente su cabello, y comprobó que efectivamente era así, pero no perdió la sonrisa en ningún momento.

Intentó acercar su joya al lector interior de la puerta, pero nada sucedió. Ni siquiera apareció el rayo láser.

—No creo que eso funcione —dijo el hombre.

Tisa se giró hacia el hombre, siempre sonriendo.

—Tal vez tengamos que quedarnos aquí durante un rato —dijo Tisa.

El hombre seguía frunciendo el ceño, pero de pronto miró fijamente a Tisa. Tisa le sonrió mientras el hombre seguía mirándola.

Algo sucedía en el interior de la mente de Tisa. Ella recordaba de pronto cosas que no tenía sentido que le viniesen a la cabeza en ese momento. Le costó un rato comprender lo que estaba sucediendo, porque su cerebro hacía lo que le daba la gana. De hecho, no llegó a captar la totalidad de lo que le estaban haciendo, de cómo la estaban invadiendo y, al mismo tiempo, de qué le estaban revelando. Sin embargo, por primera vez, perdió su sonrisa.

La joya de su frente brilló de pronto ante los ojos del hombre, que ella sabía de pronto que era Hoox. Mientras tanto, su hasta entonces perpetua sonrisa se invirtió totalmente en una mueca de verdadero y desgarrador dolor.

Sus ojos de párpados perfectos y cuidadísimas pestañas empezaron a llorar.

Un extraño alienígena entró en la sala de espera. Poseía muchos tentáculos que cumplían las funciones tanto de los brazos como de las piernas, y algunos de éstos parecían alternar su labor entre sustituir a unos o a otras. El cuerpo del alienígena era reducido, pero poseía una gran cabeza con inmensos ojos compuestos. La parte más grande de este alienígena era su cerebro. Él no tenía joya.

Sanui no conocía la especie de este ser, pero hizo una hipótesis: El tamaño de su cerebro y de sus ojos, en comparación con el de su cuerpo, no le hacía apto para trabajos manuales o de demasiado esfuerzo físico. Más probablemente, su raza destacaría en cuestiones intelectuales, y quizá sensoriales: Un trabajo de consultoría, o algo así, se le daría mejor. Tal vez.

—Saludos, Sanui —dijo el alienígena—. Me llamo X'thrmte y soy el supremor de zona. Algo así como un alcalde.

—Saludos, supremor —dijo Sanui, que se veía incapaz de repetir el nombre de pila de X'thrmte. Tampoco veía la boca cuando éste hablaba.

—He sido informado por Fliz de lo que ha sucedido y de quién eres —dijo X'thrmte—. Sabes lo que necesitamos para darle a la galaxia lo que queremos. Al parecer, no te opones a que estudiemos tu hipermotor.

—No me parece mal —dijo Sanui—. Pero quisiera estar presente mientras lo hacen, para que sus técnicos no rompan nada importante.

—Ah, sí —dijo X'thrmte, y después dijo algo más que Sanui creyó que se asemejaba a una risa. Se giró un poco en el proceso.

—También tengo varias preguntas que hacerle —dijo Sanui.

X'thrmte se movió un poco y miró a Sanui con esos enormes ojos que parecían estar estudiando a Sanui de arriba a abajo.

—¿Preguntas? —dijo X'thrmte.

—¿Algún problema? —dijo Sanui.

—No —dijo X'thrmte—. Es sólo extraño. De cualquier manera, no tenemos nada que ocultar.

—Al parecer, reciben transmisiones desde planetas cercanos —dijo Sanui—. ¿Cómo es que no cogen la información sobre hipermotores de una holoteca universitaria de algún planeta?

—Recibimos transmisiones —dijo X'thrmte—. No podemos enviarlas. No sin ser detectados, al menos, y como sabes, no queremos que Hoox nos encuentre.

—Ésa es mi segunda pregunta —dijo Sanui—. El caza de Hoox también fue atrapado por un rayo tractor, a la vez que el mío, y traído al asteroide.

X'thrmte se movió de un modo extraño que Sanui no pudo interpretar, pero su voz expresaba curiosidad.

—¿Oh?

Sanui asintió con la cabeza, los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Y traído al asteroide? —dijo X'thrmte—. ¿A mi zona?

—No sé si a su zona —dijo Sanui—. Fue traído al asteroide, tal vez esté en otro sitio.

—No he sido yo —dijo X'thrmte—. Yo sólo soy el supremor de zona, de *esta* zona. Sin embargo, todos los supremors nos reunimos para intercambiar este tipo de información, una vez cada ciclo… Aproximadamente un día. Esta noche, consultaré al resto de supremors.

—¿Por qué usted no lleva joya? —preguntó Sanui.

—¿Joya? —dijo X'thrmte.

—En la frente —explicó Sanui—. Como Fliz, Fliza y los demás.

—Oh —dijo X'thrmte—. La función de la joya la cumple mi cerebro directamente. Igual que las máquinas de lectura pueden leer las joyas, leen también mis pautas sinápticas.

—Bien, creo que eso es todo por ahora —dijo Sanui, que tenía muchas más preguntas.

—Entonces, deberás comer —dijo X'thrmte—. Sin duda, el hambre y el cansancio te superan. Pediré que te traigan comida.

—No será necesario, gracias —dijo Sanui—. Debo mantener un plan especial de alimentación.

No era cierto, pero no se fiaba lo bastante de ese supremor. La respuesta de Hoox era demasiado vaga, y eso de controlar máquinas con su cerebro…

—¿Puedo ayudarla en algo más? —preguntó X'thrmte.

—No, gracias —insistió Sanui.

Un grupo de hombres y mujeres musculosos llevaban sobre sus monos lo que parecían ser armaduras del mismo color.

Todos ellos llevaban unos cascos que dejaban al descubierto sus mandíbulas y cubrían sus ojos con un cristal opaco. Los rifles bláster que llevaban, de un modelo algo extraño, eran también del color de sus armaduras.

Las armaduras no cubrían todo el cuerpo, sino que apenas protegían la parte superior del torso, la ingle, y la parte frontal de brazos y piernas. Eran armaduras bastante ingenuas, pero estorbaban menos que las de un soldado de asalto imperial.

Los hombres blindados aceleraron su paso hasta la puerta donde Hoox había estado con Tisa. Reconocieron las manchas de la puerta. Estos hombres tampoco sonreían, pero

no parecían infelices. Todos los varones llevaban un afeitado perfecto. Los cascos tenían un agujero para las joyas.

Uno de los hombres acercó su joya al lector de la puerta, y ésta se abrió. En su interior yacía Tisa, tirada en el suelo. Tenía varios arañazos en la frente, y su joya estaba ahora en su mano, llena de sangre. Ella parecía muerta, pero uno de los hombres blindados se acercó a comprobarlo.

—¿Ciudadana? —dijo el hombre blindado.

Tisa no le miró. Sus ojos estaban perdidos, sin mirar a nada específico. Babeaba incoherentemente, pero el hombre blindado no se apartó. Entonces, ella dijo una palabra.

—Bastardos…

El hombre blindado se levantó y se alejó de ella.

—¿Señor? —preguntó otro de los hombres blindados.

—Se ha sacado la joya —dijo el que parecía ser el oficial—. Procedan.

Los demás hombres blindados apuntaron al suelo con sus rifles bláster y dispararon contra la indefensa Tisa.

Mientras tanto, el líder activó el comunicador del casco.

—No está aquí —dijo—. ¿Lo detectas por ahí, Leso?

No hubo respuesta.

—No está aquí —repitió, pero siguió sin oír nada—. Leso, ¿puedes oírme?

La respuesta llegó en una voz que él no conocía.

—Leso no puede oírte —dijo la voz, burlona—. Pero no te preocupes. Pronto te reunirás con él, y podrás conversar todo lo que quieras.

—Escuche, persona —dijo el hombre blindado—. Nunca podrá salir de Stige con vida. Hay demasiada distancia entre un complejo y otro, y ningún hombre solo ha logrado atravesarla. No hay naves en este complejo. Entréguese. No muera en vano.

—Si muero matando a uno solo de los tuyos —dijo Hoox—, mi muerte no será en vano. Además, ¿quién dice que pretendo irme? Tal vez… Tal vez prefiero apuntar al primer premio.

El hombre blindado no entendió a qué se refería.

—Persona, los blindados sólo somos la primera línea de defensa —dijo—. Si no servimos, enviarán a unidades más y más fuertes, hasta que alguna sirva.

Hoox respondió con una sonora carcajada. No estaba impresionado. Él mismo recurría a menudo a ese tipo de trucos, sólo que lo hacía mejor. El hombre blindado seguía preguntándose cuánto tiempo más tendría que entretenerle…

—Pues va a ser mejor que pasen al siguiente tipo de unidad —dijo Hoox—. Ya he terminado con el pelotón que acaban de mandarme mientras creían que estaba entretenido hablando contigo. ¡Pandilla de aficionados!

El hombre blindado desconectó su comunicador y se dirigió a uno de sus subordinados.

—Está claro que esto nos supera —dijo—. Tendremos que enviarle… un kreogan.

X'thrmte miró a Sanui un instante con esos inmensos ojos y se acercó; Sanui medía casi una cabeza más.

—Por tu propia seguridad —dijo X'thrmte—, quisiera ponerte una joya en la frente. De este modo, podrás moverte por la ciudad. Abrir puertas, y cosas así. Por favor, no te muevas.

—¿Debo descubrir mi cabeza? —preguntó Sanui.

—No hará falta —dijo X'thrmte.

Uno de los tentáculos de X'thrmte llevaba una pequeña joya, y la fue acercando poco a poco a la cabeza de Sanui.

Sanui pensó en agacharse para facilitarle las cosas, pero el tentáculo de X'thrmte parecía crecer y hacerse cada vez más largo. Eso le permitió poner la joya a menos de un centímetro de la piel de Sanui, justo sobre el entrecejo.

—Quizá sientas algo —dijo X'thrmte—, algo indefinido. Pero el proceso no es peligroso.

Sanui efectivamente empezó a sentir algo. Sus pensamientos empezaban a dejar de ser suyos. La lealtad pasaba de Ashla a X'thrmte, de la Fuerza a Stige, una extraña palabra que nunca había oído se empezaba a repetir una y otra vez en su mente… Sanui comprendió que era algún tipo de control mental, y sólo se preguntaba si su fuerza de voluntad le permitiría resistirlo.

Hoox se encontró de pronto con un alienígena de la misma especie que X'thrmte, pero con otra pigmentación. El alienígena levantó un tentáculo hacia Hoox, dándole el alto.

—No te conozco —dijo Hoox—. ¿Qué eres?

—Tu amo —dijo el alienígena. Al igual que Sanui había hecho antes, Hoox se fijó en que no tenía boca en ningún lugar visible.

—No reconozco amo alguno —dijo Hoox, con el sable de luz apagado, pero en la mano.

El alienígena le lanzó un tentáculo, extendiéndolo como la lengua de una rana, pero Hoox movió rápidamente su sable para cortarlo en cuanto estuvo a tiro. Al alienígena no le importaba. Él no tardaría en regenerar un nuevo tentáculo, el dolor le era desconocido, y lo más importante: Hoox había bajado la guardia en el terreno más letal.

El alienígena empezó a intentar controlar la mente de Hoox. Sus conocimientos, sus recuerdos… En cuanto comprendió lo que sucedía, Hoox opuso resistencia, pero el alienígena la consideraba demasiado floja, y demasiado tarde, tan insignificante como un solo hombre intentando detener una gran máquina de guerra.

Algo se movió entre todos los tentáculos del alienígena, de un lado a otro, como una extraña lengua llenando de saliva inexistentes labios.

—Ahhhh… —dijo el alienígena—. Te resistes. Eso hace el juego mucho más interesante. Lástima que no tengas ninguna oportunidad.

—No subestimes… —dijo Hoox, entrecortadamente—. No subestimes… nunca… lo que puede hacer… un… un solo… hombre.

El alienígena rió.

—Estás perdido, persona humana —le dijo—. No puedes resistir mi voluntad. Arrodíllate.

Hoox no se movió y, empapado en sudor, miró al alienígena con desafío.

—¡Arrodíllate!

Hoox empezó a flexionar una de sus rodillas. Seguía luchando, pero no sabía cuánto iba a aguantar.

El alienígena se le acercó.

—Tu voluntad es fuerte —dijo—. La más fuerte que he tenido el placer de quebrar. Pero ya se está doblegando. Pronto, no quedará ni un recuerdo de lo que fuiste.

Hoox susurró algo que podría haber sido «sí, amo», o podría no haberlo sido. El alienígena le miró y se le acercó un poco más.

—¿Qué? —preguntó el alienígena.

Entonces, Hoox encendió el sable de luz y le golpeó. El alienígena se desplomó, y Hoox sonrió.

—¿Y eso es lo mejor que puedes hacer? —dijo Hoox en voz alta. En realidad, sólo decía esto por si habían puesto micrófonos, porque apenas había podido ganarle siendo más astuto que él.

Pero en realidad, Hoox había sacado bastante más cosas en limpio de este combate de las que creía. Durante la lucha, Hoox había aprovechado para extraer información del cerebro del alienígena. Al parecer, el hombre blindado había exagerado al decir que no era posible ir de un complejo a otro. No sólo era posible, sino que además apenas se tardaría un par de minutos en llegar al complejo 9, utilizando uno de los trenes subterráneos que se movían por las entrañas del asteroide. Hoox sabía ahora cómo encontrarlos, e incluso cómo operarlos.

¿Por qué el complejo 9? Porque era donde estaba Sanui.

Por supuesto, si Sanui no había logrado resistir a los stigianos, llegar hasta allí sería inútil. Pero, en esas condiciones, Hoox *necesitaba* a Sanui.

—No puedes haber muerto, Sanui —dijo Hoox—. Aún tengo que acabar contigo.

Efectivamente, en el complejo 9, Sanui no había muerto, pero estaba a punto de desfallecer. El ataque psíquico de X’thrmte era cada vez más fuerte, y la voluntad de Sanui estaba empezando a flaquear. No podía aguantar mucho más.

Entonces, Sanui se dio cuenta de que X’thrmte tampoco avanzaba. Era como si no pudiese atravesar una barrera, justo antes de llegar a la mente de Sanui. La barrera eran las técnicas de protección mental que, después del asunto de Ksar, Sanui había exigido a Ashla que le enseñase.

X’thrmte no podía con ellas pero, con un esfuerzo de concentración, conseguía mantener a Sanui inmóvil.

—Tu voluntad es fuerte —dijo X’thrmte—, al igual que tu poder. Por eso eres un peligro. Tal vez sea mejor eliminarte antes de que las cosas se pongan difíciles.

X'thrmte emitió una llamada telepática a unos guardias blindados para que entrasen en la sala de espera. En ese momento, esa mínima distracción era todo lo que necesitaba Sanui para liberarse de su parálisis inducida. Golpeó a X'thrmte con su pierna en el inmenso cerebro, y el alienígena cayó al suelo, herido.

Los hombres blindados entraron rápidamente, pero ellos esperaban ver a su supremor y a una víctima indefensa, y no a un borrón que se movía rápidamente entre ellos y les empujaba para salir por la puerta por donde ellos habían entrado. Algunos hombres blindados recibieron golpes, y otros fueron heridos levemente con un sable de luz.

—¡Que no escape! —rugió X'thrmte.

Los hombres blindados intentaron coger a Sanui, pero se movía con demasiada agilidad y demasiado rápido, golpeando certeramente a sus enemigos. En menos de un minuto, los hombres blindados estaban tirados por el suelo, claramente vapuleados. Algunos no se podían mover, y a otros les dolía demasiado.

—Es inútil —dijo el hombre blindado de mayor rango—. Ha escapado.

—¿Qué lleva en la mano, señor? —preguntó otro de los hombres blindados.

—¿Esto? —dijo el primero mirándose la mano—. No lo sé, un pedazo de su ropa. Debí arrancársela mientras forcejeábamos. Lo veremos con más claridad en las grabaciones.

El hombre blindado llevaba en su mano la máscara de Sanui.

Fin del décimo capítulo

CAPÍTULO UNDÉCIMO:
SEIZA

Siguiendo las indicaciones que el kreogan le había facilitado inadvertidamente, Hoox encontró el lugar donde debían estar almacenados los trenes subterráneos que le llevarían al complejo 9. Saboteó los controles que abrían la puerta, y entró para descubrir que el lugar estaba lleno de alienígenas.

Se trataba de una especie que Hoox nunca había visto.

Parecían una docena de insectos de más de dos metros veinte de altura, dotados de ominosas tenazas. Las criaturas se giraron hacia la puerta en cuanto vieron que se abría.

Hoox encendió su sable de luz, pero dudaba que fuese a servir de amenaza. Él creía más bien que los insectos protegerían la colmena aunque tuvieran que dar sus vidas en el proceso.

Así fue. Los insectos se abalanzaron sobre Hoox, trabajando en equipo. Hoox mató a dos con su primer tajo, pero los siguientes se movían con habilidad, aprovechando los movimientos de Hoox. Ninguno de ellos se tomaba un nanosegundo para lamentar la muerte de otro, sino que la aprovechaban para atacar a Hoox desde otro punto. Todas las tenazas caían sobre un cada vez más desconcertado Hoox, y la mitad de sus golpes estaban destinados a eliminar el falso peligro de tenazas que ya habían sido cortadas.

Uno de los alienígenas tuvo suerte con su ataque, y abrió un sangrante corte en el costado de Hoox, rompiéndole el mono y la piel. Incluso con todo su autocontrol, Hoox no pudo evitar lanzar un grito de dolor.

—¡¡¡Aaaaaaarrrrggghhhhh!!! —gritó mientras cerraba los ojos. Aprovechando esa distracción, otro de los alienígenas le mordió aproximadamente en la misma zona. Hoox les atacó a ambos y les hizo retroceder mientras sentía escozor en su herida.

—Veneno —pensó Hoox—. El mordisco estaba envenenado. Tengo que terminar con esto cuanto antes.

Los alienígenas intentaron atacar de nuevo, pero Hoox no podía perder tiempo: Debía matarlos antes de que el veneno empezase a actuar. Les atacó cuando ellos no lo esperaban y cortó varias cabezas.

La toxina empezó a hacer su efecto. Hoox se sabía empapado en sudor, y también comprendía que no le faltaba mucho antes de que empeorase. El último alienígena estaba demasiado lejos de Hoox para que éste pudiese alcanzarle, y se estaba alejando cada vez más. Hoox pensó que tal vez le daría a la autodestrucción de los trenes, o algo parecido.

Decidió lanzarle su sable de luz en un último intento de detenerle. Lo apagó y echó la mano hacia atrás para impulsarlo.

Entonces, el alienígena, los trenes, todo se empezó a volver borroso. Hoox no podía ver nada con claridad, y no sabía por tanto adónde lanzar su sable.

Cerró los ojos. «Que el lado oscuro guíe mi mano», pensó, y arrojó el sable. El pequeño cilindro metálico voló hacia el alienígena, dando vueltas sobre sí mismo. Tal vez providencialmente, golpeó la cabeza del alienígena y se quedó incrustado allí un instante.

En cuanto oyó el golpe, Hoox, que seguía con los ojos cerrados, utilizó la Fuerza para activar el interruptor que encendiese el rayo.

El alienígena cayó al suelo, con la cabeza perforada por el rayo. Hoox apoyó su espalda contra una pared y se deslizó también hacia abajo hasta quedar sentado. La palabra agotamiento quedaba corta.

—Sólo necesito descansar un minuto… —dijo, antes de cerrar los párpados.

Cincuenta y siete segundos más tarde, Hoox se apoyaba en la pared para levantarse, y se acercó a uno de los trenes.

Mientras tanto, en el complejo 9, Sanui corría bajo su capucha por los pasillos. A corta distancia le perseguían las hordas blindadas de X'thrmte, disparando mortíferos rayos láser con sus rifles de colores.

Sanui sabía que no podría derrotarles a todos, pero también empezaba a comprender que, cuanto más corriese, más enemigos aparecerían. A largo plazo, era más peligroso huir que luchar.

Sanui se detuvo detrás de una esquina e intentó tender una emboscada a sus perseguidores. Cuando apareció el primero, logró golpearle en el vientre con su sable y tirarle al suelo. El segundo estaba demasiado cerca y Sanui tuvo ocasión de atacarle también. Los demás se detuvieron un poco más lejos y empezaron a disparar, y Sanui tuvo que utilizar su sable para deflectar estos ataques. Avanzó con cuidado, manteniendo siempre su sable como escudo y acercándose cada vez más a los hombres blindados, hasta estar a una distancia mínima para poder atacarles.

Por el otro extremo del pasillo apareció una mujer blindada, prácticamente igual a sus equivalentes masculinos pero con armadura de otro color y rifle a juego. Sanui no podía verla porque dedicaba toda su concentración a los enemigos que tenía delante.

Entonces, delante de Sanui, apareció un enemigo inesperado. Se trataba de X'thrmte.

—¡Supremor! —dijo uno de los hombres blindados, sorprendiéndose al ver a su jefe. Fue lo último que dijo en su vida.

X'thrmte miró a Sanui, manteniéndose siempre a cierta distancia, pero al mismo tiempo siendo visible. Reptó con sus tentáculos hasta estar justo delante de lo que parecía ser un ascensor: Si Sanui se le acercaba, X'thrmte sólo tenía que dar un paso atrás y estaría a salvo.

El supremor de zona observó a Sanui y sus inhumanos ojos parecieron parpadear durante un instante. Aunque podía extender sus tentáculos físicos, prefirió extender los tentáculos psíquicos e intentar alcanzar la mente de Sanui para someterla a su voluntad. Al mismo tiempo, cinco metros detrás de Sanui, la mujer blindada le apuntaba con su arma:

En cuanto Sanui dejara de moverse, dispararía.

Sanui comprendió lo que le estaba pasando en la mente, e hizo un movimiento inesperado. Se giró un poco hacia la dirección en que estaba la mujer blindada y movió una mano en gesto de aceptación de un objeto.

—Déjame eso —dijo Sanui.

El rifle de la mujer blindada echó a volar, alejándose de sus manos, para caer en las de Sanui. En cuanto el rifle estuvo allí, Sanui disparó cinco veces consecutivas contra X'thrmte. Cuatro de los disparos le acertaron, dos de ellos en la cabeza. Debido al impulso de las ráfagas, X'thrmte cayó hacia atrás, encima del ascensor. El ascensor empezó a moverse y bajó hacia otro nivel con un cadáver como ocupante.

La mujer blindada superó la sorpresa que sentía al ver esto, y echó a correr por donde había venido. Desde luego, sin un rifle, no sería rival para Sanui.

Un único vagón repulsor, pilotado por Hoox, avanzaba hacia el complejo 9. Los controles estaban preparados para que los manejase uno de los alienígenas que Hoox acababa de matar, pero él consiguió encontrar un truco para poder manejarlos. Era un poco más difícil, pero no imposible.

El vagón avanzaba sobre una vía llena de curvas y cambios de nivel. Hoox dudaba bastante de las dotes de ingeniero de estructuras del que hubiese construido esos túneles, constantes agujeros de lombriz que sin duda hacían un millón de rizos inútiles. Supuso que los stigianos habrían aprovechado una construcción natural para meter sus túneles, pero aún así, él, como político, jamás habría aprobado una estupidez de ese calibre.

La conducción de Hoox habría sido clasificada de temeraria. El vagón tomaba las curvas con dificultad, pero no cometía errores pese a que iba a más de cuatrocientos kilómetros por hora. El piloto, Hoox, se obligaba a mantenerse despierto y con su atención en la vía, pero el veneno era poderoso y se abría paso a cada instante.

Hoox sabía que podría destoxificar el veneno si se tomaba algo de tiempo para reposar, pero no podía hacerlo. Todavía no. Aunque le fuese a costar la vida.

Entonces, Hoox observó una pequeña explosión cerca de su posición.

—Me preguntaba cuánto iban a tardar —pensó, aunque habría dado gustoso un sistema planetario por no tener problemas durante el viaje.

Hoox miró en el brillante vidrio ante él y pudo ver el reflejo de sus atacantes. Tres criaturas pequeñas, voladoras por naturaleza propia, armadas con unos blásters de bolsillo, casi más grandes que ellos. Cara de enfado y alas de mariposa.

Las pequeñas hadas asesinas dispararon contra el vagón de Hoox varias veces, apuntando a donde sabían que estaba el depósito de combustible. Hoox empezó a preocuparse. Giró el vehículo hacia un lado y hacia el otro para esquivar algunos de los disparos, pero apenas lograba esquivar uno de cada nueve y el vagón empezaba a estar en una situación crítica.

Hoox se fijó en que el vagón había alcanzado una vía lo bastante larga como para que pudiese ignorar los controles durante un segundo, uno coma cero ocho segundos si tenía suerte. Él se giró y, con su propia pistola bláster, disparó varias veces contra los duendes militares. Sólo logró darle a uno de ellos, pero al menos a ése logró tumbarle con ese único golpe. El duende se derrumbó, cayendo a plomo, mientras profería un gemido con aguda voz.

Otro de los duendes, a su lado, dijo algo en una voz también muy aguda, pero Hoox no le dio importancia.

Este segundo duende echó a volar mucho más rápido que su compañero, avanzando a toda velocidad hacia el vagón.

Parecía no querer conformarse con destruir el vagón, sino que quería matar a su piloto. Se acercó mucho hasta asegurar que el gigante fuese visible, y llegó a entrar en el vagón, poniéndose a la espalda de Hoox.

—¡Eh! —gritó con su voz característica—. ¡Quiero que me mires cuando te mate!

Hoox se giró y, con más velocidad de la que el pixie había creído posible para alguien de su tamaño, le agarró. Ahora, el cazador estaba literalmente en la mano de su presa. Hoox miró la vía, pasó un instante a su enemigo, y de nuevo a la vía. Empezó a cerrar el puño alrededor del trasgo. Él se asustó un instante y después… Después ya no podía sentir nada. Hoox abrió la mano y el mordaz pooka cayó en el suelo del vagón.

Pero el tercero consiguió acertar muchos disparos sobre el vagón. Le disparaba desde arriba, avanzando mientras miraba la vía.

—No lo entiendo —pensaba—. El vagón ya está prácticamente destruido, nunca llegará al final de su viaje entero. ¿Por qué no me ataca el piloto? Está concentrado en la vía. ¿Qué hay tan importante en la vía?

La respuesta le vino de pronto cuando el vagón giró noventa grados hacia abajo. Hoox necesitaba estar muy concentrado para hacer ese movimiento. El pequeño troll no estaba preparado para hacer un movimiento repentino y no contaba con la maniobrabilidad del vagón. No pudo ver que el techo también giraba en forma de grifo, y se estrelló contra la pared.

Hoox intentó enderezar su vagón, y su estómago a poder ser. El vehículo estaba a punto de sufrir un accidente, todos los sensores de a bordo pitaban y daban información en algún idioma extraño. Hoox los miró. El complejo 9 estaba tan cerca…

Desde el complejo 9, varios operarios insectoides pudieron ver cómo el vagón se estrellaba contra una puerta cerrada y se destruía en una nube de llamas.

Sanui se enfrentaba a un pelotón de hombres blindados usando únicamente su sable de luz. Los hombres blindados apenas podían retroceder y agolparse en un pequeño montón:

Sus armaduras eran inútiles contra el arma de Sanui. Al mismo tiempo, cada vez que disparaban, Sanui movía su sable para deflectar el disparo y redirigirlo contra los tiradores. El decorado, una habitación con varias entradas y el techo muy alto, favorecía más a los hombres blindados.

Según los resultados, por el contrario, los hombres blindados estaban en desventaja.

Todo esto era observado con atención, desde una pantalla, por el verdadero amo de Stige. Meditaba los movimientos que llevaba a cabo Sanui. Incluso sin su máscara, era difícil conseguir un buen plano de su rostro, y eso que Sanui tenía muchas cosas que hacer aparte de proteger su identidad.

—Esto no tiene sentido —dijo—. Es igual que el otro, Hoox.

Enviar más hombres blindados es inútil, y también lo es enviar a otro kreogan. Sólo perderíamos efectivos.

Doce segundos después, un verdadero enjambre de insectos de más de dos metros veinte estaba listo para la acción.

Corrían zumbando hacia el lugar donde estaba Sanui. Ninguno llevaba armas aparte de sus tenazas y sus bocas envenenadas.

Pero los hombres blindados no habían retrocedido. A ninguno de ellos le habían dicho que vendrían refuerzos, y seguían muriendo en vano, intentando detener a Sanui. Eran verdaderos soldados, guerreros preparados para poner en jaque a ejércitos rivales… pero nada de lo que sabían les había preparado contra un Jedi. Sanui conocía movimientos de esgrima que los hombres blindados no podían ni intentar detener.

No tardaron en aparecer los insectos. Sus inmensos ojos compuestos miraron a Sanui atacando a los hombres blindados y, después de una cierta discusión a nivel de enjambre, identificaron al enemigo.

Ninguno de ellos lanzó un grito de guerra ni nada parecido. Simplemente avanzaron, con sus tenazas preparadas para triturar la carne. Sanui no sabía bien qué eran, pero los hombres blindados los reconocieron, y los que estaban en condiciones de andar ayudaron a moverse a los que no estaban tan bien. Todos querían apartarse del camino de esas criaturas, que avanzaban haciendo resonar sus múltiples patas en el suelo.

Sanui podía sentir el miedo de los hombres blindados. No reconoció, sin embargo, las emociones que emitían los insectos. Sin duda, se trataba de emociones alienígenas que los humanos no podían sentir, ni siquiera comprender, y por eso no podía…

Sanui ignoró su cadena de pensamientos cuando vio que uno de los alienígenas estaba iniciando una finta con su tenaza. El sable de luz detuvo este ataque, pero no logró dañar al insecto porque éste retiró velozmente su tenaza.

Mientras tanto, otro alienígena se ponía al lado de su compañero para atacar.

—Están intentando rodearme —pensó Sanui—. Se van a llevar una sorpresa.

Sanui esperó a que hubiese un pequeño corro de insectos a su alrededor. Todos ellos intentaron atacar con sus tenazas, cada uno siguiendo un patrón específico que hacía prácticamente imposible que Sanui parase todos los ataques.

Entonces, Sanui brincó. Aprovechando el techo alto de la sala, pudo elevarse casi cinco metros. Dio varias volteretas para llegar a la pared y se agarró con los dedos a la pequeña fisura que había entre dos azulejos; cierto androide le había enseñado a escalar, y Sanui había aprendido muy bien.

—Ja —pensó Sanui—. ¿Qué vais a hacer ahora?

Uno de los insectos extendió sus alas y echó a volar, dirigiéndose a Sanui.

—Oooooooops.

El resto de los insectos empezaron a extender sus alas y a volar. El primero se mantuvo fuera del alcance del sable de Sanui mientras esperaba a sus compañeros y, cuando casi todo el enjambre estuvo con él… Entonces atacaron como uno solo.

Sanui movió su sable varias veces, sabiendo que estaba golpeando a alguno, y que les estaba dañando, pero las tenazas seguían cayendo y los insectos contaban ahora con la ventaja. En el aire, ellos estaban en su elemento.

Sanui soltó sus dedos e intentó caer. Varios insectos se pusieron en su camino. Sanui se agarró al cuello de uno para intentar cabalgar e intentar hacer que aterrizase; no era la primera vez que estaba en el lomo de un animal volador. Esta vez, eso sí, el animal era mucho más salvaje que la última. Se movía muchísimo, y los demás seguían atacando. Sanui esperaba que no atacarían por miedo a darle a su compañero, pero parecían decididos a acabar con su montura, y ésta apenas hacía nada por defenderse.

Realmente, eran un enjambre, un colectivo incapaz de comprender el concepto de individuo: Matarían a todos los que hiciera falta, sólo para abrirse paso hasta Sanui.

Sanui comprendió que su montura estaba a punto de morir, y saltó de nuevo, esta vez hacia el suelo. Movió su sable varias veces para despejar el camino mientras intentaba aterrizar; no quería que ningún otro insecto le sirviese de montura.

El golpe con el suelo hizo que se torciera un tobillo.

Sanui se quedó a medio erguir, acariciando su tobillo herido con la mano izquierda mientras sostenía el sable con la derecha. Los insectos avanzaron como un grupo de bombarderos TIE.

A poca distancia, en el mismo complejo, otro grupo de insectos habían dejado de representar una amenaza. Estaban en el centro de control de trenes subterráneos, y sólo dos individuos quedaban en pie. Uno de ellos era un técnico de los trenes, humano y con la joya en la frente.

El otro era Hoox.

El técnico estaba visiblemente asustado, atemorizado ante el hombre de ropas raídas y medio deshechas y cabellos despeinados.

—Es imposible —dijo el técnico, intentando mantener su forzada sonrisa—. ¿Cómo puedes estar vivo? Yo mismo vi cómo tu tren explotaba.

—Yo sabía que el tren iba a explotar —respondió Hoox—. No me iba a quedar dentro, esperando que pasase. ¿Crees que soy un necio?

—No —dijo el técnico, con su mejor sonrisa de «Me sé la respuesta»—. Por supuesto que no.

—No eres una amenaza para mí —dijo Hoox—. Apártate de la puerta.

—Por supuesto —dijo el técnico, con su constante sonrisa.

El técnico se fue hacia una esquina del centro de control mientras Hoox se acercaba a la puerta. Ahora, el intruso le estaba dando la espalda. El técnico abrió un compartimento secreto y cogió una pistola bláster. Sonrió con malicia y apuntó a la espalda de Hoox con una sola mano.

El corazón del técnico se empezó a apretar, como por voluntad propia. Ya no estaba bombeando sangre. El técnico llevó su mano libre a su pecho e intentó toser, con notable poco éxito. Cayó de rodillas primero, y después de frente, con la acusadora pistola siempre en su mano.

—Si no hubieses cogido ese arma —pensó Hoox—, ahora seguirías viviendo. Qué desperdicio inútil de una vida.

Hoox salió finalmente por la puerta y avanzó con calma y precaución. En realidad, Hoox querría haber echado a correr, pero el veneno no se lo permitiría. Por tanto, y sabiéndose observado, decidió dar a sus pasos una pose amenazadora.

Tardó un poquito en llegar a una habitación de techo alto llena de alienígenas del tipo insecto con los que ya se había enfrentado varias veces. La mayoría estaban formando un montón, intentando atacar a Sanui, debajo de todos ellos. Algunos montaban guardia, y uno de ellos vio a Hoox.

Hoox también le vio y, antes de que el alienígena pudiese mover sus tenazas, el humano le puso las yemas de los dedos encima de su caparazón.

—Ven aquí, tú —dijo en voz alta, aunque dudaba que el alienígena fuese a entenderle.

Hoox sabía que ese pequeño guerrero no tenía mente. Oh, no, eso dependía de la reina de su colmena, que estaba en algún otro lugar. Un lugar que Hoox no conocía, pero que podía rastrear. Era muy sencillo, ahora que estaba en el cerebro del alienígena. Sólo tenía que ver de dónde venían sus pensamientos, siguiendo un finísimo hilo psíquico.

El hábil maestro encontró a la reina que enviaba pensamientos a toda su colmena. Una vez llegó hasta allí, pudo alterar la mente alienígena que controlaba a todos los insectos. Cierto era que no podía inculcarle pensamientos complejos, puesto que Hoox apenas comprendía lo que le pasaba por la mente. Pero Hoox podía obligarle a sentir emociones, y había algunas en las que él sí era un experto.

La reina empezó a sentir miedo mientras Hoox se permitía una sonrisa. Verdadero miedo. Terror. Pánico. Hoox tuvo que reprimir su placer sádico.

Pronto, la reina estuvo tan asustada que solicitó a todos sus guerreros que fuesen con ella, a protegerla. La nube de insectos que rodeaba a Sanui desapareció rápidamente.

Debajo de ella, había que admitir que Sanui se había defendido con propiedad. Su capa estaba hecha jirones, pero el sable había mantenido a raya la mayoría de los ataques, y apenas había que lamentar un par de heridas, más superficiales que otra cosa. Sanui no se levantó; su postura, boca abajo, aún ocultaba su rostro. Tosió varias veces. El suelo a su alrededor estaba lleno de sangre, pero Hoox no sabía si era sangre de Sanui o de los insectos.

Supuso que la mayoría era de los insectos.

—Hoox… —dijo Sanui débilmente—. Qué momento para matarme, ¿verdad?

—Nunca he querido matarte, Sanui —dijo Hoox—. Bueno, vale, si quería matarte. Pero antes quería que me dijeses dónde está Ashla. Pero ahora, ni siquiera te pido eso ya.

—¿Entonces qué haces aquí? —dijo Sanui.

—Los dos queremos salir de este planeta —dijo Hoox—. Te necesito para conseguirlo. Tregua hasta que salgamos del campo de asteroides. ¿De acuerdo?

Sanui frunció una de sus cejas, sin mirar a Hoox. Utilizó la Fuerza para intentar entrar en la mente de Hoox y comprobar si hablaba en serio. Por desgracia, la fuerza de voluntad de Hoox era excesiva para que Sanui la sobrepasase en su debilitado estado actual.

Intentó escuchar la respiración de Hoox, y utilizar sus conocimientos de psicología para saber si mentía. El resultado no fue nada concluyente; alguien como Hoox probablemente sabía mentir muy bien. Ahora bien, Sanui no tenía ninguna prueba de que Hoox mintiese.

—Sanui —dijo Hoox—, en este momento, tus posibilidades de supervivencia se incrementan notablemente si cuentas con mi ayuda, y viceversa. Tenemos entre manos un problema mucho más grave que nuestras diferencias… ¿No te habrás desmayado, verdad?

—No… —dijo Sanui—. Está bien. Enemigos por elección, aliados por la fuerza. Estamos juntos. Tregua hasta salir del campo de asteroides, pero eso no significa que me guste.

—No creas que yo soy feliz con un discípulo de Ashla —dijo Hoox.

Sanui hizo un movimiento para levantarse.

—¿Estás en condiciones de andar? —preguntó—. Puedo usar la Fuerza para proporcionarte energías.

—No necesito tu lado oscuro —dijo Sanui, con desprecio, mientras se erguía hasta alcanzar toda su altura, inferior a la de Hoox en unos pocos centímetros. Ahora miraba a Hoox, pero su rostro estaba oculto bajo la capucha.

Entonces, Sanui se fijó en su capa. Estaba totalmente destrozada, llena de cortes por todos lados. La había utilizado para engañar a los insectos, para que ellos atacasen donde había sólo tela y no carne. El resultado era que apenas quedaba tela. Meditó un momento.

—Esta capa está hecha harapos pensó.

—Si no quieres revelarme tu… —Murmuró Hoox.

—En realidad… —dijo Sanui.

Se quitó la capucha y Hoox pudo ver por fin el rostro de Sanui. Tenía el cabello castaño y largo, pero tirante y recogido en un peinado práctico detrás de la cabeza. Sus ojos eran los que Hoox había visto mil veces, ovalados y color verde con pigmentos más claros cerca del iris. Tenía una nariz pequeña y redonda, y su rostro era delgado y con la barbilla un poco puntiaguda. Sus labios, bastante grandes, estaban curvados en una sonrisa. Provocada esta por la cara que puso Hoox cuando vio que Sanui era una mujer, y no poco atractiva.

Sanui, ella, llevó una mano al cierre de su capa y lo abrió. La capa cayó al suelo, pasando a parecer un montón de trapos viejos. El cuerpo de Sanui era esbelto y perfecto para su rostro. Su complexión era normal; ella hacía mucho ejercicio físico, pero no permitía que su aspecto llamase la atención. Si se deshiciese de su capa en condiciones normales, los hombres de Hoox no habrían podido encontrarla; sólo sería otra chica atractiva. No era una de esas mujeres de encantos artificiales que iban con los oficiales de Hoox cuando éstos estaban de permiso. Sin embargo, a Hoox le pareció mucho más tentadora que éstas.

—¿Y se puede saber qué miras? —dijo Sanui, con desgana.

Hoox no decía nada. Probablemente seguía intentado ordenar sus ideas. Estaba sin duda tan confundido que no sabía qué hacer o qué decir. En su mente habían cadenas de pensamiento, antes totalmente lógicas, que se habían desmoronado en cuestión de segundos.

—Que me contestes —añadió ella.

—En realidad, yo, er… —dijo Hoox—, sabes, lo que más me sorprende es que seas tan joven.

—¡Sí, hombre! —dijo Sanui, con sarcasmo—. No eres mucho mayor que yo.

—Es cierto —admitió Hoox—, pero yo tuve… una infancia difícil. Maduré rápidamente.

—No te enrolles —dijo Sanui.

—¿Cómo te llamas? —dijo Hoox—. Bueno, no me lo digas si no quieres. Ya me has dado mucha información clasificada, y tal vez algún día tenga que usarla contra ti. Si quieres decirme cómo te llamas, adelante. Si no…

—Vaya —murmuró Sanui, pensativa.

—Somos enemigos desde hace tiempo —dijo Hoox—. Te respeto.

Igual que respeto a Ashla.

—Pues odiarnos a muerte es una forma de respeto un tanto curiosa sabes —dijo Sanui.

—Sólo odio a Ashla —dijo Hoox—. No me faltan motivos para ello.

—Por supuesto —dijo Sanui—. Él es la verdadera amenaza para tu tiranía despótica en el sector.

Hoox dejó escapar una risita entre dientes y miró a Sanui como si él tuviese mil años más que ella. Ahora sí que la estaba mirando como a la niña que ella parecía ser y que él sabía que no era.

Antes de que él respondiera, ella se llevó una mano al antebrazo y se quejó.

—Ooooohhhh… —dijo.

Hoox ya se había fijado en ese roto en su ropa, pero esperaba que hubiese sido una tenaza, y no un mordisco.

—Sabes que te han envenenado —dijo Hoox.

Sanui asintió con la cabeza.

—¿Te ha enseñado Ashla a…? —preguntó Hoox.

—Nunca fui muy buena en ese terreno —admitió Sanui.

—A mí también me han mordido —dijo Hoox, llevando su mano al roto del mono en su torso—. Estas pequeñas paradas, sin peleas y sin adrenalina, me permiten combatirlo un poco, pero…

—No creo que tengamos tiempo de eliminarlo de nuestros sistemas —dijo Sanui—. Tienes un plan de escape, claro.

—Algo así —dijo Hoox—. ¿Estás segura de que quieres que nos movamos ya?

—Tú no te preocupes por mí; eso es lo último que necesito —dijo Sanui—. Vámonos.

—Mi oferta de usar la Fuerza para aliviarte sigue en pie —dijo Hoox.

—Vámonos —repitió Sanui, subiendo el tono de voz—. Tú guías. ¿O estás esperando una emboscada? Tal vez me has vendido a los stigianos a cambio de tu vida.

—Creo que has usado los sentidos mejorados con la Fuerza para asegurarte de que nadie viene hacia aquí —dijo Hoox.

—¿Tú también lo has hecho? – Preguntó Sanui.

—Yo he sido el que se ha asegurado de que nadie nos molestaba durante las negociaciones —dijo Hoox, sonriendo—. Venga, jovencita, vámonos.

Hoox dio la espalda a Sanui y avanzó hacia la puerta por donde él había entrado.

—Seiza —dijo Sanui.

—¿Qué? —dijo Hoox, girando su cabeza.

—Me llamo Seiza. Seiza Sanui.

—Bien —dijo Hoox, y reanudó el paso.

Fin del undécimo capítulo

CAPÍTULO DUODÉCIMO: VIAJE SUBTERRÁNEO

El amo de Stige observaba atentamente los monitores que le permitían acceder a cualquiera de las cámaras de seguridad dispuestas por todos los complejos. Aunque por lo general variaban su imagen de modo semialeatorio, casi todas estaban ahora presentando imágenes de los complejos 5 y 9.

Esto es, los complejos donde estaban o habían estado Hoox y/o Sanui.

El misterioso amo consultó una pantalla de datos, que le informó de cuántas y cuáles cámaras habían sido inutilizadas en los complejos 5 y 9. Él admitía estar algo confuso respecto al curso de acción a tomar. No estaba acostumbrado a tratar con crisis tan graves, pero tampoco era de los que se dejaban intimidar. Era muy inteligente, y las ruedecillas de su mente ya estaban girando.

—Hay más de una forma de desollar a un bantha… —pensó.

Se fijó en otros monitores, consultó información rápidamente e inició un proceso de toma de decisiones y comunicación con subordinados.

Hoox avanzaba con zancadas grandes y decididas. Sanui, por el contrario, le seguía con cuidado y comprobando constantemente si había enemigos en alguna dirección. El veneno estaba quemándole todas las venas, haciéndole sufrir como si un millar de anzuelos empapados en vinagre se hubiesen clavado en su piel y tirasen cada uno en una dirección. Aunque estaba empapada en sudor, no permitía que ningún síntoma controlable afectase su comportamiento ante Hoox. Es decir, él también estaba envenenado, y estaba actuando como si no pasase nada. A ella le hubiese encantado pedirle que parasen unos cuantos segundos, pero no lo haría si él no lo sugería. Por eso, ella no podía mostrar debilidad ante Hoox.

Ella le miró una vez más. Caminaba como antes. Nunca se detendría para tomar aliento.

—Él fue envenenado al menos unos minutos antes que yo —pensó Sanui—. Tal vez, el dolor remita después de un rato.

Este razonamiento impulsó un poco a Sanui para continuar hacia adelante.

Después de avanzar por un pasillo que a ella se le hizo eterno, Hoox llegó a una puerta donde ya había estado. El hangar de los trenes subterráneos.

—¿Estás preparada para volver a enfrentarte a los insectos, Sanui?

Ella habría dado gustosa un brazo para no tener que hacerlo, pero llevo el sable de luz hasta sus manos y lo aferró con decisión mientras lo encendía. El familiar olor a ozono y el zumbido de activación del filo violeta también sirvieron de ayuda a Sanui.

—Abre esa puerta —dijo Sanui.

Hoox no lo hizo.

Sanui mantuvo la pose amenazante, esperando con impaciencia, pero Hoox no abría la puerta.

—¿Qué estamos esperando?

Hoox avanzó un paso hacia Sanui. Ella podría haberle partido a la mitad con su sable de luz en cualquier momento, pero los ojos de Hoox estaban fijos sobre ella.

Sanui estuvo a punto de sentir un escalofrío. No era por el hecho de que Hoox fuese (hubiese sido) su enemigo más poderoso, sino por un motivo completamente distinto. Era esa mirada tan cargada de reproche como de sabiduría, que perforaba a Sanui hasta el alma. Era la misma mirada que adoptaba Ashla antes de echar una bronca a su discípula, sólo que con mucha más rabia contenida.

Sanui esperaba que empezase el chaparrón con una mueca en el rostro. Hoox tomó aire y empezó a hablar.

—No te tienes en pie —dijo—. No intentes negarlo; lo sé porque yo estoy padeciendo tus mismos dolores. No estamos en condiciones de darle una paliza a esos insectos, y ahí dentro hay muchos, tal vez más de los que podríamos vencer estando ambos en buena forma.

Hoox hizo una pausa para respirar varias veces mirando al suelo. Ya que se habían detenido, tenía que aprovecharlo.

Sólo caminar ya le causaba las más terribles agujetas.

—¿Y entonces por qué vamos a entrar? —preguntó Sanui.

Hoox levantó la mirada. Le extrañaba que Sanui le hubiese preguntado. Cuando él había enseñado un par de cosas a Darth Ksar, Ksar nunca preguntaba. Él confiaba en Hoox y pensaba que, si necesitaba saber algo más, ya se lo dirían.

Estaba claro que Sanui no era como Ksar; ella era mucho más liberal. Curiosamente, esta variación resultó del agrado de Hoox, que sonrió débilmente con un lado de la boca.

—Porque no vamos a matarlos a todos —dijo Hoox—. Ahí dentro están todos los trenes subterráneos en los que han venido enjambres enteros de insectos desde los otros complejos como refuerzos para detenernos. Nosotros vamos a coger uno de esos trenes y salir de este complejo zumbando.

¿Quieres los detalles?

—¿Los detalles? —a Sanui le asombraba oír eso; el plan ya estaba bastante más detallado de todo lo que ella llegaba a preparar habitualmente—. Adelante.

—Tú y yo avanzamos juntos matando insectos, tú entras primero, yo te cubro, hasta llegar a un tren cualquiera.

Nos subimos los dos al mismo tren. Por si tienes que llevarlo tú, el pedal sirve para arrancar y los mandos controlan la dirección; el resto es bastante fácil, como casi cualquier speeder. Nos dirigiremos al complejo 1, porque es el único lugar del planeta donde tienen algún tipo de astronave que pueda operar en el espacio.

—Pero me dijeron que no tenían tecnología para viajar en el espacio —protestó Sanui.

Hoox la miró durante un instante.

—Comprendo —dijo ella.

—En el complejo 1 —siguió Hoox—, encontraremos la astronave, nos haremos con ella y saldremos de este maldito lugar.

—¿Cómo sabes que hay una astronave en el complejo 1?

—Se lo arranqué de la mente a un habitante del complejo 5 —dijo Hoox, sin un remordimiento.

—Eso… Eso no me parece demasiado ético —dijo Sanui.

—¿Y cuándo es ético leer la mente de otra persona? —preguntó Hoox—. Yo necesitaba salir de aquí, ella sabía cómo, y nunca me lo diría por las buenas.

—Volveremos sobre este tema —dijo Sanui.

—Si sobrevivimos —dijo Hoox, haciendo un gesto para coger su sable de luz. El filo amarillo se extendió, mientras los ojos de Hoox expresaban el odio y la rabia que sentía en su interior. Eso era lo que le daba su poder en el lado oscuro, lo que le permitía canalizar la Fuerza.

—¿Estás preparada? —preguntó Hoox.

—Yo nací preparada —dijo Sanui.

Hoox abrió la puerta.

En el interior del hangar había docenas, tal vez cientos de insectos. Algunos revoloteaban por los niveles más altos, pero esto no les ofrecía ventaja alguna, porque los insectos que estaban en el suelo ya eran más altos que Hoox y Sanui: Los que estaban volando sólo podrían cubrir bajas de los que estaban en tierra, pero nunca atacar desde arriba.

No tardaron ni un segundo en girarse hacia la puerta como uno solo. Todos ellos habían recibido órdenes de esperar allí a los intrusos y acabar con ellos en cuanto apareciesen. Su mentalidad de colmena asimiló fácilmente esas órdenes.

Ahora, utilizando el instinto asesino más drástico, los insectos decidieron atacar a los intrusos que estaban al otro lado de la puerta. Tres tenazas surgieron paralelas hacia dos objetivos distintos.

Hoox estaba más cerca de la puerta, al lado del interruptor de apertura, y bajó rápidamente su sable de luz para cortar las tres tenazas.

—¡Ahora, Sanui! —dijo Hoox mientras los apéndices de los insectos caían al suelo.

Seiza aprovechó el momento de semiindefensión de los insectos más próximos para entrar y atacarles. Mató a uno de ellos e hirió a otro, mientras avanzaba con el sable preparado.

Sanui atacaba a los insectos con entusiasmo, incluso sabiendo que debía vencer probablemente a más de una veintena antes de llegar al tren más próximo. Pero eran una veintena que no sabían lo que era enfrentarse a un Jedi, mientras que ella estaba ya familiarizada con sus ataques.

Ambas ventajas le daban confianza, y se permitió una sonrisa cuando la sangre de extraño color de un insecto cayó sobre su mejilla.

Hoox aprovechaba otras ventajas. En entornos tan cerrados, el gran número de insectos obraba contra ellos; era prácticamente imposible no herir a alguien con sólo mover el sable. Hoox no era, sin embargo, un hombre que únicamente hiere con su arma.

Uno de los insectos intentó golpearle con una tenaza por la espalda, pero el sonido le delató y Hoox detuvo el ataque. Otro de los insectos aprovechó la distracción de Hoox con el ataque a su espalda y le golpeó por delante con las tenazas, en el abdomen. Más insectos atacaron y atacaron a Hoox, sin darle oportunidad de respirar.

Mientras, Sanui avanzaba cada vez con más dificultad.

Exigía decenas de segundos avanzar cada centímetro, pero ella aseguraba el terreno que tenía antes de pedir más. Eso le permitió resultar mucho menos malherida que su compañero, aunque también recibiese su ración de tenazas:

Hoox ya no podía cubrirla, y ella no podía atacar en todas direcciones.

Sanui avanzó otro paso, y después otro más, siempre sin dejar de golpear a sus enemigos en una batalla en la que nadie pedía cuartel y nadie lo ofrecía. Después de un esfuerzo hercúleo, pudo vislumbrar la entrada a uno de los trenes.

El tren era una especie de cilindro tumbado, con las bases redondeadas y cubierto con una brillante pintura plateada que sin duda ayudaba a mantener la mascarada de felicidad de los stigianos; sin embargo, la plata estaba ahora manchada de rojo y llena de cortes. Medía aproximadamente dos metros de altura y unos cinco de largo. Se podía abrir por cada extremo. Cuando Sanui lo vio, estaba tres metros por debajo de ella, flotando a unos quince centímetros de su vía.

—¡Hoox! —gritó Sanui mientras uno de los insectos la atacaba; ella le cortó la cabeza con su sable—. ¡Hoox, tengo un tren!

Un montón de más de treinta insectos uno encima del otro, todos ellos vivos y atacando, empezó a temblar. Los insectos se alejaron rápidamente del montón, huyendo por encima de los cadáveres de sus compañeros. Algunos levantaron el vuelo; otros reptaron sobre sus múltiples patas.

Y, detrás de todo el montón, Hoox prevaleció. Su uniforme estaba prácticamente destrozado por los cortes, pero el cuerpo debajo de éste apenas parecía dañado. Sus ojos mostraban una ira que pocas veces puede verse en un corazón humano, y si Sanui le hubiese mirado, se habría estremecido de terror.

—Despega —su voz era un rugido de ultratumba, capaz de dar órdenes a un dios. Sanui buscó el pedal de arranque.

Hoox cedió el control a su agresividad, a su ira y a su odio en estado más puro. Permitió que el lado oscuro de la Fuerza controlase sus acciones, pero al mismo tiempo le exigió que obedeciese sus órdenes.

Él sabía que Sanui, mucho más lejos, había logrado alcanzar uno de los trenes, y el rastro de cadáveres indicaba cuál. Hoox se concentró en esa dirección, y se fijó en que, aunque había varias docenas de insectos por tierra impidiéndole el paso, apenas cuatro o cinco se opondrían a él volando. Por supuesto, Hoox no podía volar, pero flexionó sus rodillas y saltó. Saltó en dirección al tren, pero pasando por encima de las cabezas de los insectos. Durante el salto, movió su espada para atacar a los insectos voladores en su camino; sólo dos de ellos resultaron heridos, pero los demás no se acercaron lo bastante a Hoox como para hacerle daño.

Aterrizó a cuatro insectos del tren, encima de un quinto insecto. Golpeó al primero de ellos, pero los otros tres saltaron sobre el tren, agarrándose a él. De algún modo, Sanui había eliminado la cobertura plateada de la parte superior trasera del tren, arrojándola sobre un grupo de insectos que la amenazaban. Eso permitió a los tres insectos subirse literalmente al tren.

Hoox se subió detrás de ellos, y empujó a uno fuera del tren. El insecto se aferró con sus zarpas al interior del tren, aunque todo su cuerpo estuviese fuera.

Cuando el imperial se subió al tren, observó que el suelo estaba temblando. Estaban a punto de arrancar, y Sanui ya había terminado el calentamiento de motores. Si él hubiese tardado mucho más, ella se habría marchado. Hoox se fijó en los dos insectos que quedaban a bordo; él tendría que encargarse de ellos mientras Sanui pilotaba.

El tren inició su viaje a más de quinientos kilómetros por hora. Hoox y los dos insectos se balancearon un poco, pero ninguno perdió pie. Sin embargo, el tercer insecto, que estaba colgando al borde del tren, podía sentir la fricción de sus patas contra el suelo mientras avanzaban. Se agarró tanto tiempo como pudo, y después se soltó. Cuando lo hizo, sólo le quedaba una quinta parte del cuerpo agarrada al tren.

Hoox saltó sobre uno de los insectos y le sorprendió con un movimiento de artes marciales: Le agarró y, aunque no le causó daño de ningún tipo, le sacó del tren. El insecto movió sus alas para evitar caer en la vía mientras observaba cómo el tren se iba haciendo cada vez más pequeño en la distancia. Ya era imposible alcanzarlo.

El otro insecto atacó a Hoox con sus tenazas y apresó su mano derecha, en la que llevaba el sable de luz. Apretó los tendones, pero la presa de Hoox sobre su arma no desaparecía.

Hoox usó su mano izquierda para aferrar la otra tenaza del insecto, de modo que no pudiese usarla para atacar. De ese modo, ambos quedaban mutuamente atrapados.

Ante los ojos de Hoox, el insecto movió sus babeantes colmillos, llenos de veneno. Hoox lanzó su cabeza contra la del insecto, golpeando con su frente justo encima de los colmillos. El inhumano rostro del insecto quedó fracturado; ya no podía mover los colmillos.

De pronto, una repentina curva sacudió el tren. El vehículo subterráneo chocó contra la pared, impulsando a Hoox y a su enemigo hacia el suelo; ahora el insecto estaba sobre Hoox, y tenía una gran ventaja. El imperial había soltado, por la sorpresa, la tenaza del insecto, y ahora ésta pendía sobre su cabeza como una espada, a punto de caer.

Cuando la tenaza caía, Hoox volvió a interceptarla con su mano. Esta vez, la mano cayó con tanta fuerza que el brazo del insecto se quebró por la mitad. Hoox sostuvo rápidamente la tenaza antes de que el insecto pudiese reaccionar, y se la clavó en el abdomen.

La presión sobre la muñeca derecha de Hoox disminuyó; el monstruo había muerto. Él lo empujó hacia un lado del suelo del tren, mientras se acercaba a la cabina donde Sanui pilotaba.

La chica estaba bastante asustada, presionando con su pie el pedal, a veces un poco más, a veces un poco menos. Los mandos no estaban siendo operados.

—¿Qué estás haciendo, Sanui? —dijo Hoox—. Ya te expliqué cómo se pilotaba.

—¿Pero te has fijado en los mandos? —protestó Sanui.

Los controles no eran para manos humanas. El enorme volante era más grande de lo que Sanui podía abarcar con los brazos extendidos. Lo peor no era eso, sin embargo: Lo peor era que los mandos eran de una sustancia cortante, llena de púas y con bordes afiladísimos. Los insectos podían manejar eso sin dificultad con sus tenazas, pero el humano que lo tocase con sus manos se quedaría sin manos.

—¿Cómo esperas que maneje eso? —insistió la joven.

Hoox miró los controles y se fijó en la vía ante ellos. El tren debía hacer una curva hacia la derecha dentro de relativamente pocos segundos. Hoox alternó su mirada entre la vía y los controles y, cuando la curva estaba muy cerca, levantó una mano. Hoox estaba en ese momento a unos dos metros de los controles, y su mano no los tocaba en ningún momento, pero los controles se movieron solos hacia la derecha cuando llegó el momento, impulsados por una fuerza invisible.

Seiza lo comprendió y sonrió.

Hoox podría haberle dicho una impertinencia, algo del tipo «¿Crees que serás capaz de hacerlo tú sola?». Pero no le dijo nada, y ella tampoco adivinó nada en su silencio. Él sólo se alejó, volviendo a la parte trasera del tren.

Se apoyó en la pared inferior que quedaba y se sentó en el suelo mientras ella seguía pilotando. Ella miró hacia atrás y, en un latido, observó a Hoox sentado, al insecto muerto, y todos los detalles que necesitaba memorizar.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Seiza, mientras pilotaba.

Hoox miró un instante el cadáver del inmenso insecto.

—Por mí, que se quede —dijo—. No es como si el lastre debiese preocuparnos.

—Vale —respondió ella.

—Me gustaría descansar un rato —dijo Hoox, aún sentado en el suelo—. ¿No te molesta…?

—No, adelante —dijo Sanui.

Hoox ya estaba roncando antes de que ella terminase la segunda palabra.

El amo de Stige meditaba ante docenas de monitores de ordenador. Las pantallas reflejaban diversos aspectos mensurables de la vida en Stige.

Por ejemplo, él había ordenado a todas las estaciones de todos los complejos que dejasen de enviar trenes subterráneos. Había ordenado también que todos los trenes en movimiento se detuviesen. Eso significaba que ese único tren, el que había salido del complejo 9, estaba siendo ocupado por al menos uno de los intrusos.

Realizó una nueva comprobación para asegurarse. Ahora, él estaba seguro. Ambos iban en ese tren. Qué fácil resultaría destruirlos a ambos. Sólo necesitaba detonar el tren y…

Pero era un mal momento. El amo de Stige reprimió sus pensamientos. No podía provocar una explosión en el lugar donde estaba el tren entonces. Debía esperar, sí, esperar.

Debía aguardar un momento mejor, en el que no provocase daños graves al detonar el tren. Era importante no bloquear varias vías alrededor de uno de los complejos, pero esto era mucho más importante.

La prodigiosa mente del amo hizo cálculos matemáticos con una velocidad supersónica y obtuvo su respuesta en fracciones de segundo. Era el tiempo que debía esperar antes de detonar el tren, apenas unos segundos, para poder hacerlo en condiciones óptimas de seguridad.

No le importó esperar unos segundos. Él era lo bastante paciente.

Seiza sonrió mientras pilotaba.

Hace unos pocos kilómetros, habían pasado justo al lado de un nido de pequeñas criaturas nativas muy hermosas. Una pequeña gruta excavada en el lecho rocoso subterráneo hospedaba a más de una docena de animales de aspecto tan agradable que ella habría deseado poder ver con detenimiento.

Había mirado hacia atrás para preguntarle a Hoox si él también las había visto, pero él seguía durmiendo sonoramente. De todos modos, razonó Seiza, no sabía si a alguien como Hoox le gustaría la belleza natural. Seiza recordó que ya había tenido ese tipo de problema con Halkias.

De todos modos, el camino hacía una peligrosa curva justo delante, y Seiza se esforzó por hacerlo lo mejor posible.

Dejó de pensar en las criaturas, y se concentró en pilotar.

Un instante después, la vía ante ella explotó para convertirse en una llamarada de más de un kilómetro de largo.

El tren descarriló.

Seiza había logrado alcanzar una pequeña cueva natural, aunque apenas podía moverse. El impacto casi la había matado, y ya llegaban los stigianos para terminar el trabajo. Un tren avanzaba por la vía a menos de cuarenta kilómetros por hora. Seiza no pudo evitar fijarse en cómo se detenía sin tocar la vía. Habían tardado al menos cuatro horas en llegar.

Un grupo de hombres blindados, un kreogan y un insecto estaban el interior. El líder de los hombres blindados y el kreogan fueron los únicos que bajaron. Se fijaron en la pequeña cueva y en la humana que había sentada en su interior; había dejado un rastro de sangre para llegar hasta allí.

La cueva en cuestión era tan pequeña que, respecto a su profundidad, apenas cabían el kreogan y el humano juntos.

Aunque era un sitio bastante oscuro, Seiza estaba sentada en el lugar más visible, justo en frente de la zona cubierta de sombras. El hombre blindado encendió una luz en su casco para comprobar que el otro intruso no estaba escondido allí, y el kreogan usó sus dones mentales.

Ninguno de ellos encontró nada.

Satisfechos con esto, se acercaron a la indefensa chica.

El hombre blindado fue el primero en hablar.

—Muy bien, persona —le dijo—, todo ha terminado. ¿Dónde está tu amigo?

—Muerto —dijo Seiza—. No logré sacarle del tren.

—¿Miente? —preguntó el hombre blindado al kreogan.

—No puedo decirlo —dijo el kreogan—. Su voluntad es fuerte y no me deja entrar en su mente.

—¿Acaso tienes algo que ocultar, persona? —dijo el hombre blindado.

—Vais a matarme —dijo Seiza—. Dejadme retener mi intimidad.

—¿Qué es intimidad? —dijo el hombre blindado.

—Algo que se hace fuera de Stige —dijo el kreogan.

—Bien, entonces buscaremos el cadáver en los restos del tren —dijo el hombre blindado—. Y ahora…

Levantó su arma láser y apuntó a la cabeza de Sanui. Un único disparo bastaría; simple y efectivo. Ella le miró; por la expresión de su cara, estaba maldiciendo a sus dioses, que le permitían vivir y afrontar una muerte deshonrosa.

El hombre blindado disparó, y de pronto Seiza encendió su sable y, con presta velocidad, lo interpuso entre el disparo del bláster y su blanco. El rayo rebotó y golpeó al kreogan en el cerebro, matándole.

El hombre blindado comprendió de pronto que ella había estado fingiendo y disparó varias veces, esperando desconcertarla.

—¡Necesito refuerzos! —gritó, mientras era acribillado por sus propios disparos.

Los refuerzos nunca llegaron.

Seiza avanzó tranquilamente hacia el tren donde habían llegado el kreogan y sus amigos. En el interior, Hoox estaba echando a las vías los cadáveres de los otros ocupantes del tren.

—Supongo que por aquí también ha ido todo bien —dijo Seiza, sonriéndole.

Hoox, desde su posición más elevada subido al tren, también le sonrió.

—No sabía que fueras tan buena actriz —le dijo.

Ella sonrió mientras Hoox empujaba con el pie el último cadáver.

—¿Has podido destoxificar el veneno? —preguntó Hoox.

Seiza asintió con la cabeza.

—La técnica de Ashla es efectiva —dijo Seiza—. Pero no tuve ocasión de usarla hasta que logré estar un par de horas descansando. ¿Qué tal tú?

Hoox le sonrió.

—Inmunizado —dijo—. A ver si con Ashla aprendes este tipo de trucos.

Hecho esto, él le ofreció su mano para ayudarla a subir, pero ella le rechazó y subió de un salto. Ambos avanzaron hacia los controles.

—Ha sido una suerte que viniesen por el lado de la vía que nos conviene —dijo Hoox.

—Tal vez fuese el camino más corto —dijo Seiza.

—Sí, supongo que sería eso —dijo Hoox.

—Si esta gente no informa, descubrirán que seguimos vivos —dijo Seiza—. Probablemente, la joya de los humanos ya les ha dado esa información. ¿Cuál es tu plan?

—¿De dónde sacas que tengo un plan? —dijo Hoox.

—Cuando éramos enemigos, yo hacía mis cálculos segura de que siempre tenías un plan contra mí —dijo Seiza.

—Muy bien —dijo Hoox, sonriendo—. Digamos que saben que seguimos vivos. Si nos envían gente, podemos con ellos.

—¿Y si vuelven a dañar la vía? —preguntó Seiza.

Hoox sonrió y le explicó su plan.

El tren avanzó a más de seiscientos kilómetros por hora.

Seiza y Hoox lo pilotaban a la vez. Sincronizaban sus acciones telekinéticas usando poderes mentales.

La vía ante ellos se convirtió de pronto en un nuevo foso de fuego, esta vez de más de mil metros.

—¡Ahora! —gritaron ambos.

El tren subterráneo se elevó sobre las llamas, moviéndose en el aire sólo gracias al poder bruto de Seiza. Mientras tanto, Hoox se aseguraba de que el fuego se mantuviese tan abajo como fuese posible.

Después del impresionante salto, el tren se volvió a posar en las vías, rebotando varias veces mientras los repulsores se adaptaban y perdiendo parte de las piezas del fuselaje.

—Ha funcionado —dijo Hoox, algo incrédulo.

Seiza se rió del aspecto que tenía.

—Bueno, supongo que a partir de ahora todo será algo más fácil —dijo Seiza.

—No del todo… —dijo Hoox.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Seiza.

—El complejo 1 está protegido por varias torretas láser —explicó Hoox—. Es imposible introducirse en él con uno de éstos. Lo destruirán antes.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Seiza.

—Abandonar el tren a pocos kilómetros del complejo y entrar a pie, claro —dijo Hoox—. Sé que tienes entrenamiento para hacerlo; a mí me lo has hecho muchas veces.

—Y ellos creerán que hemos muerto cuando destruyan el tren —dijo Seiza.

—No lo creo —dijo Hoox—. Hemos escapado de la muerte varias veces. Ahora querrán ver nuestros cuerpos.

—Es lo que tú harías, claro —dijo Seiza.

Hoox no respondió.

—¡Salta! —dijo de pronto.

De nuevo, la vía se había convertido en una llamarada. El tren volvió a elevarse. Vale que debían fingir su propia muerte, pero todavía no. Y tampoco había que ser TAN convincente.

Fin del duodécimo capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: ENCUENTRO INESPERADO

El tren subterráneo avanzó a altas velocidades, acercándose invariablemente al complejo 1.

El amo de Stige observaba impasible desde la seguridad de su sala de control. De vez en cuando, provocaba una explosión en la vía, aún sabiendo que no lograría detener a los intrusos, pero así se aseguraba de que seguían en el tren.

Los sensores del complejo 1 empezaron a indicar que el tren se acercaba al complejo 1 y que pronto estaría en distancia de disparo para las múltiples torretas láser. Los artilleros estaban preparados y, con sonrisas de felicidad estúpida, miraban con atención sus pantallas, esperando el momento de disparar.

Recibieron de pronto instrucciones del mismísimo amo de Stige. Todos los artilleros cambiaron de posición sus puntos de mira, subiéndolos un poco. Ahora, ninguno apuntaba a la vía, ni al punto por donde aparecería el tren.

El tren avanzó por un túnel parecido al agujero hecho por una lombriz. Era apenas lo bastante grande para permitir el paso del tren, pero los últimos kilómetros hasta el complejo se recorrían sin la protección del túnel. Visto desde la perspectiva del tren, había un montón de kilómetros prácticamente a cielo abierto hasta llegar al complejo.

En cuanto el tren salió del túnel, el amo de Stige hizo explotar todo lo que quedaba de la vía hasta el complejo 1.

El tren saltó como ya había hecho antes, y al hacerlo se situó en el punto de mira de las torretas, esta vez incapaz de escapar.

Docenas de rayos láser golpearon una y otra vez el tren, primero privándolo de partes imprescindibles para hacer que avanzase sobre una vía, y después convirtiéndolo en una bola de fuego que, sin duda estúpidamente y por inercia, seguía acercándose al complejo 1.

Uno de los artilleros sonrió mostrando todos sus dientes y disparó el último láser. El tren, a todos los efectos, dejó de existir.

Mientras tanto, a varios kilómetros de allí, en otra de las horadaciones del asteroide, Hoox y Sanui observaban lo que sucedía. Habían utilizado el poder de la Fuerza desde la distancia para elevar un tren del que se habían bajado mucho tiempo atrás.

Cuando fue destruido, ya no tenía sentido que se quedasen mirando desde su improvisado balcón, así que ambos retrocedieron unos pasos. El interior de su gruta apenas tenía un par de metros de altura, de forma aproximadamente igual a la que mostraba la vía del tren.

Sanui retrocedió unos pasos. Hoox fue un poco más atrás que ella y resopló.

—Estoy agotado —dijo.

Sanui se sentó en el suelo rocoso.

—Y yo —dijo ella—. Tal vez hemos intentado mover el tren desde demasiada distancia. Creo que se me han reventado los puntos con el esfuerzo.

—¿Estás herida? —preguntó Hoox—. Si lo hubiese sabido, no te habría pedido que…

—Mas quisieras —Sanui miró a Hoox con toda la rabia que sus ojos podían mostrar. El temible almirante retrocedió con la cabeza, levemente asustado.

—¿Puedo al menos —pidió Hoox— mirar si se ha abierto la herida?

—Yo lo miraré —dijo Sanui—. No me fío de ti.

Caballerosamente, Hoox se dio la vuelta.

Seiza se levantó la túnica y se miró el vientre. Los puntos que Mhist le había cosido en Gadamar seguían allí.

Ella respiró aliviada, pero eso no impedía que le doliese todo.

—¿Estás bien? —preguntó Hoox, sin poder mirar a Sanui.

—Sí —respondió ella—. No como para saltar, pero más o menos bien.

—¿Cuándo te hirieron? —preguntó Hoox—. ¿En Gadamar?

—No es asunto tuyo —le cortó ella—. Ya puedes volverte.

Hoox volvió a mirar a Sanui, sentada en el suelo. Estaba sorprendida al leer preocupación en ese rostro. Hasta entonces, se lo había imaginado siempre con el ceño fruncido, mostrando un odio inimaginable hacia todo lo viviente. Empezaba a preguntarse si realmente Hoox era como Ashla se lo había pintado.

Hoox se sentó frente a Sanui; ni siquiera quería forzar la situación sentándose a su lado.

—Sugiero que descansemos unas cuantas horas —dijo Hoox—. Los dos estamos exhaustos, y necesitaremos estar frescos cuando entremos en el complejo 1. Es improbable que nos encuentren en estos túneles no cartografiados: Las tropas blindadas y los insectos son demasiado grandes para entrar, y los de poderes mentales se mueven sobre tentáculos y tendrían demasiados problemas para avanzar por aquí. Por supuesto, podría haber criaturas nativas de este entorno; tal vez tendríamos que hacer guardias.

Sanui estaba impresionada. El almirante Hoox, acostumbrado a ser obedecido al instante y sin réplica posible, estaba haciendo sugerencias. Ella estaba segura de que, si tenía alguna pega, él la discutiría, pero no la rechazaría de pleno.

—No quiero dormir mientras tú velas —dijo Seiza, frunciendo levemente el ceño.

—Todavía no confías en mí, por supuesto —dijo Hoox—. Te he dicho ya que te necesito para salir de Stige, pero crees que te he mentido. Bien, de todos modos sugiero que nos relajemos un rato. Sin dormir, si no quieres, pero nos vendrá bien descansar.

—¿Me he salido con la mía? —se preguntaba Sanui—. ¿O acaso Hoox tiene un plan?

Siguió mirando a Hoox con el ceño fruncido cuando, de pronto, un pequeño ruido vino del otro extremo del túnel, del lugar por donde ellos habían venido.

—¿Lo has oído? —susurró Hoox.

Sanui asintió con la cabeza. Ambos llevaron sus manos a las empuñaduras de su sables y, manteniéndolos preparados pero apagados, avanzaron hacia el lugar del que venía el ruido. La Fuerza les ayudó a potenciar sus sentidos para localizar a la posible amenaza.

La oscuridad era casi total, ocultando a Hoox y Seiza casi tanto como a lo que fuese que había hecho el ruido. De pronto, se oyó otro sonido.

—Grgrgrgrgr.

Esta vez era un sonido orgánico. El sonido característico de algún animal. Era un sonido suave y agradable al oído, parecido a un suave ronroneo intermitente.

Hoox y Sanui se volvieron rápidamente hacia su fuente.

—Grgrgrgrgr.

El sonido se repitió.

Sanui avanzó y encendió su sable de luz, pero ya no lo blandía en posición amenazadora. No; lo estaba utilizando sólo como fuente de iluminación. Ante la luz púrpura, se pudo perfilar una pequeña criatura.

La criatura medía algo más de treinta centímetros de altura. Caminaba sobre sus patas traseras, pero las delanteras eran demasiado cortas para ser realmente útiles como brazos; ocasionalmente, sin embargo, las utilizaba para avanzar. Cada extremidad terminaba en una pata con tres dedos.

El ser tenía un hocico grande y dos ojitos de aspecto tierno. Su espalda estaba cubierta por una mantita de pelo más oscuro del que cubría el resto de su cuerpo; era difícil definir el color porque la única fuente de luz era púrpura.

Seiza se sintió muy aliviada al ver al animalito. Se agachó para mirarle a los ojos.

—Así que eras tú el que nos dio ese susto, ¿eh? —preguntó ella, dando a su voz un tono amable.

—-Grgrgrgrgr.-dijo el animal.

—Sanui —intervino Hoox—, por favor, cógelo o haz algo con el, volvamos a donde estábamos antes. Así, no nos volverá a sorprender.

Seiza se había girado para mirar hacia Hoox mientras él hablaba (aunque sólo había visto la oscuridad que envolvía al imperial) pero, cuando él terminó, se volvió de nuevo hacia el animalito.

—¿Qué dices tú? —preguntó retóricamente Seiza—. ¿Te vienes con nosotros?

—Grgrgrgrgr.-dijo el animal mientras extendía su pata hacia el brillante filo del sable de luz de Seiza. Al comprender lo que estaba haciendo, ella apartó rápidamente el sable.

—¡No, no! —dijo Seiza, intentando que su negativa fuese lo más amable posible—. Eso no es para ti.

De pronto, Seiza sintió la mano de Hoox en su hombro. Le estaba ofreciendo algo. Se trataba de una pequeña linterna.

—No tiene suficiente alcance para sernos útil en estas grutas —explicó Hoox desde las sombras—, pero creo que a él le gustará.

Seiza aceptó la linterna y se la entregó al animal. Éste la sostuvo con una de sus patas y empezó a jugar con ella.

Mientras tanto, Seiza tomó a la criatura en su regazo y avanzó hacia el lugar del que habían venido. Se detuvieron en cuanto se pudo vislumbrar algo de luz exterior, pero

antes de que se pudiese ver el balcón al final del túnel; si el animal apuntaba la linterna hacia el complejo 1, tal vez podrían detectarles.

Hoox y Seiza se sentaron en el suelo, el uno frente al otro, y ella sostuvo entre sus manos a su nuevo amigo. Se lo enseñó a Hoox; ahora, la luz permitía apreciar que su cuerpo estaba cubierto de vello marrón claro, salvo la mantita a su espalda, que era de un tono más oscuro de marrón.

—¿A que es una preciosidad?

Hoox podía ver al animal junto al rostro de Seiza.

—Si, es muy bonito. —Dijo Hoox casi en plan burlón.

—Pude ver de pasada un grupo como éste mientras tú estabas durmiendo en el tren.

—Lamento habérmelo perdido —dijo Hoox.

Seiza apoyó al animal en el suelo. Éste avanzó corriendo sin rumbo fijo. La linterna cayó al suelo, olvidada.

—Eres un hombre extraño, Hoox —dijo Seiza, mirándole—. Una contradicción. En el tiempo que llevamos colaborando, diría que aprecias la vida. Sin embargo, tu gobierno es una tiranía despótica y totalitaria.

—¿Soy un tirano? —preguntó Hoox. La pregunta parecía hecha con sinceridad. Eso hizo que Seiza se quedase todavía más confusa. ¿Acaso él mismo no sabía lo que era?

—Sí —dijo ella—. Eres un tirano. Gobiernas con mano de hierro, oprimes a todo el sector y… ¿Pero quieres dejar de mirarme como si no supieras de lo que estoy hablando?

—Lo siento —dijo Hoox—. No sabía que tú me veías así.

—¡No soy yo! —protestó Seiza—. ¡Todo el mundo sabe lo que eres!

Hoox sentía deseos de derrumbarse. Había esperado que Sanui le comprendiese, pero no era así.

—Pero… —dijo Hoox—. Exactamente, ¿qué he hecho?

—¡Oh, por favor! —dijo Seiza—. ¡Lo sabes perfectamente!

—Sé que suena a tópico —admitió Hoox—, pero estoy seguro de poder explicarlo todo. Muéstrame mis trapos más sucios, y te diré por qué hice lo que creía que tenía que hacer.

—Muy bien —dijo Seiza, mirando a Hoox. Empezó a hacer memoria y atacó—. Los impuestos de Chalalon crecieron logarítmicamente en sólo tres meses. Expropiaste muchísimos terrenos pagando muy poco por ellos.

Hoox escuchó con atención lo que decía Seiza. Tuvo que asentir.

—Poco después de la muerte del emperador —siguió Seiza—, en Irith, un grupo de luchadores por la libertad fueron cruelmente asesinados por tus tropas detonando un explosivo que borró media ciudad.

Hoox expresó una mueca para mostrar su sufrimiento.

—Y no me irás a decir que el bombardeo sobre objetivos civiles de Oplovis se hizo por un bien mayor. ¡Oplovis ni siquiera se oponía públicamente a ti!

Ella entrecerró los ojos y le miró con desprecio.

—Eres un monstruo —le dijo.

El pequeño animal se acercó a donde Hoox estaba sentado, como pidiéndole que jugase con él. Hoox le entretuvo un poco usando las manos mientras hablaba con Seiza.

—No es cierto —dijo Hoox—. Todo lo que he hecho desde que controlo el sector es por el bien común. Expropié riquezas a los ricos habitantes de Chalalon para proporcionárselas a los habitantes de Tyjor, que habían sufrido una catástrofe.

La masacre de Irith se dio cuando esos terroristas prefirieron detonar ellos un explosivo a entregarse. El bombardeo de Oplovis se hizo sin mi consentimiento, y el responsable está cumpliendo condena en la actualidad. Yo sólo quería organizar el sector para que la gente fuese feliz. Quería luchar… en el nombre de las estrellas.

—¡Ja!. ¿Pretendes que me lo crea? —dijo Seiza.

—Quizá tampoco creas esto —explicó Hoox—, pero intenté discutir los métodos de Palpatine. Creo realmente en un sistema de gobierno regido por un hombre; las masas me han decepcionado demasiadas veces. Pero no creía que Palpatine fuese el adecuado. Le dije que anteponía sus propios intereses a los de la gente a la que, como gobernante, debía servir. No me mandó asesinar de milagro. Pero acabé prácticamente desterrado a este sector. Ahora, sin Palpatine, gobierno como creo que debería hacerse, y siempre en beneficio de la gente que hay bajo mi mando.

—Que historia tan bonita —dijo Seiza, poco impresionada—, pero no explica porqué pretendes matar a Ashla.

—Digamos que tengo cuentas pendientes con Ashla, muchas cuentas pendientes —admitió Hoox—, pero no me faltan motivos, si deseas conocerlos.

—Soy toda oídos —Seiza apoyó su mejilla en las palmas de sus manos y se inclinó hacia adelante. Hoox estaba a punto de contarle su versión, y tal vez incluyese esa información sobre Darth Ksar que Ashla nunca le contó.

—Supongo —dijo Hoox— que debo empezar remontándome a la purga de Jedis que realizó Palpatine cuando se autoproclamó emperador. Como sabes, Ashla logró escapar alejándose del núcleo. Llegó al sector Junagadh y se asentó allí; esperaba no ser encontrado por los sicarios de Palpatine.

»El sector Junagadh, como casi todo, acabaría estando bajo control imperial, pero Ashla no contaba con que el almirante encargado de mantener la paz allí… conociese los poderes de la Fuerza. Cómo los aprendí no es relevante en este momento.

»Ashla se asustó. Temía por su vida. Si el almirante… Si yo le encontraba e informaba a Coruscant, sus días estarían contados. Tenía que hacer algo.

»Contactó con gentes de mal vivir y, a través de ellos, encontró a la persona que necesitaba. Una hermosa mujer llamada Inocybe, de larga melena negra y mirada triste. Ashla la contrató, pagándole con los mismos cristales adeganos que se usan en la construcción de sables de luz. Inocybe recibiría una cantidad de cristales por anticipado, y el resto cuando hubiese cumplido su misión. ¿Y cuál era su misión? Seducir al almirante Hoox, y después asesinarle.

»Inocybe sabía que no era tan buena luchadora como yo. Sabía que, en un combate personal, llevaba todas las de perder. Ashla le prometió que, llegado el momento, él

usaría sus poderes para guiar sus movimientos si fuese necesario. Incluso llegaron a practicarlo.

»Así, Inocybe se acercó al campamento de una guarnición imperial. Se inventó un cuento para llamar la atención, y yo me apiadé al verla llorar. Su preciosa historia y su aspecto inocente fueron tan tentadores que no tuvo problemas para seducirme.

»Empezamos a hablar. Confraternizamos, y no tardé en enamorarme. Por absurdo que parezca, me enamoré como un colegial. Yo la amaba más que a ninguna otra cosa en esta galaxia. Si ella me lo hubiese pedido, le habría cedido el control de Junagadh. Le habría dado cualquier cosa que quisiera.

»Pero ella no quería nada, salvo cumplir su pacto con Ashla. Era una cazarrecompensas, y anteponía su contrato a todo lo demás. Su amor por mí era totalmente fingido, falso. En algunos momentos, algunas pruebas parecían querer indicármelo, pero yo no les hice caso… porque no quería hacerles caso. No quería creer que Inocybe no me amase.

»Finalmente, ella estuvo lista para atacarme. Un día, en mis propios aposentos, cogió mi sable de luz y lo usó para atacarme, guiada por los poderes de Ashla. Me asusté, pero sobre todo me sentí dolido. Estuve esquivándola un rato, hasta que finalmente logré sacarle el sable dándole una patada en la muñeca.

»El arma se extravió y seguimos combatiendo. Cada vez que paraba uno de sus golpes, sentía un vibrofilo clavarse en mi alma porque… Porque la seguía queriendo. Ella había hecho su trabajo demasiado bien.

»No quería combatir al máximo de mis posibilidades, porque no quería hacerle daño a Inocybe. Por eso, logró encajarme un buen golpe y aturdirme. Eso fue todo lo que logró, y Ashla sabía que era todo lo que iba a lograr: A tanta distancia, sus poderes no bastaban para vencerme en ese duelo.

»Ashla comprendió que, si seguía controlando las acciones de Inocybe, yo podría rastrearle en cuanto me hubiese recuperado. Se asustó. El poderoso maestro Jedi volvía a temer por su propia vida. Así que abandonó a Inocybe a su suerte.

»Inocybe se sintió asustada. Había perdido su as en la manga, su truco para derrotarme. Pero, en ese momento preciso, yo estaba sólo semiconsciente. Con un cuchillo, pretendía cortarme la yugular.

»Si algo me salvó, tuvo que ser la providencia, pero la maldigo una y mil veces. Y la maldigo porque, en ese momento, Inocybe pisó mi sable de luz extraviado. Resbaló, y se golpeó la nuca contra una esquina. Yo estaba gritando a Ashla que por favor la salvase. Sabía que él estaba vigilándonos, y que tenía poder para hacerlo. Pero no lo hizo. No actuó. Temía que yo le rastrease.

»Ashla había adiestrado al hombre que después sería conocido como Darth Ksar. Sí, he dicho hombre. Darth Ksar fue una vez humano, y no feo si se creen sus palabras. El chico, un Jedi que había sobrevivido junto a su maestro, había desaparecido durante un tiempo; Ashla le creía muerto. Cuando reapareció, Ashla convenció a su ex-aprendiz para que intentase averiguar los secretos del lado oscuro, siempre bajo la atenta guía de su

maestro. Se ve que la guía no era lo bastante fuerte, porque el lado oscuro deformó y retorció horriblemente al muchacho. En vez de quedarse con él e intentar enmendar su error, Ashla le abandonó mientras estaba inconsciente. Renacido, se hizo llamar Darth Ksar, se autoproclamó lord sith sin permiso de nadie, y empezó a sembrar el caos.

»Afortunadamente, pude encontrarle poco después. Las tropas normales eran inútiles para detenerle, así que tuve que intervenir yo. En realidad, Ksar era poco más que un niño asustado, confuso ante la magnitud de su fuerza. Sólo cuando me impuse a su rabia, me empezó a respetar. Le acogí, pero jamás me permitió ser su maestro en la Fuerza. Apenas pude enseñarle algunos movimientos con el sable de luz.

»Una vez que Ksar ya estuvo de mi lado, supe que Ashla tenía una segunda alumna. Me preguntaba qué te habría dicho, con qué nuevo truco te habría liado, y sobre todo de dónde habrías salido por tu edad. Muy probablemente entrenó a dos padawans al mismo tiempo. Pero Ksar nunca supo de tu existencia, al igual que tu tampoco supiste de la suya.

»Ashla no es un monstruo, pero tiene mucho por lo que responder. Además, con sus poderes de la Fuerza… No me parece sensato permitir que esté suelto. Aunque a veces pienso que me gustaría matarle por lo que me hizo, no es lo que intento conseguir. Sólo quiero que responda por sus crímenes. Por haber abandonado a Inocybe y a Ksar.

El pequeño animal saltó varias veces y se posó en una de las piernas de Seiza; ésta estaba absorta en el relato de Hoox. Boquiabierta, intentó decir algo, pero no encontró palabras.

—Imagino que Ashla jamás te contó nada de todo esto —dijo Hoox.

Seiza todavía no pudo responderle. Necesitó pensar un poco y, cuando hubo recuperado la compostura, reaccionó.

—Mientes —fue lo único que le dijo.

—No —dijo Hoox, tranquilamente—. Ése es el Ashla que Ashla nunca quiso que vieras. Seguro que, en algún momento, Ashla se negó a darte información importante, ¿verdad?

Seiza miró a Hoox sin decir una palabra. Juntó las palmas de sus manos.

El pequeño animalito aburrido de estar con un par de criaturas que no querían jugar, empezó a caminar a cuatro patas para alejarse de ellos y volver a las sombras. Seiza no dijo nada.

—Tu amiguito se marcha —Hoox le señaló con el dedo.

—No cambies de tema —dijo Seiza—. El maestro Ashla no es así. Él es bueno y decente, y siempre me ha ayudado. Me ha apoyado en cada una de mis decisiones, y siempre me ha animado a mejorar.

—¿Quién sabe? —dijo Hoox—. Tal vez ése sea el verdadero Ashla. Tal vez haya cambiado desde lo de Ksar. Lo que yo te he contado es sólo lo que sé de él.

—Pero… ¿sigues queriendo encontrarle? —preguntó Seiza.

—Se pasa el rato enviándote a destrozar mis instalaciones —explicó Hoox—. Estoy cansado de tener que reconstruirlas.

¡Claro que los impuestos están muy altos! Entre formar personal de seguridad y reparar todos los edificios, tengo muchos gastos. ¿Pero qué voy a hacer? ¿Ignorar que los colonos de Swarquen necesitan una máquina para reciclar el aire?

—Palpatine lo habría hecho, probablemente —dijo Seiza.

—¡Yo no soy Palpatine! —respondió Hoox—. Intento hacerlo todo MEJOR que Palpatine. El único legado de Palpatine a la galaxia ha sido la venganza y el rencor. No quiero ser otro Palpatine.

Seiza meditó un rato.

—Realmente —dijo al fin—, eres mucho más complejo de lo que yo creía, Hoox.

—¿Y tú, Seiza Sanui? —preguntó Hoox—. ¿Quién eres en realidad? ¿A quién pertenece el rostro bajo la máscara?

Seiza se mantenía muy seria.

—Eres muy hábil si piensas que contándote mi história caeré en otra trampa y dejaré escapar voluntáriamente datos vitales.

Seiza giró la cabeza y la apoyo en la roca un poco hacia su derecha y miró de reojo a Hoox. Él ansiaba conocer esa información, y ella podía sentir su ansia usando la Fuerza.

Pero no se la exigía. Se comportaba de un modo tan… Seiza estaba algo confusa, probablemente por el cansancio, las heridas y todo lo vivido que era demasiado para ser asimilado.

—¿Seguro que no quieres dormir un poco? —preguntó Hoox.

Seiza le miró fijamente, confundida del todo, y a continuación negó levemente con la cabeza.

Hoox se giró un poco para echar una cabezada.

—Eres tan cabezota como I… —el resto de lo que Hoox fuese a decir, quedó ahogado en la profundidad de la cueva.

—¿Qué? —preguntó Seiza, pero Hoox ya estaba profundamente dormido.

Ella se relajó un poco. En ningún momento pretendía dormir, sólo apoyar la cabeza en la pared, sentarse en el suelo y…

Lástima que las cosas no salgan siempre como nos gustaría.

Seiza abrió los ojos.

¡Se había quedado dormida!

Miró rápidamente a su alrededor. No era posible. Si Hoox la había dejado con vida, sin duda era para abandonarla a su suerte.

Pero no. Hoox estaba allí, a cuatro metros de distancia de ella.

—¿Hoox? —preguntó ella mientras se frotaba un ojo con el dorso de la mano.

—Buenos días —dijo Hoox—. Aunque, por supuesto, no sabemos si es de día. Las luces del complejo han permanecido encendidas todo este tiempo.

—¿Cuánto tiempo ha sido eso? —preguntó Seiza.

—Según mi cronómetro, casi cuatro unidades horarias —respondió Hoox—. Yo he dormido tres.

—Te quedas dormido muy rápido —dijo Seiza.

—Es una disciplina que aprendí —explicó Hoox—. Duermo cuando puedo, y durante el tiempo que elijo. Muy útil, a veces. ¿Quieres desayunar?

Hoox extendió una mano hacia Seiza. Allí había una sustancia de aspecto orgánico y humeante que parecían ser las vísceras de algún pequeño anim…

Seiza abrió la boca como para gritar, pero no se atrevió a hacerlo dadas las circunstancias, así que se tapó el rostro con la mano.

—No, no es el animal de antes —Hoox respondió a la pregunta no planteada, en su voz se notaba el orgullo herido—. Es un musgo que crece en las paredes, probablemente lo mismo que come él. No es preciso destoxificarlo ni nada.

Seiza miró la pared detrás de Hoox. Efectivamente, un pequeño musgo surgía de entre las grietas de la roca.

Avanzó hacia allí y cogió el musgo de la pared.

—Éste está caliente —dijo Hoox, ofreciéndole el que tenía en la mano.

Seiza lo rechazó y se metió en la boca un poco de su musgo mientras fruncía el ceño a Hoox. El sabor del musgo era muy amargo y sólo el autocontrol de Seiza le impidió hacer una mueca visible, pero debió mover las pupilas o algo, porque Hoox lo notó.

—¿Por qué creías que lo había calentado? —le regañó amablemente Hoox, que se había girado levemente y le daba casi la espalda.

Sin embargo, y sólo por fastidiarle, Seiza siguió cogiendo musgo de las paredes para desayunar. Después de varios bocados, se acostumbró al sabor pero, ¡cómo ansiaba unos ribenes karkanos con especia tomo!

Tampoco tenían agua, aunque el musgo era bastante húmedo como para no necesitarla, pero Seiza deseaba todavía lavarse un poco, y tal vez peinarse. Se sentía como cuando era más joven y estaba en uno de esos entrenamientos con Ashla en un planeta extraño, ésos en los que, al final, Ashla le salvaba la vida y le explicaba qué había hecho mal. Sólo que, esta vez, no podía contar con que su maestro le fuese a ayudar.

Aparte de que, aunque ella no querría admitirlo públicamente, Hoox había introducido en la mente de Seiza la sombra de una duda. ¿Y si no era mentira? ¿Y si Ashla…? Ese viejo maestro iba a tener que responder por unas cuantas cosas cuando ella volviera a verle.

—Avísame cuando estés preparada —dijo Hoox.

—Cuando tú lo estés —dijo Seiza, metiéndose en la boca el último manojo de musgo.

—Yo nací preparado —se jactó Hoox, y miró a Seiza con una sonrisa.

—¿Tienes un plan para entrar? —preguntó Seiza.

Hoox se fijó en que estaban a varios kilómetros del complejo 1, kilómetros que tendrían que recorrer por campo abierto, bajo los puntos de mira de los artilleros.

—No va a ser fácil —dijo Hoox.

—Si me gustasen las cosas fáciles —dijo Seiza despreocupadamente—, ¿crees que habría estado enfrentándome a ti todo este tiempo?

Hoox la miró y se sintió extrañamente halagado; eso era tal vez lo más parecido a un cumplido que le habían hecho en años.

—Veamos qué ventajas tenemos —Hoox eligió concentrarse en su objetivo, para dejar de pensar en otra cosa—. Esos artilleros, para empezar, no esperan vernos aparecer de repente.

—No esperan ver aparecer a nadie —corrigió Seiza.

—En realidad, la gente ve lo que quiere ver —explicó Hoox.

—Sí —admitió Seiza—. No es difícil convencerles de que está sucediendo algo que, en realidad, no está sucediendo.

—O a la inversa —dijo Hoox—. Un movimiento rápido y podríamos…

—No sabemos dónde están los artilleros —protestó Seiza mirándole a los ojos—. Ni cuándo cambian los turnos. Yo no puedo afectar mentes que no sé dónde están.

—Yo no te hablaba de afectar mentes —dijo Hoox, y de pronto ya no estaba frente a ella.

—¿Dónde…? —pensó Seiza, antes de oír la voz de Hoox en la profundidad del túnel.

—Éste lo conoces —dijo Hoox—. Vibrar a toda velocidad, para que nadie pueda verte mientras corres como no puede correr ningún humano.

Seiza entrecerró los ojos mientras sopesaba los pros y los contras.

—Estamos a varios kilómetros —dijo ella—. Nunca he vibrado tanto tiempo. ¿Y qué hacemos con el agujero en las vías?

—¿Alguna vez has saltado mientras vibrabas? —preguntó Hoox, acercándose a ella.

Seiza negó con la cabeza.

—Un poco de carrerilla, y ese agujero no tendrá ninguna importancia —dijo Hoox.

—No estoy tan segura —dijo Seiza.

—Expónme tu alternativa —sugirió Hoox.

Seiza miró el complejo 1 y comprobó la distancia que les separaba. Había varias vías que entraban al complejo, pero estaban muy lejos. Un tren repulsor avanzó por una de esas vías hacia el interior del complejo.

Seiza se acarició la barbilla.

—Tengo una mejor —dijo.

Cuatro hombres blindados y tres insectos incrementaban el número de cadáveres en el interior del complejo 1, dentro del centro de recepción de trenes subterráneos.

—Muy poco vigilado —dijo Hoox—. No me gusta.

—¿Hoox? —preguntó Seiza.

—¿Sí? —respondió Hoox.

—¿De verdad creías que tu plan para entrar habría dado resultado? —dijo Seiza.

Hoox la miró como si estuviera loca.

—Ni por un momento —dijo.

—Entonces… —dijo Seiza—. Entonces, no lo entiendo. ¿Por qué?

—Para que tú pensases un modo de entrar —le dijo Hoox, sonriendo.

Seiza se sorprendió ante esta respuesta.

—Algún día —dijo Hoox—, tú harás algo parecido con tu aprendiz padawan.

—Podrían habernos matado, Hoox —dijo Seiza.

—Ha merecido la pena —le respondió Hoox—, si has aprendido algo.

Seiza meneó la cabeza, elevó la mirada hacia el techo y, dándole por imposible, le siguió hacia la puerta, con el sable de luz preparado.

Hoox abrió la puerta y comprobó los dos lados. Nadie.

—¿No debería haber más vigilancia? —susurró Seiza.

—Ya saben que estamos aquí —dijo Hoox—. Y también saben que no nos van a detener con hombres blindados, insectos o kreogans. Así que los han retirado para no sacrificar más tropas.

—¿Van a dejarnos escapar? —susurró de nuevo Seiza.

—Ni hablar —dijo Hoox—. Si tienen algo más, algo más poderoso que lo que nos han lanzado hasta ahora, lo usarán contra nosotros. Si escapamos, están acabados.

—¿Por qué? —susurró Seiza.

—Deja de susurrar —dijo Hoox—. Ya no es momento para el subterfugio. Estamos demasiado cerca; todo lo que tenemos que hacer es alcanzar la nave. Entonces, saldremos de aquí, y yo tomaré una decisión política respecto a este asteroide.

—Hoox…-dijo Seiza con tono inseguro, y un segundo después se regañaba a sí misma por haber sido tan tonta como para dar pistas sobre su estado nervioso.

Hoox comprobó que no hubiese nadie en las inmediaciones, y después miró a Seiza.

—He utilizado siete sentidos para comprobar los alrededores —dijo Hoox—. No hay nada que temer, salvo al propio miedo.

Seiza no se quedó demasiado tranquila, pero admitió que Hoox tenía razón asintiendo con la cabeza. Se sobrepuso a su miedo, y salió al pasillo. Hoox y ella avanzaron al unísono, ninguno adelantaba al otro ni se dejaba adelantar.

Los pasillos estaban totalmente vacíos. Ni vigilantes, ni alienígenas, ni siquiera civiles estúpidamente felices se cruzaban con ellos.

—Tiene que haber truco —pensaban ambos, casi al unísono.

Cada vez, sin embargo, era más improbable que hubiese un truco. No había nada ni nadie en su camino. ¿Dónde iba a aparecer el truco? ¿En el hangar de la nave?

Alcanzaron una inmensa habitación, parecida a un hangar, pero sin ninguna nave. El hangar que les interesaba estaba un poco más lejos.

Ya estaba a unas docenas de metros de la nave, pudieron ver cómo bajaba un ascensor. La puerta al hangar estaba cerrada y, por motivos de seguridad, permanecería cerrada hasta que el ascensor hubiese llegado abajo.

Hoox y Seiza vieron quién estaba bajando, y ambos encendieron sus sables de luz.

—Seiza…-susurró Hoox, su labio inferior temblando.

—Lo sé. —Las rodillas de Seiza empezaron a temblar.

En el ascensor bajaba Darth Ksar.

El monstruoso humano saltó del ascensor haciendo una pirueta, con su sable de luz rojo encendido. Su aspecto había cambiado bastante desde la última vez que se le había visto con vida: Había perdido una de sus orejas, y buena parte de su cuerpo estaba cubierto de quemaduras. Su piel pasaba rápidamente de la palidez sepulcral a la oscuridad

cenicienta. Su pierna izquierda era ahora un implante cibernético sin piel artificial; después de lo del nitrógeno líquido, alguien debió amputársela. Seiza se preguntaba si además sería radiactivo.

La rabia brillaba en los tres ojos de Ksar, abiertos de par en par (excepto el izquierdo, que había sufrido quemaduras y ya no se podía abrir del todo). Miró a sus dos contendientes por turnos.

Su primera acción fue empujar telekinéticamente a Hoox.

Éste no se esperaba semejante ataque y cayó al suelo. Fue resbalando hacia atrás durante una larga distancia, hasta chocar contra la primera pared y quedar inconsciente.

Seiza aprovechó el momento para atacar a Ksar, pero Ksar frenó el ataque con su sable de luz rojo, y después golpeó a Seiza en el vientre con su pierna mecánica. El impacto fue lo bastante fuerte como para hacerle perder la respiración.

Ksar levantó de nuevo su sable y la atacó en este momento de vulnerabilidad. Ella apenas pudo apartarse, pero un segundo después Ksar estaba atacando de nuevo, con toda su rabia acumulada.

—¡Te odio! —rugió Ksar—. ¡Te odio!

Seiza frenaba como podía los ataques, pero Ksar pronto logró encajarle un buen golpe, rajándole levemente con la espada desde el muslo hasta el hombro. Gracias al traje especial de Seiza el daño fue menor de lo esperado y ni una gota de sangre alcanzó al suelo, pero Seiza no pudo resistir el daño. Cayó y se apoyó en su lado indemne mientras esperaba el golpe final.

—No es a ella a quien odias —dijo Hoox.

Seiza y Ksar miraron hacia el lugar de donde venía la voz.

Hoox se había recuperado del golpe inicial, aunque pronto le saldría un chichón en la cabeza. Con su sable amarillo encendido, miró a su antiguo alumno.

—¿Quién te privó de tu verdadero potencial? —dijo Hoox con una sonrisa diabólica—. ¿Quién impidió que cayeses en las simas del odio más profundo? ¿Quién te apartó de tu feliz vida despreocupada para someterte al yugo de su obediencia?

¿Quién, Ksar?

Enfurecido, Ksar corrió hacia Hoox, ignorando al menos por el momento a Seiza. Hoox también corrió hacia su rival.

Ambos sables estaban levantados, y colisionaron sonoramente cuando los luchadores se alcanzaron el uno al otro.

Ksar se detuvo sobre sus pasos y emitió su característica y chillona risa, que enloquecía a sus dos rivales. La indefensa Seiza apartó la vista como para querer alejar el sonido.

Hoox intentó un nuevo ataque distinto; alzó su espada y la movió de un modo específico con la belleza de un artista marcial. Sin duda, lograría acertar a Ksar en el cerebro.

Pero Ksar movió su espada y frenó inesperadamente el ataque de Hoox.

—¡Esta estocada sólo se puede parar con una finta de H'nemthre! —pensó Hoox, sorprendido—. ¿Acaso Ksar ha descubierto otra forma?

Aprovechando la sorpresa de Hoox, Ksar atacó de nuevo, y logró golpearle superficialmente en una pierna. Si se le daba tiempo, Hoox lograría controlar el dolor y levantarse, pero Ksar no iba a darle esa oportunidad. Como Hoox ya no se sostenía sobre su dos piernas, Ksar atacó de nuevo con todo su odio acumulado. La fuerza de Ksar era tal que Hoox perdió su sable, pero se apartó a tiempo y el nuevo ataque sólo logró rozarle en el pecho.

Hoox seguía vivo, pero también había sido derrotado.

Ksar levantó su sable para dar el golpe de gracia.

—Quieto —dijo una voz.

Ksar se detuvo.

—Guarda el sable —dijo la voz.

Ksar obedeció. Hoox estaba anonado.

—Retírate —ordenó la voz—. Tienes tareas que cumplir en otros lugares.

—Sí, amo —dijo Ksar, alejándose.

Hoox no podía creerlo. ¿Qué fuerza tenía poder suficiente para doblegar así la voluntad de Darth Ksar? No llevaba una de esas joyas que llevaban los civiles…

La extraña voz que venía de altavoces resonó de nuevo.

—Seiza Sanui. Almirante R. J. Hoox —rugió—. Yo soy Manendra, gobernante de Stige. Yo controlo las mentes de todos sus habitantes. Mis planes de conquista son demasiado importantes, y sé que vosotros dos interferiríais en ellos.

Por eso, seréis asimilados en el colectivo que es Stige.

—Vaya, quieres controlarnos la mente —dijo Seiza—. ¿Crees que te lo vamos a permitir?

—Ahora estáis heridos y cansados —dijo la voz de Manendra—. Sois más vulnerables a mi poder.

Recalcó la frase con una carcajada.

—Hemos superado a tus kreogans —dijo Hoox—. Inténtalo, vamos. Apuesto a que no puedes con los dos a la vez.

Manendra se sintió herido en su orgullo, y lanzó su primer ataque mental.

Fin del décimo tercer capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO: YO SOY MANENDRA

Seiza estaba confusa. Ashla le había enseñado a combatir los ataques psíquicos de un Jedi oscuro, pero esto… No era lo mismo. Era como estar perdida en un laberinto que simbolizaba el poder de Manendra. Probablemente existía una salida, pero el laberinto era lo bastante poderoso para enfrentarse a ella directamente y dificultarle más aún las cosas.

—No puede ser tan terrible —pensó Seiza, intentando recuperar algo de confianza—. Creo que Manendra está intentando dominarnos a los dos a la vez. Entonces, descubrirá que ha mordido más de lo que puede tragar.

Seiza empezó a andar por el laberinto psíquico; al caminar, sus pies arrastraban fragmentos líquidos del sólido suelo que pisaban.

Hoox estaba similarmente perdido en la mente de otra persona, y por dondequiera que mirase, apenas encontraba otra cosa que barreras. Los pasillos daban infinidad de vueltas y giros hasta terminar inequívocamente en paredes, o cruzarse con otros pasillos que acabarían realmente dando en otra pared.

Pero Hoox siempre fue un hombre más poderoso que paciente.

Se detuvo sobre sus pies y miró una de las paredes. Utilizó la mente para atacarla y…

La pared se hizo añicos como si hubiese sido golpeada por un ariete.

En el mundo real, Manendra reprimió un gemido de dolor.

Hoox estaba atacándole. Pero eso no tenía sentido; se suponía que Manendra era el agresor.

Hoox observó qué había detrás del agujero en la pared. El nuevo paisaje apenas tenía que ver con el dedálico laberinto impersonal en que estaba. Era un laberinto en sí mismo, cómo no, pero totalmente distinto. En este nuevo laberinto, la ley de la gravedad no parecía tener importancia, y las escaleras y paredes se combinaban entre sí y con el techo como un vórtice escheriano.

—Tal vez este nuevo laberinto no tenga salida —pensó Hoox, y después atravesó el hueco introduciéndose en el nuevo lugar.

Manendra dudaba cuál era el curso de acción correcto ahora. Seiza era mucho más vulnerable que Hoox, pero si se concentraba en ella, él podría alcanzar algo más importante. Nunca antes se había enfrentado a problemas tan graves; su poder crudo siempre le había bastado. Pero ahora empezaba a comprender que el poder sin el control no basta.

Empezaba a sentirse desesperado, pero trató de controlarse: Si esos dos descubrían su exasperación, podrían aprovecharla.

Hoox era más peligroso, decidió, así que debería encargarse de él. Seiza aún tendría que discutir con ese suelo bajo sus pies que acababa de convertirse en las más pegajosas arenas movedizas que Manendra pudiera imaginar.

Hoox bajó horizontalmente por unas extrañas escaleras que subían; su centro de gravedad no influía, puesto que en la mente de Manendra no tenía masa en primer lugar.

Estaba empezando a comprender lo que era todo eso: Nada era exactamente real, pero Hoox estaba seguro de que, si moría en la mente de Manendra, también moriría su cuerpo. Peor aún: Manendra parecía ser el único que podía reformar la realidad a su capricho; para Hoox, destrozar la pared del laberinto había sido un gran esfuerzo.

A espaldas de Hoox, un pequeño globo azul transparente se movió rápidamente. El globo avanzó, como catapultado por un campo de fuerza, hasta la cabeza de Hoox. Atravesó su cráneo y entró en su cerebro. Hoox se inclinó un poco hacia adelante, a punto de caer.

En ese momento, el globo empezó a actuar.

El globo era uno de los recuerdos más dolorosos de Manendra. Era tan horrible que Manendra nunca pudo imaginar nada que fuese peor. Ahora, Hoox estaba sintiéndolo. Cayó sobre los escalones y se agarró la cabeza, sufriendo lo inimaginable.

Mientras tanto, en otro lugar de la mente de Manendra, Seiza se estaba ahogando en un suelo que había parecido sólido antes. Los poderes de la Fuerza de Seiza no parecían servir; el verdadero problema, que ella no había imaginado, era que estaba intentando usar la Fuerza sobre objetos sólidos, y no había nada sólido a su alrededor: Todo eran ideas.

De cualquier modo, la «idea» de un suelo líquido y pegajoso estaba tragándose a Seiza rápida e inexorablemente. Apenas la parte superior del rostro de Seiza seguía en la superficie, mientras ella intentaba moverse para mantenerse a flote.

Manendra se permitió sonreír. Era exactamente lo que deseaba. Seiza no tardaría en perder la esperanza, y ahogarse.

Seiza no perdió la esperanza.

Siguió teniendo fe. Estaba convencida de poder alcanzar la orilla.

—¡No alcanzarás ninguna orilla —pensó Manendra— porque ya no hay orilla! Todo el suelo del laberinto es ahora líquido.

Seiza alcanzó una pared y apoyó en ella las yemas de sus dedos. No era como una orilla, pero ahora al menos tenía un punto de apoyo. Pequeñas imperfecciones en la pared le bastaron para aferrarse.

—¡No!

Antes de que Manendra pudiera dedicar su concentración a este problema, otro asunto reclamó su atención.

Dolor.

Dolor inhumano.

Agujas. Daño.

Sin mente. Sólo dolor.

Sufrimiento.

Pronto mente. Mente llama tortura.

Duele.

Sufro.

Veo.

Personas. Personas grandes. Personas malas.

Dolor.

Malo.

Para resistir un poco este sufrimiento, Hoox había adoptado posición fetal, y en un entorno de gravedad tan absurda, estaba flotando sin tocar superficie alguna.

Pero su voluntad era poderosa. Estaba encontrando la forma de sobreponerse a esos recuerdos. Los ojos de Hoox casi lloraban, pero no se veía ninguna lágrima flotando en el aire.

—Parece que no eres extraño al dolor, ¿eh? —pensó Manendra.

Daño.

Desgracia.

Dolor.

Tormento.

Tortura.

Triunfo.

¿Triunfo?

Eso no tenía sentido.

El recuerdo que Manendra había introducido en la mente de Hoox no tenía trazas de ningún triunfo. Era como… Como si escapase del dolor con la victoria.

¿Qué sentido tenía eso?

Manendra no quería entenderlo, pero Hoox lo hacía. El triunfo era el ansia de superación de ese dolor. En el recuerdo implantado, Manendra creía transmitir sólo dolor, pero Hoox encontró que, en la sufrida criatura que originó ese recuerdo, se había generado una entonces leve sensación de victoria sobre ese dolor. La criatura sufría en primer plano pero, en segundo plano, se aferraba a la esperanza de que ese dolor pasase. Hoox se aferró a ese segundo plano; se concentró en el fin del dolor, y no en el dolor en sí mismo.

Y ahora estaba libre.

Abandonó su posición fetal y avanzó nadando en el vacío hasta alcanzar una escalera. Aferró el borde con la mano, y llegó hasta allí.

—No te atreves a alterar esta parte de tu mente —pensó Hoox—. Debe haber algo importante por aquí…

Encontró una puerta cerrada a cal y canto al borde de la escalera.

—Patético —pensó Hoox.

La representación mental del cuerpo de Hoox abrió la puerta usando sus manos y un pie para forzarla. En su interior había un globo transparente, parecido al otro recuerdo. Este globo, sin embargo, era verde y casi el doble de grande que el anterior.

—Hola —dijo Hoox—. ¿Qué eres?

El globo retrocedió, como asustado, hasta que Hoox prácticamente le obligó a entrar en su cerebro.

Mientras tanto, Seiza había ascendido por las paredes del laberinto hasta llegar al techo. Pero el suelo ahora se había convertido en un amasijo de inmensos tentáculos, tan gruesos como la cintura de Seiza y mucho más largos, que se extendían hacia ella intentando atraparla. Sin su sable de luz, Seiza apenas podía combatirlos. Además, cada vez que uno de los tentáculos caía, otro ocupaba su lugar.

—Combatirlos no es la solución —pensó Seiza—. Apenas gano algo de tiempo, pero al final me superarán. Tengo que librarme de ellos de algún modo.

Fijó su vista en una esquina lejana del laberinto. Allí no había tentáculos, por el momento, pero cuando se concentró mucho rato en el lugar, el suelo empezó a temblar para generar cuatro pequeños tentáculos. En el tiempo que a Seiza le llevase alcanzar ese punto, habría otro montón de tentáculos como el que ahora la acosaba.

Así que no fue en esa dirección.

Saltó sobre los tentáculos, que rápidamente se dispusieron como una red para impedir que fuese hacia la dirección en que había mirado. Pero Seiza fue más lista y avanzó en otra dirección, pisando a los confusos tentáculos.

El suelo intentó generar más tentáculos, pero era demasiado tarde y los generaba en el lugar equivocado. Hizo que se desvanecieran los ahora inútiles tentáculos del falso destino inicial, mientras Seiza avanzaba tanto que llegó a, ¡sí!, llegó a pisar el suelo. Echó a correr viendo cómo los tentáculos la perseguían.

Pronto se dio cuenta de que no se estaba cansando.

Una pequeña criatura.

Era como la criatura que Seiza y Hoox habían encontrado en la gruta, quizá un poquito más pequeña. Unos cuarenta centímetros de longitud, del hocico a la cola, y ese aspecto tan inofensivo…

El recuerdo se centró en aproximadamente una docena de criaturas que habitaban una pequeña superficie no mucho mayor que un par de metros cúbicos. Las criaturas, cuyas capacidades cognitivas eran limitadas, no comprendían que estaban en una prisión de transpariacero. Tenían un entorno mínimo para habitar. Comían, dormían y jugaban sin preocuparse de muchas más cosas.

Pero, ocasionalmente, una mano humana descendía de la parte superior de la jaula y agarraba a una de las criaturas. Quienes eran agarrados no volvían jamás, pero se mantenía la población porque las criaturas se reproducían en cautividad.

Finalmente, el recuerdo mostraba cómo cogían a una criatura y se la llevaban. La criatura no podía saberlo, pero su destino era el mismo que el de sus predecesores: servir al imperio. Se convertiría en apenas un sujeto de experimentación, sobre el que probarían algún suero o sustancia. Como otros tantos antes que él, el resto de su corta vida sería exclusivamente sufrimiento. Dolor.

Un dolor muy intenso mientras preparaban al sujeto identificado G-14978 para más operaciones, más sufrimiento, y la prueba decisiva… Sólo si lograba sobrevivir.

Logró sobrevivir.

Eso sólo le auguraba más dolor, más tortura… y al fin, probablemente, la muerte.

Los procesos empezaron a dar resultado. Los científicos observaban cómo G-14978 empezaba a desarrollar pautas que, probablemente, le darían inteligencia. G-14978 podría razonar.

Suponiendo, claro está, que sobreviviese a las próximas semanas. Los científicos no tenían demasiada fe en este punto; demasiado bombardeo radiactivo. Sin duda, G-14978 moriría como los 14977 anteriores.

G-14978 comprendió que estaba muriéndose. Comprendió además qué era la muerte, siendo el primero de su especie que lo hacía. G-14978 comprendió que había evolucionado, y que moriría siendo el siguiente eslabón… animando a los científicos a continuar las pruebas con otros de su especie.

Y entonces, ante los ojos de los científicos, G-14978 murió.

El cadáver de G-14978 fue enviado al vertedero de desperdicios sin ningún tipo de ceremonia, mientras los científicos examinaban las lecturas de G-14979.

Pero, en cuanto estuvo seguro de que nadie le vigilaba, G-14978 saltó del vertedero y cayó sobre el suelo. La cabeza le dolía más de lo que podía recordar, y él podía recordar mucho dolor. Al mismo tiempo, sabía que ese dolor de cabeza le beneficiaba, que era síntoma de algo bueno. De su desarrollo cerebral.

La pequeña criatura corrió sobre sus cuatro patas, alcanzando una calle poco concurrida. De pronto se detuvo y cerró sus ojos. Agitó su cabeza. Entre sus dos orejas, se empezaban a ver venas palpitantes. Era su cerebro, pugnando por expandirse, por incrementar su inteligencia.

En ese momento, G-14978 hizo cálculos para averiguar cuánto iba a crecer su cerebro, y comprendió que iba a tener necesidades.

Observó cómo dos inmensos alienígenas (inmensos para él, porque debían medir metro sesenta cada uno) se acercaban por la calle. Ambos ignoraban a G-14978, una pequeña criatura sin importancia.

—Alto —rugió G-14978 sin voz, pero los dos alienígenas le oyeron en su mente—. Vosotros seréis los primeros en conocer mi poder.

Los dos alienígenas se detuvieron en seco. G-14978 iba a tener necesidades, y alguien iba a cumplirlas.

De momento, pensó, G-14978 ha dejado de existir. Ahora y siempre sería Manendra.

Seiza siguió corriendo por los pasillos; los tentáculos insistían en aparecer demasiado tarde para atraparla, pero no podía permitirse quedarse quieta. Avanzó y el suelo ante ella dejó de existir. Sólo se abría un inmenso pozo que daba a un infierno de llamaradas.

Seiza sonrió; la parte de saltar siempre se le había dado bien. Tomó impulso en su carrera y saltó por encima del pozo. Algunas llamas se elevaron casi hasta el techo para alcanzarla, pero ella giró con destreza y las esquivó.

Al otro extremo del pozo, la temperatura había bajado hasta rozar el cero absoluto; Seiza sabía que ahora, el suelo congelado sería muy frágil y tal vez lo rompería si aterrizaba bruscamente. Por eso puso una pierna en diagonal y, en cuanto tocó el suelo,

aprovechó el hielo para deslizarse sobre él, reptando veloz sobre una superficie resbaladiza.

—¡Esto empieza a ser divertido! —pensó Seiza.

Entonces, dejó de ser divertido.

—¡Sal… de… mis… recuerdos! —parecía bramar Manendra.

—Oblígame —respondió Hoox, mientras se abandonaba al pasado de su enemigo.

Manendra, antes G-14978, había obtenido grandes conocimientos extrayéndolos de las mentes de estadistas y políticos. Mientras tanto, su cerebro había seguido creciendo, hasta superar incluso el tamaño del resto de su cuerpo. Ya no podía valerse por sí mismo, de modo que sus esclavos humanos y alienígenas se encargaban de satisfacer necesidades como su alimentación.

No tardó en comprender que mantener el control sobre una mente exigía que se concentrase.

Su cerebro hiperdesarrollado le permitía controlar muchas mentes sin dificultad, pero no tantas como necesitaba para satisfacer sus ansias.

Después, convertido en el ingeniero más inteligente de la galaxia, diseñó una máquina para mantener el control sobre los sujetos que ya habían sido controlados. De ahí la necesidad de la joya, como receptáculo de las emisiones de la máquina.

Los kreogans fueron incluso más fáciles de controlar. Sus voluntades eran tan débiles que ni siquiera necesitaban una joya. Pero Manendra descubrió que podía desarrollar sus habilidades telepáticas latentes, que ellos ignoraban poseer. Controló a toda la raza.

Fue más o menos por este momento cuando Manendra eligió retirarse al asteroide de Stige. Su cerebro estaba creciendo hasta ser cincuenta veces más grande que su cuerpo, una horrible masa de neuronas palpitantes con constante destellos eléctricos que se creía eran sinapsis.

Necesitaba algún tipo de soporte vital, una silla para poner su cuerpo y un contenedor para el cerebro.

Alimentación por vía intravenosa, movimientos en su cuerpo para evitar la atrofia.

Los kreogans viajaban por la galaxia «reclutando» gente para la causa de Manendra, y él mismo diseñó una máquina para incrementar el alcance de sus habilidades telepáticas.

Originalmente, Manendra sólo podía controlar a las criaturas que estuviesen en su radio visual. Pero ahora, sus ojos ya no veían y necesita la máquina para «ver» a través de los ojos de sus víctimas.

—Todo eso está muy bien —pensó Hoox— pero, ¿qué es lo que buscas exactamente, «G»?

Seiza se había estado deslizando por la superficie congelada, pero entonces había caído directamente entre un montón de tiras de tela colgadas del techo. Cada tira estaba llena de algo increíblemente pegajoso, y Seiza chocó de lleno con la telaraña. Dejó de deslizarse, de lo fuerte que era la cola, e intentó soltarse.

Era inútil. Las tiras se pegaban a su ropa, a su pelo, a su cara, sin ninguna intención de soltarse.

Cuanto más se revolvía Seiza, más se pegaban a ella las tiras. Cada vez parecía haber más tiras, y de repente una de las tiras, como impulsada por voluntad propia, se pegó a su rostro, cubriendo su nariz y su boca.

Seiza, sorprendida, abrió los ojos de par en par. ¡Ya no podía respirar!

—¡Fuera! —rugió Manendra—. ¡Sal de mi memoria!

Hoox sólo rió. Había enlazado el globo verde con otros varios globos de tamaños y colores distintos. No era tan distinto a usar la Fuerza para entrar en la mente de otra persona.

—¡Largo! —insistió Manendra.

—Ya lo tengo —dijo Hoox.

Había encontrado el globo que buscaba, y en una fracción de segundo, comprendió el plan de Manendra.

Manendra buscaba venganza, de eso Hoox había estado seguro todo el rato. Su plan era controlar todas las mentes del sector, y después toda la galaxia, arrebatándosela a los humanos y los demás alienígenas, para que nadie, nunca, pudiese volver a hacer daño a su especie. El fin no era injusto, pero no justificaba los medios.

El cuerpo de Hoox cayó al suelo. Ya no estaba en la mente de Manendra, pero aún recordaba lo que había aprendido allí. Había escapado, y había sacado ventaja contra Manendra.

Pero no era una ventaja que se pudiese aprovechar en ese momento.

En ese momento, lo prioritario era dejar Stige antes de que volviese Ksar, o algo así. Miró a Seiza. Ella seguía perdida en la mente de Manendra.

Hoox la agarró por los hombros y se fijó en sus ojos que no miraban hacia nada. Se le escapaba saliva por la comisura de los labios.

—Ese monstruo de Manendra —pensó Hoox— está intentando asfixiarla.

Hoox puso sus dedos en las sienes de Seiza.

—¡Seiza! —dijo—. ¿Puedes oírme, Seiza?

—¡Seiza! —dijo Hoox—. ¿Puedes oírme, Seiza?

La voz parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez. Era extraño, es como si estuviese en la cabeza de Seiza. Ella intentó girar el cuello para buscar el origen de la voz, pero la telaraña a su alrededor le impedía siquiera hacer tan sencillo movimiento.

—¿Qué, Seiza, te lo pasas bien? —dijo la voz de Hoox.

Seiza frunció el ceño, tirando de una de esas tiras de esparadrapo.

—¿Planeas quedarte ahí indefinidamente? —preguntó Hoox—. Porque, si es así, puedes preguntarte cuánto tiempo tardaré en controlar totalmente el sector.

Seiza intentó resoplar; en la mente de Manendra, el esfuerzo fue vano, pero en el mundo real pudo hacerlo. Hoox se animó y siguió con el sarcasmo.

—No puedo creer que fueses tan ingenua —le dijo—. ¿De verdad te creíste toda esas chorradas que te he contado?

¡Pero si estaba improvisando!

El cuerpo pseudoinconsciente de Seiza derramó una lágrima ante los ojos de Hoox. Las cosas no estaban saliendo exactamente como él quería.

—Y ahora lloras —dijo—. ¡Eres tan débil! Claramente una discípula de Ashla. ¡Ese viejo inútil jamás supo entrenar a nadie!

Hoox observó tensarse el cuerpo de Seiza. Había cerrado los puños. Un esfuerzo más…

La comunicación era directamente entre Hoox y Seiza, con lo que Manendra no sabía lo que estaban haciendo. Se sentía bastante confuso, y añadía más y más tiras de esparadrapo para momificar a Seiza.

—En esta posición eres muy vulnerable —dijo Hoox—. Puedo entrar en tu mente ahora y averiguar dónde está Ashla. No dudes que lo haré. Y después, uno tras otro, cualquier que ose oponerse a mi poder será aniquilado.

—¡No! —dijo Seiza en el mundo real, aunque seguía amordazada en la mente de Manendra—. ¡No! ¡No te lo permitiré!

—¡Sí! —dijo Hoox—. ¡Vamos, ódiame! ¡Eso te dará energías para salir de ahí!

Las tiras ya no podían contener a Seiza en la mente de Manendra. Ella se removía demasiado, como si estuviese girando a gran velocidad. Las tiras salieron catapultadas hacia los lados.

En el mundo real, Seiza se levantó de un salto. Con un rápido gesto, su sable de luz violeta se activó en su mano, y miró a Hoox con odio.

—Lo siento —dijo Hoox, sin hacer un solo gesto para defenderse—. Era lo único que se me ocurría para sacarte.

Seiza apagó el sable. Lo había comprendido.

—Debemos irnos —dijo Hoox—. Hay una nave en el hangar de al lado.

—¡Alto! —rugió la voz de Manendra en la cabeza de Seiza.

Antes de que ella pudiera comprender lo que estaba sucediendo, había vuelto al laberinto de la mente de Manendra.

Pero, en un parpadeo, Seiza volvía a estar fuera.

—¿Cómo…? —se preguntó Manendra.

—Sólo funciona una vez —respondió Seiza en voz alta—. Ahora ya sé cómo salir de tu laberinto, y si vuelves a meterme, volveré a salir. Sé qué puedes hacer, y qué no.

Manendra sólo pudo mirar mientras Seiza y Hoox se metían en una pequeña nave biplaza; Seiza pilotaría, y Hoox sería el artillero.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Hoox mientras ella despegaba.

—Confía en mí —dijo ella—. Yo confío en ti.

Fin del décimo cuarto capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO:
PIRATAS DEL ESPACIO

La pequeña nave biplaza se empezó a elevar, con Seiza a los mandos. Manendra les miró, impotente. Él no podía manejar los puestos de artillería del asteroide, y había ordenado retirarse a los humanos sonrientes que sí podían.

Hizo cálculos mentales, según la velocidad máxima que puede alcanzar un humano corriendo, y comprendió que sus artilleros nunca llegarían a tiempo de impedir el despegue.

Les llamó, de todos modos, por si se daba el improbable caso de que Seiza y Hoox atacasen Stige con el caza.

No tenían intención. Lo único que ambos querían en ese momento era abandonar ese asteroide de pesadillas y volver a lo que ellos estaban acostumbrados a llamar hogar. El caza despegó y avanzó por aquellos túneles internos que parecían lo bastante grandes para que cupiese.

Desgraciadamente, ni Seiza ni Hoox conocían el camino para salir del complejo 1.

Los túneles eran bastante laberínticos, y Seiza se fijó en que el túnel que había escogido terminaba abruptamente sin ofrecer ninguna salida.

—¡Hoox! —dijo Seiza—. ¡Estamos atrapados!

El puesto de artillero de Hoox estaba justo debajo del puesto de piloto, permitiéndole girar en casi cualquier dirección. Hoox había estado apuntando hacia popa, pensando que tal vez Manendra les lanzaría alguna cosa. Rápidamente giró ciento ochenta grados para mirar al otro lado y vio la pared.

—¿Puedes conectar los escudos? —preguntó Hoox.

Seiza se fijó en los mandos que había a su alcance, y localizó el de los escudos.

—Sí —respondió, moviendo la mano hacia el interruptor. No entendía el plan de Hoox; con escudos o sin ellos, se iban a estrellar.

—¡Todavía no! —gritó Hoox.

Entonces, Hoox abrió fuego contra el final del túnel. Los rayos láser del caza destrozaron el camino cortado, convirtiéndolo en gravilla que se extendía rápidamente en todas direcciones. Parte del disparo de bláster fue deflectado, chispas mortíferas que se dirigían hacia el caza. El escudo logró detener el disparo, y las piedrecitas no lograron perforar el casco.

Ahora, el caza podía seguir avanzando por entre los laberínticos túneles.

—Es difícil avanzar —dijo Seiza—. No tengo ni idea de por dónde ir.

—Confía en tu instinto —le dijo Hoox.

Seiza se relajó, y siguió moviéndose por entre los túneles, avanzando por donde el azar la llevase. No encontró la salida inmediatamente, pero de algún modo, se sentía cada vez más cerca.

Hoox no tenía ni idea de cómo salir, y pensaba que, si su consejo funcionaba, sería de casualidad. Mantuvo el dedo preparado sobre el disparador del láser y, mientras tanto, examinó las pocas lecturas que había a su alcance.

Entre ellas, había un informe bastante desalentador sobre el número de cargas que le quedaban al turboláser.

Hoox levantó la vista y pudo observar que Seiza había encontrado una salida. Al final de un túnel, había un pequeño y estrecho agujero a través del cual se podía ver el cinturón de asteroides, y el espacio tras éste.

El caso es que el agujero era tal vez demasiado estrecho.

—Hoox —dijo Seiza—, vuela un poco esas paredes para que podamos salir.

—No puedo —mintió Hoox—. El disparador se ha atascado.

—Maldito seas, Hoox, arréglalo —Seiza empezó a ponerse nerviosa al ver cómo el caza se acercaba, lenta pero inexorablemente, al agujero y a sus bordes de estalactitas y estalagmitas.

—Puedes hacerlo, Seiza —dijo Hoox, sintiendo su miedo—. Confía en ti misma.

Seiza hizo una mueca, desvió la mirada un momento, y después se concentró en el agujero.

—Muy pequeño, es muy pequeño —dijo Seiza—. Pero cruzarlo no es imposible. Sólo es imposible si yo creo que lo es.

El caza giró sobre sí mismo hacia babor, poniéndose en diagonal para ir a través de dos inmensas columnas. Seiza nunca había pilotado antes ese caza, y sólo podía hacer una hipótesis sobre el tamaño, pero si hubiese contado con sólo un disparo para cargarse una de las columnas, el caza habría podido cruzar con toda tranquilidad.

Las columnas se hacían cada vez más grandes, pero también se separaban cada vez más. Seiza estaba bastante segura de que podría cruzarlas, y sólo para asegurarse, giró el caza hacia babor unos cuantos grados más.

—¡No! —gritó Seiza, echándose a llorar mientras dirigía la nave hacia atrás, hacia la seguridad del túnel—. No puedo hacerlo. Lo siento…

—Sí, estaría bien que hiciese eso, ¿verdad? —dijo Seiza, descartando de su mente ese pensamiento, esa opción. De cualquier modo, las columnas estaban demasiado cerca; dar la vuelta ahora sería más peligroso que seguir hacia adelante.

Así que siguió hacia adelante. Recordó la forma del caza, y pensó en el tamaño aproximado que debían tener las columnas. Introdujo el morro entre las columnas y miró hacia los lados en una fracción de segundo.

—¡Oh, rayos! —pensó. Si intentaba cruzar con ese factor de inclinación, la nave chocaría contra las columnas en la zona central, donde era más ancha. Inclinó un poco más el caza antes de que la zona central llegase a las columnas, y logró atravesarlas.

Miró hacia popa y vio que Stige había quedado atrás. Lo había logrado. Suspiró aliviada. «Lo hice», pensó. «Y ahora, dejadme en paz un rato; ya he tenido bastantes emociones fuertes por un día».

—Bien hecho, Seiza —dijo Hoox.

Ella estuvo a punto de abroncarle por dirigirle la palabra pero, considerando que había sido un cumplido, lo aceptó.

—Gracias —respondió—. Por cierto, ¿funcionaban los turboláseres?

—Ahora sí —dijo Hoox, como si los hubiese arreglado mientras ella cruzaba—. Pero no estamos como para meternos en un combate.

—Tal vez necesitemos cargarnos unos cuantos asteroides antes de salir —dijo Seiza—. ¿Eres lo bastante buen artillero para no darle a los cristalinos?

Hoox sonrió al oír como Seiza le picaba de un modo parecido a como él la había picado a ella.

—¿Qué, Hoox, estás listo? —dijo Seiza, sonriendo; después de las columnas, atravesar el cinturón de asteroides era un paseo.

—Adelante —dijo él.

El caza empezó a avanzar entre los asteroides. Antes de que Manendra pudiese activar rayos tractores, estaban ya fuera de la órbita de Stige.

El caza avanzó tranquilamente a través de los asteroides.

Para poder salir, Seiza tenía que dar un rodeo; era demasiado difícil dirigirse en línea recta hacia el borde.

Llegado el momento, Seiza estaba tan familiarizada con el viaje, que pudo iniciar una conversación.

—¿Hoox? —dijo ella.

—¿Hm? —preguntó él, desde su puesto de artillero y sin poder ver el rostro de Seiza.

—Sé lo que sucedió en Swarquen —disparó ella.

Hoox no pudo responder a eso. Había sido un golpe demasiado fuerte. Estaba aturdido.

Él también sabía que lo había sucedido en Swarquen. Un millón de nativos habían muerto. Asesinados. Y Hoox era el único culpable. Hombres y mujeres, niños y ancianos, Hoox no había dejado a nadie con vida… excepto al líder de sus enemigos, cuya muerte le había negado. Había sido un acto cruel, un millón de actos crueles, uno detrás del otro.

El Imperio le había ascendido a almirante por ello.

Hoox nunca comprendió cómo había sido capaz. Esto es, Hoox se consideraba claramente capaz de matar a un millón de personas en dos semanas; él era un excelente guerrero. Lo que nunca pudo entender fue cómo había sido tan sádico para matar a todos esos inocentes.

Después de la muerte del emperador en Endor, Hoox había mantenido en secreto ese dato. ¿Cómo podía saberlo Seiza?

¿Y cómo se lo podría explicar él?

Seiza intuía en el interior del caza el sufrimiento que Hoox trataba de ahogar y, después de unos segundos, ella habló.

—No fuiste tú —dijo.

—¿Qué? —preguntó Hoox.

—No eres el culpable de esas muertes, Hoox —dijo Seiza.

—Tú no estabas allí —dijo Hoox—. Todas esos alienígenas, todas esas personas…

—Manendra te estaba controlando —interrumpió Seiza.

Hoox volvió a guardar silencio.

—Envió a uno de sus kreogans a Swarquen —dijo Seiza—. Al parecer, los swarquinos podían representar una amenaza para él. Controló tu mente, y tú…

—Yo le seguí el juego —dijo Hoox.

—No —protestó Seiza.

—En cierto modo —dijo Hoox—, yo deseaba hacerles eso.

Habían desafiado mi autoridad.

—Por eso no pudiste detectarlo —dijo Seiza—. Creías que era idea tuya. Sólo cuando sabes que te está atacando, puedes combatirlo.

—No es cierto, Seiza —rebatió Hoox—. Es… No es algo de lo que yo me pueda sentir orgulloso, pero…

—¿Quieres escucharme de una vez? —insistió Seiza—. Estoy totalmente segura de lo que digo. ¡Lo encontré en la mente de Manendra!

Hoox se detuvo un momento para pensar.

—¿Y si fuese un truco? —preguntó—. Una fantasía, en vez de un recuerdo.

—No lo entiendes —dijo Seiza—. Cuando ya había escapado de la mente de Manendra, él volvió a intentar dominarme. Pero yo sabía cómo escabullirme, y aproveché para sacarle un recuerdo. En su mente parecía una esfera flotando.

—Oh, rayos… —dijo Hoox—. Oh, rayos…

De pronto, el caza empezó a dar tumbos.

—¿Pero qué…? —preguntó Seiza, y miró hacia el exterior—. ¡Hoox, tenemos compañía!

—Oh, r… ¿Qué? —Hoox interrumpió su cadena de pensamientos y miró quién estaba ante el caza.

Un carguero ligero en mal estado, modificado para incluir más armas. Tenía mal aspecto, y estaba pintado para ofrecer un rostro temible a sus enemigos. La pintura también era penosa.

Los turbolásers del carguero empezaron a disparar. Ahora, Seiza debía esquivar no sólo los asteroides, sino también los disparos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hoox—. No tenemos suficiente energía en los turbolásers para un combate contra él.

—¿Le conoces? —preguntó Seiza.

—La nave es el «Azote de las Estrellas» —expuso Hoox—. Gunjin, su capitán, es un pirata y el octavo nombre en la lista de los más buscados del sector.

—¿Opciones? —dijo Seiza mientras seguía esquivando.

—Los asteroides cristalinos —dijo Hoox—. Si tuviese tiempo de apuntar a uno, podría hacer que el rayo rebotase varias veces en varios asteroides cristalinos, y destruir el «Azote».

—¿Puedes hacerlo? —el caza hizo un giro acercándose peligrosamente a uno de los asteroides.

—Lo dudo —dijo Hoox—. Coge el comunicador, vamos a rendirnos.

—¿Ah, sí?

El capitán Gunjin, rodeado por sus tripulantes, se alzaba imponente en la silla de mando del «Azote de las Estrellas». Sus tres artilleros disparaban repetidas veces contra el pequeño caza. Un montón de fragmentos de asteroide saltaban donde los disparos impactaban, pero el caza seguía escabulléndose.

—¡Más, más! —repetía ansioso Gunjin.

—Capitán —dijo un alienígena con aspecto de crustáceo—, recibimos un mensaje del caza. Se rinde.

—¡No! ¡Destruidlo! —protestó el ansioso capitán.

Uno de los artilleros dejó de disparar y miró a Gunjin.

—Creí que me había enrolado en una tripulación de piratas —dijo el artillero—. Yo quería hacer dinero fácil.

—Sí —dijo otro artillero, dejando de disparar también.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Gunjin—. De acuerdo, si se rinden, nos quedaremos su caza, sus propiedades y todo eso.

De un salto, Gunjin se bajó de su silla de capitán.

—Acepto su rendición incondicional —dijo Gunjin— a cambio de perdonar sus vidas por ahora. Que se preparen para subir a bordo del «Azote de las Estrellas». Luchorpe, tome el mando.

Gunjin se alejó del puente caminando.

El «Azote» extendió un tubo estrecho hasta la portezuela del caza, de modo que los ocupantes del caza no estuvieran expuestos al vacío del espacio. Hoox se ofreció a pasar antes que Seiza, por si los piratas le disparaban en cuanto hubiese entrado, y Seiza aceptó.

Hoox se deslizó por el tubo como si fuese un pequeño tobogán, y aterrizó ante un grupo de una docena piratas, que le apuntaban con armas bláster variadas. Seiza se lanzó después y cayó al lado de Hoox.

—¡Él! —dijo Seiza al ver al pirata enano que, con aires de grandeza, observaba a sus prisioneros desde delante de los demás piratas. Al ser tan bajito, los otros piratas podían apuntar a Seiza y a Hoox por encima de la cabeza de Gunjin—. ¿Él es Gunjin?

—Creí que no le conocías —dijo Hoox.

—No… sabía su nombre —dijo Seiza.

—¿Nos conocemos? —dijo el enano.

—Una amiga me habló de ti —mintió Seiza; Hoox supo en seguida que era falso, pero Gunjin no se dio cuenta.

—Pero a ti sí te conozco —dijo Gunjin, paseando hasta ponerse delante de Hoox mientras unos piratas esposaban las manos de los prisioneros tras sus espaldas con grilletes magnéticos—. Tú eres el almirante Hoox. El gran hombre del sector. Qué golpe de suerte, ¿eh?

Hoox miró a Gunjin con odio, pero no dijo nada.

—Me pregunto cuánto pagarían en la Nueva República para encarcelarte —dijo Gunjin—. Claro que, tal vez, los hutts paguen más por tu cabeza en una bandeja.

—De acuerdo, pero a ella dejadla en paz —dijo Hoox—. No es importante, no es nadie. No sacaréis dinero por ella.

—Oh, puede que sí —dijo Gunjin, caminando hasta ponerse ante Seiza—. Créeme, los hutts tienen mercado para una jovencita atractiva.

Hoox intentó zafarse de sus esposas magnéticas y saltar sobre Gunjin, pero dos piratas le agarraron por los hombros. Cuando Hoox siguió revolviéndose, uno de los piratas le golpeó con una barra aturdidora, y el imperial cayó de rodillas.

—Más te vale tranquilizarte, Hoox —dijo Gunjin—. Podrías hacerte daño. O, peor aún, podrías obligarme a mí a hacerle daño a ella.

Hoox levantó su cabeza y miró a Gunjin enseñándole los dientes. Cada vez que el pirata abría la boca, escalaba puestos en la lista de los más buscados.

—Hoox, Hoox, Hoox —dijo Gunjin, acercándose a él; como Hoox estaba de rodillas, Gunjin podía mirarle a los ojos—. Estás poniéndote las cosas muy difíciles. Si no eres un poco más agradable, acabarás haciendo que nos inclinemos por la oferta hutt. A menos, claro está, que tu Imperio pueda proporcionarme una amnistía —Gunjin miró hacia arriba y hacia atrás un momento—. A mí y a mis hombres.

—Llama a los hutts —dijo Hoox. Estaba insultándole, faltándole al respeto. Le habían obligado a arrodillarse ante Gunjin, pero jamás capitularía ante él.

Gunjin se sentía satisfecho; lo contrario le habría decepcionado. Si la situación hubiese sido la inversa, Gunjin habría empezado a suplicar y gimotear en cuanto hubiese estado en presencia de su captor. Pero Hoox era un hombre digno, y eso le gustaba a Gunjin: Cuanto mejor fuese Hoox, más gloria tendría Gunjin por haberle vencido.

—Encerradles —ordenó Gunjin—. Por separado. Quitadles todo lo que puedan usar como arma, y metedles en cajas. Y después, preparad un baño o algo así. Tendremos que limpiar a esta chica si queremos sacar buen precio por ella.

Un delgado androide modelo 5D6 se dirigió a preparar el baño; mientras tanto, la mayoría de los piratas empujaban a Seiza y a Hoox por un pasillo del carguero. Gunjin volvió de nuevo al puente con la tripulación mínima necesaria para la nave; el piloto automático no evitaría los asteroides indefinidamente.

Los piratas se llevaron a Seiza y a Hoox a un cuarto de máquinas donde se encontraban los motores de la nave, llenos de escapes, y un montón de pequeñas cajas de un metro cúbico, cada una de ellas con agujeros para respirar:

No era la primera vez que Gunjin se dedicaba a vender personas.

Uno de los piratas, una criatura sin labios y con una boca llena de colmillos, cogió un aparato para buscar armas ocultas y lo activó. Como sospechaban que Hoox era más peligroso, empezaron a buscar armas en su cuerpo.

Hoox golpeó el suelo con su bota tres veces, como impacientándose. El pirata le miró con desprecio y Hoox se detuvo. Pero, cuando el pirata volvió a mirar el sensor de armas, Hoox golpeó de nuevo el suelo.

El pirata miró directamente a Hoox a los ojos para ordenarle que no volviera a hacer eso; dos de los cinco piratas restantes también miraron a Hoox, mientras los otros tres vigilaban a Seiza.

Hubo un destello de luz.

Era un destello de luz tan brillante que los piratas quedaron momentáneamente cegados. Era un truco que Hoox conocía y que Seiza ya había utilizado cuando se enfrentó por primera vez a Darth Ksar.

Aprovechando que los piratas estaban desprevenidos y cegados, Hoox y Seiza empezaron a atacarles a patadas; Seiza repartió las patadas iniciales entre sus tres piratas, mientras que Hoox golpeó cuatro veces en rápida sucesión al pirata sin labios antes de dirigirse a otro.

El pirata de los colmillos cayó al suelo, inconsciente, destrozando el sensor de armas en el proceso. Mientras tanto, y aprovechando que ninguno de sus piratas estaba en condiciones de atacarla por el momento, Seiza dio un salto, subió las rodillas y pasó sus manos esposadas por debajo de sus pies. Hoox no era tan flexible y no podía hacer algo así, pero se giró mirando hacia atrás y golpeó en la cara a uno de los piratas con las esposas.

Lamentablemente, el último pirata era un advosze, y sus ojos eran más difíciles de cegar que los de la mayoría de las especies. El advosze disparó con su pistola bláster contra Seiza y falló por poco, golpeando levemente uno de los motores.

—¡Hey, ésa ha estado cerca! —dijo Seiza.

Sin decir una palabra, Hoox miró fijamente al advozse, y éste retrocedió, agarrándose la garganta como si estuviera siendo estrangulado. Otro de los piratas, cegado, pasó entre Hoox y el advosze mientras buscaba a los enemigos con sus manos por delante. El advosze cayó al suelo, inconsciente pero vivo.

Seiza golpeó a uno de los piratas en la cabeza con sus esposas; ahora que tenía las manos delante, era mucho más fácil combatir. Por el contrario, Hoox tenía más dificultades y embistió a uno de los piratas. No le causó daños de gravedad, pero avanzaba.

Hoox y Seiza sabían que el destello no les serviría durante mucho más tiempo, y aún quedaban la mitad de los piratas en pie.

Como si hubiesen oído sus pensamientos, los piratas reaccionaron. Ya estaban lo bastante recuperados para ver el movimiento, y en un combate, eso suele ser suficiente.

Dos de los piratas dispararon contra Seiza y Hoox, y estuvieron bastante cerca de acertar. El tercer pirata se escapó por la puerta.

Seiza y Hoox se acercaron a los dos piratas y, cuando estuvieron cerca, les sorprendieron cambiando de pareja; cada uno de los piratas recibió un ataque de un enemigo inesperado. Ambos cayeron al suelo.

En el puente de mando, Gunjin estaba sentado, relajado, mientras los otros piratas llevaban la nave. No necesitaban más órdenes; sólo tenían que quedarse en el cinturón de asteroides.

Gunjin se preguntaba si sus nuevos hombres darían la talla. No los conocía de nada; los tuvo que contratar en una cantina después de que sus fuerzas quedasen mermadas por culpa de la bruja de la niebla y su amigo de ojos verdes…

Ojos verdes.

La cadena de pensamientos de Gunjin había alcanzado un punto importante.

Pero entonces, uno de los nuevos piratas entró por la puerta, jadeando.

—¡Capitán! —dijo el pirata—. ¡Los prisioneros están escapando!

Gunjin se giró rápidamente en su silla mientras sacaba su bláster y, cuando estuvo frente a la puerta, disparó contra el pirata, pero falló.

—¡Deténganlos, maldita sea! —rugió Gunjin—. La chica es peligrosa, ¿verdad?

—Sí, capitán —dijo el pirata de la puerta, que aún estaba mirando el agujero que el bláster había hecho en la pared.

—Más peligrosa de lo que usted cree —gritó Gunjin—. ¡Es la que casi me deja sin tripulación! Luchorpe, usted es el piloto, quédese en el puente. ¡Todos los demás, a por ellos! ¡Hasta el droide!

Mientras todos los piratas corrían hacia la puerta, Gunjin cogió el comunicador interno de la nave y presionó un botón para hablar con un camarote específico.

—¡Taigun! —gritó—. ¿Para qué te pago?

El comunicador no respondió inmediatamente, sino que esperó antes unos segundos.

—Huuuuuuu… —dijo una voz—. Para pegarle a la gente hasta matarla.

Gunjin suspiró; Taigun no era capaz de comprender lo que era una pregunta retórica.

—Ve a la sala de máquinas y trabaja —ordenó Gunjin por el comunicador.

Las esposas de Seiza se abrieron; Hoox había estado operando en la cerradura con un pequeño palo que sostenía con los dientes.

—Al fin —dijo Seiza, frotándose la muñeca izquierda con la mano derecha—. Gracias. ¿Quieres que te suelte?

—No creo que haya tiempo —dijo Hoox—. Haz lo que habíamos dicho.

Seiza se acercó a la terminal de ordenador que había en la sala de máquinas, y empezó a teclear. Mientras tanto, Hoox se concentraba en sus esposas. Usando la Fuerza, su mente logró entrar en el mecanismo de una de las esposas, y siguió allí, en busca de la forma de abrirla.

La puerta se abrió y los piratas entraron.

—Maldición —pensó Hoox, pero antes de que los piratas llegasen, Hoox se concentró en las esposas y dio el paso final para liberar una de sus muñecas.

—¡Ahí están! —dijo un pirata—. ¡Fuego!

Hoox no tuvo tiempo de encender su sable de luz, así que se tiró al suelo. Todos los disparos dieron de lleno en los motores. Empezaron a aparecer chispas y chorros de vapor.

—¿Estáis locos? —dijo Hoox—. ¡Conseguiréis matarnos a todos!

La mayoría de los piratas empezaron a pensarse seriamente si seguir disparando, y Hoox aprovechó ese momento para encender su sable de luz amarillo y cargar contra ellos.

Moviendo su sable horizontalmente a la altura de su cintura, logró abatir a tres de un golpe, y herir a un cuarto.

Uno de los piratas era un alienígena de cuatro brazos que llevaba cuatro pistolas bláster. Desde el pasillo, guardando las distancias, disparó cuatro veces contra Hoox, pero éste deflectó los cuatro disparos con su sable de luz, y los redirigió para abatir a dos de los tres piratas que quedaban en pie.

El pirata de cuatro brazos se dio cuenta del problema que representaba su posición, pero no quiso echarse atrás, y disparó varias ráfagas de tiros con cada uno de sus blásters. Eran tantos disparos, que Hoox no podía permitirse el lujo de dedicar parte de su concentración a redirigirlos; apenas podía pararlos y ellos avanzaban aleatoriamente hacia las paredes.

Hasta que uno de los disparos le dio.

Hoox retrocedió, herido, y se sentó en el suelo, apoyando su espalda en un motor de la nave.

El pirata de cuatro brazos avanzó hacia Hoox, riéndose levemente mientras apuntaba a su indefenso objetivo con dos de sus brazos.

Entonces apareció otro pirata.

Era increíblemente grande. Aunque las puertas estaban preparadas para que entrasen wookiees si hacía falta, este pirata era tan grande que tuvo que agacharse para pasar, y era tan musculoso que apenas cupo por la puerta entrando de lado. Su piel parecía mineral, tal vez metálica, pero carente de todo brillo. Aunque era relativamente bajo para su musculatura, todo él era una masa de músculos hipertrofiados ataviada únicamente con un calzoncillo.

Su minúscula cabeza no tenía cabello en ninguna parte, ni siquiera en las cejas. Su rostro era apenas humanoide, con lo que podía ser su barbilla destacando, y dos aberturas muy pequeñas que seguramente servían de ojos.

El monstruo se fijó en el pirata de cuatro brazos, y levantó una de sus manazas hacia él.

—¡No! —dijo el pirata—. ¡A mí no! ¡Yo estoy de tu bando!

El monstruo no le hizo caso y puso su enorme mano sobre la cabeza del pequeño alienígena. El alienígena, disparó con sus blásters pero, aunque los disparos le daban de lleno, no le causaban ningún efecto.

La mano gigantesca se cerró sobre la cabeza del alienígena, y aún le sobraba espacio. Apretó.

El cuerpo decapitado del alienígena cayó al suelo.

Taigun miró a su alrededor, en busca de más gente viva a la que pudiese matar, y se fijó en la sudorosa Seiza, que tecleaba desesperadamente. Taigun caminó hacia ella, que sólo podía cerrar los ojos desesperada.

La agarró por un hombro y la levantó en vilo.

—Pelea —dijo Taigun.

Seiza intentó coger su sable de luz, pero estaba tan confundida que sus manos no acertaban.

Entonces, Hoox golpeó a Taigun en el estómago con una patada. No fue suficiente para causarle daño, pero sí para llamar su atención.

—Si quieres hacerle daño a ella —dijo Hoox—, antes tendrás que matarme a mí.

—Vale —dijo Taigun, que no razonaba mucho más allá que eso. El titán dejó a Seiza en el suelo, y se fijó a Hoox.

Seiza volvió corriendo al ordenador.

Hoox intentó golpear a Taigun en la entrepierna, pero Taigun no sintió nada. Después, Hoox saltó para alcanzar la cara del pirata que era el doble de alto que él, y le golpeó de nuevo. Esta vez, Taigun giró la cabeza un poco hacia un lado.

—Vale —dijo el gigante—. Ahora yo.

Taigun movió su brazo a una velocidad increíble para alguien de su tamaño, y le dio a Hoox la bofetada más fuerte de su vida. El imperial salió volando hasta estrellarse contra una de las paredes de la sala de máquinas.

Taigun se giró entonces hacia Seiza; recordaba vagamente una cadena de acontecimientos consistente en pegarle a Seiza después de pegarle a Hoox.

—¿Es eso todo lo que puedes hacer? —gritó Hoox, intentando ocultar todas sus heridas. Se concentró en ignorar el dolor, y echó a correr hacia Taigun.

Taigun lo agarró y lo estrechó entre sus inmensos brazos.

Hoox oía cómo sus costillas empezaban a crujir.

—¡¡¡Yaaaaaaaaaaarrrggggghhhhh!!! —dijo Hoox.

Luchorpe miró las lecturas de su pantalla. Sabía exactamente qué iba a suceder de un momento a otro.

—Capitán —dijo a Gunjin—, solicito permiso para ir al aseo un momento. El piloto automático puede encargarse de esto en los treinta segundos que tardaré…

—Bueno, vale —aceptó Gunjin.

Luchorpe se acercó a la puerta, y entonces empezó a sonar una alarma. Una luz roja se encendió en el puente. La nave estaba sin control, y se dirigía a un inmenso asteroide en rumbo de colisión.

—¡Luchorpe, vuelva a su puesto! —dijo Gunjin.

Luchorpe empezó a correr en dirección contraria. Gunjin se bajó de su silla y empezó a perseguirle, pero sus zancadas eran mucho más cortas y Luchorpe ya le había sacado ventaja cuando Gunjin llegó a la puerta.

No es que importase; Gunjin sabía hacia dónde se dirigía Luchorpe.

Hacia la cápsula de escape.

Taigun oyó la alarma y se fijó en la luz roja. Soltó repentinamente a Hoox, que cayó al suelo, tosiendo.

Después, Taigun se dirigió hacia la puerta.

Seiza se acercó a Hoox, que estaba escupiendo sangre.

—Por todo lo sagrado, Hoox —le dijo ella—, ¿por qué no usaste tu sable de luz?

Hoox tosió sangre un par de veces antes de responder.

—Búscalo, por favor —dijo.

—¿Tu sable? —preguntó Seiza.

Hoox asintió con la cabeza mientras tosía.

—¿Habías perdido tu sable? —preguntó Seiza mientras empezaba a buscar entre los cuerpos de los piratas.

Hoox asintió de nuevo.

—¿No tenías tu sable y te enfrentaste a ese gigante para protegerme?

Hoox dejó de toser, pero jadeaba entrecortadamente y asintió con la cabeza una vez más.

Seiza encontró el sable de Hoox; se le había caído cuando el pirata de cuatro brazos logró darle, y había rodado por el suelo hasta acabar oculto por la sombra de uno de los cadáveres.

—Lo encontré —dijo Seiza, alzándolo del suelo. Le parecía muy curioso que la empuñadura del sable, en vez de ser de color metálico, como la mayoría, era de color negro. Por otra parte, eso explicaba que no la encontrase.

Seiza se acercó a Hoox, sonriéndole por lo que había hecho por ella, y le colgó el sable del cinturón. Después, puso uno de los brazos de Hoox sobre sus hombros y empezó a cargar con él, dirigiéndose hacia el caza.

Luchorpe estaba a punto de alcanzar la cápsula de escape, pero entonces un disparo le atravesó la espina dorsal por detrás y salió por delante, subiendo diagonalmente.

Gunjin bajó su bláster y echó a correr.

—Lo siento, Luchorpe —pensó Gunjin cuando pasó a su lado—, pero sólo hay una cápsula de escape.

Gunjin alcanzó la cápsula, unos tres metros después del cadáver, y se sentó dentro. Ahora sólo tenía que sellar la entrada y hacerla despegar.

Entonces apareció una pequeña cabeza color mineral.

—¡Hola, Taigun! —dijo Gunjin, sonriendo—. Mira, cabemos los dos en la cápsula de escape.

—No —dijo Taigun. Extendió su inmensa mano y agarró a Gunjin por el cuello como si fuese un gatito—. Enano fuera.

Con un rápido movimiento, Taigun tiró a Gunjin sobre su hombro como quien tira un objeto inservible, y se metió él en la cápsula. Antes de que Gunjin se hubiese puesto en pie, Taigun cerró la escotilla y presionó el botón de lanzamiento.

—¡No, espera! —gritó Gunjin; su rostro no podía verse por la ventanilla—. ¡Taigun, escúchame! ¡Déjame entrar!

—Oigo una voz, pero no sé de dónde viene —pensó Taigun.

Pronto, eso perdió toda importancia porque la cápsula de escape se había separado del «Azote de las Estrellas».

El caza de Seiza y Hoox también se separó del «Azote», instantes antes de que el carguero colisionase contra un asteroide.

Fin del décimo quinto capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO: AMBICIÓN

El «Azote de las Estrellas» se dirigió implacablemente hacia un asteroide, y Gunjin era el único ocupante vivo. La cápsula de escape de Taigun vagó erráticamente por el campo de asteroides hasta desaparecer de la vista, y el caza de Seiza y Hoox se alejó del «Azote» haciendo una hábil curva, esquivando más asteroides.

—Debemos estar cerca de la salida —dijo Seiza desde su puesto de piloto—. Probablemente, los piratas se ocultaban aquí porque sea fácil entrar y salir desde este punto.

Hoox gimió algo; él estaba sentado en el puesto de artillero, pero Seiza dudaba que fuese capaz de coger los controles si hiciese falta.

—¿Qué has dicho? —preguntó Seiza.

—Si… si el «Azote» tenía un buen piloto… —dijo Hoox, entrecortadamente y parando muchas veces para respirar—. Si el piloto era sólo… la mitad de bueno que tú… tal vez se arriesgarían… a ir más adentro.

Seiza sonrió por el cumplido, pero no sólo no lo agradeció verbalmente, sino que le reprochó su actitud.

—Eres demasiado negativo —dijo ella—. Encontraremos la salida de este cinturón de asteroides sin problemas. No es mucho más que deshacer el camino que anduvimos para entrar.

Hoox profirió un sonido que quizá empezaba en protesta y terminaba en dolor. Seiza comprendió lo mal que estaba.

Alguien sin los conocimientos y habilidades de Hoox habría caído inconsciente hacía mucho.

—¿Hoox? —preguntó Seiza.

Hoox gruñó algo para afirmar que estaba escuchando.

—¿Por qué te enfrentaste a ese gigante sin armas? —dijo Seiza.

—… protegerte —fue todo lo que entendió Seiza de la respuesta de Hoox.

—Yo tenía un sable de luz —dijo Seiza—. Podría haberme encargado de él mejor que tú.

El cabello de Hoox chorreaba un sudor que caía sobre sus piernas porque él se inclinaba hacia adelante para soportar mejor el dolor. Más que ninguna otra cosa le hubiese gustado quedarse dormido y dejar de hablar, pero Seiza merecía una explicación.

Ahora, si él pudiese encontrarla…

—Tú debías reprogramar… el ordenador de la nave… —improvisó Hoox—. Si hubieses luchado y perdido, los dos habríamos fracasado… Yo era prescindible. Tú no.

—Pero cuando apareció el gigante, tú ya estabas herido —dijo Seiza, que ya había encontrado una salida del cinturón de asteroides.

—Irrelevante —la interrumpió Hoox—. Era una herida… superficial.

—De todos modos, fue muy valiente por tu parte —el caza se acercó rápidamente hacia un hueco en el laberinto de cuerpos astrales, y emergió hacia la noche—. Gracias.

Hoox volvió a gruñir. Seiza pensó que, probablemente, estaba molesto por el cumplido, pero a ella no le importaba.

El caza voló a través de la noche, con cierta tranquilidad. Seiza dirigió el caza hacia el planeta Gadamar y dejó los controles en el automático. El bloqueo sobre el planeta parecía haber cesado, a juzgar por las lecturas de los sensores.

De cualquier modo, el viaje a velocidad sublumínica les llevaría un buen par de horas. Seiza conectó todos los sistemas necesarios del caza, e intentó ponerse cómoda en el asiento. En realidad, era mucho más fácil ponerse cómoda sin esa estúpida capa, pero tampoco podía esperarse demasiado confort en una cabina tan pequeña.

Poco después de empezar el viaje, Seiza había intentado llamar la atención de Hoox para conversar un rato más y amenizar un poco la travesía. Al no oír respuesta alguna, Seiza intentó contactar con Hoox usando sus poderes de la Fuerza.

El imperial había caído inconsciente. Los múltiples rasguños que había recibido en Stige nunca se habían curado del todo, mucho menos cuando Hoox había insistido en hacer proezas acrobáticas y de combate. Sobre todo, los golpes que le había dado Darth Ksar habían causado daños especialmente graves. Después, el disparo del pirata. Y, por último, un montón de costillas rotas.

Habría sido literalmente imposible que Hoox no cayese inconsciente con todos esos daños. De hecho, la Fuerza reveló a Seiza que Hoox apenas se mantenía vivo, y no seguiría vivo mucho más tiempo si no recibía cuidados médicos rápidamente. Lo único que le había impedido morir era su cabezonería.

Seiza se sorprendió a sí misma cuando comprendió que admiraba a ese hombre. Había descubierto que Hoox era un hombre valiente y un noble guerrero. Y, probablemente, un digno gobernante para el sector. Seiza iba a tener que discutir con Ashla largo y tendido sobre este tema.

Ella ya se imaginaba al viejo maestro regañándola por haber creído las mentiras que Hoox le contó. Pero no eran las mentiras de Hoox. Manendra había confirmado al menos algunas.

Claro que, sin duda, Ashla tenía sus motivos. Es decir, Ashla sabía la verdad. ¿Cuáles eran entonces los motivos que le impulsaron a hacerle…?

Seiza comprendió que esa cadena de pensamientos no le iba a llevar a ninguna parte: Tendría que compartir con Ashla lo que había descubierto, pero hasta entonces, no adelantaría nada dándole vueltas.

Eligió, por el contrario, entrar en un trance de meditación Jedi que le permitiría entrar en contacto con la Fuerza a un nivel más profundo. Reduciría sus necesidades de consumo de agua o aire, ignoraría las heridas, el dolor y el cansancio que sentía por todo su cuerpo y además se le pasarían más rápido las largas horas hasta llegar a Gadamar.

—¿Capitán Tryskho?

La nave insignia estaba oculta detrás de una de las lunas de Gadamar.

Cuando Hoox desapareció en el cinturón de asteroides, Tryskho ordenó no comunicárselo a nadie, y todos los que estuviesen informados debían guardar silencio. Tryskho estuvo a punto de ordenar la ejecución de los dos pilotos del Escuadrón Oscuro que habían visto lo sucedido, pero no se atrevió: Si Hoox volvía, se enfadaría mucho. Además, eran dos de los mejores pilotos que le quedaban.

Tryskho mantuvo el bloqueo sobre Gadamar un rato más para guardar las apariencias, pero el Gremio de Cazarrecompensas no tardó en llamarle. Tryskho despreciaba a los cazarrecompensas, pero sabía que el Gremio era lo único que impedía a los hutts controlar totalmente Gadamar.

Un representante del gremio exigía saber cuánto tiempo duraría el bloqueo. Seguramente, Hoox habría podido negociar con ese cazarrecompensas, quizá intimidarlo. Pero Tryskho no fue capaz, y lo único que consiguió fue tener que dar explicaciones de cara al sector privado.

Tryskho se inventó rápidamente una historia sobre que el bloqueo ya había dado el resultado apetecido y que un peligroso terrorista no había logrado escapar y se estaba pudriendo en las celdas de la misma nave insignia.

El cazarrecompensas exigió saber porqué entonces no se había retirado el bloqueo. Tryskho estaba muy nervioso, pero la baja calidad de transmisión le permitía ocultarlo.

Se le ocurrió que estaban interrogando al terrorista por si tenía algún cómplice en Gadamar. De todos modos, Tryskho comunicó oficialmente al Gremio de Cazarrecompensas que retirarían el bloqueo en menos de veinticuatro horas. El cazarrecompensas consiguió regateárselo hasta las dieciocho y, si el bloqueo seguía allí para entonces, los impuestos a los cazarrecompensas en Gadamar serían todavía más reducidos.

Tryskho cedió bajo la presión del cazarrecompensas: El bloqueo no seguiría allí mucho más tiempo.

La tripulación, *su* tripulación, no tardó en solicitarle órdenes. Tryskho se sentó en la silla del almirante, abrumado por el peso de la responsabilidad, pero consiguió improvisar una estrategia racional: La nave insignia entraría en el hiperespacio hasta el punto civilizado más próximo disponible, y volvería después, pero ocultándose detrás de una luna de Gadamar. El navegante le informó de que serían dos horas y media de ida y otras tantas de vuelta. Después, cuando la nave insignia estuviese oculta, el resto del bloqueo se podría retirar. Él esperaría el regreso de Hoox y/o de Sanui, y mientras tanto los gadamarianos podrían relajarse.

Antes de irse, Tryskho solicitó un escuadrón de cazas TIE de otra nave comandante, para cubrir las bajas sufridas.

Mientras les esperaba, recibió comunicación de la guarnición de Gadamar. Al parecer, habían encontrado algo que no sabían lo que era, y les faltó tiempo para pasarle el gerkelweize caliente a otro. Tryskho no sabía cómo librarse de ellos, así que aceptó enviar una lanzadera a la superficie de Gadamar para que le entregasen su paquete sorpresa.

Tryskho había recibido los TIEs y, media hora después, llegó la lanzadera. Al menos, pensaba el capitán, las órdenes eran obedecidas. Pero, cuando vio lo que llevaba la lanzadera, él no tuvo la menor idea de qué se trataba, y Nokeis tampoco lo sabía. Tuvo que ordenar que se iniciase una investigación.

Pero, en cuanto la lanzadera estuvo a bordo, dieron el salto al hiperespacio programado. Cuando llegaron, antes de volver, Tryskho tuvo que comunicar con la gobernadora jawa para decirle que Hoox no podría ser molestado hasta nuevo aviso. Ella, aprovechando que Tryskho estaba dejando el cuello al descubierto, atacó y pidió carta blanca a la hora de tomar decisiones. Tryskho estaba agotado, pero él se la negó. Discutieron durante varias horas, y al final Tryskho tuvo que aumentarle el presupuesto, pendiente de confirmación cuando pudiesen hablar con Hoox.

«Me va a matar», pensaba Tryskho, deprimido mientras notaba cuán grande le quedaba la silla de Hoox. «Nunca seré almirante».

Ya llevaban demasiado tiempo ocultos detrás de la luna, y Tryskho temía que el equipo de algún cazarrecompensas les encontrase.

Entonces, apareció un joven teniente. Tryskho le miró, y lo primero que pensó fue que había mentido sobre su edad para poder alistarse.

—Dígame, teniente —dijo Tryskho, intentando imitar el tono de Hoox. En cuanto hubo terminado de decirlo, ya lo estaba lamentando; la imitación había sido demasiado mala. Apoyó la frente en una mano, y el codo en uno de los brazos de su silla.

—Capitán, señor —dijo el teniente—. Nuestros sensores han detectado un caza saliendo del… del campo de asteroides.

Tryskho levantó la cabeza en gesto de sorpresa. El campo de asteroides. El lugar donde se había visto a Hoox por última vez…

—¿TIE? —preguntó.

—Modelo no identificado —dijo el teniente—. Pero no es un TIE. No uno de los nuestros, al menos.

Tryskho movió sus pupilas hacia un lado, asustado. ¿Y si otro antiguo sirviente del emperador autoproclamado señor de la guerra estuviese intentando hacerse con el sector Junagadh? Tal vez explicaría lo del «regalo sorpresa» de la guarnición…

—¿Qué sabemos? —inquirió Tryskho mientras se levantaba.

—Se detectan dos formas de vida a bordo —informó el teniente—. Suponemos que son un piloto y un artillero.

Tiene escudos, por eso sabemos que no es un TIE. Se dirige hacia Gadamar; calculamos que tardará unos quince minutos en llegar.

Tryskho movió sus pupilas hacia otro de sus hombres.

—¿Nokeis? —dijo, sin mirarle directamente—. ¿Podemos interceptarlo?

—Por supuesto —explicó Nokeis.

—¿Sin que nos vean en Gadamar? —especificó Tryskho.

Al comprender a qué se refería Tryskho, la parte humana de Nokeis sonrió mientras una supercomputadora realizaba cálculos. ¿Era posible cazar a la presa sin dejar de estar

protegidos por la sombra de la luna? Hipotéticamente aceptable, puesto que la luna había girado hasta ponerse parcialmente entre el planeta y el cinturón de asteroides.

—68.3% de posibilidades —enunció Nokeis, dos segundos después—. 79.4% si yo dirijo la maniobra.

Nokeis se refería a elegir el segundo exacto y el ángulo exacto para darle al rayo tractor; sus implantes cerebrales le permitían realizar esos cálculos matemáticos con la precisión de un ordenador.

—¿Consecuencias del fracaso? —preguntó Tryskho.

—Se nos escaparía —dijo Nokeis.

—Permiso para hablar —dijo el teniente.

—Adelante —dijo Tryskho, que veía cómo se le acababan las opciones.

—Si se nos escapa ahora —explicó el teniente—, podemos cogerle antes de que llegue a la órbita de Gadamar.

—Pero seríamos visibles desde Gadamar —dijo Tryskho.

—No necesariamente —continuó el teniente—. Incluso una nave comandante tan grande como ésta puede mantenerse oculta aprovechando la atmósfera planetaria. Si nos acercamos demasiado, nos verán, sí. Pero podríamos acercarnos sólo lo justo para que no nos vean, intentar coger al caza, y volver a irnos antes de que esos cazarrecompensas nos vean.

—¿Es factible? —preguntó Tryskho a Nokeis, esta vez mirándole directamente.

—Mucho más difícil —admitió Nokeis—. Diría que sólo un 34% de posibilidades de éxito.

—Pero es un plan B —dijo Tryskho—. Si el plan A fallase, ¿podríamos llevar a cabo el B?

—Podríamos intentarlo —dijo Nokeis—. ¿Cómo de importante es ese caza?

—Preferiría cogerlo sin que se enterasen en Gadamar —dijo Tryskho—. Pero el plan C es entrar en la atmósfera de Gadamar y coger ese caza aunque haya que bombardear todo el planeta.

El teniente tragó saliva visiblemente; Nokeis no pareció alterarse.

—Procedan —dijo Tryskho.

Tryskho se retiró de nuevo a la silla del almirante. Quizá la parte de negociar con los civiles no fuese tan satisfactoria, pero dirigir maniobras militares…

Sí, eso sí que le gustaba.

Seiza se despertó cuando el caza empezó a vibrar irregularmente. Con la repentina deceleración, Seiza casi se golpea la cabeza contra el tablero de mandos (afortunadamente llevaba puesto un casco). Se recuperó y miró rápidamente a su alrededor; aún faltaba algo de tiempo hasta que llegasen a Gadamar, pero ya estaban acercándose a la órbita. De hecho, estaban a punto de pasar una de las lunas de Gadamar.

Seiza miró hacia arriba, hacia la cara oculta de esa luna, y comprendió porqué el caza se había detenido. Después, intentó forzar su vista para identificar el modelo de nave.

El rayo tractor era bastante potente y preciso, así que Seiza dudaba que se tratase de otra nave pirata.

Esa forma triangular… Tamaño aproximado…

Seiza entrecerró los ojos para identificar mejor la nave hacia la que se estaba acercando, intentando conseguir una confirmación absoluta. Era difícil; la sombra de la luna apenas permitía ver la silueta de la nave perfilada en negro sobre más negro. Pero…

—¡Hoox! —gritó Seiza—. ¡Hoox! ¿Estás despierto?

—¡Sí! —dijo Hoox—. ¿Qué pasa? Desde mi puesto, no tengo vector de visión.

—Tu nave insignia nos ha cogido en su rayo tractor —explicó Seiza—. Supongo que habrá algún quirófano a bordo, porque para salvarme sufriste heridas muy graves.

—Espero —dijo Hoox— que no se te ocurra darme consejos cuando estemos a bordo. Minarías mi autoridad ante mis hombres.

Seiza sonrió. Era tan terco…

—Está bien —acepto Seiza.

El altavoz del caza zumbó para avisar que se iniciaba la comunicación.

—Atención, caza no identificado —dijo una voz deformada pero reconocible—. Aquí el capitán Tryskho. Será usted sujeto de una inspección rutinaria gubernamental. No intente oponer resistencia. Cuando llegue al hangar, toda la tripulación y pasajeros desembarcarán.

El bueno de Tryskho, pensó Hoox. Había logrado improvisar una excusa aceptablemente razonable, legal aunque no totalmente justa, para justificar la inspección de cualquier nave que entrase o saliese del campo de asteroides. Y, a juzgar por lo que veía alrededor de Gadamar, había retirado el bloqueo, pero manteniendo la vigilancia. Hoox sonrió.

—Yo hablaré, Seiza —dijo Hoox. No era como si le estuviese dando una orden; si Seiza hubiese querido hablar, el tono de Hoox estaba abierto a réplica.

Cuando activó el comunicador, sin embargo, Hoox cambió el chip. Su semisonrisa se torció en una mueca autoritaria y sus ojos relajados pasaron a ser los de un depredador.

—Al habla el almirante Hoox, capitán —dijo, con una voz que habría podido dar órdenes a un dios—. Espero tener una recepción adecuada cuando suba a bordo. También será buena idea preparar un tanque bacta.

Hoox no utilizó una forma verbal en imperativo en ningún momento, pero cuanto decía era claramente una orden.

Tryskho se quedó con la boca abierta, en busca de palabras, y su mandíbula vibró mientras el único fonema que se le escapaba era la consonante «k». Aunque el capitán habría reconocido la voz en cualquier situación, aunque ya la había reconocido, Hoox sabía que sus técnicos estaban comprobándolo.

Si Tryskho se comportaba con profesionalidad, cortaría la comunicación con el caza para que no se oyese a los técnicos diciéndole que era efectivamente Hoox.

Durante un tiempo, el comunicador no dijo nada, y Hoox sonrió. Seiza también se permitió una sonrisa.

—Almirante —dijo Tryskho a través del comunicador; la recepción era bastante mejor ahora porque se había molestado en buscar la frecuencia ideal para enviar el sonido—, quisiera comunicarle que estamos todos increíblemente contentos de saber que se encuentra usted…

—Tryskho —le interrumpió Hoox—, no tardaré en estar a bordo y todavía no se ha afeitado.

Tryskho se llevó la mano a la cara; efectivamente, unos cuantos cabellos habían surgido en su mentón. Desde que inició la jornada, los demás tripulantes habían cambiado de turno tres veces, pero él no se había atrevido a delegar su puesto y nunca se había retirado a dormir… ni a afeitarse.

—Recibido, almirante —dijo Tryskho—. Espero impaciente su… Su regreso. Señor.

—Corto y cierro —dijo Hoox.

Hoox se relajó de nuevo; toda esa tensión de ser oficial superior otra vez, casi hizo que se le abriesen las pocas heridas que había logrado cerrar durante el viaje.

—¿Hoox? —dijo Seiza.

—Dime —dijo Hoox.

—¿Cómo supiste que no se había afeitado? —preguntó Seiza—. ¿Usaste la Fuerza?

—En realidad, no lo sabía —respondió Hoox—. Aposté a que habría preferido quedarse en su puesto y no retirarse durante la noche. Y gané.

Seiza sonrió por la explicación, y entonces se fijó en que el caza ya estaba prácticamente entrando en la nave comandante, mucho más grande.

—¿Necesitarás que te ayude a bajar? —preguntó Seiza.

—¿Qué te he explicado hace un momento? —respondió Hoox, con un tono amistoso pero algo cansino.

—Ya sé lo de la autoridad ante tus hombres —dijo Seiza—, pero me siento mal. Recibiste esas heridas por mi culpa.

—Aguantaré lo bastante para llegar al tanque bacta —dijo Hoox—. Pero gracias por preocuparte.

Seiza casi podía oír la sonrisa que acompañó a las últimas palabras, y eso le ayudó a sentirse mejor. Hoox habría aceptado su oferta si no hubiese tenido que… Bueno, habría aceptado si hubiese podido hacerlo.

El caza aterrizó en el interior de la nave insignia de Hoox. Seiza estaba aturdida por el despliegue que había a su alrededor. Ella ya había estado en naves comandante antes, pero únicamente en misiones de «entrar-golpear-y-salir-rápidamente», o incluso de sólo la última parte, cuando lograban capturar su nave.

El suelo, las paredes, el techo, todo estaba impecable, limpio y reluciente. Miles de soldados de asalto, tal vez decenas de miles, en perfectísima formación, mostraban sus rifles bláster y sus mejores armaduras blancas, salpicado el mosaico impoluto con las zonas totalmente negras de los pilotos de caza TIE. Los oficiales también presentaban sus uniformes de gala. Seiza pensó en el papelón que iba a hacer cuando descendiese del caza

con esos harapos a los que ella tenía que llamar ropa. Aunque la verdad era que Hoox también daba bastante pena.

Seiza posó suavemente el caza sobre el punto que las tropas habían dejado vacío para ello.

—¿Quién baja antes? —preguntó Seiza.

—Tú —dijo Hoox—. Estás más cerca de la escotilla, y yo tengo que reptar y tardaría más.

Seiza aceptó. Abrió la escotilla del caza y descendió de un salto; ya que no podía contar con que su aspecto fuese impresionante, sus movimientos tendrían que serlo.

Frente a Seiza había varios oficiales imperiales de aspecto serio y formal. No reconoció sus rostros, pero el que estaba más adelante llevaba en su pecho la insignia de capitán.

Hoox descendió de la nave varios segundos después que a Seiza se le hicieron demasiado largos con tantos imperiales alrededor. El almirante casi cayó desde el caza, pero hizo una pequeña pirueta para aterrizar sobre sus pies y mantener el equilibrio. Sin embargo, era incapaz de permanecer erguido e inclinaba la cabeza hacia adelante.

En cuanto el almirante pisó la nave, todos los soldados mostraron sus armas en una cuidadísima coreografía y los oficiales de mayor rango hicieron resonar sus tacones.

Hoox avanzó lentamente hacia los oficiales, prácticamente arrastrando uno de sus pies. El capitán comprendió que el almirante estaba malherido, pero no se atrevió a moverse.

De hecho, no movió nada salvo sus ojos. El capitán comprendía que Hoox no iba a aceptar su ayuda.

Así que permaneció en posición de firmes.

Hoox llegó hasta él al fin. Al estar tan encorvado, el almirante tenía que mirar hacia arriba para poder ver al capitán, que normalmente era el más bajo de los dos.

—Capitán —le dijo Hoox.

—Almirante. Señor —casi susurró el capitán, no queriendo que las demás tropas le oyesen—. Le comunico que sus órdenes han sido obedecidas y el bacta está preparado.

Presumo haber identificado al paciente. Solicito órdenes respecto a su… ¿invitada?

—Ella no es una invitada —dijo Hoox, y después alzó su voz para que todas las tropas pudieran oírle—. Es una prisionera. ¡Es Sanui! ¡Prendedla!

Esas palabras fueron un vibrofilo en el alma de Seiza, un millón de veces peores que la mente de Manendra, que la espada de Ksar, que la traición de Ashla… Jamás en su vida se había sentido tan dolida.

Pero no por eso se iba a rendir. Seiza Sanui no era de las que se rinden. Rápidamente, llevo la mano hacia el cinturón para coger su sable.

Su sable.

No estaba en su cinturón.

Para cuando fue consciente de esto, miles de soldados de asalto estaban apuntándole. Habían roto la formación original en forma de cuadrado, y ahora eran una serie de

círculos concéntricos, todos ellos centrados en Seiza. Los soldados más próximos, a dos metros y medio de ella, se habían puesto de rodillas, de modo que los de atrás también podían apuntar.

Seiza levantó las manos.

Uno de los soldados se acercó a ella por detrás y la agarró por las muñecas. Se las unió a la espalda con algo que no parecían esposas magnéticas (¿Qué eran?). Un pelotón entero de soldados la empujó, obligándola a avanzar hacia donde ellos la dirigieran.

Camino de una puerta, pasaron a unos diez metros de los oficiales de mayor rango. Hoox daba la espalda a Seiza, como para mirar al capitán.

—¡Hoox! —gritó Seiza, enfurecida—. ¡Hoox, ten la decencia de mirarme!

—Silencio —ordenó uno de los soldados de asalto.

—¡Hoox, mírame! —insistió Seiza.

Hoox no la miró.

No podía.

Estaba a punto de echarse a llorar.

Fin del décimo sexto capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO: EN EL NOMBRE DE LAS ESTRELLAS

—¡Pero Darion, no reniegues así de ella! —dijo la mujer—. ¡Es tu hija!

—No, no es mi hija. ¡No es sangre de mi sangre! ¡Es de sangre Jedi! ¡Debimos haberla mandado con su verdadero padre cuando te casaste conmigo! Jamás…

—Tenemos que esperar a que su maestro venga a por ella para entrenarla. Ella forma parte del futuro de esta galaxia. ¡Si la hubiéramos mandado con su padre, al centro de la galaxia, habría muerto con los demás! ¿No lo entiendes?

—¡Mejor! Así no tendría que criar una carga que el día de mañana desaparecerá para convertirse en el mismo objeto inútil que fue el que le dio la vida. ¿De qué le sirvió a él ser Jedi? ¡De nada! ¿De qué sirvieron a la galaxia los Jedis? ¡De nada! Una logia inútil que recibió el destino que merecía.

—¡Cállate! ¡No sabes lo que dices!

—No me mandes callar, ¿me oyes? ¡A mí nadie me manda callar en mi propia casa! Largáos un rato tú y ella y dejadme tranquilo. Trabajo dejándome la piel todo el día y… y… ¿Y tú qué miras, demonio de criatura?

—Nada.

—¡Deja a la niña tranquila, maldito seas!

—¡Tienes once años, no permito que me mires así! ¡Fuera de mi vista!

—¿Sabes, Dairon? Eres un pobre hombrecillo triste y desgraciado. Sólo das pena. Me alegro de que no seas mi padre. No soportaría la idea de llevar en mí el legado de un maldito cobarde borracho y patético mentiroso.

—¡Seiza!

Así eran siempre las cosas en su hogar, su propia voz sonó dentro de los recuerdos de Seiza.

—Mi madre —pensó—, debí haberme traído a mamá conmigo.

¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo? ¿Se acordará de mí?

Hace tanto que no la veo… No debí haberla dejado sola.

Nunca me lo perdonaré.

Los soldados de asalto… No, los hombres de Hoox, siguiendo sus órdenes, la habían cogido y la habían arrastrado hasta una especie de pequeña mazmorra. Una vez allí, habían encerrado sus manos y sus pies en unos grilletes metálicos que no estaban conectados a nada, pero que, en cuanto se cerraron, generaron una especie de pasta entre el metal y la piel. Esa pasta se solidificaría en fracciones de segundo.

Después la situaron en el interior de una especie de campo de fuerza. En ese momento, los grilletes, como si tuvieran vida propia, adoptaron posiciones, alejándose del cuerpo de Seiza. Sus brazos y sus piernas le obligaban a estar en forma de X, y el campo de fuerza le impedía moverse siquiera un poco.

Ella había intentado soltarse, agitar sus brazos y sus piernas, pero había sido inútil. Lo único que Seiza podía mover realmente era la cabeza. Se concentró en flexionar sus

pulgares; tal vez podría aprovechar ahora alguna de las técnicas de contorsionismo que le enseñó Ashla. Después de varios minutos, desistió.

Apoyó la cabeza en el brazo izquierdo, exhausta. Ese canalla de Hoox se había asegurado bien de que ella no pudiese escapar.

Pero no podía impedirle que ella pensase lo que quisiera.

Era la libertad última que le quedaba, y estaba decidida a usarla contra Hoox. Sus recuerdos le permitirían resistir.

Pasaron lo que a Seiza le parecieron horas, si no días, sin que nadie entrase en la mazmorra. La tensión constante de los brazos y las piernas era dolorosa al principio, pero al final era fácil acostumbrarse. Además, Seiza conocía la disciplina Jedi para controlar el dolor, y era fácil no sentir algo tan… No es que fuese leve, es que era demasiado constante.

Seiza estaba a punto de quedarse dormida.

Pero entonces, la puerta del calabozo se abrió, corriéndose hacia un lado. Un hombre con bata blanca entró.

Seiza nunca le había visto antes.

El hombre tenía ojos pequeños y maliciosos, una sonrisa cruel e inteligente, y unos dedos que se movían rápidamente y con gran precisión.

—Hola, jovencita —dijo el hombre, mirando a Seiza—. Soy el doctor Bryony, y seré tu torturador. Mi objetivo es que me digas en qué planeta se esconde Ashla.

—Jamás —prácticamente le escupió Seiza.

Bryony no se mostró en absoluto intranquilo.

—Oh, todos empiezan creyendo eso —respondió Bryony—. «Sí, yo soy fuerte, podré resistir». Algunos de tus amigos lo creyeron. Pero permite que te diga algo: Dentro de una hora, me rogarás que te permita darme la información.

Dentro de dos, me rogarás que te permita morir.

Seiza le miró fijamente, sus ojos le ardían. Clavó sus pupilas en las de su torturador y le dijo:

—¿Sabes una cosa, criatura patética? Sólo concentrándome puedo hacer que tus vasos sanguíneos se contraigan, que la sangre deje de circular por ellos, que tus órganos vayan fallando uno por uno… Dentro de una hora, toda tu sangre estará frente a tus narices. Pero tranquilo, el proceso será tan lento que podrás ver cómo se te va parando el corazón poco a poco, lentamente tus tejidos se irán quedando sin riego, tus pulmones sin aire… y morirás.

Seiza esbozó una sonrisa sádica.

—¿Pero sabes lo mejor? Dentro de dos horas, Hoox tendrá que mandar que descontaminen la nave porque habrá pedacitos de ti esparcidos por todas partes porque acabarás dentro de los conductos de ventilación triturado por las hélices del sistema. Espero que me hayas entendido —terminó de decir Seiza soltando una carcajada con voz desencajada.

—Eso… Eso… Eso ya lo veremos, señorita —dijo el torturador algo contrariado unos segundos después. Aunque no reflejó nada en su cara durante la respuesta de Seiza, un escalofrío le había recorrido la espina dorsal y se había extendido por los nervios. No sabía exactamente qué había pasado en aquel momento, pero había sido algo nuevo para él, y no le gustaba. Dado que no quería empezar un trabajo estando nervioso, decidió salir de la celda y calmarse un poco.

Por su parte, Seiza, ajena a la marcha de su torturador, no daba crédito a lo que acababa de decir. Aquella no era ella misma. La Seiza que ella conocía era incapaz de hacer semejante amenaza de muerte y mucho menos cumplirla. Tenía la respiración agitada y por su mente no dejaban de pasar las ideas de odio y venganza. El cansancio, el tiempo que llevaba en aquel lugar, la traición de todo lo que conocía empezaba a hacer mella mucho más allá de lo que ella se podía temer… ¿Era ésa la manera de caer en el lado oscuro?

Cerró los ojos y trató de acallar su agitación, pero no lo consiguió, escenas dolorosas en su vida pasada ante sus ojos, injusticias que había visto, penalidades que había sentido… Todo se agolpaba en su cabeza. Seiza, a la desesperada, sólo encontró una manera de salir de esa angustia y rabia contenidas, y fue soltando un grito, lo más fuerte que su garganta le permitió, utilizando todo el aire que tenía en los pulmones.

Nadie se percató de aquel alarido, la celda estaba insonorizada, pero Seiza consiguió su propósito. Cuando se hizo el silencio y dejó de llorar, fue más fácil entrar en meditación. Estaba exhausta al límite de sus fuerzas. Sin duda, más que nunca, necesitaba buscar la luz al final de aquel túnel tan extraño.

Allí estaba, tal y como su maestro Ashla le había dicho, el medallón, símbolo del final de su camino y del final del camino de aquellos valientes locos que posiblemente habían llegado hasta allí en algún momento del pasado. Un medallón de un material muy resistente y dorado brillaba para ser visto como si tuviera luz propia. Allí colgado de una roca que parecía haber sido diseñada por la erosión para servir sólo a un fin concreto, ser el mero soporte de un símbolo.

Ansiosa, Seiza se acerco a él, su deber era mirarlo, tan solo se llevaría una piedra de aquel lugar y así demostraría a Ashla que había logrado aquella gesta tan extraña a la cual él la había mandado. Realmente Seiza desconocía el significado de aquella misión, desconocía el aprendizaje que aquel momento podría representar para ella.

La dureza de la caminata era ya épica. El dolor de todas las inclemencias pasadas y sufridas durante todo aquel tiempo de soledad era lo único que Seiza podría contar en un futuro, o al menos, eso creía. Atrás quedaban muchos días a solas con sus pensamientos, con sus recuerdos, con el frío y el viento; todo había estado presente en una dura escalada sin fin aparente, durante la cual Seiza había pensado en abandonar en mas de una ocasión cuando parecía que un extraño velo le impedía seguir su camino.

Seiza se agacho a recoger el medallón que estaba frío como el hielo y algo desgastado, a su alrededor una fina capa de hielo cubría una pequeña charca, entonces su linterna cayo al suelo apagando por completo la escena y esto hizo que los ojos de Seiza

se fijaran involuntarios en el reflejo del hielo de la charca que le mostraba el cielo que la cubría, limpio de todas nubes. Seiza, despacio, levantó los ojos, y allí se alzaba el lienzo de la noche repleto por los brillantes ecos plateados, azules y rojos de tantos sistemas que era imposible verlos todos con una sola mirada. Sus ojos revoloteaban nerviosos en el cielo intentado fijarse en la mayor parte de aquel espectáculo e intentando saborear cada minuto de aquel momento. La confusión, el cansancio de todos los días de interminable ascenso se agolparon en su mente. Seiza no pudo reprimir la emoción por toda aquella magnificencia y lo poco que podría ser contemplada. No era justo, pensaba, no era justo que toda esa belleza quedara oculta a los ojos de los habitantes de aquel planeta. Por ignorancia o por la falta de valentía para poder arriesgarse a venir, nadie en el universo era consciente de aquel tesoro.

Sintió tanto dolor en el corazón que tuvo que sentarse en una piedra cercana y tomar aliento para intentar deshacer un nudo en su garganta. Las lágrimas a estas alturas se agolpaban ante sus ojos, ansiosas por salir y liberar la tensión de un alma cansada, y en un instante aquellas lágrimas ya caían abundantemente reconfortando por un segundo las frías mejillas de Seiza, para luego dejar que el gélido ambiente lentamente las inmovilizara congelándolas en el suelo al caer, y allí quedaban muertas como testimonio de su cansancio, de su dolor y de la belleza del paisaje contemplado… Eran los ecos de las estrellas, era el lamento del paisaje expresándose a través de Seiza.

Minutos eternos, cargados de lágrimas, pasaron despacio mientras ella intentaba buscarle un sentido a todo, mas en un momento y con un nuevo azote del gélido viento a su mente llegaron unas palabras, una frase que de la nada surgió y sonó en su cabeza aturdida como un pensamiento, como el legado perenne dejado quizás por otro ser que se había quedado fundido con el espíritu de la escarcha que todo lo cubría… una voz con eco que dijo:

«… llegué y contemplé cuando mis lágrimas me lo permitieron… que pertenecemos a algo mucho mas grande que nosotros mismos… algo a lo que aparentemente somos ajenos desde nuestro nacimiento, pero que nos es tan vital como el aire que respiramos… Es aquello que nos mantiene unidos y que al mismo tiempo nos separa enfrentándonos a unos contra otros…».

—Pero no hay nada que mantenga unida a la galaxia, y por ello hay miles de almas que han sufrido estas consecuencias —pensó Seiza.

Ya había dejado de llorar y se preguntaba, ¿era aquella la enseñanza? Pero para ella, aquellas palabras no tenían sentido en el momento presente, quizás si en antiguos tiempos en los que el bien reinaba y unía mentes. Ahora todos aquellos sistemas que se alzaban ante ella eran pequeños fragmentos de un imperio de terror que se resistía a desaparecer. En todos aquellos sistemas se lloraba la injusticia, se lloraban las masacres interminables y se lloraba la huella del mal, millones de gritos de almas venían a sus oídos a través de la fuerza componiendo un cuadro de lamentos que ahora hacían su aparición desde todos los puntos en los que Seiza posaba sus ojos.

Una vez se hubo calmado por completo, se levantó despacio, decidida activó su sable láser, cogió el medallón de su lecho de roca y acercándolo al filo del sable encendido hizo que el símbolo llegara al rojo vivo; mientras tanto volvió a mirar a las estrellas, abarcó cuantas más pudo con sus ojos, y dijo a voz en grito hacia la vasta inmensidad visible que tenia ante si:

—Desde este mismo momento, yo, Seiza Sanui, cueste lo que cueste y aunque muera en el intento, os prometo que haré cuanto esté en mi mano para que volváis a ser parte de una sola galaxia, para que volváis a ser un todo frente al universo.

Acto seguido dejo caer el medallón incandescente sobre la parte interna de su muñeca derecha. Las lágrimas brotaron nuevamente de sus ojos y cayó de rodillas indefensa mirando como el medallón iba perdiendo la incandescencia en su propia piel, mientras, en su mente se repetía a si misma las palabras de su promesa hecha a las estrellas. Desde ahora lucharía en el nombre de las estrellas, y aquel símbolo sería su doloroso recordatorio.

—Notable, señor —dijo el androide médico—. No había creído posible que un humano pudiese recuperarse tan rápidamente.

Hoox se incorporó, prácticamente desnudo, desde su camilla. Aunque aún llevaba vendajes alrededor de las costillas, la mayoría de sus otras heridas se habían curado. En su estado de semidesnudez, era perfectamente visible la horrible cicatriz que Darth Ksar le había causado; con tiempo, descanso y bacta, le había dicho el androide, la cicatriz podría desaparecer totalmente, pero si él se levantaba y hacía vida normal, la cicatriz se mantendría en su sitio. Era difícil eliminar una cicatriz provocada por un sable de luz.

De todos modos, opinaba Hoox, la cicatriz sólo le afectaría estéticamente, y él no tenía preocupaciones en ese aspecto. El androide protestó: Muchas de sus heridas podría reabrirse si volvía a sus actividades físicas normales, su entrenamiento atlético y este tipo de cosas.

—Gracias por su preocupación —había dicho Hoox al androide, dejándole claro que, de un modo u otro, nadie, orgánico o máquina, decidiría las acciones del almirante R. J. Hoox.

Pero, después de una noche de inactividad bañado en bacta, Hoox estaba lo bastante bien para caminar. No permanecería más tiempo en el bacta.

No tenía ese tiempo.

Apenas cubierto con una especie de bata de paciente, Hoox abandonó la enfermería y fue a buscar al capitán Tryskho.

Incluso con el extraño atavío que llevaba, emanaba autoridad.

No tuvo que llegar al puente. El capitán Tryskho salió a los pasillos a hablar con él.

—Hemos saltado al hiperespacio —dijo el capitán— por si acaso el Gremio de Cazarrecompensas nos detectaba.

Habríamos tenido que dar explicaciones…

—Quiero saber todo lo que ha pasado en mi ausencia —exigió Hoox.

—Sí, señor —dijo Tryskho—. Le ruego que me acompañe mientras presento mi informe. Hay… Hay algo que quiero que vea.

—¿De qué se trata? —preguntó Hoox.

—Bueno —dijo el capitán—, precisamente ése es el problema.

No lo sabemos. Verá, cuando usted desapareció, los dos pilotos del Escuadrón Oscuro que quedaban…

Hoox y el capitán se metieron en un tubo elevador que les llevaría a otro punto de la nave insignia.

—¿Entonces qué es lo que envió la guarnición de Gadamar? —preguntó Hoox.

—La investigación todavía no ha dado resultados, señor —dijo Tryskho.

Durante el informe, el capitán había guiado a Hoox hasta el laboratorio donde los científicos estudiaban lo que Tryskho había llamado «el objeto». Tryskho presionó un interruptor y la pared opaca que les separaba del laboratorio se volvió transparente. En el interior, varios científicos y androides estaban alrededor de lo que parecía ser una camilla. Había tantos científicos que era imposible saber qué estaban estudiando.

Un botón abrió la comunicación.

—Doctores —dijo el capitán Tryskho a través de un altavoz—, ¿cómo va la investigación?

La mayor parte de los científicos continuaron su trabajo, pero uno solo de entre ellos se acercó a la pared transparente para hablar con los oficiales.

—No tenemos ni idea de qué es —dijo el científico—. No se parece a nada que haya en nuestras bases de datos. Hay muy pocos hechos concluyentes. Uno de ellos es que, sea lo que sea, está muerto.

—¿Es creíble —preguntó Tryskho— el informe de la guarnición?

El científico desvió la mirada y se encogió un poco de hombros.

—Creo que es demasiado pronto para estar seguros —dijo al fin—. Sin embargo, dada la capacidad cerebral del «objeto», opino que no deberíamos descartar esa posibilidad.

—Todos los presentes han visto el «objeto» —intervino Hoox—, excepto yo.

—Por supuesto, almirante —dijo el científico—. Les diré a todos que se aparten.

—No creo que haga falta —dijo Hoox—. Sin duda están todos ahora muy ocupados. Pero me gustaría echar un vistazo a cualquier holograma que hayan sacado del «objeto».

El científico se alejó hacia un teclado y presionó unos pocos botones. Un holograma del «objeto» apareció ante Hoox.

—¿Reconoce usted lo que es, almirante? —preguntó Tryskho.

—¿Qué haces, Comm? —preguntó Halkias.

—Estudiaba mi próximo objetivo —dijo Seiza—, y no me llames así. Sabes que no me gusta.

Halkias rió.

—Pero a mí sí… Commelina —le respondió, y volvió a reír.

—Te la estás ganando, amiguito —dijo Seiza.

—Uy, qué miedo —dijo él, intercalando pequeñas risitas—. La Jedi se cabrea. Mira cómo tiemblo.

Halkias se rió más alto, casi soltando una carcajada.

—Déjame, anda —dijo Seiza—. Necesito estudiar estos planos. Es importante para…

—Espera, no me lo digas —la interrumpió él—. Es importante para la misión y para el futuro de la galaxia, y el maestro Ashla confía en mí, y etcétera, etcétera. Seiza, es la misma cantinela de siempre. Ya me la sé de memoria. Ahora te irás, me dejarás solo otra vez, y no te veré en no sé cuánto tiempo. Seguramente, cuando vuelvas, pretenderás que todo sea igual que antes.

—¿Acaso crees que me gusta dejarte? —preguntó Seiza con pena—. No lo haría si no fuese importante para…

—¿Cómo de importante soy yo en tu vida? —preguntó él—. No mucho, desde luego, porque jamás me escuchas y haces lo que te da la gana sin pararte a pensar lo que sentimos los que te queremos.

—Halkias, no estás siendo justo y lo sabes —le replicó ella—. Mi cometido es luchar por esta galaxia, y se me acaba el tiempo de…

—Oh, claro, no estoy siendo justo —dijo Halkias—. Te recuerdo que la galaxia siempre estará ahí, pero los demás no sé si estaremos para ti cuando nos necesites. Vive tu vida, Seiz. No vivas la vida por los demás, porque nadie te lo recompensará nunca. Llegará el día en que estés sola, herida, y nadie de los que ayudaste, ni siquiera tu querido maestro Ashla, estará ahí para ayudarte a ti. Entonces…

—Déjalo ya, Hal —dijo Seiza—. Ya conozco tu postura, pero…

—Pero como de costumbre harás lo que te dé la gana —terminó él.

—No me hagas elegir, Hal —dijo Seiza—. Por favor.

—Tranquila, no lo haré —dijo Halkias—. Es obvio que ya has elegido, y que yo soy el perdedor en todo esto.

—Me marcho, Hal, tengo que hacerlo —Seiza se acercó a la salida, pero entonces se detuvo y dijo, sin mirar atrás—. Oye.

—Dime, Seiza.

—Nada, Hal, olvídalo.

Cuánta razón tenia Halkias, pensaba Seiza. Debí quedarme con él cuando tuve la ocasión, debí decirle que le quería más que a nada. No sé si lo sabrá, pero desearía que así fuese. Oh… Desearía tantas cosas…

Una pequeña astronave monoplaza aterrizó en un hangar del planeta Gadamar. Tres cazarrecompensas con armaduras distintas, todas las cuales mostraban impactos pasados, aguardaban al ocupante con las armas preparadas. Dos de ellos llevaban cascos; el otro tenía un rostro lleno de cicatrices.

El piloto de la nave descendió por una escalerilla. Los cazarrecompensas pudieron verle de espaldas y empezaron a establecer hipótesis. Humanoide, muy alto. Demasiado delgado para ser un wookiee. Estaba cubierto por una larga capa y una capucha, sin duda para esconder armamento.

Cuando el piloto estaba al fin en el suelo, uno de los cazarrecompensas se adelantó.

—Identificación y motivo para estar en Gadamar —dijo el cazarrecompensas; su voz estaba deformada por el casco y sonaba como una radio con interferencias.

El piloto sonrió bajo su capucha; su interlocutor pudo ver el reflejo de la luz en algunos de sus colmillos.

—Soy un cazarrecompensas atraído por lo que he oído de Gadamar. Creo que puedo obtener dinero llevando ante la justicia imperial a algunos sicarios de los hutts.

—¿Pertenece al Gremio de Cazarrecompensas? —preguntó el hombre del casco.

—Por supuesto —dijo el hombre de la capa.

—Déjeme ver su identificación —exigió el local.

El otro sacó su mano derecha de debajo de su capa. Sus dedos era larguísimos y cada uno parecía tener cinco falanges. La mano en sí misma era cadavérica y huesuda, con un tono de piel increíblemente pálido.

—No necesitas ver mi identificación —dijo.

—No necesito ver su identificación —respondió el cazarrecompensas.

El hombre de la capa caminó hacia la puerta del hangar, aún embozado, sin esperar más problemas. Mientras, el cazarrecompensas se giró hacia sus compañeros para decirles que todo estaba bajo control. Después, informó por radio a la sede del Gremio.

El hombre de la capa había llegado a la puerta de salida, pero aún no la había abierto. Antes de hacerlo, se volvió.

Su mano derecha era visible, y había levantado el dedo índice.

—Una cosa más —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó el cazarrecompensas.

El hombre de la capa encendió un sable de luz carmesí. El cazarrecompensas con el que había hablado seguía medio atontado, pero los otros dos reaccionaron.

No tenían ninguna oportunidad.

Los blásters empezaron a escupir sus disparos, pero la criatura de la capa los esquivó saltando hacia adelante.

Ahora podían ver al fin su cuerpo, esas piernas con doble articulación, esos brazos con dos codos… La capucha se echó hacia atrás y los cazarrecompensas vieron también el rostro deforme y desfigurado de Darth Ksar.

Al aterrizar, Ksar acabó con uno de los cazarrecompensas golpeándole con el sable. El otro, el único que no llevaba casco, le disparó a quemarropa, pero Ksar logró reflejar el disparo con su sable para hacer que atravesase el cráneo del cazarrecompensas. Con un rápido movimiento de su arma hacia atrás, Ksar acabó con el último enemigo.

Ksar apagó el filo, giró su sable en su mano en una pequeña pirueta, y lo guardó en el cinturón.

—Nada como un acto gratuito de violencia innecesaria para subirme el ánimo —pensó.

Se ajustó de nuevo la capa y la capucha, y salió a la calle.

La labor que tenía por delante parecía relativamente simple para alguien de sus capacidades, pero el agente enviado antes a hacer esa misma tarea, había sido interceptado y abatido por las fuerzas de seguridad locales. No se podía correr más riesgos.

La cantina estaba poblada de criaturas de muy diversas especies; Ksar ni siquiera podía presumir de conocer los nombres de todas esas razas, aunque sabía que representantes de muchas de ellas habían trabajado en el pasado para los hutts. Quizá se equivocase, por supuesto, y tal vez fuesen mercenarios y cazarrecompensas, fuerzas gubernamentales a su estilo.

De todos modos, no le importaba.

Se fijó en cómo el barman, un hombre grueso y calvo con un enorme mostacho y aspecto afable, limpiaba unos vasos mientras reía animadamente con uno de sus parroquianos, un alienígena verde sentado en la barra. Debían estar compartiendo un chiste. Un análisis más atento, y un breve sondeo con la Fuerza, reveló que el alienígena verde era uno de los mejores clientes del local, y había llegado a confraternizar realmente con el barman.

Ksar se sentó en la barra, cerca del alienígena verde, pero con uno o dos asientos vacíos por medio.

—Discúlpame un momento —dijo el barman a su amigo mientras se acercaba a atender a Ksar. El alienígena asintió con la cabeza y le sonrió, o hizo algo parecido con esa extraña boca suya.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el barman a Ksar.

—Para empezar —dijo Ksar—, disimula sirviéndome algo de osskum. Y después charlaremos.

—Claro, señor —dijo el barman mientras buscaba la bebida.

Se la trajo al cabo de unos instantes, un tiempo en el que Ksar no estuvo ocioso.

El barman puso un vaso de algo amarillo y humeante delante de Ksar.

—¿Y qué más quiere usted?

—Busco a Rougem —dijo Ksar.

—¿A quién, señor? —dijo el barman.

—Fíjate en tu amigo —dijo Ksar, haciendo un leve gesto hacia su izquierda, donde estaba el alienígena verde.

El barman miró al alienígena. Éste estaba asfixiándose, debatiéndose entre la vida y la muerte. Intentaba escupir y no podía; intentaba vomitar y tampoco tenía suerte. Se golpeó la cabeza varias veces contra la barra mientras Ksar, ajeno a todo esto, entrecerraba sus párpados en la medida de lo posible y se tragaba todo su vaso de un golpe.

El alienígena se golpeó contra la barra y se quedó allí, con los ojos abiertos.

—Es usted —dijo el preocupado barman a Ksar—. Se lo está haciendo usted.

Ksar asintió con la cabeza, despreocupadamente.

—Por favor, pare —dijo el barman.

—Demasiado tarde —respondió Ksar—. Ya está muerto. Ahora sigamos hablando. Tu hijo está en el piso de arriba. Puedo llegar hasta él sin moverme.

—No… —dijo el barman—. Por favor, señor…

—Ésta es la quinta cloaca que visito, y en tres de las anteriores estaban convencidos de que podría encontrar a Rougem aquí. Dos de los desgraciados informantes con los que me topé afirmaban lo mismo.

El barman seguía atemorizado.

—Rougem está en la tercera mesa del fondo, oculto detrás de la cortina.

—Gracias —dijo Ksar—. Esperaré otro vaso de osskum allí.

—No servimos a las mesas —explicó el barman.

Darth Ksar le miró. Sus inmensos ojos parecían decir «Si no me sirves, ¿para qué necesito que vivas?». El barman captó el mensaje rápidamente.

Ksar se alejó hacia la mesa. El barman podía ver cómo arrastraba su cola debajo de esa capa, pero no dijo nada e intentó no fijarse. Osskum. Debía preparar osskum.

El hombre de la mesa era corpulento, y casi tan alto como Ksar, pero probablemente pesaba el triple sólo por su musculatura. El armamento le hacía más pesado, más grande y más peligroso.

Especie humana. Inicio de bigote y perilla. Un visor oscuro sobre sus ojos. Sombrero, aunque Ksar pudo detectar debajo las orejas puntiagudas. Un poco pálido, pero nada tan espectacular como el propio Ksar. Pero lo que le identificaba totalmente era la tranquilidad de sus acciones, sus movimientos tan rápidos como precisos.

Él era el mejor cazarrecompensas que había en Gadamar. Era Rougem.

En cuanto Ksar abrió la cortina, Rougem ya estaba apuntándole a la cabeza con un bláster.

—Una razón —pidió Rougem.

—Si tú disparas, yo disparo —dijo Ksar, aunque se refería a su sable de luz. La sonrisa era claramente visible en su rostro.

—Tengo un detonador termal conectado a mis pulsaciones —dijo Rougem—. Si tú disparas, tú mueres.

—Eres el hombre que necesito —dijo Ksar con toda tranquilidad, ignorando que le estuviesen encañonando, y que él tuviese el sable de luz sobre una bomba de relojería—. Quiero contratarte.

—Me caes bien —dijo Rougem—. La mayoría ya se habrían asustado.

Rougem levantó su arma, pero no sonrió. Ksar no dejó de hacerlo. El cazarrecompensas atravesó de nuevo la cortina hasta su mesa, y el monstruo le siguió. Sólo se sacó la capucha cuando la cortina estuvo cerrada.

La mesa era pequeña, pero tenía suficientes asientos para que sobrasen ahora. Ksar se sentó como pudo (Ninguno de los asientos había sido diseñado pensando en piernas como las suyas), y empezó a hablar con Rougem.

—Verás, R… —empezó Ksar.

—Yo hablaré —interrumpió tajantemente Rougem—. He visto lo que hacías ahí fuera con Veeireed.

Ksar pensó que debía estar hablando del alienígena verde.

—¿Para qué contratarme? —preguntó Rougem—. Seguramente puedes usar tus poderes mentales para dominar mi mente.

—Considéralo un voto de confianza —dijo Ksar, sonriendo como un político rastrero—. Una muestra de buena voluntad.

En realidad, la explicación era otra: Si Rougem era controlado por esos medios, perdería buena parte de su eficiencia, tal vez un 20 ó un 30%. No era lo que Manendra quería. Además, Rougem no tenía moral ni decencia; podía ser comprado con facilidad… con fondos obtenidos ilegalmente, claro.

De todos modos, Rougem parecía darse por satisfecho con esa explicación. Por supuesto, sabía que era mentira, pero también sabía que ese arlequín no le iba a decir la verdad.

El barman le trajo la bebida. Rougem estaba un poquito impresionado, porque ni siquiera a él le hacía eso, pero su rostro no cambió en absoluto. Mientras el barman estaba allí, nadie dijo nada.

—Entonces… —dijo Ksar, sonriendo y juntando las manos ante él—. Entonces, si esta parte está clara, hablemos de negocios.

Rougem asintió con la cabeza.

—Hablemos de lo que quiero que hagas por mí —dijo Ksar, apoyando las manos sobre la mesa y girando su rostro.

Rougem negó con la cabeza.

—¿No? —preguntó Ksar, confuso. Por fin había dejado de sonreír—. ¿Entonces de qué hablamos?

—Dinero —dijo Rougem.

Ksar volvió a sonreír y extrajo del interior de su capa una caja metálica bastante grande, de casi medio metro de lado. La abrió y enseñó el contenido metálico a Rougem.

—Otro tanto al final del trabajo —dijo Ksar.

—Me has contratado —dijo Rougem.

—Lo que quiero que hagas es ilegal —explicó Ksar, como quien no quiere la cosa—. Inmoral. Indecente. Inhumano.

Ayudarás a sojuzgar a un montón de personas inocentes.

—Lo que tú digas —dijo Rougem—. Si el dinero es bueno, el dinero es bueno.

Ksar sonrió. Rougem era tan insensible como afirmaba su reputación. Si era la mitad de eficiente de lo que afirmaba su reputación, Manendra habría ganado.

Fin del décimo séptimo capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO: LIBERTAD

Seiza procuraba no mirar y concentrarse en su cicatriz. El doctor Bryony, por su parte, se había alejado unos pasos y ahora estaba dando la espalda a la prisionera mientras, aparentemente seleccionaba una herramienta de entre toda la variedad que poseía.

Alzó una pequeña herramienta compuesta por un finísimo cilindro de unos quince centímetros de longitud y apenas un cuarto de centímetro en la base. En uno de los extremos, la herramienta terminaba en una forma circular de un centímetro de diámetro, perpendicular a la otra base del cilindro.

Los pequeños ojos de Bryony estudiaron con detenimiento el instrumento de tortura. Su rostro se deformó en una horrible sonrisa cargada de sadismo y aspiró aire sonoramente como si quisiera reírse. Seiza no pudo evitar asustarse, aunque ni siquiera podía ver la herramienta.

El doctor se giró y se acercó lentamente a Seiza, con aquel el objeto metálico en la mano. El torturador extendió su mano libre para intentar acariciar la mejilla de Seiza; sin embargo, ella alejó su rostro, atemorizada, y Bryony se encontró tocando con las yemas de sus dedos el cuello y el cabello de Seiza.

El doctor Bryony comprendió que, como era habitual en su trabajo, no contaba con las simpatías de su víctima. Se encogió de hombros mentalmente y puso su instrumento de tortura delante del rostro de Seiza.

—Esto te va a doler un poco —dijo él, y después casi se echa a reír sonoramente—. ¿A quién engaño? Vas a sufrir mucho más de lo que habías creído posible, la palabra «dolor» adoptará un nuevo significado para ti…

Bryony acercó el instrumento al cuerpo de Seiza.

—Será mejor que no te muevas —dijo él—. Va a ser peor para ti.

Seiza aspiró aire y cerró los ojos.

Entonces se abrió la puerta de la mazmorra. El almirante Hoox, con su uniforme de oficial, entró erguido y flanqueado por dos de los soldados más fuertes que Bryony había visto. Hoox caminó hasta ponerse frente a la inmovilizada Seiza y adoptó la posición de firmes mientras los soldados presentaban sus rifles bláster, en diagonal sobre sus pechos. El doctor Bryony les estaba dando la espalda, pero se giró rápidamente al ver a su jefe.

—Todavía no ha hablado, señor —dijo el torturador—. Sin embargo, estoy seguro de que, si me da algo de tiempo…

—Sus servicios ya no son requeridos, doctor —dijo Hoox sin mirarle.

Bryony miró a Hoox, confuso, y parpadeó varias veces en rápida sucesión.

—¿Disculpe? —preguntó.

—Se le abonará la cantidad estipulada —explicó Hoox—. Puede retirarse.

—Pero… —empezó Bryony, y después puso su mirada en los inmensos rifles bláster que llevaban los soldados de asalto. Cabizbajo, se acercó a la puerta de la mazmorra, casi arrastrando los pies y aún sosteniendo en la mano el instrumento de tortura.

—Nunca me dejan divertirme —dijo mientras llegaba a la salida.

Hoox no dijo una palabra. Cuando Bryony estuvo fuera, la puerta se cerró automáticamente, y el almirante habló al fin.

—Liberadla —ordenó a los soldados.

Los dos soldados abandonaron sus rifles y empezaron a trabajar con los grilletes. Introduciendo la clave que Hoox les había proporcionado, éstos se abrieron. Seiza se fijó en que la pasta endurecida que se había formado en los grilletes, se había adaptado rápidamente a la forma de sus manos: Aún se podían ver sus huellas dactilares en la construcción solidificada.

Pero entonces, mientras se frotaba de nuevo las muñecas, miró a Hoox, y el odio empezó a hacer que le hirviese la sangre. Ese hombre, ese monstruo traicionero que…

—Supongo que puedes caminar —le dijo Hoox, interrumpiendo su cadena de pensamientos.

Seiza en silencio le miró, levantó una ceja y sin mediar más gestos le sacudió una sonora bofetada en el lado derecho de la cara que hizo que Hoox torciera la cabeza.

Los soldados de Hoox se miraron mutuamente.

—Sí, ya veo que no estas mal del todo —dijo Hoox algo atontado—. Te ruego pues que me acompañes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Seiza.

—Debo enseñarte algo —dijo Hoox, enigmáticamente.

—Olvídalo —le replicó Seiza—. Si es otro de tus trucos para averiguar la localización de Ashla…

—De pronto, Ashla ha dejado de importarme —dijo Hoox, interrumpiéndola de nuevo.

Ella se quedó aturdida por esta revelación. Hoox no parecía mentir.

Claro que no sería la primera vez que la engañaba.

Seiza meditó pragmáticamente un instante. La opinión que ella tenía de Hoox era increíblemente mala, y pensó que tal vez era preferible ser torturada antes que pasar un solo instante más con él.

Pero una fracción de segundo después, comprendió que no era cierto.

En ese momento, dos hombres le habían presentado enigmas, y ella podía averiguar la respuesta a uno. La conclusión era que prefería averiguar qué quería enseñarle Hoox, y no qué podía hacer Bryony con esa cosa redonda al extremo de un cilindro.

—Está bien —dijo Seiza—. Tú ganas, como siempre. Vamos.

—Seiza… —empezó Hoox.

—Espero que tengas algo importante que enseñarme —le interrumpió ella—. No malgastes mi tiempo.

Hoox comprendió que Seiza estaba muy enfadada con él, y que no le faltaban razones para estarlo. Se sintió repentinamente muy triste, pero controló sus emociones para permitir que le invadiese la preocupación.

Hoox se acercó a la puerta, y Seiza le siguió. Él le estaba dando la espalda, y ella comprendió que podía atacarle en cualquier momento. Sin duda, después de haberla sacado de su celda, no planeaba ejecutarla, ni nada parecido; para eso, habría sido más fácil dispararle mientras estaba atada.

Hoox se introdujo en un tubo elevador e hizo una señal a Seiza para que ella también entrase. Habría sido muy fácil derrotar a Hoox, hacerle una presa en el cuello y, cuando el tubo elevador parase, exigir una lanzadera a cambio de romperle la nuca al almirante.

El tubo frenó sin que Seiza hiciese ninguna de esas cosas, y el almirante caminó hasta estar delante del laboratorio donde se estudiaba al «objeto». La pared volvía a ser opaca y no dejaba pasar la luz, pero esta vez Hoox iba a entrar.

Hoox no dijo nada hasta que alcanzó la puerta. Por mera cortesía, hizo un gesto para que Seiza pasase, pero ella, de brazos cruzados, se negó con la cabeza. Hoox entró primero.

Los científicos, que ya no estaban allí, lo habían dejado todo perfectamente recogido. Seiza miró a su alrededor, en busca de lo que fuese que Hoox quería enseñarle.

Y entonces se fijó en un contenedor cilíndrico lleno de una sustancia líquida transparente. En su interior había una criatura alienígena, con una gran cabeza con inmensos ojos compuestos. El cerebro de este alienígena era increíblemente grande, y no tenía una boca en ningún lugar visible. Su cuerpo era muy pequeño en comparación con su cabeza, y en vez de brazos y piernas poseía una gran cantidad de tentáculos. Su pigmentación era de un azul muy pálido, algo que Seiza nunca había visto… en ningún otro representante de esa especie.

El alienígena parecía estar muerto: No se movía en absoluto, y tenía varios agujeros hechos con blásters.

Seiza miró fijamente al cadáver, y Hoox se puso a su espalda, mirando hacia el mismo punto.

—¿Lo reconoces? —preguntó Hoox.

—Por supuesto —dijo Seiza, con odio en su voz; odiaba a esas criaturas tal vez más que a Hoox, aunque éste era un duro competidor—. Es uno de los secuaces de Manendra, uno de esos kreogans.

Hoox asintió con la cabeza.

—Fue abatido en Kerritt —explicó.

Seiza puso los ojos como platos y se giró para mirar a Hoox.

—No puede ser —dijo ella.

—Supongo que sabes lo que Manendra planea hacer en Kerritt —dijo Hoox, con toda normalidad y sin mirar a Seiza.

—Planea hacerse con Kerrit, el sector y la galaxia. —Dijo Seiza con tono de preocupación—. ¿Hasta dónde ha llegado? ¿Controla ya Kerrit?

—No controla Kerritt todavía —dijo Hoox—. Afortunadamente, mi guarnición logró detectar al kreogan.

Al no saber qué era, enviaron un pelotón a investigar. El kreogan intentó dominar sus mentes, pero algunos de mis hombres tenían implantes cibernéticos en el cerebro para mejorar su puntería. Estas cosas —Hoox hizo un gesto despectivo hacia el kreogan— pueden controlar el razonamiento sináptico, pero el código binario les resulta mucho más difícil.

—¿No imposible? —preguntó Seiza.

—Con tiempo —dijo Hoox—, el control sobre la parte orgánica del cerebro habría bastado para impedir el uso de la parte tecnológica. Sin embargo, esos soldados eran de gatillo fácil y frieron al kreogan antes de que pudiese controlarles. Enviaron el cadáver al capitán Tryskho en cuanto pudieron; ellos no lo querían tener cerca.

—¿Cuándo fue esto? —pregunto Seiza.

—El kreogan fue abatido mientras tú estabas en Kerritt —dijo Hoox—. Aproximadamente un día y medio antes de que te fueses.

Seiza respiró aliviada. Halkias y Mhist estaban a salvo; los había visto después de ese momento.

Aunque no estaría de más comprobarlo más tarde, claro.

—Seiza, Manendra está expandiendo sus dominios —dijo Hoox.

Seiza asintió.

—Somos los únicos que tenemos una esperanza de vencerle —explicó él—. Ahora somos inmunes a sus poderes mentales. Te necesito, Seiza. La galaxia te necesita.

Hoox hizo una pausa antes de volver a hablar.

—Debemos regresar a Stige y combatirle juntos. ¿Qué me dices? —terminó.

Seiza miró a los ojos del almirante. Comprendió que lo que decía era cierto, que Manendra era una amenaza para la libertad de la galaxia aún mayor que Hoox.

Se acercó al almirante, levantó las cejas, abrió los ojos, alzó la mano derecha y cruzó la cara del imperial con otra sonora bofetada. Hoox giró la cara hacia la derecha y sintió cómo enrojecía su mejilla por segunda vez en pocos minutos.

—Antes de que siquiera te atrevas a pedirme algo, necesito comer algo decente —ordenó Seiza, enfurecida—. Y descansar: Tú has dormido toda la noche, pero yo no. Bacta para mis heridas, pero ninguno de tus médicos va a ponerme la mano encima. Y necesito algo que esté menos roto que lo que llevo ahora. Entonces y sólo entonces me plantearé si quiero volver allí contigo, ser traicionero —dijo Seiza enfurecida.

—Después de esto —dijo Hoox—, te prometo que no volveré a molestar a Ashla.

—No me fío de tu palabra —le ladró ella.

—Tu androide fué desmontado hace tiempo —enunció él—. ¿Quieres que ordene a mis técnicos que lo arreglen?

—¿Quieres que compruebe tu otra mejilla? —preguntó Seiza, señalándole acusadoramente con el dedo y mirándole fijamente a los ojos.

—¡No! Muy amable —dijo Hoox, tocándose la mejilla y con una ligera sonrisa—. Con dos tengo suficiente, gracias.

Más cabreada y con toda la dignidad que le fue posible, Seiza dio media vuelta y salió a grandes zancadas medio cojeando por la puerta. Hoox no pudo reprimir una sonrisa, que realmente no sabía a qué era dada, porque la cara le dolía bastante.

Rougem acompañó a Darth Ksar hacia la nave de este último.

Las calles de Kerritt seguían pareciendo una zona acosada por la guerra, y en cierto modo lo eran. En menos de cinco calles, Rougem pudo ser testigo de una redada, una batalla campal entre criminales y fuerzas del orden a la luz del día y un enfrentamiento entre dos bandas rivales de cazarrecompensas para ver quién se llevaba el premio por una víctima.

Pero, a la sexta calle, Rougem no vio nada digno de mención.

Bajo su visor oscuro, el cazarrecompensas entrecerró sus ojos. Sólo había un motivo por el cual la actividad se reduciría tanto.

Una emboscada.

Rougem se giró rápidamente hacia Ksar, para acusarle de haber preparado una trampa. El monstruoso Jedi oscuro retrocedió un paso, aparentemente asustado por la imponente furia de su compañero, pero su sonrisa le traicionaba.

Antes de que Rougem pudiese decir nada, sin embargo, alguien gritó «¡Ahora!» y le disparó con un inmenso lanzaproyectiles. Rougem intentó esquivarlo tirándose al suelo, su gabardina ondeó al viento. La carga golpeó el suelo justo a su espalda, provocando una explosión, pero Rougem ya estaba reaccionando: Del interior de su manga surgió una pistola bláster que disparó una vez en la dirección de la que había venido el proyectil.

El desconocido tirador, que había estado oculto hasta poco tiempo antes, no esperaba que Rougem pudiese esquivar y atacarle, así que no estaba preparado. Ese primer disparo acabó con él.

Otros delincuentes menores surgieron de sus escondites, rodeando a Rougem, o eso creían ellos. Desde detrás de cajas, desde ventanas, desde el interior del suelo, varias docenas de canallas en todos los puntos, y desde todas las perspectivas, se preparaban para atacar a Rougem con armas bláster, de proyectiles o personales.

Darth Ksar había aprovechado la confusión de la explosión inicial para saltar sobre la pared de uno de los edificios, y lo escalaba como una horrenda araña, hasta llegar a la azotea, donde no había ningún delincuente.

—Bueno —susurró Ksar para sí—, consideremos que esto es una prueba para Rougem. Aunque no entiendo cómo han conseguido esos rateros armas tan buenas.

Ksar se acercó a la cornisa y observó agazapado, como una gárgola.

Mientras, Rougem consultaba las lecturas de su visor. 21 objetivos, aún quedaban 5 ocultos. Sólo 8 poseían armas para atacar a distancia; podía ver las lecturas rojas de los cargadores. No estaban muy bien organizados; había una zona, justo a su siete en punto, en la que había tres sujetos con armas bláster y otros dos con armas personales, aunque uno de los sujetos con bláster aún estaba escondido.

Era improbable que su presunto nuevo empleador estuviera detrás de esto. Rougem reconoció algunas de las armas como proporcionadas por Dreddon el Hutt, y recordó que

un cargamento de Dreddon se había dado por desaparecido días antes. Conjetura: Un grupo de delincuentes menores, no afiliados a los hutts, se habían hecho con esas armas, y decidieron dar un «golpe» importante para atraer la atención de los hutts y que éstos les contratasen. Si se deshacían de un cazarrecompensas peligroso, seguro que llamarían su atención. Por supuesto, habría bajas, pero cada uno de ellos pensaba lo mismo: «Ahora que tengo un bláster mejor, no seré yo quien caiga».

Rougem miró fijamente al delincuente menor que tenía delante. El susodicho llevaba una pistola bláster pesada y, con una sonrisa realmente patética, apuntó a Rougem, que no hizo ningún gesto para esquivar. Cuando el delincuente apretó el gatillo, Rougem sí esquivó, se giró, extrajo un arma de debajo de su gabardina y disparó una vez hacia donde estaban los tres tipos con armas blásters y dos con armas personales, demasiado juntos.

Rougem parecía haber apuntado demasiado alto, pero el arma que disparaba no lanzó un rayo de bláster. Por el contrario, lanzó una sustancia viscosa y semilíquida, que se inflamó rápidamente al contacto con el aire. La sustancia ardiente cayó sobre los cinco delincuentes, penetrando rápidamente a través de los poros de su piel.

Los cinco, incluyendo el que estaba escondido, se alejaron de ese punto intentando inútilmente apagar el fuego que les cubría.

El autoproclamado líder, que había intentado dar el disparo decisivo a Rougem, había visto cómo su disparo golpeaba inútilmente una pared. Disparó dos veces más contra Rougem en rápida sucesión, mientras le proporcionaba fuego de cobertura un secuaz desde una ventana, justo encima de él, pero Rougem les esquivó a ambos. Rougem disparó una vez al tipo de la ventana, le desequilibró y le hizo caer; el cazarrecompensas sabía que la caída se ocuparía de que abandonase la lucha. Además, cayó sobre su propio amigo.

Quedaban tres armados con blásters, que eran, por tanto, las principales amenazas. Dos de ellos estaban demasiado alejados para poder abatirlos a la vez, así que Rougem sacó un lanzagranadas y disparó dos veces, acabando con los dos tiradores y, de modo casual, con tres enemigos más.

Para entonces, cuatro delincuentes con armas personales, de las cuales la más peligrosa era un vibrohacha, ya se habían acercado a Rougem lo bastante para atacarle. Rougem extrajo su propio vibrofilo y paró los ataques de sus cuatro enemigos, pero en el proceso permaneció al descubierto para que el último bláster le golpease en la espalda. Rougem no sufrió daño alguno; sin duda, llevaba una armadura oculta.

Después, movió rápidamente su vibrofilo y mató a dos de sus enemigos más próximos, hiriendo además a un tercero.

Agarró al último y lo utilizó como escudo humano contra el tirador. El tirador no se dejó intimidar y disparó, abatiendo a su compañero. Después, Rougem disparó contra el tirador, matándole a su vez.

Otro delincuente salió de su escondite, llevando un arma que Rougem no había previsto. Era un arma de largo alcance, pero no un arma bláster. Era un arma arcaica que disparaba pequeños proyectiles sólidos a altas velocidades.

Rougem reaccionó rápidamente haciendo un gesto hacia él antes de que pudiese disparar. El veterano cazarrecompensas había disparado, desde un dispositivo en su muñeca, un arma especial. Era una extraña red, de dos metros de largo por dos de ancho, con ganchos en los extremos. La red se expandía poco a poco según se acercaba al criminal, hasta que le embistió, lanzándole contra la pared como si le hubiesen disparado también a él. El criminal quedó clavado a la pared.

Los últimos dos criminales se mantenían cobardemente ocultos en cuanto vieron caer a la mayoría de los suyos.

Rougem los tenía localizados, gracias a los infrarrojos de su visor. Miró hacia el punto donde se escondía uno de ellos y, al saberse atrapado, el criminal salió de su escondite.

Era un hombre grande y musculoso; estaba claro que hacía ejercicio. No llevaba ningún arma visible, sino que alzaba su puño mientras corría hacia Rougem.

Rougem le disparó.

Después se acercó al lugar donde el último delincuente estaba escondido, en posición fetal y llorando. Rougem le conocía, de haberlo visto por Kerritt. No tenía antecedentes. Era un trabajador serio y formal, que últimamente había tenido mala suerte. Probablemente, sólo necesitaba una nueva oportunidad y conseguiría alcanzar una vida mediocre como profesional de segunda.

Rougem le disparó.

Ksar estaba a punto de aplaudir mientras reía como una puerta automática mal engrasada.

—Muy bien, R., muy bien —dijo el monstruo.

Rougem le miró, pero no respondió.

—Definitivamente, eres el hombre que necesito —continuó Ksar—. Créeme, te lo pasarás muy bien en tu nuevo trabajo.

Tendrás incluso desafíos a tu habilidad. ¿Qué te parece?

Rougem no respondió, pero caminó al lado de la gárgola sonriente.

La vista de Hoox estaba perdida en las estrellas que se mostraban a través de la inmensa cristalera que le separaba del vacío del espacio. Su cuerpo, erguido con los brazos en cruz sobre el pecho, estaba allí, pero su mente no. Se hallaba inmerso en sus pensamientos, pero esta vez no pensaba en guerras o planes militares a realizar, aún y a pesar de estar a punto de iniciar una de sus peores gestas… Su cabeza había sido tomada por otros sentimientos. Se sentía tan perdido como cualquiera de aquellos brillantes puntos que se alzaban ante el sin orden ni concierto.

—Luchar en nombre de las estrellas —dijo una voz que ya le era familiar.

—¿Ashla te lo dijo? —preguntó Hoox.

—Él me lo dijo, pero comprendí el significado tiempo después por mi cuenta —dijo Seiza mientras se acercaba a la altura de Hoox con los ojos clavados en las estrellas que refulgían en la lejanía y los brazos también en cruz sobre el pecho.

—Hiciste bien —dijo Hoox severamente—. Las verdades en boca de otros no significan nada hasta que las hemos aprendido por nosotros mismos.

—Muy cierto —admitió Seiza.

Varios minutos transcurrieron en el más absoluto silencio.

—Gracias por soltarme —dijo Seiza al tiempo que se daba la vuelta sobre sus talones y se dirigía hacia la puerta que había detrás de ella y por la cual había entrado minutos antes.

—De nada —dijo Hoox sin inmutarse.

—Todo un detalle, aunque fuera obligado por el interés militar que te une a mí. No cabría esperar otra cosa de un imperial, por supuesto —murmuró Seiza con tristeza. Y después añadió severamente y en un tono mas alto—. No sé por que miras esos sistemas estelares, jamás te importarán nada, jamas serán nada para ti salvo meros objetivos de poder…

—Estás muy equivocada conmigo Seiza —dijo Hoox con cierta tristeza.

—¿Ah sí? —preguntó Seiza mientras se iba acercando de nuevo a Hoox cabreada por la impasividad de este—. ¿Acaso me vas a decir que alguna vez en tu vida has echo algo impulsado por otro sentimiento que no fuera el interés y las ansias de conquista y poder?

Hoox volvió su cabeza y miró a Seiza a los ojos. Luego añadió:

—He visto miles de estrellas a lo largo de mi vida, y tienes razón en algo, jamás han sido mas que meros objetivos para mí. Pero mientras ha sido así, yo he sabido bien qué hacer al respecto —Hoox se detuvo y suspiró levemente antes de continuar hablando sin dejar de mirar a Seiza, a quien se fué acercando lentamente—. Pero, ya que pareces saberlo todo, ¿me dirás tu qué he de hacer cuando de la noche a la mañana una de esas estrellas, uno de esos meros objetivos, me ha sorprendido al brillar ante mis ojos con luz propia, e involuntariamente se ha convertido en algo tan importante en mi vida que apenas puedo respirar sin pensar en ella?

—¿Luchar… por ella tal vez? —dijo Seiza titubeando y salvando apenas las dificultades que la emoción le ponía para poder articular palabra.

Hoox quien se encontraba a escasos centímetros de ella sonrió ligeramente.

—Luchar por ella, tú lo has dicho, luchar por mi estrella —dijo Hoox mientras le acariciaba suavemente la cara y se disponía a besarla.

En ese momento, Nokeis, totalmente ajeno a todo, entró a paso decidido en la sala mientras en voz alta le indicaba a su almirante que se necesitaba su presencia en el puente de mando. Hoox miró a Nokeis con cara de pocos amigos y luego miró a Seiza quien apenas pudo soportar su mirada mas de un segundo sin ponerse colorada de vergüenza, pero con media sonrisa en la cara le indicó que se marchara con Nokeis.

Fin del décimo octavo capítulo

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO: ROUGEM

El puente de mando.

Una impresionante estructura militar. Seiza sabía cómo eran los puentes de mando de las naves de guerra imperiales, pero nunca había estado en uno tan importante como ése, el de la nave insignia de Hoox. Desde allí se enviaban órdenes a literalmente toda la flota que controlaba el sector. Los técnicos estudiaban datos en sus pantallas, procurando ser ajenos a lo que sucedía a su alrededor, excepto cuando se exigía su atención. Todo el mundo mantenía la pose adecuada. Seiza no había creído posible imponer tal disciplina: Ella había visto androides que se movían con más libertad.

Hoox no estaba impresionado en absoluto, por supuesto. A fin de cuentas, ése era su hábitat natural, el mundo en que se sentía más cómodo (Muchísimo más cómodo que a solas con ella, se le ocurrió pensar a Seiza). Los oficiales que no estaban encargados de controlar pantallas, adoptaron posición de firmes para saludar a Hoox. El capitán Tryskho se esforzaba por ocultar su sonrisa de satisfacción al volver a estar bajo su mando. El cíborg al que Hoox llamaba Nokeis no parecía expresar emociones.

—Señor —dijo Tryskho—, espero sus órdenes.

—Preparen dos cazas TIE —ordenó Hoox—. Sanui y yo vamos a volver al cinturón de asteroides.

El capitán perdió su sonrisa, su satisfacción y su buen humor ante tan devastadora noticia.

—¿Señor? —se permitió preguntarle. Tryskho sabía que Hoox, a diferencia de otros oficiales imperiales, admitía que sus subordinados le discutiesen algunas de sus órdenes menos ortodoxas, siempre y cuando no estuviesen en batalla.

Tryskho también sabía que el almirante rara vez cambiaba de opinión, pero de todos modos, iba a intentar convencerle.

—Tryskho —dijo el almirante—, usted y Nokeis acompáñenme a mi camarote. Debo hacerles partícipes de un plan de altísimo secreto. Tú también, S… Sanui.

Los dos oficiales imperiales se alejaron marcando el paso, Hoox mil veces más imponente que el capitán. Nokeis les siguió con paso casual, a fin de cuentas él no era un militar. Seiza también les siguió, pensando en el efecto que causaría ella, con el uniforme imperial que Hoox le había proporcionado para que ella pudiese deshacerse de los harapos en que se habían convertido sus ropas. En realidad, el uniforme le quedaba ridículamente grande por todas partes, y ella se sentía muy rara vestida de imperial. Se había cortado las mangas con el sable de luz para que las manos no se le quedasen dentro todo el tiempo, de modo que no le molestasen si tenía que coger el sable de luz. De todos modos, su aspecto era… una divertida contradicción.

—Y yo que creía que sería demasiado baja para soldado de asalto —pensaba ella—, y mira, ahora ya soy oficial. —No pudo evitar sonreir.

Cuando entraron en el camarote de Hoox, éste les explicó, a grandes rasgos, qué era el alienígena que había sido abatido en Gadamar. Mientras Seiza se fijaba en cuán espartano era el habitáculo de su… de Hoox, éste hablaba de las capacidades de control mental de esos alienígenas, a los que dio nombre en ningún momento. La impresión que Tryskho probablemente obtuvo era que aún quedaba, en ese asteroide perdido, una especie de panal de controladores mentales, y que Hoox y Sanui, que habían desarrollado inmunidad a esas criaturas, regresarían al asteroide y acabarían con la reina. La impresión de Nokeis se ajustaba exactamente a las palabras de Hoox, hasta el micrómetro.

—Apenas tiene un… catre —pensó Seiza—, porque esto ni siquiera es una cama. El camarote no mide más de seis metros cuadrados. No hay decoración de ningún tipo. El armario tiene una puerta minúscula… Hoox, ¿puedes realmente vivir así? —se dijo a si misma.

—Nokeis —dijo Hoox—, queda al mando.

El cíborg no hizo ningún gesto excepto un leve asentimiento con la cabeza. Tryskho, por el contrario, decidió intervenir.

—Señor —dijo—, no comprendo por qué Nokeis recibe una tarea de tan grande responsabilidad.

—Ahora sabemos —dijo Hoox— que el control mental es más lento cuando la mente a controlar es en parte mecánica.

Debido a sus implantes cibernéticos en el cerebro, Nokeis resistirá el control mental más tiempo que ningún otro.

Además, él puede detectar los síntomas del control mental.

Descenso de la eficiencia superior a un 20%, fallos de coordinación, lentitud de reflejos, sonrisas estúpidas y sin motivo… Los científicos han encontrado las lecturas que indican control mental, obténgalas.

—Sí, señor —dijo Nokeis.

—En caso de que alguien se niegue a obedecer una de sus órdenes, Nokeis —dijo Hoox—, hágalo arrestar. No podemos correr riesgos.

—Sí, señor —repitió Nokeis, con el mismo tono de voz y la misma inflexión. Seiza pensó, al oírle, que se trataba de una grabación de la frase.

—Lo lamento, Tryskho —dijo Hoox—. Me hubiese gustado dejarle al mando, pero las circunstancias indican que no es la persona adecuada para controlar esta crisis.

—S-s-señor —dijo Tryskho, bastante nervioso.

—Usted tampoco, Nokeis —dijo Hoox—, aunque cuente con cierta ventaja. Se mantendrá a un androide en el puente para que le vigile. Si usted llega a ser controlado, el androide dará la alarma.

—Sí, señor —insistió Nokeis; Seiza estaba a punto de echarse a reír.

—Créanme que lamento muchísimo tener que hacer esto —dijo Hoox—, pero no podemos permitir que «eso» entre aquí. Cada uno de ustedes dos tiene, a partir de ahora y hasta mi regreso, autoridad para destruir la nave si fuera necesario, a menos que resulten arrestados y controlados.

—Hoox —intervino Seiza, dando un paso al frente—, lo que estás haciendo es una locura. Él no podrá controlar esta nave desde el cinturón de asteroides.

—Tal vez sí —dijo Hoox—, cuando la nave entre en el cinturón de asteroides. El alcance desde su base puede ser proporcionalmente mayor, tal vez hasta alcanzar la órbita de Stige.

Seiza se sintió aturdida.

—Pero… —empezó a balbucear Tryskho—. ¿Vamos a meter la nave en el cinturón de asteroides?

—Le recomiendo que conecte los escudos —dijo Hoox—. Destruyan todos los asteroides que haga falta.

—Pero, Hoox —dijo Seiza—, ¿para qué tiene que entrar tu nave insignia en la boca del lobo?

—Si fallamos —dijo el almirante—, si morimos en Stige, ésta es la nave más adecuada para bombardear el asteroide y acabar con esa amenaza.

—¿Por qué no empezamos por esa opción? —preguntó Tryskho—. Metemos la nave, usted se encarga de que nadie nos controle, y destruimos el asteroide.

—Hay gente inocente ahí dentro, capitán —explicó Hoox—. Tal vez podamos salvarles.

Tryskho miró hacia abajo. Era demasiada información para digerirla tan rápidamente (aunque a Nokeis le iba bastante bien).

—¿Cuánto tiempo les damos? —dijo Tryskho al fin—. ¿Cuánto, entre el momento en que ustedes entran en el cinturón de asteroides y el momento en que entramos nosotros?

—Bueno, el cinturón es grande… —dijo Hoox, meditando.

—Stige es también muy grande —añadió Seiza.

—Si lanza contra nosotros todo lo que tenga… —empezó Hoox.

—Tal vez tardemos en encontrar el nido… —dijo Seiza.

—¿Tres días? —le preguntó Hoox a ella.

—Sobrarán —respondió Seiza.

—Creo que podemos permitírnoslos —dijo Hoox—. Al parecer, ni siquiera han controlado el planeta Gadamar. Mientras tanto, ¿qué tal si lo vigilan ustedes? ¿Qué tal si se encargan de impedir que Gadamar sea controlado? Nokeis sólo estará al mando a partir del momento en que entren en el cinturón de asteroides, por supuesto.

—Sí, señor —dijo Tryskho.

Dos cazas avanzaron entre los asteroides. Seiza se sorprendió al ver que Hoox era un excelente piloto, esquivando asteroides con facilidad.

—No debería sorprenderme —pensó—. Ya vi que era buen piloto cuando se enfrentaba a mí.

—Hoox —dijo en voz alta y por el comunicador—, estás pasando por un camino demasiado estrecho, y tus cazas no…

Hoox movió su caza con maestría entre dos asteroides; Seiza se quedó sorprendida, y se imaginó a Hoox en la cabina de su TIE, sonriendo por haberla impresionado.

—¿Qué tal tú? —preguntó Hoox. Ella pudo observar un timbre de felicidad en su voz, aunque podría haberlo malinterpretado. Quizás era sólo la excitación al saber que volvía a entrar en combate. Quizás intentaba disimular su miedo aparentando estar alegre. Quizás…

—Sin problemas —dijo Seiza—. Sólo intento hacerme a la idea de que voy a volver a enfrentarme contra Manendra.

—Ya —dijo Hoox—. No te lo habría pedido si no fuera estrictamente necesario.

—Podrías haberlo intentado tú solo —dijo Seiza.

—¿Y dejarte con Bryony? —se sorprendió Hoox—. Además, hacemos un buen equipo. Hay sinergia entre nosotros… C- combatiendo, quiero decir —se apresuró a especificar—. Ya lo vimos la última vez.

—Tal vez estamos yendo hacia nuestra muerte —dijo Seiza.

—Si debo morir —dijo Hoox—, no se me ocurre mejor compañía que la tuya.

—Embustero —dijo Seiza sonriendo.

—En serio —dijo Hoox.

Seiza miró el caza de Hoox y se concentró en utilizar la Fuerza. Si sus emociones eran lo bastante intensas, ella podría averiguar cuáles eran. Desde luego, Hoox era un hombre decidido pero… Bueno, la emoción más perceptible que venía de ese caza era…

Maldita sea.

Los cazas habían alcanzado el asteroide Stige, y se habían introducido con cuidado y aparentemente pasando desapercibidos. A Seiza se le ocurrió preguntarse si Manendra habría previsto la posibilidad de una invasión.

Hoox estaba seguro de que sí, sobre todo después de que ellos dos hubiesen huido sabiendo todo lo que sabían.

Los cazas avanzaron por los túneles hasta encontrar una de las salidas. Uno de los complejos se alzaba ante ellos, como una inmensa ciudad rodeada por una cúpula opaca de piedra.

En cuanto estuvieron a tiro, los artilleros empezaron a dispararles. Seiza intentó esquivar los disparos, pero los controles estaban atascados, y ella comprendió que la habían atrapado en un rayo tractor. Hoox reaccionó abriendo fuego contra los artilleros. Había muchos, pero Hoox era muy preciso en sus ataques y logró abatir a algunos. Seiza imitó su ejemplo y disparó; ella no era tan buena artillera como él, pero también les puso en jaque.

De pronto, los puestos de artillero dejaron de disparar.

Manendra había retirado a sus hombres. Hoox destruyó igualmente algunos cañones, por si acaso.

Los dos cazas aterrizaron en el mismo hangar, y parecía que todos los artilleros estuviesen allí. Un montón de hombres, vestidos con monos, en perfecta formación y llevando orgullosos sus gemas y sus sonrisas de felicidad estúpida, apuntaban con armas bláster a Hoox y Seiza. Ella activó su sable. Él sólo hizo un gesto despectivo con la mano.

La primera fila de hombres salió catapultada hacia atrás, empujando en el proceso a todos los demás. Nadie podía disparar; estaban ocupados formando una especie de bola, hasta que chocaron contra una puerta cerrada y todos cayeron inconscientes.

—Te estoy viendo —dijo Hoox.

Uno de los hombres no estaba inconsciente. Levantó su pistola bláster y disparó una única vez, apuntando al inmóvil Hoox. Seiza se puso delante de él y movió su sable de luz para interceptar el disparo, que golpeó inofensivamente una pared. Hoox no hizo ningún gesto, pero el tirador hizo una mueca y, esta vez sí, fue noqueado por una fuerza invisible.

—Sé que nos estás oyendo, Manendra —dijo Hoox al aire y después movió la mano hacia el montón de tiradores—. ¿Cuántos de éstos vas a mandarnos? No te va a servir de nada, y lo sabes. Si es preciso, yo no tengo ningún problema en matarlos. Pero no será con carne de cañón que conseguirás detenernos.

Respondiendo a la amenaza de Hoox, se abrió la puerta con la que habían chocado.

Al otro lado sólo había un hombre.

Rougem.

El cazarrecompensas se alzaba, imponente, sobre sus más de dos metros, sin hacer un solo movimiento amenazador… lo cual resultaba mucho más amenazador que cualquier movimiento que pudiera hacer. Sus ojos estaban ocultos tras el visor, pero sonrió mostrando sus dientes. Tres filas de colmillos triangulares surgían de cada una de sus encías.

Una centena de navajas capaces de cortar el acero rodeadas por su descuidado corte de barba.

Seiza levantó su espada, poniéndola perpendicular al suelo mientras la cogía con las dos manos sin dejar de mirar a su enemigo. Era el protocolo de combate que se esperaba de un Jedi. Hoox no hizo ningún movimiento.

Rougem realizó unos movimientos determinados, preparando sus músculos para el combate. Ahora estaba dispuesto para luchar.

Hoox reconoció los movimientos de Rougem y aspiró aire sonoramente.

—¿Qué pasa? —le susurró Seiza, sin dejar de mirar a Rougem.

—Concéntrate en el combate —dijo Hoox, preparando su sable de luz. Él no iba a hacer que Seiza se distrajese en un momento tan peligroso.

Los dos usuarios de la Fuerza cargaron contra su enemigo.

Seiza confiaba en vencerle rápido:

Era sólo un cazarrecompensas, no tenía siquiera un sable de luz. Sin embargo, debido al susto que se había llevado Hoox, ella no quería darle ninguna oportunidad.

Hoox y Seiza llegaron a donde estaba su impasible enemigo, y ambos atacaron con sus sables de luz; Seiza lo movió en una finta horizontal, y Hoox intentó atacar en vertical.

Rougem se tiró al suelo para esquivar el ataque de Seiza y, antes de que el sable de Hoox llegase a tocarle, él golpeó con su pie la nalga del almirante. De la punta de su bota

había surgido un pequeño vibrofilo, que rozó la piel de Hoox y le hizo derramar su primera sangre. Hoox no gritó, pero el dolor del rasguño le mantendría ocupado un par de segundos.

Uno aturdido; ahora había que ocuparse del otro.

Seiza intentó aprovechar que Rougem estaba en el suelo para atacarle, pero Rougem extrajo de su manga un pequeño lanzallamas. Un cono de combustible ardiente de dos metros de longitud apareció entre Seiza y su objetivo. Ella tuvo que retroceder, sorprendida y, ¿cómo negarlo?, un poco asustada por el fuego. Mientras, Rougem se levantó.

Hoox logró recuperarse antes de lo que el cazarrecompensas esperaba, y le atacó silenciosamente desde el flanco, pero el cazarrecompensas fue lo bastante rápido para mover su mano y agarrar la mano de Hoox que sostenía el sable.

Rougem mantuvo un pulso de fuerza bruta contra el imperial, aplastándole los dedos mientras le impedía golpear con el sable, y aprovechó la otra mano para coger una pistola bláster y disparar contra Seiza en rápida sucesión. Ella logró deflectar los disparos con su sable, pero no se atrevía a redirigirlos contra Rougem por miedo a darle a Hoox.

—¡Aggghhh! —gimió Hoox; sus dedos empezaban a pasarlo realmente mal. Debido al grito, Rougem se confió un instante, y eso fue todo lo que necesitó Hoox para hacer un sutil truco de contorsionista y sacar su mano de la presa.

Aprovechó la oportunidad para alejarse un par de pasos.

En el proceso de soltarse, Hoox abandonó su sable de luz en el puño de Rougem. Rápidamente, Rougem lo miró, comprendió que su falta de experiencia con un arma así le podía salir muy cara, y arrojó el sable a un pozo de ventilación.

Antes de que el sable llegase al pozo, se detuvo en el aire y salió volando hacia la mano de Hoox, que lo recogió.

Seiza aprovechó la ocasión para atacar a Rougem con el sable sobre la cabeza, pero Rougem se movió rápidamente y le golpeó dolorosamente en la cara. Ella retrocedió, intentando averiguar si sangraba por la nariz.

Hoox no atacó entonces a Rougem. Parecía bastante claro que Rougem peleaba mejor que cualquiera de ellos en solitario, así que dedujo que su única oportunidad era atacarle los dos juntos. Mientras Seiza se recuperaba y pasaba una mano por su nariz (la mano acabó seca excepto por un par de mucosidades; menos mal), Hoox se mantuvo en guardia, a unos seguros tres metros de Rougem, y formando un triángulo con Seiza. Durante un segundo, Hoox desvió sus pupilas para mirar a su… a Seiza (¡Deja de pensar así!, se reprochó) para comprobar que estaba bien, y después volvió a mirar a Rougem. Rougem tenía que girar la cabeza para mirar a cada uno y, aunque era el único que aún no había derramado su sangre, se sabía en desventaja.

De pronto, Rougem disparó con su pistola bláster hacia los controles de iluminación, y sumió el hangar en tinieblas.

Quedaba cierta iluminación que provenía de la puerta abierta a la espalda del cazarrecompensas, pero eso era todo.

Entonces, el cazarrecompensas saltó verticalmente hasta desaparecer de la vista de sus enemigos.

—Conozco ese truco —pensó Seiza—. Ashla me lo enseñó.

Pero Seiza estaba equivocada. No se trataba de una habilidad Jedi. Rougem poseía implantes cibernéticos en sus piernas que le permitían dar saltos muy altos, y ahora estaba agarrado al techo con las manos. Avanzó con cuidado, pasando de una tubería a otra y quizá a un cable, como un enorme y mortal insecto lleno de aguijones, hasta alcanzó una pared. Después, empezó a descender.

Ahora ya había puesto a sus enemigos ante la puerta, y por tanto ellos no podrían ver su silueta. Él no contaba con ese tipo de desventaja: Gracias a su visor, podía ver en la oscuridad perfectamente. Mientras una mancha roja que era Seiza se movía, confusa, dando vueltas para intentar encontrarle, la otra mancha roja se mantenía inmóvil, como meditando.

—Un enemigo peligroso —pensó Rougem—. Ahora que no cuenta con sus ojos, los ha cerrado e intenta concentrarse en sus otros sentidos. A alguien así no le podré dar desde aquí…

Rougem, aún pegado a la pared como el mejor escalador (Las ventosas retráctiles en manos y pies ayudaban un poco), cogió un objeto cilíndrico que no tenía nada claro qué era, pero pesaba lo bastante para sus fines. Se lo lanzó a Seiza con mucha fuerza.

Hoox oyó el sonido del cilindro volando y dando vueltas, y se tiró al suelo.

—¡Seiza, cuidado! —gritó.

Era demasiado tarde. Seiza sintió el peligro pero no pudo esquivarlo y el objeto le golpeó en la cabeza con tanta fuerza como un bantha embistiendo. Cuando su cuerpo cayó al suelo, ella ni siquiera podía sentir los fluidos que se deslizaban sobre sus mejillas.

—A oscuras, tiene ventaja —pensó Hoox—. Además, si coge a Seiza como escudo humano… Tengo que sacarle de aquí.

Hoox se acercó a la puerta abierta y se quedó en ella, para asegurarse de que Rougem le viese. Rougem no veía la silueta perfilada, sino una forma perfectamente clara, con un sable de luz encendido. Un objetivo claro… que estaba mirando directamente hacia él.

—No puede saber dónde estoy —pensó Rougem.

Hoox corrió directamente en la dirección de la que venían los sutiles sonidos, con la espada levantada. Rougem se vio obligado a moverse, a saltar desde la pared al suelo mientras el sable de luz destrozaba el lugar donde él había estado un instante antes. Pero, cuando se apoyó en el suelo, Hoox también oyó ese sonido y dirigió su sable hacia él.

Rougem volvió a esquivarle, y empezó a correr. Se dirigía instintivamente hacia la salida, siguiéndole el juego a su enemigo. El imperial siguió al cazarrecompensas hasta el pasillo que comunicaba con el hangar y, una vez fuera, sostuvo su sable con las dos manos y sonrió amenazador.

Rougem le miró, irritado. Sabía que ahora no podía volver al hangar, y tenía que combatir con esta persona en igualdad de condiciones. En el pasillo había demasiadas fuentes de iluminación. Sacó de su gabardina un arma bastante grande que Hoox no había

visto antes, y disparó varias veces. Pequeñas esferas de unos pocos centímetros de diámetro surgieron del cañón y se acercaron a Hoox. Cuando éste intentó destruir una, la esfera explotó con mucha fuerza; el sable de Hoox empezó a vibrar, pero él se empeñó en hacer explotar a las demás esferas. Después de todo, siempre sería mucho mejor eso que permitir que las esferas explotasen al golpearle a él.

Dos de las esferas lograron atravesar la guardia de Hoox y explotaron al contacto con su piel. Hoox cayó al suelo de espaldas, apoyándose en las manos. Rougem le apuntó de nuevo con el arma, preparando un disparo que le daría de lleno en la cabeza.

Hoox cerró los ojos y se concentró.

El arma de Rougem explotó en su mano. El cazarrecompensas no sufrió daños, pero se quedó sin su juguete y tuvo que tirarlo. Mientras tanto, Hoox ya se había recuperado y levantado, y atacó a Rougem con su sable. Rougem intentó esquivarle, pero Hoox había previsto esta posibilidad y, haciendo girar el sable en su mano como si fuese un bastón, atacó de nuevo a Rougem en una rápida sucesión. El cazarrecompensas sufrió un corte superficial en la gabardina y en el torso, pero no cayó sangre.

—Quizá no puedas sangrar —pensó Hoox—, pero veamos cuán peligroso eres con la cabeza separada del cuerpo.

Rougem se dio cuenta de que había perdido varias de las armas que llevaba ocultas, pero atacó amenazadoramente a Hoox con sus seis filas de colmillos. Hoox retrocedió un paso y contraatacó con su espada. Rougem alejó su cabeza mientras se prometía mentalmente que no volvería a intentar esa estupidez.

Aún aturdido por la pérdida de su armamento, Rougem tuvo que seguir retrocediendo cuando Hoox le atacó de nuevo, sin darle ocasión de recuperarse o de preparar una estrategia.

Encontró una puerta y decidió entrar y cerrarla. Eso le daría ocasión de recuperarse, mientras Hoox buscaba la forma de abrirla.

Rougem recuperó el aliento y se fijó en que era una especie de hangar, uno de estos sitios donde guardaban vehículos repulsores que, sobre vías, avanzaban hacia otros complejos subterráneos. Pero no tuvo tiempo de pensar más en eso: Hoox ya había introducido su sable en la puerta y empezaba a hacer un agujero. En esos preciosos segundos que tardaría, Rougem ya se había preparado. Con otra arma de su interminable arsenal, apuntó al semicírculo que Hoox estaba cerrando y, cuando el círculo estuvo completo y empezaba a caer, Rougem disparó.

El disparo atravesó el agujero redondo y golpeó una pared al otro lado. Hoox era lo bastante listo para no quedarse dentro de su propio círculo de fuego.

La puerta se abrió, deslizándose hacia un lado, y Hoox entró. En vez de adoptar una postura amenazadora, se agachó y empezó a correr, esquivando un nuevo disparo de Rougem.

—Es un lanzaproyectiles wookiee —pensaba Hoox—. En vez de quedarse la cabellera…

Cuando Rougem estuvo a medio metro de él, Hoox le atacó con su sable, y logró por fin golpearle. Rougem retrocedió, herido, y Hoox avanzó para golpearle de nuevo. El cazarrecompensas extrajo un vibrohacha, la encendió y perforó el vientre de Hoox. El imperial le obligó a soltar el arma moviendo su sable, pero el hacha se quedó en el interior del cuerpo de Hoox, vibrando y causándole cada vez más daño, cada vez más dolor.

—Sólo necesito unos segundos más —pensó Hoox, empapado en sudor mientras su uniforme se manchaba de sangre—. No es tan grave, ni siquiera ha salido por el otro lado.

Con el ceño fruncido, Hoox atacó de nuevo a Rougem y, de un golpe de sable de luz, logró cortarle el brazo izquierdo. La herida se cauterizó al instante y no salió una sola gota de sangre, pero Rougem gritó de dolor. El brazo, a diferencia de otras partes de su cuerpo, era orgánico.

Sin embargo, Rougem aún contaba con su brazo derecho. Hoox estaba demasiado cerca para usar un rifle, así que sacó una pequeña pistola de proyectiles sólidos con aspecto peligroso, y disparó a Hoox, dándole en el corazón con un extraño dardo mientras él le golpeaba una vez más con su sable.

Ambos habían sido gravemente heridos en ese último intercambio. Rougem retrocedió, y comprendió que sus heridas eran mortales, así que sonrió a Hoox con sus dientes de tiburón: Si ese dardo explosivo no acababa con él, lo haría el detonador termal.

Entonces Rougem sintió una sensación extraña. Hoox estaba en su cerebro, pero él no podía comprenderlo. Era algo muy raro, algo que ya había sentido antes, al entrar en Stige…

—¡Urk! —dijo Rougem.

Rougem sentía como si su tráquea estuviera siendo aplastada. Mareado, retrocedió, sin darse cuenta de que el malherido Hoox, encorvado y sudoroso, le estaba guiando.

Finalmente, el cazarrecompensas cayó, muerto, sobre uno de los trenes subterráneos. Hoox lo arrancó usando la Fuerza, y el tren salió disparado sobre su vía, a cientos de metros por segundo. Entró en un túnel y siguió adelante.

Hoox pasó a mirar la vibrohacha en su vientre.

—Esto va a doler —pensó, agarrándola por el mango con ambas manos. Cerró los ojos, apretó los dientes y tiró de ella hacia fuera.

De pronto, se oyó una explosión que venía de uno de los túneles. El asteroide entero tembló, y Hoox cayó golpeando su espalda contra el suelo. Sus ojos estaban abiertos, la vibrohacha estaba en su mano, pero su estómago era una mancha carmesí, y el dardo seguía afectando a su corazón cada vez más.

—Seiza… —fue la última palabra que dijo antes de cerrar los ojos.

Fin del décimo noveno capítulo

CAPÍTULO VIGÉSIMO: ESTADO CRÍTICO

Seiza abrió los ojos.

Le dolía la cabeza. Pensó que probablemente tendría un chichón, o quizás un corte. Aún aturdida, se llevó la mano izquierda a la frente, el punto que más le dolía, en un intento de privarse de parte del sufrimiento.

Su frente estaba demasiado mojada…

Rápidamente, Seiza separó su mano de la cabeza y la miró.

Sus dedos mostraban unas manchas rojas en los puntos que habían tocado su frente.

Seiza se giró para mirar a su alrededor, y encontró en el suelo un cubo, un pequeño bidón metálico, cerca de donde había estado su cabeza mientras ella estaba inconsciente.

Razonó que le habían lanzado el bidón a la cabeza, y después el bidón había rodado hasta su posición actual.

Y le habían causado heridas graves en la cabeza.

Tal vez sólo su resistencia Jedi había permitido que despertase antes de morir. Pero, ¿cuánto tiempo le quedaba?

Seiza parpadeó una vez con sus largas pestañas y observó algo que le había pasado desapercibido. Volvió a parpadear, y después casi cerró los ojos, forzando su visión para adaptarla a la oscuridad que la rodeaba.

¿Qué era lo que había dentro del bidón? ¿Qué era ese rastro que el bidón había dejado por el suelo?

Seiza se agachó y, con los dedos de su mano derecha, la mano que aún estaba limpia, recogió un poco de la sustancia líquida que había salido del bidón. El color de las manchas era similar al color de las otras manchas.

Ella acercó a su nariz estas nuevas manchas y las olió. El olor era muy intenso, muy fuerte… Probablemente un disolvente o algo parecido. Después, se olió los dedos de la mano izquierda. El mismo olor.

Se acercó al cubo, cuya tapa estaba abierta. Observó entonces que, efectivamente, el cubo estaba abierto y de él había surgido su contenido carmesí.

Seiza resopló aliviada. No estaba sangrando tanto como creía: El cubo se había abierto cuando le golpeó la cabeza, y la había manchado de disolvente. Por supuesto, ella tenía al menos un corte en la frente, y el disolvente que entraba en él no le proporcionaba ningún beneficio.

—Y ahora que ya sé cómo estoy y dónde estoy —pensó Seiza—, ¿dónde están los demás? ¿Hoox y ese cazarrecompensas? Si Hoox ha vencido, ¿por qué no está aquí? Y si ha perdido, supongo que soy la última esperanza del sector.

Seiza se fijó en que la puerta estaba abierta, y era seguramente la mejor salida; los cazas en que ella y Hoox habían llegado, seguían en el hangar.

—La puerta entonces.

En cuanto dejó el hangar, sintió una punzada de dolor en el corte de su frente y volvió a llevarse la mano allí. El cambio de ventilación, pensó. Seguramente habría aire acondicionado en el pasillo, o algo parecido.

No tenía tiempo que perder en esas elucubraciones. Se concentró en ignorar el dolor y en buscar pistas. Su cadena de pensamientos la había llevado a suponer que Hoox y el cazarrecompensas habían salido al pasillo pero, ¿después qué? ¿Adónde fueron?

Manchas en el suelo.

Y en las paredes.

Pequeñas explosiones.

Seiza sonrió un instante y después siguió el rastro.

Encontró restos de un arma que parecía haber explotado…

No era fácil que alguien como Hoox pasase desapercibido.

Bastaba con seguir las columnas de humo.

Hasta que encontró una puerta semiabierta con un agujero perfectamente redondo en el centro. Sólo un sable de luz podría haber hecho ese agujero. Sin pensar que habría podido ser Darth Ksar, Seiza empujó la puerta hacia un lado y entró.

Vehículos repulsores. Al fondo había un montón, todos estabulados. Excepto uno de los andenes, que estaba vacío, todos los demás tenían su vehículo preparado para hacer una escapada rápida.

Y Hoox, claro.

El imperial estaba tumbado en el suelo, boca arriba. Tenía los ojos cerrados y una vibrohacha cerca de su mano.

—¡Hoox! —dijo Seiza, la alegría visible en su voz. Corrió hacia él, y entonces pudo ver el resto.

Había perdido mucha sangre. Su estómago y sus piernas estaban teñidos de rojo, y esta vez era sangre de verdad.

Tenía un dardo clavado en todo el corazón.

—No —dijo Seiza, asustada y retrocediendo un poco. Se acercó al almirante, se arrodilló junto a él y sostuvo su cabeza con las dos manos. Los ojos de Seiza se empezaron a llenar de lágrimas que, deslizándose por sus mejillas, caerían en el cabello negro de Hoox.

Seiza se esforzó por sentir en la Fuerza la presencia de Hoox. Ella deseaba realmente que siguiese vivo, y no le permitiría morir, aunque ya hubiese muerto.

—No puedes hacerme esto, Hoox —susurró—. Yo…

Seguía vivo.

Esa chispa que Seiza había sentido era inconfundible. Hoox seguía vivo. Quizá fuese su autodeterminación, su voluntad, o sus poderes del lado oscuro, pero seguía vivo.

Claro que no seguiría vivo mucho tiempo si Seiza no hacía algo.

—Un medpac, rápido —pensó ella—. Tiene que haber alguno por aquí. No puedo conseguirte un tanque bacta Hoox, pero estabilizaré tu condición, y después te curaré.

Seiza miró a su alrededor. No encontraba medpacs por ninguna parte, hasta que se le ocurrió fijarse en los transportes.

—Si tengo suerte… —pensó, acercándose a uno.

Efectivamente, como medida de seguridad, cada transporte llevaba un medpac. Seiza cogió cuatro y escondió tres en su ropa; el último lo llevaba en la mano. Se acercó a Hoox y observó con atención su cuerpo inconsciente. Un dardo clavado cerca del corazón, pero ese maldito proyectil estaba abriéndose camino lentamente. También observó la ropa de Hoox: Empapada en sangre, pero con un único corte grave, justo en el vientre.

—Respecto al dardo —pensó—, no puedo hacer nada, al menos por ahora, y sólo espero que no haya penetrado demasiado hondo todavía. Pero el estómago parece una herida de vibrohacha normal. Bastante profunda, pero normal.

No queriendo desabrochar la ropa de Hoox, Seiza se limitó a romperla para poder tener acceso a la herida. Había perdido mucha sangre, y si no hubiese sacado la vibrohacha, habría muerto horas atrás. Ahora tenía una oportunidad.

Ashla había insistido en que Seiza aprendiese al menos las nociones básicas de medicina para realizar curaciones en condiciones de combate. Con un medpac, eso no iba a ser muy problemático, pensó ella.

Seiza cogió un desinfectante y empezó a aplicarlo sobre la herida. Ella sabía que el proceso completo podía llevarle varios minutos, o más si su propia herida no dejaba de molestar.

Antes de que el desinfectante hubiese terminado de ser aplicado, cinco alienígenas insectoides aparecieron en la puerta semiabierta, siseando y agitando sus pinzas. Seiza desenfundó una pistola bláster que debía llevar oculta en algún lado, y disparó cinco veces, acertando siempre en la cabeza de uno de los insectos.

—No tengo tiempo para esto —pensó Seiza y, enfurecida, se levantó del cuerpo de Hoox y se dirigió a una terminal de ordenador desde la que se controlaban las idas y venidas de los trenes subterráneos. Ella empezó a teclear, realizó cuatro trucos que Halkias le había enseñado, y los efectos se hicieron notar en los computadores del mismísimo Manendra.

Manendra estaba enfadado.

Las cámaras en el lugar donde estaban los intrusos… se habían apagado. Esa hembra había logrado interferir la señal.

Después, uno de los trenes subterráneos había salido. De todas las señales que el tren debía emitir… no se recibía ninguna.

—Está claro lo que pretenden —pensó Manendra—. Ha huído al único lugar de Stige que no puedo tener vigilado: Los túneles entre los complejos. Cree que, como logró ocultarse allí una vez, ahora también podrá hacerlo. Pero no me costaría nada enviar tropas en su búsqueda…

Manendra siguió pensando.

—Búsqueda —pensó—. ¿Y si la encuentran? Ni los kreogans, ni los insectos, ni nada de lo que puedo lanzarles, lograría hacerles frente. El cazarrecompensas está muerto, aunque logró acabar con uno de los intrusos. Sólo alguien como Darth Ksar puede vencerla… Aunque la respuesta a mi dilema es obvia. Cuando mis tropas la encuentren, serán sacrificadas, pero yo obtendré la posición de esa hembra, y podré enviar a Ksar.

Antes de dar la orden de salida a sus tropas, Manendra tuvo otro pensamiento.

—Por supuesto, podría ordenar a las tropas del complejo 1 que saliesen en su búsqueda. Pero esa hembra ha tenido ocasión de colocar una trampa en los trenes subterráneos del complejo 1. No me sobran tropas. Tendré que mantener las del complejo 1 en el complejo 1.

Seiza seguía en el complejo 1, al lado de los trenes subterráneos. El tren que había salido por las vías, explotaría dentro de un rato. Pero a ella no se le había ocurrido intentar mover a un herido, sólo hacer que Manendra lo creyese.

—No es dónde estoy —pensó—, sino dónde puedo estar. Ya no me ves, y ahora… sólo soy tus miedos.

A fin de cuentas, era más o menos lo mismo que había hecho tantas veces contra Hoox para ponerle nervioso y obligarle a cometer errores.

Después, cuando estuvo razonablemente segura de que Manendra consideraría tabú esa habitación, volvió a mirar a su paciente.

Estaba despierto.

Seiza se acercó a él. Hoox intentó levantarse, y un dolor inhumano le desgarró las entrañas como si alguien hubiese echado vinagre sobre sus ya graves heridas. Seiza aceleró su paso, preocupada, y se acuclilló junto a él.

—Estás malherido —dijo Seiza.

—Rougem… —logró decir Hoox, con los ojos vidriosos y cara de gravedad—. D… Dardo explosivo…

—Mira, estás sangrando mucho —dijo Seiza, tomando un poco de la sangre que le había caído en el vientre y, en menor medida, en el pantalón—. Hay que detener la hemorragia.

Hoox giró un poco la cabeza para mirar a Seiza. Podía ver en su preocupado rostro una herida en la frente y un montón de líquido rojo que, igual que había hecho ella al principio, tomó por sangre. El líquido rojo le cubría una mejilla y le manchaba un lado de la ropa.

—Pues tú no te has mirado al espejo —parecía decirle con la mirada.

Seiza sonrió al comprender lo que estaba pensando.

—Tranquilo, sólo tengo un corte en la cabeza —le dijo—. Lo demás creo que no es mío.

Seiza aplicó un poco más de desinfectante sobre la herida.

Hoox sintió el deseo de gritar, de rugir como una fiera y de blasfemar lo más alto posible. Apretó los dientes y no lo hizo. Después de todo, estaban en la guarida de su enemigo.

—No te preocupes tanto —dijo Hoox—. Es una herida superficial.

—Para ser superficial —replicó Seiza—, has perdido mucha sangre.

—Puedo con eso —insistió él—. Es el dardo lo que me preocupa.

Seiza miró el dardo, y compartió su preocupación. Era un dardo explosivo, y estaba muy cerca del corazón. Si ella intentaba sencillamente arrancárselo, el dardo explotaría, y en un punto tan importante, le mataría al momento. Pero, si el dardo seguía en su sitio, su pequeño cerebro electrónico le haría avanzar poco a poco, hasta que Hoox muriese igualmente.

—Realmente —pensó Seiza—, no hay asesino más peligroso que una máquina.

De todos modos, la herida del vientre era igualmente problemática, quizá incluso más. Además, era la única que Seiza podía curar en ese momento, con sólo un medpac.

El vendaje no era perfecto, pero funcionaría, al menos por el momento. La condición de Hoox no empeoraría ya con facilidad, excepto por el dardo.

—Tenemos que marcharnos… —dijo Hoox, que no entendía que Manendra no hubiese enviado ya a alguien a por ellos.

Seiza comprendió que tenía razón. Antes o después, Manendra enviaría a alguien a comprobar esos trenes, o sencillamente volaría la habitación para asegurarse de que no fuese un problema. Además, probablemente Hoox ya podría caminar, al menos un poco.

Asintió con la cabeza y pasó su brazo sobre los hombros de Hoox para ayudarle a levantarse. El almirante rechazó su oferta con un agresivo, aunque no despectivo, gesto de su mano.

—Puedo solo —dijo.

Con visible esfuerzo, Hoox se incorporó, y después, apoyándose en las manos, se levantó. La verdad es que la cura del vientre había sido bastante chapucera, y Seiza empezó a temer por él. Si se excitaba demasiado, el dardo avanzaría aún más rápido.

Pero el almirante se puso en pie cuan alto era. Seiza comprendía la titánica fatiga que esto significaba para él, y también que un hombre tan orgulloso nunca le pediría ayuda.

Aunque la necesitase.

Seiza se acercó a él y volvió a agarrarle por la espalda.

—He dicho… —empezó a replicar Hoox, pero de pronto Seiza le interrumpió.

—¡Cállate! —dijo ella, alzando el tono de su voz y mirándole a los ojos; como ella estaba casi abrazándole, sus rostros estaban más cerca de lo que estarían en una conversación normal—. Puedes hacerlo solo, tú siempre lo has hecho todo solo. Pero ahora escúchame bien: No tienes que hacerlo todo solo. No tienes que estar solo. Ya no estás solo, Hoox. Voy a ayudarte, quieras o no, y no podrás impedírmelo. Porque…

Seiza se detuvo antes de continuar.

—Bien, es suficiente —añadió tras una pausa—. Empieza a moverte.

Ambos caminaron como uno, Seiza ayudando a Hoox. Cada paso que daba Hoox era una punzada en su estómago, pero no se atrevía a discutir con Seiza.

El conducto de ventilación era bastante amplio para poder estar sentados con cierta comodidad.

La entrada había sido un cuadrado de menos de un metro y medio de lado, y se extendía en interminables túneles metálicos con esas dimensiones. Hoox no tenía ni idea de dónde estaban, pero Seiza parecía estar bastante segura de saberlo.

—¿Te quedarás aquí? —dijo Seiza.

Hoox no estaba en condiciones de ir a ninguna parte y, de hecho, ya había resbalado y caído al suelo un par de veces mientras reptaban por los túneles (un giro casi acrobático le había impedido caer sobre el dardo).

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Hoox.

—Vuelvo en seguida —dijo ella—. Necesito unas cuantas cosas.

Hoox estaba bastante sorprendido pero, antes de que pudiese decirle nada, Seiza estaba alejándose por los túneles, reptando. Ya había girado una esquina cuando él levantó una mano en su dirección.

—Seiza, vuelve… —susurró Hoox, a sabiendas de que ella no podía oírle—. Por favor… Te necesito…

Seiza no estaba tan lejos como para no haberle oído.

Hoox era feliz.

Era mucho más joven, y ni siquiera había ingresado en el ejército todavía, pero era feliz. Estaba limpiando los excrementos del ganado, pero era feliz.

Él tenía razón, y siempre la había tenido.

Desde su nacimiento, había sido distinto. Un hijo no deseado, se había ganado constantes palizas de sus padres.

Los otros niños siempre le habían rechazado en sus juegos.

Sus maestros siempre le habían dado pésimas calificaciones.

Y, por supuesto, esto había provocado más palizas.

Hoox llegó a descubrir porqué no sacaba buenas calificaciones, y comprendió a sus maestros: Si él era considerado un gran estudiante, sería enviado a un centro de estudios especial bajo la supervisión de un Moff. Sus padres y antiguos maestros serían retenidos como rehenes, y ejecutados si el rendimiento de Hoox bajaba de un mínimo.

Ante tal riesgo, los maestros no querían genios a su cargo.

Hoox podía comprenderles, pero no perdonarles. Hoox no podía dejar de odiar.

El Imperio gobernaba Junagadh con puño de hierro, pero Hoox descubrió datos sobre los jedi, e incluso sobre los sith. Datos que probablemente el emperador habría preferido que hubiesen sido destruidos.

—¿Y si yo…? —se preguntaba Hoox.

No tenía sentido, pero se lo preguntaba.

Por supuesto, el mejor modo de aprender los caminos de la Fuerza, incluso en el lado oscuro, era con un maestro.

Ninguno había disponible.

Entonces, descubrió el lado oscuro de la Fuerza. Tenía sólo tres componentes: Odio, miedo y agresividad. En la infernal vida que había tenido el joven Hoox, esos tres componentes habían abundado. Además, él era resuelto y no se le daba bien abandonar.

Consiguió una pistola bláster y se disparó en la rodilla.

Necesitó grandes dosis de rabia y frustración para alcanzar su puerta. Pero después, empezó a pillarle el truco.

Pensando en toda la gente a la que odiaba, pudo echar a correr.

Y corrió, veloz, durante mucho tiempo, mientras la herida de la rodilla empezaba a desaparecer. Cuando regresó a su casa, había anochecido.

Se ganó otra paliza, y la tarea de limpiar excrementos de ganado del terreno, pero empezó a sonreír. Oh, sí, él tenía ese don que incluso el emperador había llegado a temer.

Encontró un frasco de cristal entre los excrementos. Lo sostuvo en su mano, y cerró el puño, convirtiendo el vidrio en un millón de fragmentos que se clavaron en su carne más profundamente cuanta más fuerza hacía él. Pero no sentía nada. Sabía que estaba herido, y que debía sufrir pero, gracias al lado oscuro, controlaba su Fuerza interna.

Dejó escapar de sus labios una carcajada.

Cuando sus padres le preguntaron qué motivo había encontrado para reír, él no respondió. Sabía que le darían otra paliza, pero ya no la sentiría.

De todos modos, Hoox ya estaba planeando su futuro. En un par de años, mentiría sobre su edad para poder alistarse en el Ejército. Lo que él había conocido era un mundo que no podía, que no debía ser libre. Un buen sistema de gobierno debería impedir que se maltratase a un niño, y Hoox estaba dispuesto a herir a un adulto, o incluso llegar más lejos, para conseguirlo. La Antigua República no había funcionado, y en sus tiempos muchos niños eran incluso esclavizados.

Pero el Imperio, un gobierno fuerte y enérgico al que no asustase tener que tomar cierto tipo de medidas provisionales hasta que la población comprendiese…

Sí, él podía hacer eso.

Y lo haría.

Era feliz.

Hoox despertó al oír un sonido cercano a él. El imperial podía quedarse dormido con facilidad cuando lo necesitaba, pero su sueño era increíblemente ligero; el zumbar de insecto podía despertarle.

En esta ocasión, no había sido un insecto.

Era Seiza.

En su mente, Hoox estaba sonriendo. Seiza había vuelto. Su lógica le decía que debía temer por su vida: Si Seiza había logrado acabar con Manendra ella sola, seguramente volvía a ser enemiga del Imperio. No habría olvidado lo que Hoox le había hecho en su nave insignia. Tal como estaba él, totalmente indefenso, Seiza sólo necesitaba un movimiento para matarle.

Pero no podía temerla.

El almirante la miraba con atención, fijándose en lo poco que le permitía ver la iluminación que entraba por algunas rejillas de ventilación. Seiza tenía que avanzar a cuatro patas por el túnel. Qué bien le quedaba ese absurdo uniforme imperial, demasiado

grande para ella y que ahora mostraba algunas manchas y cortes, como si hubiese estado en una pelea.

Intervino entonces la lógica: Seiza ha estado en una pelea, y ha sobrevivido. Si ha matado a Manendra, y esto apunta a que sí, Hoox corría peligro. Esta cadena de pensamientos no prosperó. Hoox desechó conscientemente ese pensamiento.

Se fijó en el rostro de Seiza. Ese rostro delgado y con la barbilla ligeramente puntiaguda. Su cabello castaño, que parecía negro en la semioscuridad, seguía recogido detrás de la cabeza en esa especie de moño, pero un mechón se había escapado del peinado oficial y ahora se deslizaba ante su ojo derecho, moviéndose un poco hacia los lados mientras ella avanzaba. Su frente y su cabello seguían manchados por el disolvente rojo, pero ahora se notaba menos porque el líquido había empezado a secarse y a desaparecer de un modo u otro. La herida que tenía en la frente se había abierto un tanto y, aunque no era grave, seguro que a ella le molestaba mucho siquiera un roce.

Hoox la miró a los ojos. Esos ojos rodeados por larguísimas pestañas que se negaban a parpadear. Esos ojos ovalados y color verde con pigmentos de miel cerca del iris, que él conocía tan bien. Esos ojos que le devolvían la mirada, tal vez con la misma intensidad con la que él los miraba.

Hoox se fijó entonces en que los labios de Seiza (grandes, aunque no demasiado; sólo hasta el punto de resultar atractivos) estaban temblando, sobre todo el inferior. Ella se estaba acercando a él, reptando, sin decir una sola palabra y sin dejar de mirarle a los ojos. Él tampoco dijo nada, pero se sentía nervioso, y cada vez más cuanto más cerca estaba ella.

Seiza avanzó más aún, aproximando su rostro al de Hoox.

Pasó una de sus manos hasta el otro lado de las piernas del imperial, y acercó aún más sus rostros.

Ella le miró a los ojos desde una distancia inferior a una pulgada. Sus labios estaban entreabiertos, ofreciéndose para una exploración. Ella acercó un poco más su boca y…

—¡¡¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaarrrrrrrrrggghhhhhhhh! —gritó Hoox con toda la fuerza de sus pulmones.

Seiza retrocedió y se sentó a la derecha del almirante. En una mano, la Jedi sostenía un aparato médico parecido a un cuenco. Este artefacto había logrado arrancar el dardo que Hoox tenía en una situación tan delicada. Ahora, el dardo estaba en el interior del cuenco, y éste se había cerrado con una placa de transpariacero para impedir la explosión cuando la punta estuviese en contacto con el aire.

La otra mano de Seiza, la izquierda, sostenía la mano derecha de Hoox con mucha más calidez de la que cabría esperar. El almirante, presa del dolor que le había provocado todo esto, no pudo impedir que una lágrima le cayese por la mejilla.

Seiza le miró y vio la lágrima.

—Hoox, estás llorando —le dijo.

—L… Lo sé —respondió Hoox.

—Creí que preferirías secarte las lágrimas rápidamente antes que permitir que te viesen llorar —dijo Seiza.

—Estamos en condiciones de combate —replicó Hoox—. No me secaré. Aún me quedan cuatro sentidos, y mis manos estarán secas.

Seiza elevó sus pupilas y negó con la cabeza. Dejó en el suelo el instrumento médico, y tomó la mano de Hoox con sus dos manos. La levantó un poco del suelo. Él no opuso resistencia.

—Lamento haberte gritado —le dijo.

—Lamento haber tenido que acercarme así —dijo ella—. Necesitaba que acelerases tus pulsaciones para que el dardo avanzase más deprisa. Era la única forma de extraerlo.

—Pues ha sido todo un éxito —respondió él.

Seiza reprimió una sonrisa.

—Ahora debes descansar —dijo ella con un tono melodioso y calmado—. Debes dar a tu cuerpo la oportunidad de recuperarse.

—No puedo permitírmelo —replicó Hoox—. Aún no estamos a salvo. Hay que vigilar por si llegan más…

—Yo haré la primera guardia —le interrumpió ella, acercando de nuevo sus rostros.

—No, yo… —insistió Hoox, intentando erguirse.

—Duerme —dijo Seiza, y situó dos dedos sobre la frente de Hoox.

—¿Dónde está? —rugió Manendra—. ¿¡Dónde!?

Darth Ksar creía estar relativamente cerca de él, pero con alguien con los poderes mentales de Manendra, no podía asegurarlo. El hombre parecido a una gárgola había cruzado sus brazos de un modo extraño que le permitían sus codos dobles, y esperaba instrucciones con su sable de luz colgado del cinto. No veía a su amo, pero podía oirle con claridad.

—Ninguna de las tropas logra localizarla —insistió él—. ¿Por qué? Estamos peinando todos los túneles. ¿Cuán lejos ha logrado llegar? ¿Acaso posee un transporte automatizado para moverse entre los túneles?

Ksar sólo podía percibir las emociones de un demente, obsesionado por su propio absurdo.

—¿Cómo puede hacerlo?

Ksar decidió intervenir. Descruzó los brazos y llamó la atención del psíquico.

—Si mi amo me disculpa —dijo—, se me ocurre alguna cosa.

Los ojos mentales de Manendra dejaron de dar vueltas en círculo y apuntaron directamente a Ksar.

—No sabemos dónde está —dijo Darth Ksar—, pero sabemos dónde estará. Sabemos adónde irá. Si yo fuera usted…

Bueno, ya habría empezado a preparar la defensa.

—Sí… —dijo Manendra—. Sí, eso tiene sentido.

—Está claro quiénes compondrán esa defensa —continuó Ksar—. Creo que voy a ir avisándoles mientras usted…

Ksar se giró y se dirigió hacia la puerta.

—… pierde el tiempo rastreando el vacío —terminó la gárgola con un pensamiento.

—Te he oído —dijo Manendra en voz alta.

—Entonces también estás oyendo esto —pensó Ksar con cierta intensidad mientras una sonrisa iluminaba su deforme boca—:

En este momento, me necesitas demasiado para castigarme por un pensamiento fortuito.

Ksar se alejó y la puerta se deslizó para cerrarse a su espalda.

Manendra estaba realmente enfurecido.

Hoox se despertó.

Él se negaba a permanecer dormido. No sabía cuánto tiempo estaban perdiendo, y no sabía cuánto tiempo iban a tardar en el enfrentamiento contra Manendra, así que se obligó a abrir los ojos.

—¿Qué me ha hecho Sei…? —empezó a pensar, pero entonces la vio.

Ella estaba acuclillada, a unos doce pasos de la posición de Hoox. En ese punto había una rejilla de ventilación a la altura de sus ojos, y ella estaba observando, vigilando…

Hoox podía oir los sonidos que venían de allí; probablemente esos insectos, peligrosos y estúpidos, con su mentalidad de colmena, que jamás lograrían ver a Seiza.

Pero él sí que podía verla. Sí, la veía muy bien.

Él se perdió en la contemplación. Observó que Seiza había soltado su cabello, y ahora su melena castaña le caía por la espalda, llegando hasta su cintura. Se fijó en su perfil, y en esa nariz pequeña y redonda que estaba volviéndole loco.

—No… —pensó Hoox mientras giraba su cabeza para mirar hacia el suelo—. No pienses en ella de este modo… Esto me hará débil…

Hoox debió haber susurrado algo porque, en ese momento, Seiza giró su cabeza para mirarle. Una parte de su melena se movió, ondeándose al viento, y ella sonrió.

—Estás despierto —dijo Seiza mientras se acercaba a él—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy listo para enfrentarme a Manendra —afirmó él con decisión.

Seiza le sonrió y resopló un poco por la nariz, anulando así una risa. Ahora que estaba más cerca, Hoox pudo ver que la herida de su frente ya había cicatrizado, aunque quedaba la costra. También pudo oler el bacta que ella se había aplicado.

—No, no estás listo —dijo Seiza—. No trates de engañarme.

Puedo sentir tu estado.

—Seiza, no podemos permitirnos perder más tiempo —protestó Hoox.

Ella dejó de sonreir. En cierto modo, él tenía razón.

Seiza consultó su cronómetro personal y llegó a una conclusión.

—Una hora, Hoox —dijo—. Una hora y nos vamos. Para entonces, creo que ya estarás lo bastante bien.

Hoox asintió con la cabeza y gruñó. Al parecer, no iba a pasar esa hora durmiendo.

—Hoox —preguntó Seiza.

El almirante la miró, e hizo todo lo posible para impedir que se notase cómo la estaba mirando.

—Tu nombre es R. J. Hoox —empezó ella—. Es conocido en todo el sector; eres la persona más poderosa de esta parte de la galaxia. Pero, ¿qué significa «R. J.»?

Hoox no dijo nada; esa pregunta le había cogido con la guardia baja.

—Nadie lo sabe —dijo Seiza—, y la verdad es que tengo… mucha curiosidad.

Hoox miró a Seiza y después revisó los alrededores, nervioso. Parece que no quisiera que nadie supiese esa información.

Reptó hacia ella y acercó sus labios a su oreja. Cubrió la distancia entre ambos con las dos manos, formando un túnel de vacío, y le dijo su nombre completo.

Ella sonrió y se llevó una mano a la boca para reprimir una carcajada. Él dio un paso atrás y la miró, con un leve reproche.

—¿En serio? —preguntó ella, sin perder su sonrisa.

Él asintió con la cabeza.

—Creo que seguiré llamándote Hoox —dijo ella.

—Será lo mejor —respondió él.

Ambos oyeron un sonido, filtrado a través de las rejillas de ventilación. Seiza, que estaba en mejor estado, se acercó a la rejilla de la que había venido el sonido para comprobar qué pasaba.

Y, cuando Hoox estuvo seguro de que Seiza no estaba mirando, él también sonrió. Le gustaba el sonido de la risa de Seiza.

Ésta regresó a su lado poco después y se arrodilló junto a él.

—Falsa alarma —dijo—. No eran tropas enemigas y no hemos sido descubiertos.

Hoox asintió con la cabeza.

—¿Qué hiciste cuando me dejaste aquí? —preguntó Hoox.

—Cuando fui a por el equipo médico para curarte, quieres decir —dijo Seiza.

Hoox asintió de nuevo y ella continuó.

—No hay mucho que contar —dijo—. Interferí las señales informáticas de las zonas por donde iba a pasar. No me encontré con tropas enemigas, pero alteré las percepciones de los civiles para que no me viesen.

—Manendra podría averiguar dónde has ido, entrando en las mentes de esos civiles —dijo Hoox.

—Si supiese cuáles eran, sí —dijo Seiza—. Pero no lo sabe, y tardaría mucho en revisarlos a todos. No le sirven sus kreogans para estas cosas.

—¿No te encontraste con Darth Ksar? —preguntó Hoox.

Seiza movió la cabeza negativamente y Hoox se fijó en lo que podía ver de su melena que no le tapase su cuello.

—Eso significa que tendremos que enfrentarnos de nuevo a él —dijo Hoox.

—¿Y el tipo que te hirió? —preguntó Seiza—. ¿Cómo se llamaba? ¿Rougem?

—Está muerto —dijo Hoox.

—Oí hablar de él. ¿Quién era? —preguntó Seiza.

—Un cazarrecompensas —respondió él, empapado en sudor—. Apareció hace tres años, y nadie sabía quién había sido antes. Pero eso es normal entre cazarrecompensas, y en esos casos es mejor no investigarlos y dejar que sus capturas hablen por ellos. Nadie sabía mucho de él. Pero…

—¿Tú llegaste a reconocerle?

—No en persona. Pero reconocí algunos de sus movimientos de combate. Era un arte marcial secreta, y sólo un reducido grupo aprendía a usarla. Su velocidad, su confianza, su habilidad… todo cuadra. Rougem había estado en la guardia imperial de Palpatine, el cuerpo de hombres más peligrosos de la galaxia.

—Entonces, tú eres un gran luchador. He oído que ningún guardia imperial ha muerto jamás en combate.

Hoox la miró como si hubiese dicho una estupidez enorme.

Eso eran los cuentos que los viajeros del espacio soltaban en las cantinas. Ella le comprendió, se sonrojó y miró su cronómetro. ¿Cuánto faltaba para que acabase esa hora?

Hoox no pudo evitar sonreír al ver lo hermosa que se ponía Seiza cuando se sonrojaba. Parecía una flor. Para ser exactos, una Commelina.

Fin del vigésimo capítulo

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO: DUELO DE TITANES

Seiza abrió la rejilla usando sus poderes de la Fuerza.

Se había asegurado de que no hubiese nadie al otro lado, y habían decidido salir por ese punto. Ella y Hoox descendieron el metro y medio que los separaba del suelo, y sólo entonces Hoox pudo ver que estaban en una pequeña despensa, como aquélla en la que Hoox había conocido a la desafortunada Tisa, y le había explicado que la realidad no era como decía Manendra.

—Eh, Hoox —dijo Seiza, al ver que el imperial se había quedado quieto un instante.

Hoox parpadeó varias veces para ignorar el recuerdo, y se giró hacia Seiza.

—Sí, perdona —dijo él—. Vamos.

—No sé si estará monitorizando esta despensa —dijo Seiza.

—En realidad, estamos intentando llamar su atención —dijo Hoox—. Así podremos rastrearle.

—Esperemos que no tenga un plan de fuga —opinó Seiza.

—Si mi teoría es correcta, no lo tendrá —enunció Hoox con toda seguridad.

—¿Y si tu teoría no es correcta? —le replicó Seiza.

Hoox se encogió de hombros.

—Tryskho le matará en cuanto salga del campo de asteroides —dijo a continuación—. Pero seguro que mi teoría es correcta. Soy un estratega. Yo no me equivoco.

Seiza se acercó a los controles de la puerta. Se abrían a través de una pequeña célula fotoeléctrica que leía las joyas de los habitantes de Stige.

Pero el sistema de apertura de la puerta, en realidad, era un proceso mecánico. Tenía una parte informática, pero había un mecanismo.

Seiza cerró los ojos, se concentró y pudo ver en su mente el mecanismo detrás de la célula fotoeléctrica. Era un mecanismo relativamente sencillo. Entre sus poderes de la Fuerza y las lecciones que le había dado Halkias, no tendría dificultad en abrir la puerta.

La puerta permaneció cerrada.

—Bueno, quizá no sea tan fácil como creía —pensó Seiza—. Tal vez si le digo que pruebe combinaciones, supongo que antes o después encontraremos alguna que abra la puerta.

La puerta permaneció cerrada.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Hoox en voz alta.

—Oh, cállate —le respondió ella, frunciendo el ceño y sin abrir los ojos.

La puerta se deslizó hacia un lado y pasó a estar abierta.

A través de ella se podía ver un pasillo.

Seiza parpadeó un par de veces y empezó a caminar hacia el pasillo.

—Este tipo de emociones me acabarán arrastrando al lado oscuro —pensó Seiza—. Sobre todo, si insisto en negarlas.

Hoox la siguió hasta un pasillo inmaculadamente limpio totalmente vacío. Ni una sola persona estaba allí, ni había pasado por allí en los últimos días.

Una puerta se había abierto.

Era totalmente imposible que una puerta se abriese sin el consentimiento expreso de Manendra. Todos los civiles y todas las tropas estaban en puntos específicos controlados.

Pero se acababa de abrir una puerta en pleno complejo 1, según la joya de identificación de un habitante del complejo 4.

En una fracción de segundo, Manendra comprobó la ubicación de ese ciudadano. Las joyas le permitían tenerlos a todos bastante controlados, sí. Uno de sus monitores reflejó la identidad del sujeto, incluyendo imagen. Otro de los monitores mostraba la localización actual del sujeto, en el complejo 4.

Y otro de los monitores mostraba la puerta que acababa de abrirse.

Con el pensamiento fortuíto de quien hace esto sin pensar, Manendra cambió el monitor para que le mostrase el otro lado de la puerta.

—Te he localizado —pensaba el amo de Stige.

Y entonces vio el otro lado de la puerta.

Seiza estaba allí.

Con Hoox.

—¿Cómo es posible? —rugió Manendra, y su telepatía provocó migrañas a algunos de sus súbditos menos protegidos—. ¿Cómo es posible que el macho también haya sobrevivido? ¿Qué tengo que hacer para destruírles a ambos?

Seiza y Hoox se detuvieron en el pasillo. A diferencia de lo que pasaba con el resto de Stige, Manendra no les controlaba telepáticamente a ellos, pero ambos podían sentir el intenso gemido telepático. Su entrenamiento contra el control mental impedía que les diese dolor de cabeza.

—Le hemos localizado —dijo Seiza en voz alta y sonriendo.

Hoox también sonrió. Ahora ambos sabían dónde estaba Manendra exactamente.

La pregunta era si les iba a ser fácil llegar hasta allí.

Manendra empezó a preocuparse.

Esos dos iban demasiado directos hacia él, como si supiesen dónde estaba.

Si les enviaba a los soldados, a los insectos, a los kreogans…

No lograría detenerles.

Apenas podría retrasarles.

Podría destruir partes del complejo, pero esos dos tenían demasiados recursos. Seguramente escaparían, y Manendra sólo conseguiría quedarse sin equipo valioso.

Así que sólo le quedaba la última línea de defensa.

Utilizó su telepatía para enviar un mensaje.

—Ya lo sabemos, maldita sea —le replicó Darth Ksar en voz alta; él podía oírlo a través de los altavoces instalados—. Estamos preparados.

Ksar encendió su sable y realizó un protocolo previo al combate como calentamiento. El filo rojo dejó una hermosa estela mientras la gárgola sonriente lo giraba en una serie de movimientos predeterminados y tan mortíferos como bellos.

Cuando terminó, Ksar apagó el sable y se lo colgó al cinto; en sí mismo esto fue el último y más perfecto movimiento de la serie.

Hoox y Seiza corrían por un pasillo y, cuando éste se acabó, giraron de pronto a la derecha.

—Me siento herida —dijo Seiza.

Hoox, que iba un par de pasos por delante de ella, se paró y se giró rápidamente para mirarla.

—¿Te han atacado? —preguntó él, con la preocupación casi tangible en su voz.

—No —respondió ella, deteniéndose también y respirando un poco más despacio—. Precisamente, es por eso. ¿Por qué no nos ataca? Tiene tropas de infantería, y esos horribles insectos.

—Nos tiene miedo —dijo Hoox mientras se acercaba a ella para poder verla desde más cerca—. Está convencido de que destruiremos cualquier número de soldados o de insectos que lance contra nosotros. Por eso no malgasta unas tropas que, seguramente, serán de más utilidad en otro momento y lugar.

Seiza le miró, y una gota de sudor bajó desde su frente hasta la costra de la herida que Rougem le había causado.

—Pero no nos va a dejar llegar así como así —dijo ella.

—No —admitió Hoox—. Nos enfrentaremos a lo más grande que pueda lanzarnos. Darth Ksar, o cualquier otra cosa igualmente temible.

—No pareces preocupado por Darth Ksar —dijo Seiza—. Él logró ponernos en jaque a los dos juntos, y sin embargo…

—No saques ese tema —la interrumpió Hoox—. Ksar era como un hijo para mí. Lo acogí, lo eduqué… Y ahora esto.

Hoox suspiró deprimido.

—Bueno, ya está bien —dijo—. Vamos. Tenemos que enfrentarnos al más peligroso enemigo que ninguno hayamos tenido.

Seiza se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Él la miró, extrañado, y se frotó la mejilla con la mano. Desde luego había sentado mucho mejor que las bofetadas, pero…

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Suerte —dijo.

Hoox se acercó a Seiza, mirándola fijamente a la cara con todas las emociones que él había estado tratando de ocultar, y en sus atemorizados ojos verdes con pigmentos de miel podía leer sentimientos similares. Sin dejar de mirarla en ningún momento, le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y se inclinó para besarla.

Éste no fue un beso rápido como el anterior. Era un beso lento y pausado, en el que ambos, Jedi e imperial, expresaban todo lo que sentían el uno por el otro, todo lo que

llevaban demasiado tiempo obligándose a negar. Era la expresión de algo incluso más puro y más grande que el poder de la Fuerza.

Ambos habrían dado cualquier cosa por conseguir que ese momento durase eternamente, pero Hoox lo acabó interrumpiendo, atormentado por los sentimientos de culpabilidad que venían de no estar cumpliendo su deber cuando debía hacerlo.

Seiza no le devolvió la mirada a Hoox inmediatamente.

Estaba aún algo aturdida. Sus labios se curvaban en la sonrisa más feliz que pueda adoptar una persona sin estar bajo el control de Manendra. Se tocó con las yemas de dos dedos el labio inferior y, sin dejar de sonreir, miró por fin a Hoox. El imperial aún estaba intentando recuperarse.

—¿Y eso? —preguntó Seiza.

—Suerte —respondió Hoox.

Manendra calculó la ruta más probable que estaban siguiendo, siendo los datos de entrada el camino recorrido y el supuesto destino. Si la última línea de defensa estaba en el lugar equivocado, entonces…

No, la posición era correcta. Aunque estuviesen dispersos para cubrir más espacio, todos estaban en el lugar adecuado.

Un momento…

Manendra se fijó en por dónde iba a ir esa ruta.

Y entonces vio una excelente oportunidad.

Quizá al final no hiciese falta tanta última línea de defensa, sonrió el amo de Stige.

Seiza y Hoox seguían corriendo por los pasillos, en una extraña carrera en la que, al menos, no había un montón de gente disparándoles.

Ella se detuvo de pronto ante una puerta abierta.

—Alto —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hoox, frenando tras ella.

Seiza le señaló un estrecho puente detrás del pasillo. El puente estaba extendido entre esa puerta y la siguiente, con un metro de anchura y casi treinta de longitud. La caída era probablemente de docenas de miles de metros, hasta el centro del asteroide.

—Tiene que ser una trampa —afirmó ella tajantemente, casi esperando que Hoox la rebatiese y dispuesta a discutir.

—Es cierto —le sorprendió Hoox—. Una cosa es no dispararnos mientras estamos cerca de algo valioso, y otra cosa muy distinta sería no aprovechar esa oportunidad de acabar con nosotros en un momento como ése. Apenas seremos patos en una galería de tiro.

—¿Qué es un pato? —preguntó Seiza.

Hoox le sonrió paternalistamente mientras movía la cabeza al comprender que acababa de superar el conocimiento del universo de Seiza.

—Creo que sería absurdo que avanzásemos los dos a la vez —dijo Seiza—. Primero pasará uno de los dos, corriendo, y después, cuando ése haya llegado al otro lado, el otro.

Así, el segundo que pase sabrá qué es lo que Manendra le lanzará en el puente.

—Escúchame, Seiza… —dijo Hoox.

—Y yo iré primero —terminó ella, ignorando sus objeciones.

—No, Sei…

Antes de que él pudiese decir su nombre, ella ya estaba corriendo sobre el puente.

—¡Seiza! —gritó él, pero no quería seguirla. Si pasaba cualquier cosa y ambos estaban en el puente, el sacrificio de Seiza habría sido en vano.

Cuando Seiza estuvo a mitad de camino en el puente, exactamente a la misma distancia de los dos extremos, ambos extremos del puente explotaron.

—¡Seiza! —gritó Hoox, asustado.

Hoox se acercó al ennegrecido borde y miró hacia abajo.

Seiza estaba corriendo hacia uno de los extremos del puente. Ella podía ver varias aberturas en la pared, probablemente puertas o ventanas, y esperaba poder alcanzar alguna.

Desde el mismísimo borde del puente, Seiza saltó y se agarró a una de las ventanas.

La ventana estaba cerrada, pero las uñas de Seiza habían conseguido asir el borde, y ahora no necesitaba mucho más para subir. Sólo un estímulo.

Seiza miró hacia abajo, y no pudo distinguir el suelo.

Ya tenía un estímulo para subir. Sacando fuerzas de flaqueza, Seiza empezó su difícil escalada, llegando hasta el borde de una ventana que apenas medía treinta centímetros cuadrados.

—Ahora tengo que cargármela —pensó Seiza. Manteniendo un elevado nivel de concentración, utilizó la Fuerza para lograr que la ventana, cerrada herméticamente, se moviese un poquito.

No se abrió.

—¿Dónde estás cuando te necesito, Hoox? —pensó Seiza, y entonces tuvo otra idea—. Espero no fallar en ésta.

El sable de luz de Seiza se movió desde su cinturón y empezó a flotar en el aire. Ascendió hasta estar a la altura de la ventana y entonces, espontáneamente, se encendió. El filo abrió un agujero en la ventana.

Seiza lanzó el sable hacia el interior; era más fácil que dejarlo de nuevo en el cinturón sin usar las manos, y no podía soltarse o caería.

Ahora, con un pequeño esfuerzo, Seiza subió. Se encaramó hasta la ventana, y entró en una pequeña habitación.

Allí estaba el gigantesco hombre de aspecto metálico al que Seiza había visto a bordo del «Azote de las Estrellas».

Era ese monstruo que le había roto varias costillas a Hoox mientras ella manipulaba el ordenador de navegación.

Y ahora, él sostenía el pequeño cilindro metálico en su enorme mano, y lo miraba preguntándose qué era esa cosa que había entrado por la ventana. Aún no se había fijado en Seiza, pero no tardaría en hacerlo.

Hoox siguió mirando hacia abajo, aunque ya no podía ver a Seiza.

—¡Oh, pobre Hoox! —dijo una irónica y reconocible voz. El imperial levantó la vista y, en la puerta que había justo frente a él, al otro lado del puente si hubiese un puente, se encontraba Darth Ksar.

—Tú… —susurró Hoox.

—Parece que no tienes suerte con las mujeres, viejo maestro —dijo Ksar, sonriéndole con sus repugnantes dientes.

—¡Si estuvieses aquí…! —amenazó en vano Hoox.

—Bueno, podría estar —dijo Ksar sonriendo—. Apártate de la puerta.

Hoox no se movió de donde estaba.

Ksar movió algo de piel hipertirante que tenía encima de un ojo, y retrocedió unos pasos. Después, mirando hacia Hoox, echó a correr y, al llegar al borde, flexionó todas las articulaciones de sus piernas, y saltó más del doble de lo que podría saltar un humano normal.

Después del décimo metro, parecía casi seguro que llegaría a la puerta.

Después del vigésimo, empezaba a ser dudoso.

Después del vigésimo quinto, estaba claro que no lo iba a conseguir.

Empezó a caer, aunque se esforzaba por llegar a la pared.

Logró tocarla con los dedos de una mano, extendiendo su brazo hasta lo imposible.

Y se quedó pegado.

De algún modo, las alteraciones corporales de Ksar incluían la forma de pegarse a las paredes como una verdadera araña.

Ksar empezó a subir los pocos metros que le separaban de la puerta. Hizo una acrobacia y puso sus pies en el borde mismo de la puerta. Ahora sólo le quedaba girar ciento ochenta grados hacia arriba el resto del cuerpo, y estaría ante Hoox.

Pero, cuando lo intentó, Hoox le atacó con su sable. Ksar retrocedió y volvió a caer.

No le costó mucho pegarse de nuevo a la pared.

—Eso no vale —protestó Ksar—. Déjame subir, al menos.

Hoox le miró asomándose un poco, con el sable de luz encendido en la mano.

—Bueno, está bien, jugaremos a lo bruto —respondió Ksar.

Utilizó la Fuerza para coger su sable. Saltó y agarró el sable con las dos manos. Hoox se mantuvo alejado, pero en guardia.

Los ojos de Ksar se clavaron en los de Hoox. Ksar fruncía el ceño mientras sonreía sádicamente. Hoox, por el contrario, no sonreía en absoluto. El tercer ojo de Ksar se cerró en una especie de guiño.

—Ha llegado el momento de la verdad —dijo el sonriente Ksar—. Pero tú no puedes matarme, ¿verdad? Eres demasiado sentimental. A fin de cuentas, tú me acogiste. Me educaste.

Me enseñaste a pulir mis movimientos. Siempre fuíste como un padre para mí. Estabas ahí cuando te necesitaba…

¡Viejo maestro!

Mientras Ksar decía estas últimas palabras, levantó su sable y atacó a Hoox. Hoox detuvo el primer ataque con su propio sable, pero el siguiente ataque de Ksar sería por el flanco.

Hoox se dio cuenta en seguida, y apagó su sable. Giró el cilindró en su mano derecha como si fuese un inofensivo palito, y entonces Ksar le golpeó en el brazo izquierdo. No llegó a cortárselo, pero desde luego lo inutilizó.

Mientras tanto, el sable de Hoox, apagado, había logrado girar doscientos setenta grados y ya apuntaba de nuevo a Ksar. Hoox presionó el botón de encendido.

Al no haber previsto este ataque, Ksar no logró cubrirse a tiempo. El filo amarillo apareció a su espalda, y Hoox lo sacó de su interior cortando más a Ksar.

La gárgola había dejado de sonreír. Cayó de rodillas ante Hoox, vomitando sangre por la boca.

Hoox le pinchó con el sable. Ksar apenas se mantenía con vida, pero Hoox quería tirarle por el mismo agujero por donde había caído Seiza.

No lo consiguió.

Ksar expiró antes de llegar al borde.

Hoox se agachó y recogió el sable de Ksar. Lo sostuvo entre sus manos, sopesándolo, y decidió quedárselo. A fin de cuentas, los sables de luz son objetos muy escasos, y él se había ganado ese trofeo.

—¿Señor? —preguntó una voz familiar.

El gigante miraba confuso el extraño cilindro que había entrado por la ventana. Había un botón, pero a él aún no se le había ocurrido que presionar el botón podría causar algún tipo de efecto.

Él estaba absorto contemplando el nuevo objeto, y Seiza le miró. Comprendió que, en realidad, ese monstruo con aspecto de mineral era más un necio que un canalla, y sintió cierta lástima por él. Dió unos pasos en su dirección, observando a la absorta criatura que ocupaba bastante espacio en una estancia afortunadamente grande (Parecía un gimnasio, o algo así).

—Él logró alcanzar una cápsula de escape —pensó Seiza— cuando destruí el «Azote de las Estrellas».

—Por favor —dijo en voz alta—, devuélvemelo.

Él no se había percatado de su presencia hasta que ella habló. La miró entonces.

—No —dijo, apretando contra su pecho el sable—. Es mío. Yo lo cogí primero.

—Escúchame —dijo Seiza intentando infundirle tranquilidad con la voz—, necesito que me lo devuelvas.

—No —repitió el gigante.

Seiza abrió la boca para decir algo más, pero el titán no quería escuchar más a la mujer mala que quería quitarle su juguete. Levantó su mano y la utilizó para golpear el suelo con toda la fuerza posible. El suelo tembló bajo los pies de Seiza, y ella cayó hacia atrás.

El gigante corrió hacia Seiza y la agarró con sólo una mano. Era una mano tan grande que todo el costillar de Seiza cabía en la presa. En la otra mano sostenía el sable.

Seiza vio cómo se le acababan las opciones cuando el ser metálico empezó a apretarle. Le miró fijamente a los ojos y movió su brazo ante su cara.

—No harás fuerza con esta mano —dijo en voz alta.

El gigante no era muy listo y, cuando hacía fuerza con una mano, normalmente hacía lo mismo con la otra. Le faltaba coordinación.

Y, al apretar con la otra mano, presionó el botón de encendido del sable.

El filo violeta cobró vida en el interior del puño metálico, cortándole de gravedad. El gigante, asustado, abrió ambas manos.

Seiza cayó sobre sus manos y pies, y se tomó unos segundos para respirar y preguntarse si esos golpazos que oía estaban sólo en su cabeza. El coloso, ignorando a la mujer, cogió con cuidado el sable con su mano sana, y lo miró con odio.

—¡Tú eres una cosa mala! —le gritó al sable—. ¡Tú me has hecho daño! ¡Yo te aplasto!

El ser metálico apretó de nuevo el sable, y de nuevo apretó el botón de encendido. Esta vez, sin embargo, estaba mirándolo desde demasiado cerca y por el lado equivocado.

El sable surgió de su interior y le perforó la cabeza.

La criatura empezó a caer hacia adelante, y Seiza comprendió que había muerto. Se apresuró a usar sus poderes telekinéticos para «llamar» a su mano al sable, antes de que quedase sepultado, y probablemente aplastado, bajo todas esas toneladas de roca.

Entonces, Seiza comprendió que los golpes que oía no estaban en su cabeza.

Alguien estaba aporreando la puerta como si fuera con un ariete.

La puerta se rompió de golpe y cayó al suelo, mientras permitía el paso del inmenso reptil, parecido a un dinosaurio, que la había derribado a cabezazos. El reptil miró a Seiza y rugió.

—Oh, no —dijo ella—. Maestro Ashla…

—¿Señor, es usted?

Hoox se giró y vio a un pequeño jawa. Un examen más atento le reveló que se trataba de una hembra. El hecho de que hablase en Básico y el reconocimiento de la voz fueron más expresivos todavía: Era la gobernadora.

Esa pequeña jawa sólo respondía ante Hoox, y le había servido fiel y eficientemente desde hacía años. Se había encargado de todos los asuntos políticos, permitiendo a Hoox concentrarse en temas más importantes. Dados los resultados, Hoox no podría haber deseado mejor gobernador.

—Señor, tenemos un problema —dijo la jawa.

—Expóngalo, gobernadora —dijo Hoox. Acababa de terminar una pelea y ya había cambiado el chip para volver a ser un político.

La jawa sacó una pistola bláster del interior de su manga y apuntó a la cabeza de Hoox.

—Señor, yo no deseo hacer esto —dijo ella—, pero él me obliga.

Ella disparó una vez. Hoox activó rápidamente su sable de luz y lo utilizó para detener el disparo, y deflectarlo directamente hacia su fuente: Hacia el bláster. El arma recibió su propio impacto, y se rompió en varios pedazos.

La mano de la jawa había sufrido daños, y ella la agitó intentando aplacar el dolor.

—S-señor… —dijo, frotándose su mano herida en el interior de la otra—. Gracias. Ahora tenemos que huir.

Conozco el camino, si me permite.

—¿Y qué pasa con… —dijo Hoox mientras se agachaba para introducir su índice acusador dentro de la capucha de ella— esto?

Hoox tocó con su dedo una pequeña joya que ella llevaba en la frente.

—Señor, todavía no es defini… —empezó la jawa, pero Hoox la interrumpió. La pequeña alienígena empezó a sentir cómo su tráquea era aplastada.

—Ya basta de tanta farsa —la mano derecha de Hoox estaba curvada en un gesto típico para estrangular usando el poder de la Fuerza—. Ha sido un buen intento, Manendra. Has traído a alguien por quien yo estaba dispuesto a preocuparme, y la has enviado contra mí.

La alienígena se sentía ahorcada, y se había puesto de puntillas en un intento de evitar su ejecución.

—Pero tenías que matarla, ¿no es verdad? —continuó Hoox—. No dejaste nada de su mente original. No querías correr el riesgo de que su iniciativa le permitiese escapar de tu control.

Las puntas de los pies de la jawa ya no tocaban el suelo.

—Has dictado todas sus palabras —acusó Hoox—. Hasta el último de sus ruegos. No sólo acabas con su vida, sino que además te burlas de su memoria.

La pequeña jawa, de menos de un metro de altura, había ascendido en el aire hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los de Hoox.

—Lo lamento, gobernadora —dijo él mirándola a esos ojos amarillos brillantes; la luz se reflejaba en la joya de su frente en el interior de su capucha—. No me interprete mal:

No lamento lo que estoy haciendo. Lamento que Manendra la haya asesinado antes siquiera de que yo llegase.

Se oyo el sonido de huesos rotos, y el cadáver de la gobernadora cayó al suelo como un peso muerto.

En la mente de Hoox, una emoción apareció. Él sabía que no era suya, que era una emoción percibida utilizando el poder de la Fuerza. Era la última emoción de un moribundo.

Era gratitud.

El maestro Ashla avanzó con sus inmensos patas de tres garras y la mirada fija en Seiza. Aunque no tenía cejas, parecía tener el ceño fruncido.

—¿Maestro, es usted? —preguntó ella.

El inmenso dinosaurio se acercó a Seiza. Ella estaba segura de que ése era el cuerpo de Ashla; todo lo que le faltaba por saber era si Manendra había logrado controlarle.

¡De pronto, Ashla atacó! La criatura saltó rugiendo, intentando caer encima de Seiza. Ella ya estaba familiarizada con este ataque, de los entrenamientos, y pudo esquivarlo con facilidad rodando por el suelo. Se puso en pie rápidamente y encendió su sable.

—Maestro, no quiero hacerle daño —dijo.

Ashla no respondió con palabras, y sólo volvió a rugir y adoptar una pose amenazante, con su inmensa cola erguida sobre su lomo.

Cuando Seiza empezaba a estar convencida de que Ashla se había convertido en una bestia de mente tanto como de aspecto, su maestro, como tantas veces en el pasado, le sorprendió. La cola de Ashla empezó a vibrar rápidamente, y algún tipo de ondas golpearon a Seiza con la fuerza de un huracán. Ella intentó no retroceder, pero las vibraciones eran muy fuertes y cayó hacia atrás, perdiendo el sable.

—No es una bestia sin cerebro —pensó Seiza desde el suelo—. Éste es uno de los poderes de la Fuerza que Ashla intentaba reproducir a partir de esos textos milenarios de su logoteca.

Pero Seiza no podía seguir pensando en este tipo de cosas, porque Ashla se acercaba a ella con aviesas intenciones.

Seiza razonó que, probablemente, intentaría pisarla, así que utilizó las disciplinas de combate que el propio Ashla le había enseñado para ignorar el aturdimiento y, tan veloz como le fue posible, saltó sobre su oponente, apoyando las manos en su cresta.

Y Ashla le golpeó con la cola.

Seiza salió despedida, casi catapultada, en otra dirección.

—¡Tonta, tonta, tonta! —se repetía en su mente—. Sigo pensando en él como Ashla, como alguien que me marcaría sin hacerme daño para abroncarme después. Ahora quiere matarme…

Ella giró sobre sí misma para aterrizar en pie y se preparó para combatir.

—… y yo debo detenerle sin hacerle daño.

Ashla corrió de nuevo hacia Seiza y volvió a saltar sobre ella, pero esta vez ella no se apartó. La inmensa sombra de su maestro le cubría, cada vez más grande.

—El tamaño no es importante…

Cuando Ashla estaba a unos centímetros de la cabeza de Seiza, ella lanzó sus dedos y pivotó, utilizando el impulso de su oponente contra él. La inmensa mole de Ashla golpeó el suelo lateralmente.

—Por un momento, no creí que fuese a funcionar —pensó Seiza al ver lo que había logrado hacer.

Ashla necesitaría unos segundos para levantarse sobre sus patas como troncos de árbol, y Seiza aprovechó esos segundos para correr hacia su sable. Volvió a encenderlo y miró a su rival, a su oponente… Y ojalá no fuera así.

—Otra de las cosas que me enseñó Ashla —pensó Seiza— es que la realidad no siempre es como nosotros quisiéramos. A menudo, hay que enfrentarse a lo que el destino nos ofrece, aunque no nos guste. Y nunca, nunca debes dejar de luchar por aquello que merece la pena.

Ashla avanzó de nuevo hacia Seiza, intentando embestirla con sus pinchos faciales.

—Veamos si he aprendido bien la lección, maestro.

Seiza se preparó para esquivarle hacia la derecha y, cuando estuvo segura de que Ashla lo había comprendido, en el último instante posible, sólo hizo un amago de movimiento. Ashla, más inteligente que una bestia, cayó en la trampa y cambió su dirección hacia la derecha, embistiendo inofensivamente una pared. Seiza esquivó sólo un poco hacia la izquierda para que no le diese nada de refilón.

Ashla se giró de nuevo para mirar a Seiza, enfurecido. A través de sus visibles fosas nasales, expulsaba un vaho oscuro y de aspecto casi tóxico.

Seiza le miraba, manteniendo alta su guardia y poniendo su sable de luz entre los cuerpos de ambos luchadores.

Ashla levantó entonces una de sus inmensas zarpas delanteras, más grande que la cabeza de Seiza. Pero esta vez no hizo ningún movimiento para avanzar. Lo único que hizo fue mirar a Seiza con odio, y señalarla con las pezuñas.

De pronto, de las pezuñas surgieron relámpagos de luz azul. Con un sonido chisporroteante y un árido olor a ozono carbonizado, los rayos golpearon el cuerpo de Seiza. La joven Jedi cayó al suelo de rodillas, presa de un indescriptible dolor, mientras Ashla miraba cómo los relámpagos a su alrededor entraban dentro de su cuerpo.

Seiza se echó hacia atrás, sufriendo, y sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Un Jedi… —intentó decir— no conoce el d… ¡Aaaaaaaaaaarrrrrgggggghhhh!

Ashla continuó lanzando los rayos, su rostro deleitándose en el sufrimiento de Seiza. La muchacha intentó relajarse y concentrarse. Un sistema de relajación Jedi le permitió ignorar provisionalmente el sufrimiento, que nunca el daño, y tener una cadena de pensamientos racional.

—El primer poder de la Fuerza que aprendí —pensaba ella— fue el modo de absorber y disipar energía. Esto es energía.

Si funciona con disparos de blásters, debería funcionar ahora.

Seiza utilizó la Fuerza, se echó hacia atrás, se concentró, y puso los brazos en cruz. De sus ojos, de su boca, de las yemas de sus dedos y de varios puntos de su cuerpo surgieron en todas direcciones relámpagos azules muy similares a los que Ashla le estaba lanzando. Gritó de nuevo, pero ya no era un grito de sufrimiento; se parecía más al grito de un dolor que ella sabía destinado a desaparecer.

No se podía decir que ella hubiese resultado indemne después de eso; los relámpagos habían conseguido herirla de gravedad. Pero, aunque su peinado ya no era lo que había sido una vez, estaba lejos de la derrota. Ella ya no era la niña despreciada por su padrastro que aprendía los caminos de la Fuerza con su viejo maestro. Ella era una Jedi, y se mostraría digna de tal nombre.

—No es tan importante conocer todos los poderes de la Fuerza —le había dicho Ashla muchas veces mientras la adiestraba— como lo es utilizar con sabiduría los que conoces.

Ashla miró a la mujer, que se alzaba ante él, manteniendo su sable violeta amenazador en la mano derecha. La estudió con detenimiento. Ella le estaba mirando no con odio, sino con confianza, como si estuviera segura de que iba a ganar el combate.

El inmenso reptil levantó de nuevo su zarpa y volvió a lanzarle los relámpagos azules; si la primera vez había logrado herirla, un poco más lograría acabar con ella.

Seiza levantó su mano izquierda y atrajo hacia ella los relámpagos. Ashla, presa de la preocupación, dejó de lanzarlos, y entonces Seiza hizo un gesto con su mano izquierda, como si lanzase algo, y le devolvió los relámpagos, apuntando a un centímetro por delante de sus pezuñas. Con una pequeña explosión, el suelo se volvió negro, y Ashla retrocedió unos pasos, asustado. Seiza se permitió una sonrisa, pero no bajó la guardia; sostuvo el sable con las dos manos y ni siquiera prestó atención al hecho de que sus mangas y parte de ropa estuviesen levemente quemadas por haber lanzado electricidad.

Ashla intentó retroceder, y Seiza vió su oportunidad: Si ella lograba poner sus dedos sobre sus escamas, tendría una gran oportunidad para devolverle su mente. Rápidamente, ahora que tenía ventaja, se acercó a él. Ashla la miró con toda la rabia que podía expresar, como si su mera rabia fuese una expresión del lado oscuro (De hecho, era así, y Seiza casi podía sentir la energía maligna surgiendo del cuerpo de su antiguo maestro).

Ashla medía dos metros y medio hasta el lomo, y su cabeza era casi más grande que el cuerpo entero de Seiza.

Manteniendo el sable listo en la mano derecha, Seiza extendió sus dedos para tocar la mandíbula de Ashla.

Entonces, dos inmensas bolsas aparecieron a los lados de la cabeza de Ashla y expulsaron su contenido sobre Seiza, cubriéndola totalmente de un viscoso líquido verde. Era un veneno natural que cubría a Seiza y parecía atacarla entrando por los poros de su piel. La ropa le protegía bastante, excepto en los puntos en que ya estaba rota, pero el rostro había sufrido daños realmente graves. En particular, al tener los ojos abiertos en el momento del ataque, Seiza se había quedado temporalmente ciega.

Ella retrocedió, aturdida por el ataque. El veneno le quemaba las venas; alguien sin entrenamiento Jedi ya habría caído inconsciente, o peor. Seiza era fuerte y sabía que su cuerpo podría destoxificar ese veneno si le daba tiempo, pero estaba claro que Ashla no se lo iba a dar. Iba a aprovechar su ceguera temporal para acabar el combate.

Ella caminó sin rumbo, con el antebrazo izquierdo cubriéndose los ojos, mientras Ashla se situaba a su espalda y se preparaba para atacar.

—Hoox me enseñó a combatir sin ver —pensó Seiza—, usando sólo mis otros sentidos. Si acerco lo bastante el sable, el mastro retrocederá.

Cuando Ashla se acercó para atacar, Seiza acercó su sable.

Pero Ashla no retrocedió y siguió avanzando hasta que se encontró con el sable y lo atravesó.

Seiza oyó el rugido de muerte de la criatura a la que más había respetado en la galaxia, y sintió cómo su presencia en la Fuerza se desvanecía. Se sacó el antebrazo de los ojos y comprendió lo que había sucedido.

Aunque Seiza intentó abrir los ojos, aún no podía ver nada. Todo estaba demasiado borroso, era imposible enfocar… excepto por una cosa.

El maestro Ashla estaba ante ella.

Era una forma extraña. Totalmente definida, pero parecía ser transparente, como uno de los hologramas de Halkias. El borde de la figura mostraba una especie de aura similar a llamas amarillas. Pero era Ashla, de eso no cabía la menor duda. Era su maestro, no con el rostro de odio que le había mostrado durante su lucha, sino con el rostro de sabiduría que le había mostrado durante sus estudios.

—¿Maestro? —preguntó Seiza—. ¿Maestro, es usted?

Ashla sólo le sonrió.

—Maestro… —siguió ella, pero descubrió que no tenía forma de expresar sus preguntas.

—No pude resistir, Seiza —explicó Ashla, agitando un poco su cabeza—. Manendra me pilló por sorpresa mientras estudiaba los textos milenarios, en busca de formas de reproducir los poderes de la Fuerza olvidados. Me derrotó.

Ésta era la única manera de liberarme. Gracias.

—Maestro… —repitió ella, frunciendo sus labios. Estaba a punto de llorar.

—Has hecho lo correcto, Seiza —dijo Ashla—. Pero ahora debes saber la verdad: Todo cuanto te ha contado Hoox, sobre mí, sobre Ksar, sobre Inocybe… Es cierto. No quise decírtelo antes porque temía que me rechazases, que huyeses de mí, y quedaban tan pocos Jedis que… Lo siento.

—No habría huído, maestro —dijo Seiza—. Ni siquiera el lado oscuro es intrínsecamente maligno. Odio, miedo y agresividad. ¿Acaso no es posible sacar algo bueno de eso?

Ashla miró a Seiza con interés.

—Si hubieses dicho eso hace setenta y cinco años —respondió—, habrías perdido toda posibilidad de ingresar en el Consejo Jedi. Pero todos los antiguos Jedi hemos muerto.

Ahora, tú estás entre los nuevos Jedi. Enseña lo que has aprendido, Seiza.

—¿A quién? —preguntó Seiza.

Ashla se lo dijo.

—Maestro, ¿qué pasará ahora? —preguntó Seiza—. Su trabajo era muy importante.

—Deberás continuarlo tú —dijo Ashla—. Sabes dónde guardo mis notas.

—Pero… yo no estoy preparada —protestó Seiza.

—Eso es mentira y lo sabes —dijo Ashla—. Eres una Jedi, y tienes mucha más sabiduría que edad. Serás una gran maestra Jedi, mucho más de lo que yo jamás fui. No podría estar más orgulloso de ti.

Seiza se echó a llorar.

—Vamos, vamos, jovencita —la animó Ashla—. Ahora soy uno con la Fuerza. No quiero verte llorar por un viejo tonto que cometió demasiados errores en su vida. Mira hacia el futuro, Seiza. Se presenta glorioso para ti.

—Maestro, yo… —dijo Seiza entre sollozos, pero no pudo continuar. Si Ashla hubiese estado físicamente allí, ella habría ido a abrazarle.

—Yo también te echaré de menos, Seiza —dijo Ashla. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila y no por su apellido.

Hoox, un hombre lleno de recursos, había logrado atravesar con relativa facilidad la brecha que había sido un puente, y avanzaba con el sable preparado. Estaba especialmente enfadado por lo de la gobernadora, y había tomado una decisión. Manendra pagaría por todo eso. Vaya que sí.

Encontró su camino cerrado por una puerta corrediza. Se dispuso a sabotear los controles.

Y entonces oyó algo.

Parecía un gemido, muy débil. Hoox rastreó la zona utilizando la Fuerza.

—No puede ser —dijo en voz alta.

Se acercó al lugar de donde había venido el gemido, y encontró una puerta. Le bastó golpear el lector para que se abriese.

En el interior había un prisionero, encadenado a una pared por los más tradicionales grilletes. Un pequeño androide interrogador ITE-0 sostenía un extraño instrumento en uno de sus apéndices y se acercaba al prisionero. Cuando detectó a Hoox, la bola negra se dirigió hacia él, emitiendo unas pequeñas chispas que apenas tenían un alcance de diez centímetros. Con un solo movimiento de su sable de luz, Hoox cortó la esfera por la mitad. Ambos fragmentos cayeron al suelo.

Hoox giró la cabeza hacia el prisionero y se acercó a ella. Cuando pudo verla, reconoció su melena negra, aunque estaba despeinada y cubriendo su rostro. Hoox separó los cabellos con su mano y vio unos ojos tristes, doloridos e irritados. Pero reconoció los ojos.

Inocybe.

Ella le miró, sin reconocerle al principio. Sus labios tenían varios cortes y se podía ver la sangre en su rostro.

Era ella indudablemente.

Hoox utilizó el sable de luz, con la precisión de un cirujano, para cortar los grilletes que la retenían en la pared. Exhausta hasta el límite de sus fuerzas, Inocybe se derrumbó, y Hoox tuvo que sostenerla con sus brazos para impedir que se golpease contra el suelo.

Entonces, ella le miró a la cara.

—¿Hoox, eres tú? —preguntó.

Hoox asintió con la cabeza, sonriéndole.

Inocybe intentó sonreír, pero sus labios le dolían demasiado. Moviendo las comisuras, dejó clara cuál era su intención. Empezó a llorar, pero tenía un moratón en un ojo y le dolía más todavía. Se abrazó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

—Hoox… —dijo—. Hoox, no sabes cuánto he deseado que llegara este momento.

—Una y mil veces, yo también lo deseé —respondió Hoox.

—¿Entonces aún me quieres? —preguntó ella, mirándole.

—Por supuesto que te quiero, Inocybe —respondió él—. Por eso espero que comprendas porqué tengo que hacer esto.

Hoox encendió de nuevo su sable de luz y le atravesó el estómago. Después, la dejó caer.

—Empecé a sospechar —dijo Hoox en voz alta, para los micrófonos que escuchaban— cuando comprendí que no había ninguna otra criatura viviente en un radio de más de un kilómetro. ¿Por qué retener un prisionero aquí? Necesité tocarla para comprobar mi hipótesis. Y esta vez has sido muy astuto, Manendra. Un clon. No estaba controlada mentalmente, sino que había sido adiestrada, educada, con el único fin de dirigirla contra mí. Ésta me la pagas, Manendra.

Fin del vigésimo primer capítulo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO: AMOR Y MUERTE

No había quedado nada.

El maestro Ashla se había desvanecido completamente al morir, y su cadáver se había desintegrado antes de que Seiza hubiese recuperado la vista. No quedaban ni los huesos, nada que poder incinerar…

Ella estaba arrodillada en el suelo, llorando delante de donde había muerto su maestro. Unos metros más adelante, el gigante rocoso yacía con su cabeza perforada.

Para Seiza, había sido horrible. Ella siempre deseó ayudar a los demás, ser una persona antes que un guerrero. Pero ese día, sólo había demostrado que era un guerrero, y uno muy eficiente.

Seiza oyó pasos y se levantó rápidamente, encendiendo su sable de luz con la mano derecha, y dedicando la izquierda a limpiarse las lágrimas de sus ojos. Cuando vio quién era, apagó el sable.

—¡Seiza! —dijo Hoox—. ¿Seiza, estás bien?

La verdad es que el aspecto de Seiza no era muy animador.

Su adorable melena estaba bastante despeinada, con algunos cabellos de punta. Su uniforme imperial estaba roto en varios sitios, especialmente en las mangas y alrededor del torso. Hoox había visto ya la costra de su frente y sabía que no era reciente, al menos no tan reciente como lo demás, pero aún así le bastó un sondeo rápido usando la Fuerza para comprender que ella no estaba en buen estado de salud. El sondeo también indicaba más datos, pero Seiza le habló antes de que él pudiera meditar al respecto.

—Hoox… —dijo ella, y de pronto volvió a llorar. Apagó el sable y corrió hacia él para saltar hasta su cuello, abrazarle y seguir llorando.

Hoox estaba bastante sorprendido por las circunstancias y, en distinta medida, por el hecho de que Seiza pareciese echar chispas literalmente. Mientras Seiza lloraba, Hoox golpeó suavemente su espalda con la palma de la mano y, ya de pasó, miró a su alrededor. Sólo se oían los sollozos de Seiza.

—¿Ése de ahí —preguntó Hoox haciendo un leve gesto hacia el gólem— no es mi viejo sparring en el «Azote de las Estrellas»?

Seiza asintió con la cabeza mientras seguía llorando.

—¿Está muerto? —preguntó Hoox.

Seiza volvió a asentir, pero era incapaz de dejar de llorar.

—Esto no puede ser por él —dijo Hoox—. Ya le habíamos dado por muerto una vez.

Seiza sólo siguió llorando, pero Hoox la agarró por los hombros y la puso ante su rostro. Sus mejillas estaban empapadas por cataratas de agua y sal, y sus ojos empezaban a irritarse.

—¿Seiza, qué te pasa? —preguntó Hoox, mortalmente preocupado.

Seiza comprendió que Hoox tenía que saberlo. Incluso aunque sólo fuese por su relevancia a nivel político, eso era algo que él acabaría descubriendo. ¡Pero era tan difícil

dejar de llorar! El alma de Seiza parecía querer escaparse en forma de lágrimas, y Ashla nunca le había enseñado a controlar esa clase de dolor.

Aún así, Seiza se sobrepuso. Debía hacer lo correcto, y lo correcto era decírselo a Hoox.

—Ashla… —Seiza tuvo que hacer una pausa antes de continuar— Ashla ha muerto.

Dicho esto, volvió a la relativa comodidad que le ofrecía el hombro de Hoox. Éste la abrazó y, sin mirarla intentó consolarla.

—Seiza, lo siento —dijo—. Sabes que lo siento. Ojalá pudiese hacer algo, traerlo de vuelta… Aunque me costase mi propia vida, si fuera posible…

Seiza levantó la cabeza y miró a Hoox. Él le sonrió, pero ella apenas veía una forma borrosa donde debería estar su cabeza, así que no logró percibir su sonrisa, pero se la imaginó.

—Hoox, te quiero —dijo ella.

—Lo sé —dijo él—. Y yo a ti.

—Pero, cuando esto acabe —terminó ella—, yo continuaré el trabajo de Ashla donde él lo dejó.

Hoox desvió la mirada hacia arriba.

—¿Y qué estaba haciendo Ashla? —preguntó él, que nunca llegó a saberlo.

—Los Jedi resurgirán, Hoox —casi le amenazó Seiza—. Pronto habrá nuevos Caballeros Jedi que se opondrán al mal y lo combatirán en todas sus formas.

—¿Necesitáis una base? —preguntó el Jedi oscuro.

—Esto no es para tomárselo a broma —protestó Seiza.

—No es una broma —dijo Hoox—. Sabes que nunca estuve de acuerdo con muchas partes de la doctrina del emperador.

Ahora, Junagadh es mío. Si necesitas un planeta para tu praxeum, sólo pídemelo.

—No te entiendo, Hoox —dijo Seiza.

—Es lo menos que te debo, amor mío —dijo él—. Puesto que está claro que no podremos estar juntos, sólo desde lejos puedo darte… algo que merezca la pena.

—No tiene porqué ser así, Hoox —replicó ella—. Abandona el lado oscuro, sé que puedes hacerlo. Ven a la luz, y podríamos… podríamos estar juntos.

Hoox la miró fijamente, con tristeza en sus ojos. Por todo lo sagrado, cuánto la amaba. Eso hacía mucho más difícil lo que tenía que hacer.

—¿Te unirías tú al lado oscuro si yo te lo pidiera? —preguntó él como si le disparase.

Seiza no podía mirarle a los ojos. Giró la cabeza, atemorizada, e hizo una pausa.

—Yo… —dijo ella—. No puedo, Hoox. Lo siento.

—Lo comprendo, Seiza —dijo Hoox, abrazándola—. Yo no puedo abandonar lo que me da la Fuerza.

—Odio, miedo, agresividad… —dijo ella, mirándole de nuevo al fin—. ¿Cómo puedes vivir con eso? ¿Cómo puedes aguantar?

—¿Cómo puedes aguantar tú, reprimiendo esas mismas emociones? —le respondió él—. Pero, ahora que has comprendido que no soy malvado, espero que puedas comprender lo demás.

—Podríamos dejarlo todo —dijo Seiza—. La Fuerza, el Imperio… Buscar un planeta deshabitado y vivir allí el resto de nuestras vidas…

—No —respondió Hoox—. Ni tú ni yo podríamos hacerlo.

—No concibo —dijo Seiza— que un poder como la Fuerza nos permita conocernos y no nos permita estar juntos. Pero me temo que lo mismo que extrañamente nos unió haya de ser el motivo de nuestra separación.

—Lo sé —respondió Hoox—. Te amo más de lo que nunca he amado a nadie, pero nuestros caminos discurren por senderos diferentes. Tal vez en el futuro volveremos a coincidir.

—Y si lo hacemos —dijo Seiza—, ¿será como amigos o como enemigos?

—Es difícil ver el futuro —dijo Hoox—. No puedo prometerte que compartirás todas mis decisiones, pero te prometo hacer cuanto esté en mi mano para que no tengas motivos para atacarme.

—Ojalá no te quisiera tanto —dijo Seiza—. Nuestra separación no sería tan difícil.

—Aún no hemos terminado —dijo Hoox—. Nosotros ya estamos a salvo, pero Junagadh no. Recuerda que hemos de luchar en el nombre de las estrellas.

—En el nombre de todos cuantos las habitan —terminó Seiza.

Se limpió las lágrimas con un pedazo de tela y siguió a Hoox hasta fuera del aquel cuarto.

Seiza y Hoox caminaron con decisión pero sin prisa. Sabían que, al fin, el tiempo ya no era un lujo, así que su marcha se acercaba mucho más el avance tranquilo de la infantería, y no el paso ligero de su carrerita anterior. Pero aún había algo que carcomía a Seiza.

—Hoox —preguntó—, ¿qué ha pasado con Darth Ksar?

Hoox se detuvo y extrajo de su bolsillo un sable de luz que ella había visto antes. Era el sable de Darth Ksar, con esa curiosa espiral que lo rodeaba.

—Lo siento —dijo Seiza.

—Hoy no es un buen día para ninguno de nosotros dos querida —dijo Hoox—. Tú has perdido a tu maestro. Yo, a mi discípulo.

—Y ambos, a nuestro ser amado —dijo Seiza, cogiendo la mano de Hoox—. ¿Me dejas ver el sable de Ksar?

—Supongo que puedes aprender algo de esto —dijo Hoox, extendiéndole el cilindro.

Seiza lo cogió, pero los bordes de esa espiral tridimensional estaban afilados como cuchillas. Cortaron su su carne hasta hacerla sangrar con sólo el más sutil de los roces. Seiza apartó la mano dolorida y el cilindro cayó al suelo antes de que ella terminase de gritar.

—Parece que la gárgola sonriente ha gastado su última broma desde la tumba —dijo Hoox mientras se agachaba para recoger el sable. Al tomarlo en su mano, puso sus dedos

entre los cortantes filos de la espiral, en vez de tocar uno de esos puntos tan temibles, y logró levantarlo sin hacerse daño.

—Tú fuiste su maestro —dijo Seiza—. ¿Fue idea tuya?

Hoox levantó una ceja, ofendido, y después negó con la cabeza.

—Él ya tenía este sable cuando le conocí —replicó—. La primera vez que lo cogí, yo también me corté.

—Y gritaste y apartaste la mano, dejándolo caer igual que yo —apuntó Seiza.

—No —respondió Hoox.

—¿Acaso usaste la Fuerza para controlar el dolor? —preguntó Seiza, extrañada.

—No —repitió él.

—Pero duele —dijo ella.

—Es cierto —admitió Hoox.

—Está bien, me rindo —dijo Seiza—. ¿Cuál es el truco?

Hoox movió sus dedos para que abandonasen las «zonas seguras» del sable, y el filo espiral cayó en la palma de su mano, abriéndole heridas graves. Hoox apretó la empuñadura, sangrando más todavía, y encendió el sable.

Realizó unos impresionantes movimientos para demostrar cómo ignoraba al dolor, cómo se burlaba de éste en su misma cara, antes de apagar el arma.

—El truco —respondió Hoox, mostrando los cortes en la palma de su mano— es que a mí no me importa que me duela.

Seiza cogió el sable de Ksar con precaución y lo guardó junto con el de su difunto maestro. Ella sólo había construído un sable de luz en su vida, y quería estudiar otro.

Por supuesto, ambos suponían que no iban a tener más bajas en esta misión.

Hoox y Seiza alcanzaron al fin el centro neurálgico de Stige, el lugar desde donde su amo, el temible Manendra, controlaba las vidas de todos los habitantes del asteroide, y pronto, si ellos no se lo impedían, de Junagadh.

Manendra se parecía en muchos aspectos a una de esas pequeñas criaturas que Seiza y Hoox habían visto en los túneles de Stige. Pero su cerebro estaba demasiado desarrollado. Sólo la masa encefálica era una esfera de casi cincuenta metros de largo, que apenas cabía en una inmensa pecera de transpariacero, sostenida sobre el suelo por gruesos soportes. Había un montón de sensores pegados a la masa encefálica, y los cables salían a través de un pequeños agujeros hechos en la superficie cristalina para terminar en inmensos ordenadores que cubrían paredes enteras.

El resto del cuerpo de Manendra aún era similar al de una de esas criaturas, al menos de las cejas para abajo. Sus ojos habían perdido toda bondad, y eran tan negros como su alma. Hacía años que no podían ver. Todo lo que Manendra veía era a través de las cámaras controladas por ordenador o a través de las mentes de la gente que controlaba.

Aún así, su pequeño rostro de animalito inofensivo mostraba toda su rabia y todo su odio interno. Seiza, en cierto modo, simpatizaba con él. Después de todo, la galaxia había torturado a sus compañeros de especie.

Pero ni siquiera ella podía aprobar los métodos que él utilizaba. No estaba arreglando la situación; sólo estaba dándole la vuelta. Ella quizá lo habría comprendido si Manendra hubiese hecho todo lo posible para evitar que los animales fuesen maltratados, pero lo que estaba haciendo Manendra era vengarse, pura y llanamente.

Seiza miró a Hoox, y ambos comprendieron el plan.

Encendieron sus sables y cargaron contra los ordenadores.

Los filos violeta y amarillo destruyeron con facilidad un equipo valiosísimo, conectado a través de cables al cerebro de Manendra. Manendra necesitaba esa tecnología como muleta para sus poderes telepáticos, y se había acostumbrado a utilizarla. Sin ella, no podría siquiera emitir sus pensamientos.

Manendra intentó rápidamente llamar a sus tropas de tierra, en un último intento de protegerse, pero entonces un aparato indispensable fue destruído… y las tropas dejaron de pensar. Manendra comprendió entonces el gran error que había cometido al meter todos los huevos en la misma cesta. Sus hombres no podían rebelarse contra él porque no tenían pensamiento independiente… pero, al no tener pensamiento independiente, al no haberles dado ese voto de confianza, ahora los había perdido. Algunos, los que habían sido «convertidos» más recientemente, incluso recuperarían su voluntad, poco a poco.

Los kreogan sufrirían incluso más. Sin el «empujón» de Manendra, ninguno de ellos retendría sus poderes telepáticos. Por último, los insectos volverían a su mentalidad de colmena irracional.

El equipo acabó siendo destruido del todo. La maquinaria que él necesitaba para controlar la galaxia, para controlar su pequeño imperio… ya no existía.

Manendra se había quedado ciego de nuevo. Pero esta vez estaba ciego del todo. No podía ver ni una cosa a su alrededor. Sus poderes mentales aún estaban ahí, pero era como si ya no se acordase de cómo utilizarlos.

Entonces sintió algo. Era una oleada de calma. Debía ser uno de los humanos con esos poderes extraños no biológicos.

Se sentía mucho mejor y, de algún modo, supo que las cosas irían bien, que su raza no volvería a ser maltratada.

Pero entonces sintió miedo.

Verdadero miedo.

El miedo más justificado de la galaxia.

Era el miedo a morir.

El cerebro de Manendra empezó a expandirse. Le dolía cada neurona mientras intentaba ir en una dirección distinta.

—¡Noooooooooo! —quiso gritar, pero Manendra ya no podía decir nada.

La inmensa masa encefálica explotó dentro de la pecera, manchándola por toda su superficie con un efecto repugnante.

Seiza se giró hacia Hoox, con la ira en su rostro.

—¡Eso no era necesario! —le gritó—. Ya estaba vencido. ¡No tenías porqué matarle!

Hoox la miró a ella, ocultando cualquier emoción tras la máscara estoica que usaba por rostro.

—Vine a Stige a matarle —dijo Hoox, categóricamente—. Lo sabías cuando subiste a mi caza.

—Podías haber sido un héroe —dijo Seiza.

—Eso es lo que eres tú —dijo Hoox—. Yo soy un asesino. En el nombre de las estrellas, he matado a quien suponía un peligro… para todos.

Seiza negó con la cabeza; ella aún creía en la redención.

Creía que incluso Manendra podría haber abandonado el mal camino.

—Si me odias, lo entenderé pero me dará igual —dijo Hoox.

—No te odio —respondió Seiza—. Te quiero demasiado para poder odiarte. Pero no te puedo perdonar esto. Quizá algún día pueda, pero hoy no.

Hoox asintió con la cabeza. Él sabía que esto iba a acabar así, pero eso no aliviaba a su corazón destrozado. Amaba a Seiza con todo su corazón, con toda su alma y con todo el poder de la Fuerza… pero, si hubiese dejado vivo a Manendra, ¿cómo habría podido perdonárselo? ¿Cuántos más habrían caído bajo su yugo? ¿Cuántos como Tisa, a los que Hoox nunca podría salvar a tiempo?

Y, mientras, Seiza le daba la espalda a Hoox. Ella también le amaba. «Pero el amor no es el egoísmo, Sanui», parecía oir las palabras de Ashla. «El amor es también sacrificio, es saber que lo que estás haciendo es lo mejor. Hay más cosas que el amor en la galaxia, Sanui, y debes comprenderlo pronto, porque sé que algún día tendrás que sacrificar tu amor… en el nombre de las estrellas».

Pero Seiza lloraba. Su rostro ya estaba empapado con las lágrimas derramadas por Ashla, así que ahora, razonaba ella, no se notaría.

—Hoox, ¿por qué lo has hecho? —se preguntaba ella—. Ahora, nunca podremos estar juntos. ¿Cómo podré mirarte a la cara, después de esto? ¿Y cómo podría no perdonarte, con todo lo que significas para mí?

Al mismo tiempo, una lágrima descendía lentamente por la mejilla de Hoox. Pero, esta vez, no era una lágrima surgida de un reflejo por el dolor. Esta vez, Hoox quería llorar.

Había pasado varias horas, y durante ese tiempo, Seiza no le había dirigido la palabra a Hoox. Se había pasado todo ese tiempo dándole la espalda, y Hoox creía que todo lo que le estaba diciendo caía en saco roto. Le había presentado disculpas un millón de veces. Le había explicado que Manendra era un megalómano, un desequilibrado con tal inteligencia que no tenía posibilidad de cura. Le había hablado de cómo la Fuerza le había permitido ver un horrible futuro en que la galaxia entera estaba dominada por Manendra, y de por qué eso le había obligado a hacer todo lo posible por impedir que ese destino pudiese convertirse en realidad.

—Lo siento, Seiza —le dijo al fin—. Sabes que te amo, pero tenía que sacrificar mi amor en el nombre de las estrellas.

Seiza no se podía volver. No necesitaba mirarle para saber que su arrepentimiento era sincero, que realmente sentía dolor por haberle fallado a ella, pero, al mismo tiempo, sabía que, si se repitiese la situación, Hoox volvería a matar sin pensárselo dos veces. Seiza sentía que lo único que le quedaba era su orgullo, y por eso no pudo volver a mirar a Hoox a la cara.

—Si se atreve a utilizar la Fuerza para averiguar cómo me siento —pensaba ella—, si noto uno solo de esos tentáculos fantasmales sobre mi alma, entonces habrá perdido toda esperanza de perdón.

Pero Hoox no usaría la Fuerza sobre Seiza. Hoox había comprendido que el poder de la Fuerza, tanto del lado oscuro como de la luz, sólo podía usarse en beneficio de la galaxia. La única diferencia entre ellos era que, según Hoox, Seiza no estaba dispuesta a hacer sacrificios por un bien mayor y, según Seiza, Hoox no era capaz de comprender que el dolor y el asesinato nunca beneficiarían a la galaxia.

La luz y la oscuridad habían luchado codo con codo por primera vez desde que se puede recordar, pero nunca podrían compartir la paz y mucho menos el corazón. Hoox era incapaz de decirle nada más a Seiza, y él también buscó un lugar para dormir.

Cuando Hoox se despertó, retrocedió asustado ante lo que veía. ¡Era Manendra! El monstruo había resucitado y estaba frente a él, a una pulgada escasa de su rostro.

Hoox calló un grito de angustia y miró con más detenimiento a la criatura.

—Grgrgrgr —dijo Manendra.

Pero, un momento. No era Manendra.

Era una de las pequeñas criaturas de su especie. Su cerebro era de tamaño normal, y estaba cubierto por el inicio de esa mantita de pelo marrón oscuro que le cubría todo el lomo. Y sus ojos, sus ojos tiernos, bondadosos e inocentes, no revelaban ninguna malicia. Desde luego, no la malicia relacionada con la inteligencia.

—Grgrgrgr —repitió el animal.

Hoox se fijó un poco más. Había docenas de animales como ése a su alrededor. ¿Tal vez algún instinto les había llevado hasta el interior del compejo, para rendir un último tributo a su mesías loco, Manendra? ¿Quizá habían estado retenidos durante todo este tiempo?

Hoox vio cómo Seiza, aún de espaldas a él, sostenía a uno de los animales entre sus manos y le acariciaba el lomo.

Pero Hoox seguía asustado. Tal vez, alguna de estas criaturas podría estar de algún modo poseída por el alma de Manendra. Agarró con sus manos a uno de ellos por debajo de las axilas, y lo levantó. La criaturilla le miró a los ojos, ignorando lo que estaba haciendo.

—Grgrgrgr —le dijo.

—Éste está limpio —pensó Hoox, y miró a su alrededor para poder coger otro. El análisis superficial de la zona parecía sugerir que no existía peligro; ninguno de los animales tenía una capacidad mental muy elevada. Pero, aún así, Hoox prefería asegurarse.

Mientras, Seiza jugaba con su nuevo amiguito, convencida de que no pasaba nada, de que, por fin, todo había terminado. Veía como un Hoox frenético por alguna razón estaba intentando censar a todos y cada uno de los animales, y por eso los cogía, los devolvía al suelo y los situaba en grupos.

Pero a Seiza le dió igual, Hoox tenía que salir de su corazón. Ahora entre ellos reinaba el silencio.

Al cabo de unas horas más, Seiza y Hoox oyeron ruidos que venían del exterior de la habitación. Eran pasos. El entrenamiento de combate de ambos les permitió deducir varios datos más: Una cantidad superior a veinticinco personas. Pasos no acompasados, así que no caminan marcando el paso como una unidad militar. A juzgar por el ritmo y el peso, seguramente eran humanos o humanoides. Las suelas son de plástico; podrían ser las botas de la infantería de Manendra.

Hoox y Seiza salieron al pasillo. Allí había muchos más animales como los de antes, y al cabo de unos segundos, pudieron ver a un grupo de habitantes de Stige. Ninguno de ellos llevaba ya la joya en su frente. Algunos vestían con el uniforme de las tropas de infantería, pero se habían deshecho del casco para poder ver, y llevaban las armas como si no supiesen usarlas.

Se fijaron entonces en que Hoox y Seiza no vestían como los demás, con esos monos tan prefabricados. Algunos de los stigianos empezaron a hablar con otros, y al fin uno de ellos avanzó hacia los extraños, como portavoz del grupo.

—Saludos —dijo el portavoz—. ¿Hablan ustedes mi idioma?

Hoox dio un paso al frente antes de que Seiza pudiese decir nada.

—Saludos —dijo el imperial—. Soy el almirante Hoox, regente del sector Junagadh.

—Soy Not Schelt, de Halowan —respondió el portavoz—. ¿Puede decirme dónde estamos?

—Bastante lejos de Halowan —dijo Hoox—. Estamos en el sistema Gadamar, en un cinturón de asteroides. ¿Le dice algo esto?

Schelt se giró para mirar a sus compañeros. Todos estaban prestando atención, y ninguno conocía Gadamar ni le sonaba lo del cinturón de asteroides.

—Hemos despertado hace poco —dijo Schelt—. Estábamos en una gran sala, y todos vestíamos estos extraños trajes, o armaduras, como ese hombre —señaló a uno de los ex-soldados que llevaba el casco bajo el brazo—. Allí había más de mil personas, pero la mayoría habían muerto o estaban catatónicos o comatosos. No conocemos la causa de sus muertes. Sólo hemos sobrevivido nosotros y otros cincuenta y seis más. Nos hemos dividido en tres grupos iguales de veintiocho personas para buscar alguna explicación.

Hoox se agachó y recogió del suelo a una de las pequeñas criaturas. Se la enseñó a Schelt.

—¿Sabe usted lo que es esto? —preguntó Hoox.

—Grgrgrgr —dijo la criatura.

—Es un brusy —dijo Schelt—. ¿Está seguro de estar cogiéndolo bien? Tal vez le esté molestando.

—¿Por qué es importante —preguntó Hoox— que no moleste a este brusy?

—No estoy seguro —dijo Schelt—, pero sé que los brusies no deben sufrir daño.

—Ésa la ha implantado profundamente —le susurró Seiza a Hoox. Era la primera vez que le dirigía la palabra desde la muerte de Manendra.

—Si se hubiese conformado con eso… —susurró Hoox a su vez, pero no estaba seguro de que ella le hubiese oído.

—¿Sabe usted lo que ha pasado, almirante? —preguntó Schelt.

—Por favor, termine de responder a mis preguntas antes —dijo Hoox—. ¿Han visto ustedes a algún alienígena desde que se… despertaron? Aparte de los brusies, quiero decir.

—Hemos visto unas criaturas de una especie que ninguno conocía —dijo Schelt, y sus compañeros negaban con la cabeza, dándole la razón—. Tenían muchos tentáculos, una gran cabeza y ojos compuestos. Creo que no tenían boca —se giró para mirar a los demás, y los demás gesticularon para indicar que ellos tampoco la habían visto—. Nos miraron, y parecían querer comunicarse con nosotros, pero no encontraron ningún modo de hacerlo.

—Los kreogan —susurró Hoox. Seiza pudo oírle y asintió con la cabeza. Schelt también le oyó, pero no entendía lo que había dicho.

—¿Disculpe? —dijo Schelt.

—No se mueva —dijo Hoox, posando las yemas de sus dedos en la frente de Schelt. Utilizó la Fuerza para entrar en su cerebro y encontrar rastros del control de Manendra.

Lo único que descubrió fue que este tal Schelt había sido controlado hacía relativamente poco, y había olvidado el tiempo pasado bajo el control de Manendra. Sus recuerdos más recientes tenían un par de meses de antigüedad.

Hoox apartó la mano de la frente de Schelt.

—¿Puede decirme qué ha pasado? —preguntó Schelt.

Hoox y Seiza se miraron. Parecían querer preguntarse cuánta información revelar. A Hoox le preocupaba que estas personas descubriesen toda la verdad, y de todos modos, él estaba acostumbrado a guardar secretos de estado. Sin embargo, Seiza no le perdonaría que les mintiese descaradamente, y su relación con Seiza ya había tenido bastantes altibajos. Hoox intentó calcular cuánto tenía que revelarles.

—Han sido ustedes capturados por un terrorista —dijo Hoox—. Este terrorista les ha utilizado como cobayas en un proceso científico, y es por eso que no retienen ustedes recuerdos. Han sido trasladados a este lugar para continuar el experimento inhumano. La mayor parte del grupo ha padecido torturas biológicas hasta morir, y me temo que son ustedes los únicos supervivientes. El líder de los terroristas ha sido detenido gracias a los esfuerzos de esta mujer.

Hoox hizo un gesto hacia Seiza. Ella se sorprendió, pero recuperó rápidamente la compostura.

—Seiza Sanui, una Jedi —les presentó Hoox.

—Pero… —dijo una voz desde la multitud—. Pero los Jedi se extinguieron, el emperador acabó con ellos. Y Junagadh estaba bajo el control del Imperio Galáctico —la voz hizo una pausa—. ¿No es verdad?

—Junagadh —dijo Seiza— está bajo el control de un hombre:

R. J. Hoox. Hoox no admite la autoridad de ningún emperador galáctico, ni de la flota imperial.

—Existen más complejos como éste —dijo Hoox—. Es posible que haya habido… quizá hasta un millar de supervivientes.

Todos serán evacuados del asteroide. Se llevarán a cabo análisis médicos en cada uno, por si tuviese alguna enfermedad, antes de enviarles a sus planetas de origen, en los casos en que esto sea posible. En los casos en que no lo sea, el gobierno les proporcionará alojamiento y empleo, mientras sea necesario.

Por supuesto, el «análisis médico» incluiría medidas para asegurarse de que no seguían controlados por Manendra. De todos modos, Seiza estaba impresionada por las medidas filantrópicas tomadas para esos refugiados.

Hoox, más pragmáticamente, echó un vistazo a su cronómetro.

—¿Alguno de ustedes tiene experiencia en la operación de un equipo de comunicaciones tierra-espacio? —dijo el almirante.

Afortunadamente, el equipo militar de Manendra no utilizaba la misma fuente de alimentación que su equipo de control mental. Aún tenían un equipo de comunicaciones con el exterior, ubicado relativamente cerca de donde estaban los rayos tractores. Uno de los habitantes de Stige, un tal Sum-ner, sabía manejarlo y estaba operándolo. Las pantallas mostraban una silueta triangular.

—¿Es ésta su nave, almirante? —preguntó Sumner, señalando el triángulo.

—Probablemente —dijo Hoox—. Establezca un canal de comunicación.

—Quizá no sea seguro —dijo Sumner—. Podrían interceptar la conversación.

—Improbable —enunció pragmáticamente Hoox—. Estamos en mitad de un campo de asteroides, y la nave insignia de mi flota está ahí fuera. Dudo mucho que alguien se meta por aquí a espiar lo que decimos. Por favor, proceda.

—El satélite está ahí delante, señor —dijo un oficial imperial.

—Tengo ojos —dijo Nokeis, y realizó diversos cálculos para asegurarse de que ése era el satélite.

—Los sensores indican formas de vida —dijo otro oficial, consultando sus pantallas—. Ese satélite está lleno de gente. Se detectan muestras de tecnología en varios puntos, más de una docena. ¿Los pongo en un holograma?

—Adelante —dijo Nokeis.

Una esfera verde apareció ante los ojos de todos los presentes. Había unos cuadrados rojos en el interior de la esfera, que destacaban con fuerza propia. Unas filas líneas amarillas, apenas visibles, comunicaban los cuadrados.

—Recibimos comunicación desde el satélite —dijo un tercer oficial.

Nokeis se levantó de su silla.

—Enviénme la comunicación a mi camarote. Tryskho, acompáñeme. Que nadie intercepte la comunicación desde aquí.

—¿Qué? —preguntó Tryskho.

Nokeis estaba tomando medidas: Si el telépata ése necesitaba contacto visual para controlar mentes, tal vez le bastase hacerlo a través de una pantalla. Un androide de protocolo siguió torpemente a Nokeis y Tryskho.

—Queda al mando, Eldi —dijo Nokeis—. Si no ha recibido la contraórden dentro de diez unidades de tiempo estándar, inicie el bombardeo.

El camarote de Nokeis tenía una pantalla bastante grande.

Cuando se encendió, Nokeis y Tryskho pudieron ver a un técnico al que no conocían y, tras él, al almirante Hoox.

—Atención, nave no identificada —dijo el técnico—. Por favor, responda.

—La comunicación se ha establecido —dijo el almirante—. Me alegra verles de nuevo.

—¿Cuál es la situación, almirante? —preguntó Nokeis mientras sus sensores medían cambios retinales, velocidad de respiración y un millón de variables más en el cuerpo de Hoox.

—La situación aquí abajo está controlada —dijo Hoox—. La amenaza ha sido eliminada. Ha habido una cantidad de supervivientes, que serán evacuados en lanzaderas. Me encuentro en la posición de ordenarles el envío de la primera.

Nokeis presionó una tecla, y una segunda pantalla se encendió, al lado de la anterior. Sólo él y Tryskho podrían leerla. En ella, Nokeis informaba a Tryskho de que las variables del almirante entraban en los límites aceptables.

—¿Cómo sabemos que es usted el almirante Hoox? —preguntó Tryskho, cruzando los brazos en desafío.

—Capitán —dijo el almirante suavemente—, aprecio sinceramente su dedicación, pero soy yo. Sin duda, Nokeis ya lo ha establecido midiendo mi respiración y dilatación retinal.

—Quizá usted ha sido torturado —dijo Tryskho—, y bajo coacción, está emitiendo este comunicado.

—Tryskho —dijo el almirante, algo más enfadado—, no soy Vader, pero usted sabe que puedo estrangularle desde aquí.

Si persiste en esta actitud, acabará encontrando problemas.

—Bingo —pensó Tryskho—. Si el almirante estuviese controlado, a estas alturas probablemente ya me habría atacado. Pero mantiene su personalidad amenazante y agresiva sin llegar a ser letal. Ahora, la última prueba.

—¿Cuál es la contraseña que usted y yo acordamos? —preguntó Tryskho.

—¿De qué habla? —preguntó el almirante—. Usted y yo no acordamos ninguna contraseña.

—Hace diez meses, en Primus —insistió Tryskho.

—Hace diez meses, en Primus —repitió Hoox— no acordamos ninguna contraseña. Me estoy empezando a enfadar.

Tryskho sonrió.

—Me alegra saber que está usted bien, almirante.

La primera lanzadera aterrizó, con un piloto y diez soldados de asalto a bordo. Pudo ser guiada por los sistemas de rayo tractor en el satélite. Los soldados de asalto bajaron de la nave y adoptaron posición de firmes cuando apareció el almirante, acompañado por unos cincuenta humanos de edades variables.

—Descansen —dijo Hoox.

—¿Cuáles son las órdenes, señor? —preguntó el sargento—. ¿Debemos arrestar a alguien?

El sargento hizo un sutil gesto hacia la puerta, en cuyo dintel estaba apoyada Seiza.

—No hay orden de captura contra Sanui, sargento —dijo el almirante—. Le recuerdo que sólo se la buscaba para interrogatorio en relación con las actividades de Ashla.

—Sí, señor —dijo el sargento—. Podemos interrogarla.

—No será necesario, soldado —dijo Hoox.

—Sargento, señor —corrigió el hombre de blanco.

—Soldado —repitió Hoox—. Estas personas serán llevadas a bordo de la nave insignia, y ubicadas temporalmente en el salón de actos. Después, volveremos a la base. Hay unas mil personas, así que esto llevará su tiempo y exigirá varios viajes.

—Bien, señor —dijo el soldado, y después las tropas empezaron a meter a los refugiados en la lanzadera.

La primera lanzadera despegó, dejando en tierra a Seiza, a Hoox y a los soldados.

El soldado, antes sargento, se fijó en una de los brusies que había por allí.

—Voy a divertirme un poco —dijo, y apuntó su rifle bláster hacia él.

Un disparo de energía roja surgió del arma del soldado pero, veloz como un pensamiento, Hoox saltó y encendió su sable de luz, a menos de un pie del brusy. El sable de luz deflectó el disparo y lo redirigió contra la pierna del emisor. El soldado cayó al suelo, gritando y agarrándose la rodilla herida.

—Grgrgrgr —dijo el brusy, que ni siquiera comprendía que había corrido peligro. Seiza lo agarró entre sus manos y lo acercó a su cara, haciendo ruiditos con sus labios.

Mientras, Hoox, con el sable de luz aún encendido, se acercó al soldado y le miró.

—¿Quién es su oficial, soldado? —preguntó Hoox.

—Aaaahhh… Aaaaahhh… —fue lo único que dijo el soldado.

—¿Quién es su oficial? —repitió el almirante.

—Teniente Kols —dijo entre gemidos el soldado.

—Voy a tener que mantener una conversación con él —dijo Hoox—. No quiero psicópatas en mi ejército. De momento, para el resto de ustedes, les comunico que estas criaturas son una especie protegida en mi sector. ¿Está claro?

Los demás soldados asintieron aparatosamente con sus cascos blancos. Seiza, aún apoyada en la puerta y con el brusy en sus manos, los miraba impresionada.

Unas horas mas tarde, todos los civiles y militares de Hoox estaban ya en sus respectivas lanzaderas, y la última nave y un caza traído expresamente por orden de Hoox esperaban en los hangares para salir del asteroide.

—Es lo mejor para ambos —dijo Seiza seriamente.

Hoox suspiró mientras asentía y permaneció en silencio mirándola como si quisiera memorizar cada detalle, cada expresión.

—A partir de aquí, cada uno tiene su cometido, su destino —añadió Seiza con un nudo en la garganta—. Y me temo que no coinciden.

Hoox acarició la cara de Seiza, mientras alzaba la vista al techo, para que las lágrimas no desbordaran sus ojos.

—Lo sé —se arrancó a hablar, pero tuvo que dejarlo porque su corazón no dejaba de dolerle, como si alguien lo apretara cada vez mas fuerte.

Seiza acarició la mano a Hoox, le miró a los ojos y le dijo, mientras sus ojos se volvían brillantes a la luz artificial por las lágrimas que los llenaban:

—«… y contemplé cuando mis lágrimas me lo permitieron… que pertenecemos a algo mucho mas grande que nosotros mismos… algo a lo que aparentemente somos ajenos desde nuestro nacimiento, pero que nos es tan vital como el aire que respiramos… Es aquello que nos mantiene unidos y que al mismo tiempo nos separa enfrentándonos a unos contra otros…» —hizo una pausa para secarse los ojos con el anverso del guante de su mano derecha y añadió—. Ahora sé a qué se refería la voz.

Ella sonrió amargamente mientras abrazaba con fuerza a Hoox, que ya no podía evitar que su cara expresara el dolor que sentía su corazón.

Sólo un ruido emitido por uno de los motores de la lanzadera que estaba en aquel hangar, les hizo salir del abrazo.

—Adiós, Seiza —dijo Hoox.

Seiza le miró una vez mas a los ojos, se acercó, le dió un fugaz beso en los labios y dijo:

—No digas adiós, Hoox. Un adios es el final.

Sin dejar lugar a la reacción de su amado, ella echó a correr, mientras se ponía el casco y lo ajustaba al traje, hacia el caza que la sacaría del asteroide. Su rumbo: cumplir una promesa y proseguir con su vida.

Después de varios minutos, solo en el hangar, pensativo y muy serio, Hoox decidió subir a la lanzadera, con destino a su nave insignia y dispuesto a emprender un nuevo camino en su vida.

Tanto ella en un caza a la velocidad de la luz y él en su lanzadera, tomando caminos opuestos, sonrieron a la vez al recordar la aventura, pues sabían que sus vidas ya nunca volverían a ser las mismas después de aquello.

Fin del vigésimo segundo capítulo

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO: EPÍLOGO

—Y eso es todo —dijo el androide.

Emesiete había sido reconstruído, aunque también había sufrido varios ataques en los últimos años. El aspecto del androide ya no parecía tan carente de edad como al principio: Abolladuras y remaches daban a entender que había visto mucha acción, mucha más de la que se esperaría de una máquina.

El androide había estado hablando con un joven alienígena, un reptil cuadrúpedo muy grande, de algo más de metro setenta de altura, mucho más alto que Emesiete. Este extraterrestre, a diferencia de los adultos de su especie, aún no había desarrollado los pinchos alrededor de su cabeza, y su espina dorsal apenas tenía el inicio de lo que algún día podrían ser púas.

Ambos avanzaban por el interior de uno de los edificios más altos que el alienígena había visto jamás; su inmensa envergadura casi ocupaba todo el pasillo y Emesiete iba delante de él, porque no habría cabido si hubiese ido al lado.

Cuando pasaron varios segundos sin que Emesiete dijese nada más, el alienígena, que hasta entonces había guardado silencio para no interrumpirle, se atrevió a hablar.

—Es increíble —dijo—. Es… Bueno, es realmente asombroso.

Nunca antes había pensado en la maestra Seiza de ese modo.

El androide hizo un gesto que le había enseñado un 3PO conocido suyo.

—Fue poco después cuando me encontró, ¿verdad? —continuó el alienígena—. Me rescató de los esclavistas y me tomó como su aprendiz. De eso hace ya casi quince años.

—Catorce años, siete meses, tres días, dos horas y diecinueve segundos —especificó el androide—. Desde mi punto de vista.

—Muchas gracias por contármelo, Emesiete —dijo el alienígena—. Siempre me lo pregunté. Yo sabía que mi padre había sido el maestro de la maestra Seiza, pero ella nunca me quiso contar cómo murió. Una vez le arranqué que había muerto heróicamente en combate, pero otra vez se le escapó que había sido ella quien le había matado. No entendía cómo podían ser verdad las dos cosas, y creí que me había engañado…

—Tu maestra no te engañaría —dijo Emesiete.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —dijo el muchacho.

—Adelante —respondió el robot.

—¿Por qué nunca la llamas «ama Seiza»? Tú eres un androide, y ella es tu ama. ¿No deberías referirte a ella así?

—Inexacto —corrigió Emesiete—. Ella no es mi ama, y nunca lo ha sido. Técnicamente, yo fui adquirido por un conglomerado corporativo, pero quebró. Desde entonces, he estado con tu maestra no porque ella sea mi ama, sino porque me cae bien, y porque ella y yo siempre llevamos el mismo rumbo.

—Eres increíble —dijo el alienígena.

—Ella es increíble —Emesiete recalcó la entonación de la palabra «ella».

—Sí —admitió el chico—. Me queda mucho por aprender, pero ella nunca me presiona. Tal vez sea la mejor forma de conseguir que mi entrenamiento cunda. Es muy sabia.

El joven no sabía con seguridad adónde le estaba llevando el androide, pero en la última década y media (o casi), había aprendido a confiar en él, en la máquina a la que llamaba amigo.

El susodicho le había llevado hasta lo que parecía una puerta cerrada. Extendió uno de sus apéndices que utilizaba como extremidades, lo introdujo en una criptocerradura y la puerta se cerró hacia arriba.

El reptil parpadeó un par de veces, un tic que le había quedado después de pasar demasiado tiempo con mamíferos y androides programados para interactuar con mamíferos. No era la primera vez que veía esa ciudad en los últimos días, ni siquiera desde una perspectiva como ésta, pero aún no se había acostumbrado.

Después de todo, Coruscant siempre fue una vista espectacular.

Los edificios eran tan altos que el suelo no se podía ya no ver, sino siquiera imaginar. Sin embargo, desde la posición en que estaban, algunas azoteas puntiagudas eran visibles, y tenían bastante mejor aspecto del que habían tenido durante el Imperio. Sólo por encima de estas construcciones se podía llegar a ver un cielo que, aunque aún no había llegado al azul natural que una vez tuvo, estaba mejorando su aspecto poco a poco.

El espacio entre edificios estaba claramente surcado por esas líneas móviles a través de las cuales debían moverse todos los vehículos, excepto unos pocos que tuviesen una autorización especial justificándolo. Uno de esos vehículos aguardaba al otro lado de la puerta, un vehículo teóricamente pensado para seis tripulantes, pero en el que apenas cabría Emesiete después de que entrase el inmenso alienígena.

Éste, efectivamente, saltó sobre el vehículo y se intentó acomodar como pudo en asientos que, claramente, no se habían diseñado pensando en cuadrúpedos. El vehículo inicialmente se balanceó ante el sorprendente tonelaje de su pasajero, pero pronto se equilibraría y se mantendría en su sitio. Emesiete tuvo muchas menos dificultades para llegar a su puesto de piloto, y utilizó su programación para manejar los controles y acercarse a una de las líneas de circulación habitual.

—¿Por qué no vamos directamente? —preguntó el chico al ver hacia dónde iba el androide—. Tenemos autoridad para saltarnos estos embotellamientos yendo…

—¿Tienes prisa? —le interrumpió el androide—. Esto no es una emergencia, joven jedi. Parece que yo prestaba más atención que tú cuando tu maestra te enseñó a tener paciencia.

El alienígena asintió con su inmensa cabeza y cerró los ojos. Durante el resto del viaje, no dijo una palabra.

Seiza había enseñado al chico a meditar detenidamente cada lección que aprendiese, justo después de aprenderla.

—Sobre todo —parecía resonar la voz de la maestra en el aire—, las lecciones que incluyan conceptos morales. No es importante que aprendas todos los poderes de la Fuerza. Es importante que sepas para qué usar los que aprendas.

Después de un viaje cuyo principal problema fue el tedio, el vehículo se acercó al suelo en un lugar demasiado próximo a un monumental edificio de clara importancia política.

—Siento algo… —dijo el alienígena—. Puedo sentir la Fuerza. Puedo sentir a los jedi…

—Tu maestra estará satisfecha —dijo Emesiete.

—Siento su presencia —afirmó tajantemente el aprendiz.

—Bien —asintió tangencialmente el androide, sin darle importancia al hecho.

El vehículo se posó en una plataforma flotante en mitad del aire, alrededor de la cual seguían circulando los otros vehículos en sus líneas mortalmente lentas. Cuando el alienígena descendió, la plataforma se movió imperceptiblemente mientras se ajustaba a su inmenso peso.

El orgánico, ajeno a esto, sólo movió la cabeza hacia los lados.

—No hay nadie —dijo a Emesiete, algo decepcionado.

—No —afirmó el androide sin ningún tipo de inflexión; él ya esperaba esto.

—Bueno, yo esperaba… —insistió el muchacho—. No sé, un droide de protocolo que nos dijera adónde debemos ir.

—Hace un momento sentías la presencia de tu maestra —le dijo la máquina—. ¿Puedes guiarnos hasta ella?

Con gran confianza en sus posibilidades, el inmenso aprendiz caminó a trancos hacia un edificio próximo, unido a la plataforma por un estrecho pasillo, y se acercó a la puerta.

Antes de que llegase, la puerta se abrió introduciéndose en la pared de la izquierda, y una mujer surgió del interior del edificio. El aprendiz se permitió una sonrisa al ver a su maestra.

Aunque los años no habían pasado en balde, y ahora ella estaba mayor, la verdad era que no había perdido ni un ápice de su atractivo. Ahora su aspecto era de madurez, y no de juventud, pero Seiza mantenía su excelente forma física y su rostro aún conservaba esas facciones que tanto habían atraído a Hoox y, antes que a él, a Halkias. Seguía estando preciosa, pero de otro modo.

Su vestido era bastante sencillo y no menos modesto, la clásica toga que llevaban los jedi simbolizando que su deber es para con todos los habitantes de las estrellas, incluso los más humildes. Aunque la toga, de color granate, no era en absoluto lujosa, Seiza la vestía con dignidad.

Sonrió a su aprendiz y le pidió que se acercase haciendo un gesto con una mano. El alienígena fue con ella, entrando en el edificio, y dentro de la pequeña estancia pudo ver a otro humano.

Se trataba de una hembra de cortos cabellos negros manchados con canas, que aparentaba estar llegando a los cuarenta años. Vestía la túnica de jedi, en color negro, y el aprendiz se sintió impresionado al comprobar lo intensa que era la Fuerza en ella.

—Supongo que recuerdas a la maestra Mhist —dijo Seiza a su discípulo.

Rápidamente, el alienígena retrocedió varios pasos, agachó la cabeza cuanto pudo y cerró los ojos.

—Me honra poder volver a verla, maestra Mhist —dijo.

—No, por favor —protestó Mhist—. No guardes todo este protocolo por mí. Resérvate para la ceremonia —esta última frase la dijo arqueando las cejas.

—Emesiete y yo hemos comprobado la zona asignada, maestras —dijo, sintiéndose algo desconcertado al estar ante Mhist, a la que creía muerta—. No hemos encontrado nada.

Rápidamente, Seiza se giró hacia Mhist y, mirándole a los ojos, le dijo:

—Si mi aprendiz dice que no ha encontrado nada, es que no había nada que encontrar.

Mhist se llevó una mano a la barbilla y meditó mientras Seiza le exponía su opinión.

—Bien —dijo—, pero dadas las circunstancias, toda precaución es poca. Los más importantes dignatarios de más de diez mil sistemas se reunirán hoy. Serían muy vulnerables al ataque de una fuerza enemiga.

—¿Con las medidas de seguridad que hay desplegadas? —protestó el alienígena—. Las naves insignia de miles de flotas están orbitando el planeta, y cuando estaba ahí fuera no me podía creer cuántos civiles eran realmente agentes de seguridad disfrazados.

—Eso funcionaría contra amenazas normales —dijo Mhist, veterana de más lides que el chico—, pero contra un usuario del lado oscuro, somos la única línea de defensa.

—Cierto, maestra Mhist —dijo el aprendiz, bajando de nuevo la cabeza—. Pido disculpas por mi ímpetu.

—Disculpas aceptadas, y ahora yérguete —dijo Mhist—. Dada la peligrosidad de la situación, en Coruscant solicitamos la presencia de todos los jedi disponibles. Os agradezco a ti y a tu maestra que respondieses a la llamada.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Por favor, seguidme —dijo Mhist—. El resto de los jedi ya están esperando.

—¿Tan importante es esta reunión? —preguntó el alienígena.

—Como te he dicho, todos aquellos sistemas que han aceptado la paz estan aqui representados. Desde que cayó el Imperio, se ha llevado una larga batalla contra los anarquistas.

Ha sido muy duro convencer a los representantes para que accedieran a venir a este encuentro. Y es peligroso ya que aún hay muchos sistemas y líderes que se resisten a aceptar una paz continuada por motivos políticos y económicos. Mucho me temo que la calma significa con demasiada frecuencia un descenso en los ingresos de la mayoria de los malhechores de esta galaxia.

La paz no les viene bien y por eso intentan destruir todo aquello que se parezca remotamente a un orden como había antaño.

—¿Pero algún dia dejarán de pelear? —pregunto el aprendiz, mientras caminaban por extensos pasillos con grandes ventanales.

—Posiblemente entren en razón. Desde luego tienen y tendrán su oportunidad. Pero para que se incluyan en el grupo, el resto de los sistemas pacíficos han de estar unidos sin fisuras. El conjunto ha de ser mas eficaz que el sistema independiente.

—¿Y si no se rinden? ¿Y si no ven las ventajas? —volvió a preguntar el aprendiz. Seiza, que había permanecido en silencio durante todo ese tiempo, tosió un poco en señal de disculpa.

Mhist la miró y sonrió, volvió a mirar al aprendiz y dijo:

—Si vienen a nosotros con buena voluntad, eso será lo que obtengan. Pero si pretenden guerra, tendrán guerra. Que nadie dude jamás en la fuerza de la unión. Aunque también te aseguro que la violencia sería el último recurso. Por experiencia sabemos que la guerra nunca engendra nada bueno.

—Pero yo sigo sin entender… —quisó decir el alumno.

—Ah, amigo, yo tampoco entiendo muchas cosas —dijo Mhist sonriendo—. El tiempo se encargará de resolver tus dudas. Y bien, os he reservado a ti y a Emesiete un puesto en un lateral de la sala, para que podais observar junto con el resto de los aprendices. Tu maestra y yo estaremos en los balcones superiores.

—Estaré atento —dijo el aprendiz—. Muchas gracias.

Seiza y Mhist siguieron caminando por el pasillo y se metieron en el elevador que había al final. Mientras, Emesiete y el aprendiz, pensativo, se dirigieron al lugar convenido.

Una sala rectangular de dimensiones gigantescas había sido construida para la ocasión, toda ella iluminada con luz blanca indirecta que salía de apliques en varios puntos del recinto. En uno de los extremos, enfrentado a los asientos y delante de dos pantallas gigantescas, se encontraba el gran atril de exposición y rodeándolo en un semicirculo estaban los asientos de las personalidades más destacadas.

Toda la sala estaba repleta de asientos iguales, puestos en miles de largas filas. En las paredes que rodeaban aquel gran foro y situados en distintos niveles se encontraban varios balcones que en unos minutos estarían repletos de observadores y miembros de la seguridad. En el balcon más promiente y notorio estaban en formacíon todos los jedi activos. Colocados codo con codo en una hilera que rodeaba totalmente la sala.

Justo en uno de los laterales de aquel balcón, junto a la tribuna, se colocaron Mhist y Seiza junto con el resto de los jedi en perfecta formación. Hacía mucho tiempo que no se recordaba una concentración de jedi igual, todos con sus uniformes y sables al cinto.

Seiza no pudo reprimir su asombro al ver todo aquello, y cuando se disponía a pronunciar algo:

—Ya comienzan a llegar —dijo un jedi cercano con una cabeza puntiaguda de la que surgían dos gruesas colas.

Empezó a aparecer un interminable desfile de criaturas humanoides y no tan humanoides, de múltiples especies, oyéndose exclamaciones de asombro al ver la grandeza de la sala, los jedi allí formados…

—Si alguien va a atacar, lo hará a partir de ahora —murmuró Mhist.

—¿Tu crees que…? —quiso preguntar Seiza.

—Puedo imaginar mil y una maneras de atacarnos, pero estamos prevenidos contra todas. No me preocupan —dijo Mhist seriamente.

—¿Y por que estas tan nerviosa? —le preguntó Seiza.

—Por todas aquellas maneras de ataque que no puedo imaginar —sentenció Mhist.

Dignatarios de infinidad de sistemas, todos ellos pertenecientes a la Nueva República, empezaron a tomar asiento dentro del edificio político. Lo que hasta hacía escasos segundos eran butacas monocromáticas acorde con la decoración de la sala, ahora eran un ruidoso mosaico multicolor de mil razas.

Entonces algo involuntario hizo que la vista de Seiza se fijara en un punto de aquella sala y le vio, sintiendo al tiempo que un escalofrio recorría su espalda.

Llevaba un uniforme blanco claramente militar, con la elegancia del que usaban los Grandes Almirantes del Imperio, pero el diseño mismo había sufrido muchas modificaciones que lo acercaban más al aspecto de los almirantes de la Nueva República. Tal vez una de las modificaciones más importantes fuese la desaparición de la insignia rectangular de su pecho, sustituída por los cinco círculos azules de un almirante de la República. El sable de luz colgaba de su cinturón como un mero complemento que no pretendía utilizar y que, de hecho, no había utilizado en quince años salvo para entrenar. El arduo entrenamiento físico al que seguía sometiéndose se notaba: Su musculatura no se había reducido un ápice, aunque la ropa intentase en vano ocultarla.

Pero su rostro sí había sufrido cambios. Se mantenía en muchos aspectos prácticamente igual que hacía quince años y, después de todo, no es como si él fuese un anciano. Aún no tenía arrugas, ni tampoco ojeras, pero sus ojos reflejaban mucha más sabiduría que la última vez. Además, sus sienes se habían teñido de blanco prematuramente, lo cual no hacía sino darle un aspecto más interesante.

Seiza se quedó perpleja al verle e insistió en seguirle con la mirada. Tuvo que utilizar sus poderes de la Fuerza para no perderle de vista cuando estuvo demasiado lejos, aún sabiendo que, probablemente, él no la había visto.

Pero, antes de tomar asiento junto con su delegación, él miró directamente a los ojos de Seiza e hizo un gesto casi imperceptible. ¿La había visto? No, imposible. Estaba demasiado lejos. Seiza no podía estar segura. Podría haber sido casualidad. Quizá ni siquiera hizo el gesto…

La había visto.

Seiza suspiró.

—Vaya, vaya. ¿Y ahora quién es la que está nerviosa? —murmuró Mhist sonriendo.

—Oh, cállate —le espetó Seiza con media sonrisa—. Lo sabías y no dijiste nada.

—Es que no me lo preguntaste —dijo Mhist en voz baja.

—Hagan el favor de mantener la compostura, maestras —dijo medio en serio medio en broma un jedi que Mhist tenía a la derecha.

Mhist le miró de reojo mientras arqueaba una ceja. Seiza se puso colorada.

—Por supuesto, mi maestro —dijo Mhist con una sonrisa.

Cuando toda la sala se terminó de llenar, las delegaciones tomaron asiento, y llegaron las autoridades, se hizo el silencio absoluto y se procedió a la apertura de aquélla la mayor asamblea recordada desde hacía décadas.

El día estaba terminando, y la maestra Seiza había sido liberada de sus obligaciones. El lado oscuro de la Fuerza no se había hecho notar durante la recepción; sin embargo, el viaje hasta Coruscant habría merecido la pena sólo por haber podido conocer personalmente a otros maestros jedi, por haberse reunido con los que ya conocía, y por haber podido intercambiar opiniones con ellos.

Y por haberle visto de nuevo, claro.

Seiza se relajaba en una azotea de Coruscant, sentada ante una mesa. Toda la tensión, las discusiones, ni un segundo libre desde que llegó al planeta… Estaba agotada y, aunque podía ir tirando de la Fuerza para que no se notase, la verdad era que ansiaba realmente un sólo momento de relajación. Su aprendiz y el androide se habían ido a visitar la ciudad, si es que eso se puede hacer en un lugar como Coruscant. De todos modos, a Emesiete no le costaría mucho llevar al chico a visitar unos cuantos lugares de interés.

Mientras tanto, Seiza se relajaría un rato, sentada en una azotea y observando el paisaje. La azotea, uno de tantos puntos turísticos en Coruscant, se alzaba por encima de la mayoría de las construcciones, que se extendían en todas direcciones. Seiza no podía siquiera suponer cuál sería la altura de ninguna de ellas.

Por encima de su cabeza, sin embargo, seguían surcando el cielo despejado las líneas de vehículos voladores, cuadriculando la visión de la tarde. Seiza casi ignoró la vista, cerró los ojos y dejó que la Fuerza la rodease y la atravesase como a un junco en el lecho de un río. Ella no vio cómo un sistema computerizado abría la parte central de su mesa y, desde dentro, hacía subir la bebida que ella había pedido.

Al cabo de lo que podrían haber sido escasos segundos o varios minutos, Seiza abrió los ojos y se fijó en su bebida. Un vaso opaco contenía un líquido verde y humeante que parecía ser agua pantanosa estancada. Suspirando cansinamente, Seiza observó la bebida y extendió su mano para coger el vaso pero, antes de que pudiese alcanzarlo, sintió una presencia tras ella.

Seiza abrió los ojos y volvió la cabeza lentamente, como temiendo no ver lo que esperaba ver, temiendo que hubiese sido algún tipo de alucinación sensitiva.

Pero no. Ahí estaba él.

Se había cambiado de ropa. Ahora nada estaba más lejos de su aspecto que esos protocolarios uniformes militares que tenía que llevar a las recepciones políticas. No, esta vez podía vestir con otro atavío, y parecía haber elegido unas ropas más similares a las

que la propia Seiza utilizaba, a las ropas que utilizaba cuando entrenaba con el sable de luz… Las ropas de un jedi.

—Es él —pensaba Seiza, y un instante después lamentaba no haber tenido ocasión de arreglarse. Se quedó tan perpleja durante casi diez segundos no puedo decir nada, hasta que se fijó en la expresión confusa que adoptaba el rostro de Hoox.

—Hola… —dijo Seiza con sonrisa perpleja—. Oh… Siéntate… Será un… —dijo Seiza señalando con la mano.

Antes de que Seiza pudiera seguir balbuceando, Hoox cogió su pequeña mano entre sus dedos y le plantó un beso en los nudillos. Ella sonrió y guardó silencio.

—Los años —dijo Hoox mientras se sentaba— han sido más generosos contigo que conmigo.

—Adulador —le acusó ella—. De todos modos, esas canas te quedan muy bien.

—¿Quién está adulando ahora? —dijo Hoox, y entonces observó una luz en la mesa que parpadeaba insistentemente, instándole a que pidiese alguna bebida—. Un vaso de kerapht, por favor —solicito al fin.

En menos tiempo del que tardó él en pedirlo, la mesa le presentó su bebida, abriéndose como se había abierto antes, y la puso al otro extremo de la mesa, lejos de la de Seiza.

—Querría darte las gracias —dijo Seiza. Hoox la miró, preguntándole por qué sin decir una palabra—. Por todo lo que has hecho por Junagadh. Prácticamente has terminado con el crimen, la polución, el desempleo… La economía va estupendamente. Has traído la paz y la prosperidad al sector.

—Lamento decepcionarte, amor mío —dijo Hoox—, pero eso no lo he hecho por ti. Al menos, no únicamente por ti. Soy el gobernante de todo el sector, y eso significa que soy no el amo de sus habitantes, sino su esclavo. Mi misión es velar por los intereses de cuantos habitan en una de las estrellas que caen bajo mi responsabilidad. Lo he dado todo en su nombre.

—En el nombre de las estrellas —terminó Seiza—. Pero también te uniste a la Nueva República.

—Probablemente influenciado por ti —aventuró Hoox mientras miraba a Seiza con un cariñoso reproche. La jedi fingió sorpresa abriendo la boca divertida y señalándose al esternón con el dedo índice.

—¿No estarás acusándome de controlar tu mente? —preguntó ella, incapaz de contener una sonrisa.

—No mi mente —dijo Hoox—. Sólo mi corazón, si es que te parece poco.

Seiza apoyó su codo en la mesa y su boca en la mano mientras miraba a Hoox. No hacía falta sentir la Fuerza para poder percibir todo el amor que él le profesaba a ella. Lo peor era que ella también lo sentía por él.

—¿Nunca te lo preguntas? —dijo Seiza.

—¿El qué? —dijo Hoox.

—Cómo habría podido ser —dijo Seiza—. Si no estuviésemos atados por nuestras responsabilidades. Si pudiésemos estar juntos. Si…

—Nunca —dijo Hoox categóricamente—. Sabes que no soy ningún idealista. Luchar en el nombre de las estrellas ocupa casi todo mi tiempo. Esas fantasías, esos «qué habría pasado si», son para los niños. Yo soy un adulto, y sé que no.

Hoox cogió su vaso y lo levantó pero, cuando lo acercaba a sus labios, cambió de idea y lo volvió a poner sobre la mesa.

—¿A quién voy a engañar? —dijo, elevando las pupilas, y después volvió a dirigirlas hacia Seiza—. Por supuesto que lo pienso, Seiza. Todos y cada uno de los días que han pasado desde que te fuiste. A veces, creo que mi amor por ti es lo único que me impide caer rendido.

Seiza sonrió mientras le miraba amorosamente.

—¿No me vas a preguntar si yo lo sigo sintiendo? —dijo ella.

—Me lo dirás si quieres decírmelo —dijo Hoox, con toda tranquilidad—. No te voy a poner en un callejón sin salida.

—Supongo que ya te has dado cuenta, ¿verdad? —le acusó ella—. Probablemente, antes de acercarte a mí utilizaste tus poderes del lado oscuro para sondearme y averiguar mis emociones.

—No he utilizado nada relacionado con el lado oscuro desde hace quince años —dijo Hoox, y bebió, ahora sí, un trago de su vaso mientras disfrutaba de la expresión de sorpresa de Seiza.

—Cuesta creer algo así —dijo Seiza—. Por otra parte, explica un poco la impresión que me dan mis poderes sobre ti.

—¿De qué se trata? —preguntó Hoox.

—El lado oscuro ha arraigado firmemente en ti —dijo ella—, pero casi todas sus ramas han sido podadas.

—¿«Casi»? —repitió Hoox, como si la palabra fuese una maldición—. Tendré que esforzarme más. Igual que tú te esfuerzas. Nunca otro Manendra.

—Nunca otro Ksar —terminó ella—. Pero a veces es tan duro…

—Sé que no fallarás a las estrellas —le dijo Hoox, poniendo su mano sobre la de ella—. Sé que no me fallarías a mí.

—Parece que al fin lo has comprendido —dijo Seiza—. No lo hacemos en nombre de millones de criaturas, sino en nombre de cada una de ellas.

Hoox asintió con la cabeza.

—No estamos juntos a menudo, Hoox —dijo Seiza—, pero cuando estamos juntos…

Bueno, son momentos muy especiales.

—Lo son, Seiza —dijo Hoox—. No siempre conseguimos todo lo que queremos. Por eso debemos valorar lo que podemos conseguir.

Seiza le sonrió.

Después de eso, ninguno de los dos dijo nada. La puesta de sol en Coruscant era un espectáculo impresionante: El cielo se teñía de naranja y, mientras el inmenso sol

desaparecía lentamente bajo el horizonte urbano, las lunas del planeta empezaban a dejarse ver.

Bajo esta iluminación natural, que contrastaba con la iluminación perfectamente programada de la ciudad, Hoox dejó de mirar a Seiza a los ojos y soltó la mano de Seiza entre las suyas.

Hoox acercó su mano a la mejilla de Seiza y la acarició.

Ella se inclinó hacia adelante para poder besarle, lenta y apasionadamente.

Aunque quizá nadie lo sabría, todo aquel inmenso planeta, toda la galaxia estaba en deuda con ellos pero, durante un momento, se tenían el uno al otro. Nada más les importaba.

En la noche del planeta, una estrella parpadeó, como si el universo guiñase uno de sus infinitos ojos.

Fin del vigésimo tercer capítulo